



GLENN
COOPER

LA INVASIÓN
DE LAS
TINIEBLAS



Lectulandia

La puerta entre la Tierra y el Infierno se ha expandido y ya es permanente. Las desapariciones se multiplican y las pocas personas que no han obedecido la orden de evacuación se han atrincherado en sus casas con la vana esperanza de que todo sea una pesadilla de la que pronto despertarán. Pero no lo es. Londres es una ciudad fantasma invadida por oleadas de seres procedentes de las tinieblas. Seres que, tras aparecer de la nada, han provocado un devastador incendio y siguen llegando sin descanso, como la crecida de un río enorme. Un río que tiene su origen en el Inframundo.

John Camp y Emily Loughy capitanean el grupo de rescate que acaba de regresar a la Tierra. Ambos están convencidos de que solo Paul Loomis, el mayor especialista mundial en las partículas que han originado el fenómeno, es capaz de cerrar de nuevo la puerta. Pero Paul cometió un crimen y fue enviado al universo de los condenados y John y Emily deben regresar allí para encontrarle. El destino de la humanidad depende de que lo consigan.

Lectulandia

Glenn Cooper

La invasión de las Tinieblas

Condenados - 03

ePub r1.0

Titivillus 05.01.18

Título original: *Down: Floodgate*
Glenn Cooper, 2015
Traducción: Mauricio Bach Juncadella

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La mitad de los chavales permanecían de pie, hundidos en el barro hasta los tobillos. Los otros cinco estaban unos metros más allá, en terreno pantanoso. Ninguno dijo una palabra hasta que Harry Shipley, un año más joven que todos los demás y propenso a los ataques de pánico en situaciones mucho menos inquietantes, empezó a gimotear. Solo tenía trece años, oficialmente era demasiado joven para formar parte de ese curso, pero su nivel académico era tan alto que no pudieron retenerlo en el que le correspondía por edad.

—Tranquilo, Harry —le ordenó Angus, buscando algo que le resultase familiar en el desolado paisaje—. No es un buen momento para comportarte como un crío.

Angus Slaine era el delegado de clase en el colegio Belmeade. Era muy alto para su edad y endiabladamente guapo, con un rostro anguloso y una melena rubia. Glynn Bond, su mejor amigo, fue el primero en salir chapoteando del agua. Angus le siguió y Glynn le tendió la mano.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Glynn. Era un chico musculoso, con un fornido cuerpo de luchador y un centro de gravedad bajo.

Angus se quitó los mocasines y los puso boca abajo para vaciarlos de agua.

—¿Es una pregunta o una exclamación? —dijo simplemente.

—Quiero saber qué está pasando —respondió Glynn sacudiendo también sus zapatos.

Boris Magnusson lo miraba todo boquiabierto.

—Todos queremos saberlo —murmuró por fin.

Harry se sujetaba los pantalones de lana que, sueltos, se le habían escurrido hasta la mitad del trasero. Entre sollozos, explicó que la hebilla de su cinturón había desaparecido.

—Cierra el pico —le gritó Angus—. No te lo voy a repetir. Y vosotros tres, ¿queréis dejar de mirar con cara de idiotas y salir del agua?

Los chicos obedecieron y se unieron a los demás en la zona de hierba. Una vez juntos, intentaron encontrar una explicación cabal a lo sucedido. Habían vuelto al dormitorio común para cambiarse de ropa después de hacer deporte y volver a ponerse el uniforme escolar y prepararse para ir a clase de matemáticas. Era su primer año en secundaria y aunque tenían por delante todo el curso hasta los exámenes, la presión había aumentado, sobre todo para los que tenían dificultades en los estudios.

En el elitista colegio de Belmeade era tradición presionar a los alumnos recordándoles constantemente la dificultad del examen final de ese curso. Boris y Nigel Mountjoy sufrían para mantener un nivel académico aceptable, y Angus había aceptado la responsabilidad de echarles un cable. Encontró la solución al contemplar la cara ratonil y llena de acné de Harry. El irritante Harry. El genio de las matemáticas. El tío al que apodaban Mierdecilla, el chaval al que todos los alumnos

querían pegar. Angus le propuso un pacto tácito. Harry ayudaría a Nigel y Boris con los estudios y, a cambio, él lo protegería. Aceptó y sellaron el acuerdo.

Estaban a punto de salir del dormitorio con cinco minutos de margen, tiempo más que suficiente para cruzar el campo de deportes, subir por la escalera y sentarse en sus respectivos pupitres en la clase del señor Van Ness cuando, un instante después, se encontraron en el claro de un bosque, la mitad de ellos metidos en una charca asquerosa y el resto sobre la hierba.

Danny Leung preguntó a los demás si sus uniformes estaban tan destrozados como el suyo. Era un completo marginado que se había ganado el respeto de todos gracias a sus dotes como jugador de fútbol. Su padre era el agregado cultural de la embajada china. Cuando Danny se matriculó en Belmeade como estudiante de bachillerato, el padre de Angus había comentado como de pasada durante una cena familiar que el señor Leung probablemente fuese un espía y el chico transmitió la jugosa información a sus compañeros. Desde entonces, Danny pasó a ser Danny el Rojo.

—No se trata solo de la hebilla del cinturón. También han desaparecido la cremallera, los botones y la corbata.

Todos tenían los mismos problemas de vestuario.

Craig Rotenberg quiso saber si acaso habían tomado gachas para desayunar.

—¿Qué tipo de pregunta estúpida es esta? —inquirió Glynn.

—No es estúpida —se defendió Craig—. Es posible que nos hayan drogado. Quizá nos han dormido y alguien nos ha sacado del colegio.

—Yo no he desayunado gachas —intervino Nigel.

—Yo tampoco —añadió Danny—. Odio las gachas.

—Eso no significa que no nos hayan drogado —insistió Craig.

—Materiales naturales. —Todos miraron a Harry, que lo repitió con más énfasis—. Materiales naturales.

—¿Qué dices, cretino? —le preguntó indignado Nate Blanchard.

—Las camisas, los calcetines y la ropa interior que llevamos son de algodón —explicó Harry, sorbiéndose los mocos después de lloriquear—. Las chaquetas y los pantalones son de lana. Los zapatos, de cuero. Todas las piezas de metal, los botones de plástico y las corbatas de poliéster han desaparecido.

—¿A quién le importa lo que le haya pasado a nuestra ropa? —gritó Boris—. El puto colegio entero ha desaparecido.

—Tendremos que inspeccionar los alrededores —propuso Angus, señalando con la mano la zona boscosa que los rodeaba—. Tiene que haber alguien en alguna parte.

—¿Qué hacemos para que no se nos caigan los pantalones? —quiso saber Boris.

Kevin Pickles era un chico que compensaba su corta estatura con respuestas agudas como estocadas. Hacer reír a los otros chavales era mucho mejor que soportar que le apodasen Pepinillo. Se había alejado del grupo y ahora los llamaba desde la hierba alta que crecía alrededor de la charca.

—¿Qué me dais si consigo que no enseñéis el culo?

—¿Qué has encontrado? —le preguntó Danny.

Kevin levantó dos cañas de pescar por encima de su cabeza y corrió a reunirse con los otros. Angus las inspeccionó y decidió que eran una porquería, poco más que unas ramas largas cortadas con toscos sedales atados en el extremo. Los punzantes anzuelos estaban hechos con huesos tallados. Dos gusanos se retorcían en la punta.

—Déjame ver una —pidió Glynn, que cogió una de las cañas e inspeccionó el sedal—. ¿De qué está hecho? Esto no es nailon.

Stuart Cobhan era el pescador del grupo. Le quitó la caña de las manos, deslizó los dedos por el sedal y afirmó:

—Creo que es tripa.

—Qué asco —murmuró Andrew Pender, un chico pálido y delgado que contaba con que Harry fuese el principal objeto de burla.

Stuart probó la resistencia del sedal y sentenció que era perfecto para el uso que pretendían a darle.

—No tenemos nada con lo que cortarlo —objetó Nigel.

—Claro que sí —respondió Stuart, y se llevó el sedal a la boca. Lo mordió y utilizó los dientes inferiores a modo de sierra hasta que consiguió cortarlo. Pocos minutos más tarde cada uno de los chicos disponía de unos centímetros de cordón para ajustarse los pantalones y algunos también se anudaron con él las camisas.

Angus era consciente de que todos esperaban que eligiese una dirección hacia la que encaminarse. Miró a su alrededor en busca de inspiración. El cielo era de una monótona tonalidad gris. Las masas boscosas que los rodeaban tenían un color más cercano al negro que al verde. La ligera brisa que soplaba traía un leve hedor.

—Por ahí —decidió Angus.

Nadie le pidió que justificase su decisión. Lo siguieron por el prado, agrupados sin orden alguno. Glynn avanzó hasta ponerse a su altura.

—Tiene que haber una explicación —comentó.

—Quizá nos estén sometiendo a algún tipo de prueba —respondió Angus—. Puede que se trate de un programa de televisión.

—No veo ninguna cámara —apuntó Glynn.

Harry había empezado a lloriquear de nuevo.

—¿Quieres que le haga callar?

Angus no respondió. Estaba señalando algo en el suelo.

—Mira esto.

Stuart, que utilizaba una de las cañas de pescar como bastón, apartó con ella la hierba en la zona que Angus señalaba.

—Parece sangre —dijo.

—Creo que tienes razón —ratificó el líder del grupo—. Allí hay más. Hay un rastro de sangre. Creo que se dirige hacia el bosque.

—Deberíamos tener cuidado —advirtió Glynn—. Necesitamos armas.

—¿Qué crees que va a suceder? —preguntó Boris en tono burlón—. ¿Temes que de repente aparezca un oso polar, como en *Perdidos*?

—Intenta no comportarte como un capullo integral, Boris —le reprendió Angus—. Que todo el mundo esté alerta. Si nos están poniendo a prueba y filmando, nuestra reacción quedará colgada en YouTube hasta el día de nuestra muerte. No echaréis un polvo en vuestra puta vida si todas las tías del planeta ven que sois unos gilipollas ridículos.

Tras la hierba del prado surgió un sendero abierto por el paso de alguien entre los matorrales. Justo después empezaba el tupido bosque. Glynn se enganchó el jersey con unas espinas mientras avanzaban entre las zarzas. Tiró de él y se le desgarró un pedazo de tela azul del uniforme de Belmeade con un trocito de bordado dorado, parte de la «c» de Colegio.

Una vez en el bosque, el toldo vegetal que formaban las ramas altas impedía que pasase buena parte de la escasa luz del día. Los altos pinos crujián mecidos por la brisa. El suelo boscoso era una alfombra de agujas, helechos y enormes setas planas. Angus perdió el rastro de la sangre, pero volvió a encontrarlo en forma de puntitos carmesí sobre una densa extensión de hongos.

Los chicos avanzaban en silencio. Incluso Harry estaba callado, aunque su prominente nuez subía y bajaba cada vez que tragaba saliva con gran esfuerzo.

Angus se detuvo y se volvió para indicarles a los demás que hicieran lo mismo.

Todos lo oyeron. Un tenue gemido.

Danny cogió del suelo una rama gruesa y los demás lo imitaron. Ante ellos había un árbol caído, con el enorme tronco y las raíces a la vista en el lecho del bosque.

Aquí es donde los de sexto van a darnos el gran susto, pensó Angus. Aparecerán de un salto mientras nos graban con los móviles y se descojonarán de nosotros. No vamos a permitir que nos pongan en ridículo.

Respiró hondo, avanzó hasta el tronco caído y se asomó por encima con precaución.

—¡Mierda!

El resto de los chavales recularon al oír el grito, pero Glynn, sospechando que les tomaba el pelo, le dio una palmada en la espalda a Angus y miró detrás del tronco.

—Dios mío.

Un chico demacrado los miraba con ojos implorantes.

—Ayudadme.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Nigel desde la retaguardia.

—Está herido —susurró Glynn—. Muy malherido.

Los demás se acercaron con paso lento, demasiado asustados como para echar un vistazo. Se alinearon a un lado del árbol y se obligaron a mirar. Kevin era demasiado bajo y tuvo que subirse al tronco.

—Deberíamos ayudarlo —dijo Stuart.

Angus reunió el coraje necesario para dirigirse al desconocido:

—¿Qué te ha pasado?

—Vagabundos —respondió con voz áspera—. Me han apuñalado en el estómago.

—¿Te han apuñalado? —preguntó Glynn.

El joven retiró las manos del abdomen. Se le veían los intestinos a través de la herida abierta.

Algunos de los chicos recularon unos pasos. Harry vomitó.

—Tenemos que pedir ayuda —urgió Angus—. ¿Dónde podemos pedir ayuda?

—¿Todavía están por aquí? —jadeó el muchacho.

—¿Quiénes?

—Los vagabundos.

—No sé de qué hablas. Nosotros no hemos visto a nadie más.

—Al menos no me devorarán.

—¿Acaba de hablar de ser devorado? —le preguntó Danny a Craig.

Angus comenzó a trepar por el tronco para saltar al otro lado.

—Vamos a comprobar si todo esto es una pantomima —respondió a Glynn cuando le preguntó qué pretendía hacer—. Lo más probable es que esté intentando asustarnos con unas tripas de cordero.

Glynn lo siguió y los dos chicos se arrodillaron junto al desconocido.

—Dios mío, es de verdad. —Angus tuvo que girar la cabeza cuando el joven apartó las manos y sintió arcadas al percibir el hedor que desprendía—. Esto es jodidamente real. ¿Qué cojones pasa aquí?

—¿Tienes agua, amigo? —pidió el desconocido.

—No, pero podemos intentar traerte un poco de la charca —ofreció Glynn.

—No os había visto nunca. ¿De qué aldea sois?

—Somos alumnos del colegio Belmeade —respondió Angus—. Bueno, lo éramos.

—Sois demasiado jóvenes.

—¿Demasiado jóvenes para qué? —quiso saber Stuart desde el otro lado del tronco.

—¿Habéis visto a mi amigo? —preguntó el herido—. Cuando aparecieron los vagabundos salimos corriendo. A mí me alcanzaron, pero espero que él lograra huir.

Danny se percató de la presencia de algo desconcertante. Un pedazo de tela azul marino en el suelo del bosque. Llamó a sus amigos mientras estos deliberaban sobre cómo traerle un poco de agua.

—Tíos, tenéis que ver esto.

Había un gorro azul junto a la cabeza de un hombre. El resto del cuerpo estaba unos metros más allá, sobre un lecho de agujas de pino cubiertas de sangre.

Horrorizados, los chicos contemplaron los ojos abiertos de la cabeza seccionada y vieron cómo parpadeaban y los resacas labios se movían.

Casi todos dejaron escapar un grito.

Regresaron a toda velocidad hasta donde estaba el joven destripado.

—¡Tu amigo está muerto! —gritó Angus.

—No está muerto.

—Dinos dónde estamos y qué está pasando aquí —le pidió—. No te vamos a ayudar si no nos lo cuentas.

—¿No lo sabéis?

—No tenemos ni idea, ¿de acuerdo? —aulló Glynn a pleno pulmón.

—Debéis de ser recién llegados —supuso el tipo con voz áspera. Y dejó escapar una fugaz y dolorosa risotada—. Bueno, pues permitidme que sea el primero en daros la bienvenida a vuestro nuevo hogar. Bienvenidos al Infierno.

Ben Wellington se pasó la mayor parte del corto trayecto en helicóptero entre Dartford y Whitehall hablando por el móvil. Sentados frente a él, Emily Loughy y John Camp estaban demasiado adormecidos y agotados como para hacer otra cosa que contemplar desde las ventanillas la inacabable extensión del Gran Londres. Llevaban un mes sin ver el sol y el resplandor les escocía en los ojos. Con el teléfono pegado a la oreja, Ben le ofreció sus gafas de sol a Emily, pero ella las rechazó con un movimiento de cabeza. La luz amarillenta, aunque molesta, le parecía un regalo precioso.

Ben guardó el móvil poco antes de aterrizar.

—Ya es un secreto a voces —les informó.

—¿Se ha hecho público? —preguntó John.

Ben le explicó lo ocurrido con el bloguero especialista en física, Giles Farmer, y el artículo que había levantado la liebre el día antes. Se titulaba *El misterio del supercolisionador de partículas angloamericano. ¿Hemos abierto una peligrosa puerta a otra dimensión?* Cualquier posibilidad de deslegitimar la historia de Farmer con falsedades había quedado definitivamente bloqueada ante el nerviosismo generado por las desapariciones e intrusiones masivas a lo largo del recorrido de los túneles del MAAC, el supercolisionador angloamericano.

Unidades de la policía y el ejército estaban respondiendo a «una serie de incidentes», como el gobierno había definido la situación, pero en la calle se estaba extendiendo un clamor, ya próximo a la histeria, exigiendo respuestas. A Farmer le encantaba aparecer ante las cámaras tras el podio instalado en los escalones de la entrada de su refugio en Lewisham, desde donde retaba a las autoridades a decir toda la verdad.

—Farmer dice que te conoce —comentó Ben.

—Me acuerdo de él —reconoció Emily—. Hablamos varias veces por teléfono. Era un tío listo, pero se movía en ámbitos marginales. —Negó con la cabeza y añadió —: Aunque, en fin, tal vez resulte que era más inteligente que yo.

—¿Quieres leer su artículo?

—Ahora mismo no tengo fuerzas para enfrentarme a eso.

—Dice que habló con tu padre.

—Dios mío. Tengo que llamar a mis padres y decirles que estamos bien. Deben de estar angustiadísimos.

—¿Le prestas tu teléfono? —le pidió John a Ben.

El agente del servicio de seguridad se lo pasó, y Emily mantuvo una breve y lacrimosa conversación con su madre. Le contó que Arabel, Sam y Bess estaban bien y que estaban haciendo las gestiones para que pudiesen volar a Edimburgo. Ella iría en cuanto pudiese, pero de momento tenía trabajo pendiente y sí, estaba relacionado

con lo que veían por la tele.

—No sabía hasta dónde podía contarle —admitió Emily mientras le devolvía el teléfono a Ben.

—Me temo que no sé qué consejo darte —reconoció este—. El primer ministro realizará una comparecencia pública, pero no antes de que se reúna el comité Cobra.

Ben negó con la cabeza al ver la cantidad de mensajes de texto que se le habían acumulado en los últimos minutos.

—¿Qué? —preguntó John.

—Uno de los chicos desaparecidos del colegio de Sevenoaks es el hijo del secretario de estado para la defensa, Jeremy Slaine. Estará presente en la reunión del comité Cobra.

—¡Fantástico! —dejó escapar John, agotado.

Cuando el helipuerto de Whitehall apareció a sus pies, sonó el teléfono de Ben.

—Mi mujer —murmuró—. No, no podré volver a casa —le dijo en voz alta—. Estoy a punto de reunirme con el primer ministro. ¿Has ido a buscar a las niñas al colegio? Bien. Quedaos en casa y cierra bien las puertas. Volveré en cuanto pueda. Sí, ya lo sé. Lo siento. Te volveré a llamar más o menos dentro de una hora. En momentos de crisis —comentó después de colgar—, tiendo a anteponer el trabajo a la familia. No estoy orgulloso de ello.

Entraron en la concurrida sala de reuniones presidencial en Whitehall. John se dio cuenta de que algunos de los presentes arrugaban la nariz como si acabasen de olfatear a unos moradores del Infierno. Fue consciente entonces de que, después de un mes sin darse un buen baño, él y Emily probablemente olían como los muertos. Ben les había informado de que el gobierno en pleno estaría presente, junto con un buen número de asesores militares, policiales y civiles. En la parte frontal de la sala varias pantallas mostraban imágenes de los principales canales de televisión y tomas de cámaras de seguridad de varios puntos de Londres. El secretario general de la presidencia repasó la sala con la mirada y descolgó un teléfono.

—Decidle que ya estamos listos —anunció. Cuando el primer ministro Peter Lester hizo su aparición fue directo hacia John y Emily, insistiendo en que no se levantasen.

—Nos alegramos de que hayan regresado sanos y salvos —les dijo, disimulando a la perfección su repugnancia ante el hedor que desprendían—. Les agradezco de que hayan venido aquí nada más regresar de su odisea. ¿Quieren comer o beber algo?

Los dos pidieron un café al unísono, lo que rompió por un instante la formalidad de los presentes. Todo el mundo rio entre dientes, excepto Jeremy Slaine, el secretario de estado de defensa, que parecía a punto de estallar de rabia.

El primer ministro se sentó a la cabeza de la mesa y señaló a Ben.

—Señor Wellington, creo que es usted la persona más cualificada para explicarnos qué ha sucedido esta mañana en Dartford. Y, por cierto, mientras George Lawrence siga desaparecido, le he nombrado a usted director ejecutivo del MI5. —Le

dirigió una rápida felicitación, pero Ben, con aspecto algo conmocionado, tragó saliva al escuchar la noticia.

Empezó con un resumen de los hechos puros y duros. El planeado reinicio del MAAC se había llevado a cabo a las diez en punto, y en cuanto el colisionador alcanzó la máxima potencia, todo parecía indicar que el mecanismo de bloqueo automático se había puesto en funcionamiento en los nanosegundos estipulados. No conocía los tiempos exactos, ya que el personal de la sala de control había desaparecido. Entre las personas que parecía haberse tragado la tierra se incluían varios observadores de alto rango, como la ministra de energía británica, Karen Smithwick, el secretario de energía americano, Leroy Bitterman, el jefe del MI5, George Lawrence, el director del FBI, Campbell Bates, el director adjunto del MI6 y máximo responsable del MAAC, Anthony Trotter, y una veintena de técnicos del colisionador, entre ellos Matthew Coppens, el director del Proyecto Hércules. También se habían evaporado Henry Quint, el exdirector del MAAC; David Laurent, uno de los científicos de primer nivel, y Stuart Binford, el director del departamento de relaciones públicas del laboratorio, además de tres agentes del MI5 que vigilaban la sala de control.

El recuento de retornados era más optimista, aunque tampoco estaba exento de un toque trágico. De los ocho civiles desaparecidos hacía un mes de una urbanización en South Ockendon, Martin Crandall, Tony Krause y Tracy Wiggins habían sobrevivido y estaban siendo sometidos a reconocimiento médico. Cuatro miembros de una misma familia de albañiles habían fallecido, y una mujer, Alice Hart, inspectora de instalaciones eléctricas del ayuntamiento, había tomado la insólita decisión de quedarse en el otro mundo.

Sobre las víctimas de Dartford, John estaba encantado de poder informar de que todas habían sido rescatadas. La hermana de Emily, Arabel, sus dos hijos, y la analista del MI5, Delia May, habían vuelto en un estado de salud razonablemente bueno y estaban recibiendo atención médica.

Dos de los rescatadores, Emily y John, estaban ahora ante el comité. Trevor Jones había insistido en acompañar a Arabel Loughy y sus hijos a Edimburgo. Un jet del MI5 estaba listo para trasladarlos desde Stanstead en cuanto les diesen el alta médica. Y, por último, Brian Kilmeade, el experto en armas medievales, que según todos los testimonios había tenido un comportamiento ejemplar y heroico, también había tomado la increíble decisión de permanecer en el otro mundo.

Expuestos los hechos, Ben se centró en la actual crisis abierta. Se disculpó por la falta de detalles y prometió informar al comité de las últimas novedades dentro de unas horas, cuando hubieran reunido más información. Lo que sabía en ese momento era que una clase entera de chicos de catorce años había desaparecido de su dormitorio en el colegio Belmeade, en Sevenoaks, y que un número indeterminado de personas se habían desvanecido en el centro de la pequeña ciudad de Leatherhead y en una urbanización en Upminster. Un elevado número de extraños, a los que

llamaron moradores del Infierno, campaban a sus anchas y con violencia en Leatherhead, y en grupos más reducidos también en Sevenoaks y Upminster.

—Y por último... —añadió Ben.

Jeremy Slaine golpeó en la mesa con el puño y le interrumpió:

—¡No puedo seguir más tiempo aquí sentado en silencio! —exclamó furioso—. Mi hijo Angus es uno de los chicos que ha desaparecido. ¿Está usted informado al respecto?

—Lo estoy, señor —respondió Ben—. Y de verdad que lo lamento.

—Que lo lamente no va a solucionar la situación, ¿cierto? Lo que no entiendo y encuentro del todo incomprensible es que la mayoría de este gabinete ha permanecido en la más completa ignorancia sobre este asunto hasta ayer. —Le lanzó al primer ministro una mirada fulminante y añadió—: Peter, es una vergüenza. Si no estuviésemos en mitad de una crisis, presentaría de inmediato mi dimisión.

—Te pido disculpas, Jeremy —repuso Lester—. Asumo toda la responsabilidad del apagón informativo. Intentamos evitar la filtración de los sucesos por una cuestión de seguridad nacional. Queríamos evitar el pánico a toda costa y éramos moderadamente optimistas sobre las posibilidades de mantener el asunto en secreto. Pero nos equivocábamos. Te garantizo que haremos todo lo posible para traer de vuelta a tu hijo y sus compañeros de clase.

—Creo que fue una absoluta irresponsabilidad no clausurar el MAAC en cuanto se detectó el primer problema —continuó Slaine—. Ahora recogemos lo que habéis sembrado.

—Visto a toro pasado, yo habría llegado a la misma conclusión —reconoció el primer ministro—. Sin embargo, personas valientes como la doctora Loughy y el señor Camp arriesgaron sus vidas para salvar a inocentes, y nosotros no estábamos dispuestos a abandonarlos a su suerte.

La ministra del Interior, Margaret Beechwood, intervino en ese momento, en un evidente intento de salir de la incómoda situación:

—Señor Wellington, creo que estaba usted a punto de acabar su exposición.

—Sí, señora ministra. Estaba diciendo que hay un último tema que exponer, en cierto modo el más extraordinario dentro de un mar de sucesos extraordinarios. Hay un individuo más que ha llegado con nosotros y el resto de los rescatados a Dartford. Es alguien muy conocido, un antiguo monarca de Inglaterra. Tenemos bajo custodia al rey Enrique VIII.

La sala se llenó del clamor de docenas de voces, hasta que el primer ministro levantó las manos y pidió silencio.

—He sido informado de esto hace solo unas horas —explicó—. Baste con decir que añade un elemento estrambótico y urgente a una crisis ya de por sí estrambótica y urgente.

—¿Se ha informado a la reina? —preguntó la ministra de Interior.

—Se ha enviado a palacio una notificación general sobre la actual crisis, pero no,

todavía no le hemos revelado la llegada del rey Enrique. Creemos que primero debemos cerciorarnos de que este hombre es quien dice ser.

—Es Enrique VIII —intervino John—. Se lo garantizo.

—Señor Camp, no estoy sugiriendo que esté usted equivocado —matizó el primer ministro—, pero necesitamos algún tipo de verificación independiente antes de presentárselo a la reina.

—Antes de partir hacia el otro lado —prosiguió John— le encargué a un especialista, un profesor de historia de Cambridge, que me preparase un perfil del rey. Ese académico, Malcolm Gough, firmó el acta de secretos oficiales.

—Margaret —dijo el primer ministro—, ¿podrías encargarte de traer a este profesor a Londres de inmediato y preparar un lugar seguro en el que pueda interrogar a nuestro... a nuestro visitante?

—Si me permite tomar la palabra —interrumpió Slaine—, esto es un asunto secundario. Hay vidas en peligro en Londres. Tengo entendido que ya se han producido varias muertes. La vida de mi hijo también está en peligro. ¿Podemos abordar de una vez estos asuntos?

—Por supuesto, pasemos a esas cuestiones, tal como sugiere Jeremy —accedió el primer ministro—. Margaret, ¿puedes informarnos sobre las operaciones policiales en marcha?

La ministra cedió la palabra al director de la Policía Metropolitana, que pidió a su ayudante que pusiese las grabaciones de las cámaras de seguridad de Leatherhead.

Sir Evan McPhail se puso en pie y se dirigió a la parte delantera de la sala.

—La responsable de la cartera de Interior nos ha pedido que coordinemos una respuesta con las policías locales de los condados de los alrededores de Londres afectados por la invasión. En Leatherhead hemos reforzado los efectivos de la policía de Surrey con oficiales tácticos armados y vehículos blindados. Estas grabaciones son de Church Street, en el centro de la ciudad.

—Parece desierto —comentó el primer ministro.

—¿Qué es eso? —preguntó el viceprimer ministro—. ¿Es un cadáver?

—Sí, ahora está desierto —explicó el director de la policía—. Y sí, creo que eso es el cadáver de un civil. Ahora les pondremos la grabación de las diez de esta mañana.

Un grupo de hombres recorría la calle, corriendo de forma desordenada y caótica, atacando a los viandantes a puñetazos y patadas. Uno de los atacantes pateó a un ciudadano, lo tiró al suelo y se arrodilló sobre él en el lugar en el que habían visto el cadáver en las imágenes posteriores.

—Vagabundos —musitó John en voz baja—. Montones de ellos.

—¿Qué dice? —preguntó la ministra de Sanidad.

—Son los peores entre los moradores del Infierno —explicó John—. Son bandas de parias absolutamente degenerados. Aterrorizan al resto de la población. Y también son caníbales.

—Dios bendito —exclamó la ministra del Interior—, ¿es eso lo que está sucediendo ahí?

—Parece que está desgarrando parte de la carne —añadió John—. ¿Saben cuántos de esos han llegado aquí?

Sir Evan respondió que en una primera estimación realizada a partir de los testimonios de los testigos se habían contabilizado más de cincuenta.

—¿Dónde están ahora?

—No estamos seguros —respondió el director de la policía—. Esta es una imagen en directo del centro de la ciudad tomada desde un helicóptero policial. Como pueden ver, las calles están vacías. La población ha hecho caso de la recomendación de permanecer en sus casas que hemos lanzado por televisión, radio y megafonía. Es posible que esos vagabundos, como usted los llama, también se hayan refugiado en el interior de algunos edificios. Se ha acordonado la zona y estamos valorando el mejor modo de entrar y neutralizar a los atacantes. En breve dispondré de un plan operativo elaborado por mis oficiales sobre el terreno y la policía de Surrey. Nos preocupa la inestable mezcla de policías armados y civiles. Queremos evitar al máximo las víctimas colaterales.

—Señor Camp —intervino la ministra del Interior—, en las imágenes que hemos visto, esos vagabundos no parecen muy diferentes de nuestros ciudadanos. ¿Cómo puede distinguirlos la policía?

—A distancia no será fácil —respondió John—. Visten ropas toscas, pero podrían haberse colado en algunas casas para hacer lo que suelen hacer, robar comida y ropa. De cerca, los distinguirán por el olor.

—¿Ha dicho olor? —preguntó el director de la policía.

—Huelen a carne podrida. A ellos les parece que nosotros desprendemos un olor fresco. Podrían utilizarse perros policías para detectar su olor. Bastaría un trozo de la ropa del rey Enrique para que puedan seguir su rastro.

—Es una buena idea. Yo me encargo —dijo Ben.

—Necesitamos saber cuáles son las órdenes —intervino sir Evans—. Lo que quiero decir es si tenemos luz verde para tirar a matar.

—Tengo entendido que ya están muertos —comentó el viceprimer ministro.

—¿Se dan cuenta de lo ridículo que suena? —intervino Slaine—. Andan por ahí sueltos, asesinando a civiles inocentes. Por supuesto que debemos tirar a matar.

—¿Se les puede matar? —quiso saber el primer ministro—. Señor Wellington, creo que recientemente ha capturado a algunos de ellos en Suffolk.

—Voy a aclarar la situación —respondió Ben—. Se les puede matar, y lo que queda entonces de ellos son cadáveres similares a cualquier otro cadáver. No tengo ningún interés en especular sobre lo que les sucede después.

—¿Señor Camp? ¿Doctora Loughy? ¿Qué opinan ustedes? —les preguntó el primer ministro.

Emily le pidió a John que respondiera él.

—No tenemos ninguna experiencia directa sobre eso. Supongo que después de morir regresan al Infierno, pero es solo una especulación.

—De modo que se les puede disparar y se les puede matar —aclaró Slaine—. El ejército está mucho mejor dotado que la policía para aplicar la fuerza letal. Deberíamos ordenar un despliegue militar inmediato en las zonas afectadas.

—Con el debido respeto —intervino sir Evan—, con la Policía Metropolitana apoyando a las policías locales disponemos de una presencia armada adecuada para responder a la situación. Los agentes están entrenados para actuar en centros urbanos, entre la población, reduciendo al máximo las víctimas civiles. Seré el primero en pedir la ayuda del ejército si corremos el peligro de perder el control de la situación.

El primer ministro pidió la palabra antes de que Slaine pudiese continuar debatiendo con el director de la policía:

—Tomaré en consideración tu propuesta, Jeremy. Este comité estará en permanente funcionamiento hasta que se haya resuelto esta crisis. Margaret y sir Evan, en una hora quiero un informe actualizado sobre las operaciones policiales. Y, por cierto, si capturáis a esos visitantes del Infierno, ¿dónde los vais a confinar?

—Hemos pensado utilizar nuestras celdas de la sede central de New Scotland Yard —informó sir Evan—. En estos momentos estamos sacando de allí a los detenidos que permanecían confinados.

—Muy bien —asintió el primer ministro—. Y ahora me gustaría hacer varias preguntas a la doctora Loughy.

Emily se terminó el café.

—Cada vez que se ha reiniciado el colisionador, la situación parece haber ido a peor. ¿Está de acuerdo con esta percepción?

—Me temo que debo mostrarme de acuerdo —respondió ella—. Hemos observado una creciente inestabilidad en determinadas áreas, nódulos si lo prefiere, a lo largo del trazado de los túneles del MAAC. Hasta el momento hemos detectado puntos de contacto interdimensional en Dartford, South Ockendon, Sevenoaks, Upminster y Leatherhead.

—¿Hemos tenido problemas esta mañana en South Ockendon? —preguntó el primer ministro.

La ministra del Interior respondió que no le constaba ninguna actividad inusual en ese punto.

—Nos resulta imposible determinar por qué determinadas áreas se ven afectadas y otras no —explicó Emily—. Necesitaré tiempo para analizar la información. En estos momentos el laboratorio de Dartford está en cuarentena, por lo que no puedo acceder a los ordenadores y, como es obvio, no puedo contactar con mis superiores de los departamentos clave porque han desaparecido. Si conseguimos la ayuda del equipo científico del LHC, el gran colisionador de hadrones de Ginebra, tal vez pueda entrar en el sistema y acceder a la información esencial.

El viceprimer ministro, un tipo fornido con la amplia frente cubierta de sudor

pese al aire acondicionado, levantó un dedo y preguntó:

—Si clausurásemos de manera definitiva el colisionador y capturásemos a todos esos moradores del Infierno, ¿eso supondría acabar de una vez por todas con el problema?

Slaine casi saltó de la silla, pero el primer ministro insistió en que Emily respondiese a la pregunta.

—Tal vez sí, tal vez no. Me gustaría no ser tan inconcreta, pero no existen precedentes científicos para lo que está sucediendo. El mejor escenario imaginable, que evidentemente sería una tragedia para las personas que han sido transportadas a la otra dimensión esta mañana, es que en ausencia de nueva actividad del colisionador, el problema quedará arreglado y cesarán los tránsitos interdimensionales. Sin embargo, no puedo garantizar que no se produzca una inestabilidad espontánea en los actuales nódulos o en otros nuevos. Hasta que tengamos datos más fiables, lo más prudente es establecer una cuarentena en todos los nódulos conocidos.

—¿Ya se ha tomado la medida? —quiso saber el primer ministro.

—En Dartford sí —respondió Ben.

—Haremos lo mismo en los demás lugares —determinó la responsable de Interior, con el teléfono ya en la mano.

—Tengo entendido que en mi ausencia se convocó a un comité de físicos de primer nivel, pero que no lograron dar con una solución —comentó Emily—. Necesito hablar con esos expertos cuanto antes. De momento, ya hemos contactado con el mayor experto mundial en strangelets, las peculiares partículas que creemos que son el origen de este fenómeno.

—¿Quién es? —preguntó el primer ministro.

—Paul Loomis, el antiguo director del MAAC.

—Discúlpeme, pero el doctor Loomis está muerto.

—Lo encontramos al otro lado.

John pensó que Emily evitaba de manera insistente llamar a las cosas por su nombre. Tal vez Infierno sonaba demasiado acientífico como para salir de su boca. Pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Como recordará —añadió Emily—, Loomis mató a dos personas. Eso explicaría su presencia allí.

—Increíble —murmuró el primer ministro.

—En cualquier caso —continuó—, el doctor Loomis insistió en que sabía cómo solucionar el problema.

—¿Y? —preguntó el viceprimer ministro.

—Por desgracia, nos separamos antes de que pudiese contárnoslo.

—Bueno, eso no es de gran ayuda, ¿no? —intervino la ministra del Interior.

—No, no lo es —admitió Emily.

—Estamos listos para volver y dar con él —aseguró John—. Y mientras estemos

allí, trataremos de rescatar al mayor número de personas posible.

—Pero eso significaría volver a reiniciar el colisionador —reflexionó el primer ministro—. No parece la mejor solución.

—¡Mi hijo está allí! —atronó Slaine.

—Sí, disculpa, Jeremy. No vamos a tomar ninguna decisión hoy mismo. Pero debes entender que no podemos actuar pensando solo en la seguridad de tu hijo y sus compañeros de colegio, sino en la de millones de personas que pueden convertirse en víctimas potenciales. Doctora Loughy —añadió el primer ministro—, en cuanto descanse y coma un poco, quiero que contacte con sus colegas en Ginebra y en otras partes del mundo y que me mantenga informado de los progresos.

—Por supuesto.

—Bueno, ¿y qué consejos debemos darle a la población? ¿Hasta dónde podemos y debemos informar? Esto es algo más que un asunto de seguridad pública. Debemos considerar también aspectos relacionados con la fe y la espiritualidad. Podemos hablar de física y de otras dimensiones, pero tenemos que abordar también los aspectos religiosos. Deberíamos consultar con el arzobispo de Canterbury, con el Vaticano y con los líderes religiosos musulmanes y judíos. Craig, toma el mando aquí hasta que yo regrese. El presidente Jackson está en la Casa Blanca esperando que le informe de lo sucedido.

—No estaríamos metidos en este lío si hubieran construido este jodido cacharro en América —dijo Slaine con amargura.

Al salir, el primer ministro le puso la mano en el hombro al afligido padre e intentó consolarlo.

—Sí, Jeremy, en esto tienes toda la razón.

Thomas Cromwell, fiel consejero del rey Enrique VIII en vida y tras la muerte, solo podía observar, incrédulo. No era la multitud de desconcertados desconocidos parados a un centenar de pasos de él lo que atraía su atención. Era un pequeño objeto, un cuchillo entre el barro del camino. Un instante antes, John Camp sostenía ese cuchillo contra el cuello de su monarca, y ahora Enrique había desaparecido junto con Camp y todo su grupo de gente de la Tierra.

Duck fue el primero en hablar:

—¡Mi Delia ha desaparecido! —gritó a su hermano Dirk—. Todos han desaparecido.

—Bueno, es lo mejor para ellos —repuso Dirk—. Era lo que esperaban que sucediese. No haces prisionero al rey con la esperanza de que te perdonen la vida. Pero este grupo de recién llegados van a pagar el pato.

Unos segundos antes, Solomon Wisdom estaba angustiado ante la posibilidad de que el furioso John Camp exigiera su cabeza por haberlos traicionado, pero ahora estaba de nuevo concentrado en la nueva posibilidad de negocio que se presentaba ante sus ojos. Observó con codicia a los recién llegados, pero musitó para sí mismo que con Cromwell allí presente no podría sacar beneficio de ese jugoso botín.

—¡Prendedlos! —ordenó Cromwell, y los soldados avanzaron a paso ligero por el embarrado camino blandiendo espadas y pistolas.

El grupo de perplejos empleados del MAAC y sus importantes invitados estaban demasiado asustados como para hacer otra cosa que permanecer allí plantados. Eran veinticinco en total. Los hombres habían salido mejor parados que las mujeres en cuanto al estado de sus prendas de vestir. Aunque habían perdido en el tránsito los botones de plástico y las cremalleras de metal, podían mantener su dignidad intacta sujetándose los vaqueros o los pantalones del traje con ambas manos. Las mujeres que llevaban falda tenían que elegir entre sostenérselas o cerrarse las blusas hasta dar con el modo de hacer una cosa con cada mano. Algunos de los recién llegados trataban de localizar sus gafas desaparecidas y uno de los más jóvenes del grupo comentó algo sobre un doloroso agujero en uno de sus dientes.

—¿Estamos donde creo que estamos? —preguntó Stuart Binford, el director de relaciones públicas del laboratorio, mientras los soldados se acercaban a ellos con rapidez.

—Me temo que sí —respondió Leroy Bitterman, el secretario de energía norteamericano, con la mirada fija en su voluminosa barriga, que emergía entre la camisa y el chaleco del traje desabrochados.

Karen Smithwick, la secretaria de estado de energía británica, se palpó el cuello en busca de su collar desaparecido antes de darse cuenta de que llevaba el sujetador suelto. Se cerró la blusa de seda y rompió a llorar. Bitterman utilizó la mano libre

para darle una palmadita en la espalda.

El capitán de la guardia, al comprobar que esa gente no iba a oponer resistencia, ordenó a sus hombres que los rodearan.

—¿Quién es vuestro líder? —gritó.

Los más veteranos intercambiaron miradas. George Lawrence, el jefe del MI5, y Campbell Bates, el director del FBI, ambos ya canosos, estaban a punto de atribuirse el cargo cuando Anthony Trotter, el director adjunto del MI6 que actuaba como responsable del MAAC, declaró que él estaba al mando. Mientras lo hacía, buscó en vano la pistola que siempre llevaba encima.

Un joven soldado de mirada lasciva se acercó demasiado a Brenda, una de las técnicas del laboratorio, que gritó asustada. El francés David Laurent, uno de los científicos de alto rango, se interpuso con actitud protectora y el soldado amartilló su pistola.

Trotter se dirigió al capitán con tono retador.

—No os atreváis a tocar a ninguno de los míos. ¿Entendido? ¿Usted es quien está al mando aquí?

—Soy yo —se presentó Cromwell, que avanzaba sobre el barro—. ¿Cómo se llama usted?

—Anthony Trotter, del Servicio Secreto de Inteligencia.

—¿Todos ustedes forman parte de los vivos?

—Eso espero —respondió Trotter.

Cromwell se acercó lo suficiente como para que los dos hombres pudiesen percibir sus respectivos olores.

—No, no parece que estéis muertos. ¿Qué tipo de organización es el Servicio Secreto de Inteligencia? —preguntó.

—Trabajo para la corona —respondió Trotter—. Soy el responsable de reunir información sobre los enemigos de su majestad.

—¿Eres un espía?

—Puede llamarme así.

—¿Sois todos espías?

—Solo esos dos —respondió, señalando a Bates y Lawrence—. El resto son científicos. —Miró de refilón a Smithwick y añadió—: Bueno, la mayoría de ellos.

—¿Sois compatriotas de John Camp y Emily Loughty?

—Así es. ¿Y quién es usted? —quiso saber Trotter.

Cromwell alzó la voz.

—Todavía no he terminado con mis preguntas. ¿Dónde está el rey? ¿Qué le han hecho?

Trotter alzó el mentón, pero le resultaba difícil actuar como un tipo duro mientras se sostenía los pantalones con ambas manos.

—No le hemos hecho nada a vuestro rey, si ha desaparecido será porque se ha visto envuelto en este lío. En ese caso lo más probable es que esté en el lugar del que

nosotros venimos.

—Supongo que estamos hablando del rey Enrique VIII, ¿no? —intervino Bitterman.

—¿Quién es usted? —preguntó Cromwell.

—Supongo que uno de los científicos —respondió Bitterman—, un viejo científico.

—Tiene un acento raro, como el de John Camp.

—Yo también soy americano. ¿Camp ha estado aquí?

—Ha estado, pero ha desaparecido.

—¿Y Emily Loughy?

—Ella también. ¿Cómo sabe lo del rey Enrique?

—Camp nos lo contó todo cuando regresó hace un mes —respondió Bitterman.

—Dígame, científico —continuó Cromwell—, ¿puede devolvernos a nuestro monarca?

—Voy a serle sincero. No lo sé. La mayoría de los expertos que deberían estar trabajando en solucionar este problema están ahora delante de usted. Espero que nuestro gobierno encuentre el modo de llevarnos de vuelta a casa y devolverles a ustedes a su rey. De momento, estamos muy asustados. No me avergüenza confesárselo. Estamos a su merced.

Cromwell asintió y se presentó con tono amable:

—Thomas Cromwell.

—¿Disculpe? —exclamó Trotter.

—Soy Thomas Cromwell, consejero del rey.

—Qué extraordinario —intervino Lawrence—. Durante mis años universitarios fantaseaba con convertirme en un experto en los Tudor. Es casi como si le conociera.

Cromwell esbozó una leve sonrisa.

—¿Qué van a hacer con el rey?

—Estoy seguro de que lo tratarán con el máximo respeto y atenciones —afirmó Lawrence—, aunque me temo que él se sentirá tan perplejo y desconcertado como nosotros aquí.

Cromwell se llevó a su capitán aparte y ambos discutieron sobre la mejor manera de trasladar a toda esa gente. El militar envió a varios de sus hombres a buscar carromatos a Dartford y otros pueblos de los alrededores. Entre tanto, Cromwell ordenó a los curiosos aldeanos que se habían acercado a mirar que trajesen bancos y sillas para las mujeres y los hombres de más edad, y de paso, también vino y cerveza.

Duck y Dirk entraron en su choza y sacaron todas sus sillas, y Dirk, no sin reticencia, ofreció el barril de cerveza que había fermentado para John Camp.

—Lo iban a encontrar de todos modos —le dijo refunfuñando a Duck—. Y no quiero perder la cabeza.

—Te ayudaré a preparar otro barril —respondió su hermano—. De todos modos, esta gente me da pena. Sobre todo las chicas. Es aterrador encontrarte de pronto en un

nuevo mundo, créeme.

Henry Quint se agachó para rescatar el mocasín que había perdido en el barro. Después se acercó a Trotter, que mantenía una conversación en voz baja con Bitterman, Lawrence, Smithwick y Bates.

—¿Qué quieres? —le preguntó Trotter con brusquedad.

—Sea lo que sea lo que estéis planeando, me gustaría ayudaros —respondió Quint.

—Ya has hecho bastante —replicó Trotter, escupiendo veneno—. Por tu culpa estamos hundidos en el barro. Y, por cierto, si estás también aquí, no hay otro culpable que tú mismo. Yo quería expulsarte del laboratorio, pero el doctor Bitterman insistió en que te quedases.

Bitterman se mesó la barba y dijo:

—En la ciencia nunca se sabe de dónde va a salir la siguiente gran idea. Henry fue imprudente al exceder el límite de los parámetros de energía del colisionador, pero es un físico competente. Cometió un error.

—Fue algo más que un error. Fue un puto desastre —gruñó Bates.

—Ya he reconocido mi culpa —se defendió Quint—. Si queréis que me aleje, no tenéis más que decírmelo.

—Muy bien, pues lárgate —soltó Trotter—. Los mayores están hablando.

—Por el amor de Dios, Anthony —intervino Lawrence—. Basta de chiquilladas. Todos estamos metidos en esto. Quédate, Quint. Estábamos valorando nuestras opciones.

—Me temo que son muy limitadas —comentó Bitterman—. No somos soldados. No podemos resistirnos. Y esos hombres van armados.

—Debemos quedarnos aquí —apuntó Quint—. Cuando vuelvan a reiniciar el MAAC, el portal se abrirá aquí.

Bates, un americano sesentón de aspecto aristocrático, cabellos plateados y mejillas hundidas, estaba a punto de decir algo cuando un insecto le pasó zumbando alrededor de la cabeza. Lo aplastó con ambas manos y los pantalones se le escurrieron de inmediato por las huesudas piernas, arrastrando con ellos los calzoncillos sin elástico. Varios soldados señalaron los genitales expuestos a la vista de todos y se rieron, y Karen Smithwick miró hacia otro lado. Bates, avergonzado, soltó un taco y se cubrió de inmediato.

—¿Y cómo van a reiniciarlo? —preguntó—. El equipo de técnicos al completo está aquí.

—Traerán a gente de Ginebra, del Gran Colisionador de Hadrones —respondió Quint—. Ya teníamos previsto colaborar con ellos. Saben cómo funciona el MAAC.

—Estarían locos si lo hicieran —intervino Trotter—. Mi recomendación fue clausurar ese puto aparato. Nadie me escuchó y ahora estamos aquí. Pero ahora sí harán caso.

—No creerás que van a abandonarnos, ¿no? —preguntó Lawrence. Antes de ser

nombrado director del MI5 había estado al frente de la Policía Metropolitana de Londres y todavía mantenía el discurso sucinto de un poli informando a sus superiores.

—No van a saber qué hacer —les aseguró Smithwick—. El primer ministro se mostrará prudente. Convocará al comité Cobra. Sopesará todas las opciones.

—Si estuvieses allí, ¿qué les aconsejarías? —preguntó Bitterman.

—La verdad es que no lo sé —respondió con tono envarado.

—Creo que dependerá de factores que nosotros desconocemos —intervino Quint—. Cada vez que se ha reactivado el colisionador, han aparecido más nódulos de contacto y el problema ha empeorado. Si hoy han surgido más, entonces tal vez Trotter tenga razón. Quizá lo clausuren definitivamente y nos quedemos aquí atrapados para siempre. Pero si los nódulos se han estabilizado, entonces intentarán llevarnos de vuelta. Al menos, eso espero. Pero no tenemos ni idea de cuándo lo harán. De modo que debemos quedarnos aquí todo el tiempo que podamos. Si no es posible, tendremos que escapar del lugar en el que nos retengan y regresar aquí.

A Smithwick se le humedecieron los ojos cuando le oyó decir «para siempre».

—Para siempre —repitió aturdida, como si no hubiera escuchado nada más que lo que acababa de decir Quint—. Me suicidaría si supiese que vamos a quedarnos aquí atrapados el resto de nuestras vidas. Mirad este lugar. Es mugriento y desagradable. Mirad a esos hombres, si podemos llamarlos hombres. Por el amor de Dios, están todos muertos.

—No quiero oír hablar de suicidio ni rendición —la cortó Bitterman—. Saldremos adelante. No será fácil, pero lo conseguiremos. Tenemos aquí reunidas un montón de mentes privilegiadas, sobre todo las de nuestros jóvenes colegas. Ellos buscarán en nosotros fortaleza y debemos transmitirles esta sensación.

—Necesito encontrar un modo de sujetarme los pantalones —murmuró Bates.

Los científicos del MAAC observaban apiñados la reunión de los directivos. Brenda Mitchell, la técnica de espectroscopia del equipo de David Laurent, se sentó en una de las sillas de Dirk y Duck en mitad del camino y se sostuvo la cabeza entre las manos. Matthew Coppens, el director del proyecto Hércules, que había ocupado el puesto de Emily durante su ausencia, se acuclilló a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No, no lo estoy. No estoy bien. Estoy fatal.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Ella levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada—. O más bien, ¿lo sabías? ¿Sabías que lo que hacíamos era peligroso? ¿Que corríamos el riesgo de ser absorbidos por el portal?

—Nunca nos lo planteamos —admitió—. Quiero decir que cambiamos de ubicación la sala de control. Dimos por hecho que estaba lo bastante apartada de la actividad del nódulo.

—Lo disteis por hecho. Y aquí estamos —repuso ella con tono gélido—. Y mis

hijos han perdido a su madre, mi marido ha perdido a su esposa y yo lo he perdido todo. Lo disteis por hecho, joder, Matthew.

—Estamos todos en el mismo barco —replicó él—. Yo también tengo familia, ¿sabes? Conseguiremos regresar. Tienes que creerlo. Parece que Emily ha logrado volver. Ella sabrá qué hacer. Nosotros la rescatamos a ella y ella nos rescatará a nosotros. Todo irá bien.

Brenda señaló a un par de soldados que la miraban como perros hambrientos.

—Tú no eres una mujer. Tal vez a ti te irá bien, Matthew, pero a mí no.

Trotter se separó del resto de los recién llegados y, bajo la mirada vigilante de dos soldados, encontró una zona menos embarrada del camino en la que comenzó a caminar en círculos. Siempre había sido un hombre con una gran confianza en sí mismo. Su ascenso en el MI6 había sido poco convencional. Los altos cargos de la agencia solían estar copados por tipos procedentes de colegios privados, bien conectados, con una nutrida representación de graduados en Oxford y Cambridge. Él no tenía pedigrí. Su infancia en una vivienda de protección oficial y sus discretas notas en Económicas en una universidad de medio pelo no eran la mejor carta de presentación para una resplandeciente carrera entre los miembros de clubes privados que formaban la élite de MI6. Pero era listo y luchador, con facilidad para los idiomas, y destacó en una serie de destinos en Oriente Medio, incluyendo un periodo como jefe de la delegación de Estambul, donde montó una legendaria red de agentes en Turquía y Siria.

El islamismo radical hizo su aparición justo a tiempo para propulsar su carrera ascendente. Le tocó sacar a la organización de la depresión en la que se había sumido después de la guerra fría y reorientarla hacia el combate contra las amenazas que no procedían de otros estados. Con el empuje de su resentimiento de clase baja, pasó como una apisonadora por encima de todos los que se interpusieron en su camino y llegó a ser el director adjunto de la agencia. Lo hizo solo, a su manera. Soltero recalcitrante, ni siquiera deseaba o necesitaba el apoyo de una esposa para acompañarle en su periplo vital.

Ahora se encontraba en serios apuros en una apestosa aldea de un mundo horrible. Sospechaba que estaban bien jodidos. No iban a rescatarlos. Veía una versión del futuro desplegándose ante sus ojos con gélida claridad. Los demás eran débiles y perecerían a manos de individuos brutales o por propia decisión. Él era fuerte e inteligente. Sobreviviría. Pero para ello debía actuar con rapidez.

Un soldado apareció en el embarrado camino conduciendo una carreta vacía tirada por dos caballos. Cromwell la inspeccionó y se acercó a Trotter para decirle que en ella cabrían la mitad de ellos. Pronto llegaría otro carro.

—¿Adónde nos van a llevar? —preguntó Trotter.

—Al palacio de Whitehall, en Londres.

—Veo que mantienen los nombres de los lugares.

—Para nosotros es una manera de recordar un pasado más feliz —reconoció

Cromwell—. Pero no esperen encontrar un edificio similar al original. Tenemos escasez de artesanos y artistas. Es una pálida imitación.

—¿Puedo hablar con libertad? —pidió Trotter, mientras se alejaba de los demás junto a Cromwell.

—Puede.

—Camp y Loughy nos contaron que necesitan ustedes expertos en ciencia y tecnología.

—Es cierto. Todos los reinos codician a los recién llegados con conocimientos útiles. Vivimos con el permanente temor de ser subyugados por una nación extranjera con armamento superior.

—En este grupo están algunos de los mejores científicos del mundo.

—¿En serio?

—Sí, así es. Camp trajo libros en su último viaje. ¿Se los entregó a ustedes?

—Sí, al rey. A Enrique le parecieron muy valiosos.

—Creo que yo puedo serle útil, señor Cromwell.

—¿En serio?

—Como puede ver, soy el líder del grupo. Puedo hacer que ellos le ayuden, que apliquen los conocimientos de esos libros y le ayuden a construir potentes armas nuevas.

—Yo más bien creo que seremos capaces de obligarles a ayudarnos —sentenció Cromwell, cortante.

—Con esa gente la persuasión funcionará mejor que las amenazas.

—¿Y usted puede persuadirlos?

—Estoy seguro de ello. Y también puedo disuadirlos de intentar resistirse o huir de su hospitalidad. Sé quiénes son los potenciales agitadores.

—¿Y por qué iba a hacer usted esto?

—Quiero recibir un trato especial. Quiero los mejores aposentos, la mejor comida. Si tenemos la oportunidad de regresar a casa, estaré encantado de marcharme. Pero si debemos permanecer aquí para siempre, algo que me parece plausible, en ese caso quiero gozar de rango, estatus y autoridad.

—Quiere asegurar su futuro.

Trotter sonrió y dijo:

—Exacto.

—Consideraré su oferta.

—¿La decisión le corresponde a usted? ¿Quién va a tomar las decisiones en ausencia del rey?

—Puede considerarme el regente de su majestad hasta que él regrese.

—No sé cómo funcionan las cosas por aquí —insistió Trotter, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—, pero si Enrique no regresa, tal vez usted podría ser algo más que un mero regente.

Cromwell contempló a ese tipo fornido y bigotudo que se agarraba los pantalones,

y sonrió con frialdad.

—Por favor, utilice su considerable influencia para hacer que esa gente suba al carro.

—¿De qué estabas hablando con Cromwell? —le preguntó Bitterman cuando regresó con el grupo de altos dirigentes.

—Le he advertido de que le haré responsable a él en persona del trato que recibamos.

—¿Le has advertido? —resopló Quint—. Más bien parecía que estabas implorándole.

Trotter lo ignoró y les dijo a los otros:

—Quieren que subamos al carro. Nos vamos a Londres.

Malcolm Gough cruzó y descruzó sus largas piernas. Hacía más de una hora que esperaba, solo, en una sala para pacientes de una planta que habían despejado en el Royal London Hospital. Hacía un mes que el MI5 le convocó en su cátedra de Cambridge para acudir a este mismo hospital y asistir a la reunión más extraña de su vida. John Camp, que entonces se recuperaba de una operación, le había formulado preguntas sobre Enrique VIII como si el monarca siguiese vivo y en activo. Gough salió de aquella reunión desconcertado y perplejo después de firmar el Acta de Secretos Oficiales que le impedía compartir esa experiencia con nadie, incluida su esposa.

Hoy había recibido una llamada de Ben Wellington pidiéndole que viniese a Londres por la tarde para una consulta urgente.

—No me va muy bien —protestó Gough.

—Me temo que no tiene otra opción —le respondió Ben—. Es un tema de seguridad nacional.

—Soy profesor de Historia —le recordó.

—Sí, ya lo sé.

—¿Esto está relacionado con los problemas en Londres que hemos visto por televisión?

—Así es.

—No me van a someter a otro interrogatorio sobre los Tudor, ¿verdad? —preguntó medio en broma.

—Pues sí. A las cinco habrá un coche con chófer esperándole en la puerta de su casa. Por favor, llévese lo necesario para pasar la noche fuera y póngase un traje elegante. Se va a reunir con la reina.

Se abrió la puerta de la sala y Gough vio entrar con paso decidido a John Camp, recién afeitado por primera vez en un mes y ataviado con una chaqueta azul marino, pantalones grises y corbata a rayas. La ropa era nueva, pero su expresión era de cansancio.

—Imaginaba que volveríamos a vernos —saludó Gough.

—¿Qué tal está, profesor?

—Me quedé perplejo el día que nos conocimos y sigo perplejo.

—Vamos a intentar aclararle algunas cosas.

—¿En serio?

—Supongo que ha estado viendo las noticias.

—¿Y quién no? Es alarmante. Y los vergonzosos balbuceos de las autoridades no han sido de gran ayuda.

John se sentó frente a él.

—Le seré sincero, no es una situación fácil de explicar.

—Ese tío, Giles Farmer, ha salido por la tele diciendo unas cosas muy raras sobre el colisionador del MAAC, otras dimensiones, portales y no sé cuántas cosas más.

John se inclinó hacia delante.

—La mayoría de las cosas que dice son ciertas —reconoció.

—¿Qué? —exclamó Gough, aún más conmocionado que antes.

—Pero él no tiene ni idea de qué es esa otra dimensión. ¿Está preparado para escuchar la verdad? En cuanto se la cuente, su vida no volverá a ser la misma.

—Me parece que me lo va a contar lo quiera o no.

John asintió y sonrió.

—Profesor, ¿es usted un hombre religioso?

—No voy a la iglesia, pero sí, creo en un poder superior.

—¿Qué lugar ocupan en sus creencias el Cielo y el Infierno?

—Bueno, creo que son abstracciones útiles para motivar actitudes.

—No sé nada sobre el Cielo, pero estoy aquí para decirle que el Infierno existe. No es una abstracción.

Varios minutos después de iniciar su monólogo, John se detuvo para preguntarle al lívido profesor si se encontraba bien. Gough pidió un poco de agua, John salió de la sala y regresó con una botella de la nevera de la enfermería.

—Supongo que lo siguiente que va a decirme es que se encontró allí con Enrique VIII —murmuró Gough con voz ronca.

—Así es, y no solo con él.

John le recitó de un tirón el resto de los nombres: Cromwell, la reina Matilda, Robespierre, Barbarroja, el rey Pedro, Himmler y Stalin. Con cada nombre, Gough separaba un poco más los labios hasta quedar boquiabierto.

—Esto es increíble. —Gough sacudía la cabeza de un lado a otro—. Esté o no preparado para creerme lo que me cuenta, la gran pregunta es: ¿para qué me han hecho venir?

—Porque usted sabe más que nadie sobre Enrique VIII.

—¿Y por qué estos conocimientos van a ser de utilidad a un gobierno que parece tener asuntos mucho más urgentes entre manos?

—Porque está en una habitación al final del pasillo.

—¿Quién?

Una unidad de la Tercera Brigada de Comandos de los Royal Marines tomó posiciones en el puente de Leatherhead sobre el río Mole. Habían sido desplegados hacía solo una hora para auxiliar a una unidad de la policía de Surrey que había quedado acorralada. El subteniente Jack Venables observó el centro de la ciudad a través de los prismáticos de visión nocturna y los dejó a un lado para frotarse los ojos. Le pareció que un cabo se había quedado dormido, pero el soldado al que reprendió tenía en realidad la cabeza gacha para estudiar un mapa con una pequeña linterna.

—Perdona —se disculpó Venables—. Continúa.

El sargento de la unidad, Callum Ferguson, seguía pegado a sus prismáticos y alertó a Venables de signos de actividad.

—Cuatro individuos se acercan hacia nuestra posición. A trescientos metros. Vienen corriendo.

Venables ordenó a los ocho hombres de la unidad que se preparasen y les recordó las instrucciones que tenían.

—¿Nos va a volver a explicar cómo se supone que debemos distinguir a un ciudadano de un invasor? —preguntó uno de los soldados, que en el último momento añadió—: Señor.

Al subteniente le molestó el tono de insubordinación, pero se mostró paciente porque era consciente de que la misión era difícil y extraña.

—Escuchad —dijo—. Todos nosotros, incluido yo, estamos situados en la parte baja de la cadena alimentaria de este asunto. A mí no me han explicado mucho más de lo que están diciendo en los medios de comunicación, pero el teniente coronel nos dejó bien claro en la reunión de esta tarde que la ciudad ha sido invadida por individuos sin identificar a los que se puede distinguir por el desagradable hedor que despiden.

—Entonces ¿tenemos que olisquearles los sobacos antes de dispararles? —preguntó el soldado.

—Cierra la puta boca, Saunders —le ordenó el sargento.

Otro soldado levantó la cabeza, apartando el ojo de su mira telescópica.

—Teniente, ¿no le dijeron de dónde proceden esos tipos?

—El teniente coronel se mostró evasivo con respecto a eso, pero saqué la conclusión de que no estábamos hablando de hombrecillos verdes procedentes de Alpha Centauri o de refugiados de Oriente Medio. Sargento, ¿cuál es la posición de esos hombres?

—Doscientos metros. Y siguen acercándose.

—Mi novia me ha enviado un mensaje de texto —comentó el cabo—. Según ella, están diciendo que esos tíos proceden de otra dimensión.

—Tu novia sí que debe de ser de otra dimensión para salir contigo —comentó Saunders.

—Silencio todo el mundo —ordenó Venables—. Cuando estén a cincuenta metros, encended los reflectores.

Los focos iluminaron a las cuatro siluetas que se acercaban. Los desconocidos se detuvieron y se protegieron los ojos con una mano.

—Royal Marines —gritó el sargento por encima del ruido de la corriente del río—. Acérquense lentamente con las manos sobre la cabeza.

Los dos hombres y dos mujeres obedecieron y caminaron hacia ellos por Bridge Street. Justo antes de llegar al puente, los soldados vieron que desviaban la mirada hacia la izquierda, en apariencia alertados por algo proveniente de Minchin Close, un

callejón sin salida que carecía de iluminación. De pronto, una de las mujeres lanzó un grito mientras una oscura silueta surgía de entre las sombras, la agarraba y la arrastraba lejos de la luz.

—¡Qué coño es eso! —gritó Saunders.

Los otros tres civiles bajaron los brazos y empezaron a correr hacia el puente.

—¿Qué órdenes tenemos? —le gritó el sargento a Venables.

—Mantened las posiciones —dijo el subteniente—. No estamos autorizados para avanzar hacia el centro de la ciudad.

—¡Pero se han llevado a una mujer! —protestó Saunders.

—Creo que tengo a uno a tiro —informó el cabo, siguiendo a una resplandeciente silueta verde con la mira telescópica nocturna del rifle.

—No tienes permiso para disparar —replicó Venables—. Tenemos que cumplir las órdenes.

Los dos hombres y la mujer habían llegado al puente y el sargento les ordenó que se sentasen sobre las manos en mitad de la calle. Eran todos adultos jóvenes y parecían en estado de *shock* y aterrorizados. La mujer lloraba desconsolada. Los dos hombres no dejaban de mirar atrás, para comprobar si estaban de verdad a salvo.

—Registradlos por si llevan armas —ordenó el sargento a sus hombres.

—Se han llevado a Sarah —gimoteó uno de los hombres—. Y vosotros no habéis hecho nada.

Saunders los cacheó y cuando acabó, olisqueó sonoramente al joven de la barba.

—¿Qué haces? ¿Eres un puto perro? —protestó el tipo—. Ahí fuera hay gente muriendo, reclamando la intervención de la policía y el ejército. Y vosotros estáis aquí a resguardo en este puente, olisqueándome como si fueseis retrasados mentales.

Saunders hizo caso omiso de los insultos.

—Huele bien —informó.

Venables se acercó y ordenó que cacheasen a los otros dos.

—De acuerdo, podéis levantaros. —Los miró a los ojos y les dijo—: Tenemos órdenes de mantener esta posición hasta que las autoridades averigüen a qué nos enfrentamos. Por lo que tengo entendido, miles de civiles han respondido a los avisos que llevamos todo el día emitiendo y han salido de la ciudad. Os trasladaremos a un centro para evacuados en Dorking.

La otra mujer le escupió y maldijo.

Venables se limpió la mejilla con la mano.

—Siento que se hayan llevado a vuestra amiga. Nosotros no podemos hacer nada. Contadme qué ha sucedido en la ciudad.

El otro chico explicó con tono calmado:

—Nos pasamos la mayor parte del día escondidos en casa de Sarah, que no está lejos del centro comercial. Veíamos a gente corriendo por la calle, pero estábamos aterrados, no nos atrevíamos a salir. Vimos cosas horribles desde la ventana. Horribles. Oímos el mensaje por los altavoces, pero no osamos a movernos. Hace

media hora oímos que entraban por la puerta trasera y salimos por la delantera.

—¿Qué visteis? —preguntó el teniente.

—Gente masacrada. Son animales, animales salvajes. Hemos visto cómo se comían a personas todavía vivas.

John condujo a Gough por un pasillo. El grupo de oficiales del MI5 que vigilaban una puerta se apartaron cuando llegaron hasta ellos para dejarlos pasar.

—¿Preparado? —le preguntó al profesor.

—No lo sé —reconoció Gough.

John llamó a la puerta y la abrió. Era una habitación de hospital como cualquier otra, idéntica a la que él mismo había ocupado un mes antes. Un hombre corpulento, con barba incipiente y largo cabello plateado vetado de mechass todavía pelirrojas, estaba tumbado en la cama sin deshacer, vestido con un albornoz y con las piernas llenas de cicatrices y moratones a la vista. Leía con sumo interés un libro, la obra de Gough, *Vida y época de Enrique VIII*, pero lo bajó y exclamó:

—¡Por fin! John Camp, mi captor. Estoy muy disgustado.

—¿No le tratan bien, majestad?

—No me han servido vino. Ni cerveza. Me han dado agua y algo repugnante que me pica en la nariz y sabe asqueroso.

John miró la lata de soda y sonrió.

—¿Y qué es esto? —Enrique señaló la comida sin tocar en una bandeja que tenía cerca.

—Se llama sándwich.

—Es repugnante. ¿Y dónde está mi ropa?

—Creo que la están lavando.

—Maldito seas. No estaba sucia.

—Creo que querían fumigarla antes de que se reúna con la reina.

—¿Qué es fumigarla?

—Matar todos los bichos y piojos.

—¿Cómo te atreves? ¡Yo no tengo piojos! —gritó el rey.

—Es una simple precaución. Quiero presentarle al hombre que escribió el libro que está leyendo. Majestad, este es Malcolm Gough, historiador. Con toda probabilidad sabe más sobre usted que ninguna otra persona viva.

Gough parecía inseguro sobre sus largas piernas y John pensó que estaba a punto de desmayarse.

—No... no sé qué decir —balbuceó Gough—. ¿Esto puede ser cierto? ¿Puede estar pasando?

—¿Quiere pellizcarme, señor? —le ofreció Enrique—. ¿Eso le convencerá?

—No, no, es solo que...

Las rodillas le fallaban. John lo sostuvo en pie mientras buscaba una silla.

—¿Le molesta que el profesor se siente? —le preguntó al rey.

—Será mejor que lo haga. Si hubiesen tenido el detalle de traerme una jarra de cerveza, ahora le podría ofrecer un poco.

—Beba un poco de agua. —John le ofreció un vaso.

Apuró el vaso y con un gesto de la mano indicó que estaba bien.

—Lo siento —graznó—. Ojalá fuese capaz de expresar lo importante que es para mí este momento. No recuerdo la de veces que he imaginado lo que representaría poseer una máquina del tiempo con la que poder viajar al pasado, hasta su corte, y mantener un encuentro con usted. Hablar con usted.

—Usted, señor historiador, no es el único que está pasmado y sorprendido —respondió Enrique—. Después de muchos siglos me he acabado acostumbrando al extraño entorno del Infierno, pero debo admitir que la colisión de nuestros dos mundos me ha dejado atónito.

—El señor Camp me ha pedido que le haga varias preguntas.

—¿Preguntas de qué tipo? —quiso saber Enrique.

—Sobre su vida y su época.

—¿Con qué finalidad?

Gough miró a John buscando una respuesta.

—Esta es la situación —le explicó John al monarca—: Yo sé que usted es quien dice ser. Estuve en Britania. No necesito que me convenza. Pero en un par de horas tenemos una audiencia con la reina y la gente del gobierno quiere asegurarse de que es usted quien dice ser, Enrique VIII, y no un impostor. Después de todo, no se parece usted mucho a la imagen de la cubierta del libro del profesor.

—Holbein —explicó Enrique—. Fue horroroso posar para él. Sus flatulencias invadían mis aposentos y dejaban un hedor semejante al de un pudridero. En cualquier caso, no es fácil mantener la corpulencia en el Infierno. Mi físico actual es más parecido al de mis años jóvenes.

Gough se aclaró la garganta e hizo la primera pregunta:

—Acaba de mencionar a Hans Holbein. Ana Bolena le encargó diseñar una copa para ella. ¿Puede por favor decirme qué grabó en esa copa?

Enrique balanceó las piernas sobre la cama, dejando expuestas durante un instante sus prodigiosas partes íntimas antes de retocarse el albornoz. Frunció el entrecejo en un gesto de concentración y dijo que era difícil recordar ese detalle después de quinientos años.

—Puedo pasar a la siguiente —propuso Gough.

—Era un halcón —recordó de pronto el monarca—. Un halcón posado sobre un lecho de rosas.

Gough se volvió hacia John y asintió.

—Mantuvo usted una relación significativa con mi universidad, Cambridge —continuó Gough—. ¿Puede decirme en qué consistió?

—He leído en su libro que es usted profesor del Trinity College. ¿Quiere que le

explique cómo se creó el Trinity?

Gough volvió a asentir.

—Los *colleges* de Cambridge poseían grandes riquezas, muchas tierras y, debería añadir, sentimientos papistas. Como yo estaba apoderándome por la fuerza de las propiedades de la Iglesia, la universidad temía convertirse en la siguiente víctima y los eruditos convencieron a mi reina, Catherine Parr, de que no clausurase los *colleges*. Por motivos económicos, decidí fusionar dos de ellos, Michelhouse y King's Hall, y varias residencias de estudiantes, para crear el Trinity. Me enorgullece saber que sigue en activo.

—De nuevo es correcto —le dijo Gough a John antes de continuar—. En 1513 lideró la invasión de Francia con el ejército británico y conquistó varias ciudades francesas. ¿Puede enumerarlas?

—Esto lo recuerdo como si fuese ayer. Théroutane y Tournai. Fueron victorias modestas, pero para mí, que entonces era joven, gloriosas.

—Gracias. Me pregunto si puedo hacerle una de las preguntas que siempre he soñado con poder formularle. En la petición de anulación de su matrimonio con la reina Catalina de Aragón, se discutió mucho sobre el anterior casamiento de ella con vuestro hermano. El asunto del estatus matrimonial fue primordial en la petición a Roma. No pretendo ofenderle, pero ¿puedo preguntarle si Catalina era de verdad virgen cuando usted la desposó?

Enrique le lanzó una mirada furiosa. John pensó que el profesor iba a salir corriendo de la habitación, aterrorizado, hasta que el rey empezó a reírse a carcajadas y a darse palmadas en sus desnudos muslos.

Un helicóptero Merlin MK4 de la Fuerza Aérea equipado con cámaras de alta resolución con visión nocturna se aproximaba a Leatherhead desde el sur, con una tripulación de tres oficiales de vuelo y dos técnicos de telecomunicaciones.

El piloto saludó al subteniente Venables, que oyó aproximarse al aparato justo antes de que le hablasen por los auriculares.

—Os vamos a mandar imágenes en tiempo real. ¿Os interesa ver algún sector en concreto? —preguntó el piloto tras intercambiar los saludos de rigor.

—El centro comercial Swan y Bridge Street en el tramo que conduce a nuestra posición en el puente.

—Afirmativo. Manteneos a la escucha.

El helicóptero pasó en vuelo rasante sobre el puesto de los marines y Venables abrió el portátil y entró en la web de los comandos de la RAF. En la pantalla aparecieron las imágenes tomadas desde el aire.

El aparato voló en círculos sobre la ciudad a cien metros de altitud hasta que por fin llegó al centro comercial. Allí, Venables distinguió a una persona que salía del edificio y gesticulaba con los brazos pidiendo ayuda. Después, en North Street, vio a

un grupo de al menos treinta hombres que miraban al cielo, pero sin gesticular.

Capturó la imagen de la pantalla y llamó a su sargento:

—Creo que esta es la escoria que corretea suelta por ahí —comentó Venables.

—Espero que nos den luz verde para entrar en la ciudad y acabar con ellos —replicó el sargento.

—Yo también, pero nos falta información. Si el mando sabe quiénes o qué son, se lo están callando.

—Si mi mujer y mis hijos estuviesen ahí, nadie lograría mantenerme a la espera —concluyó el sargento.

El helicóptero giró hasta situarse prácticamente encima del centro comercial y el aparcamiento de varias plantas.

Venables estudiaba lo que la cámara iba registrando cuando de pronto alzó la cabeza alarmado al ver que la imagen empezaba a girar de forma enloquecida. Él y el resto de la patrulla vieron como, a lo lejos, el helicóptero descendía en rápidos giros hacia el suelo hasta explotar en medio de una llamarada amarilla al golpear contra el tejado del aparcamiento.

El piloto del Merlin parpadeó desconcertado. Todo estaba oscuro. El helicóptero había desaparecido. El casco y la ropa de vuelo habían desaparecido. Oyó los gritos de los otros miembros de la tripulación y después sus propios alaridos mientras caían a plomo cien metros para encontrar la muerte.

Cinco cadáveres destrozados yacían en un callejón que discurría por detrás de una hilera de chozas en otro Leatherhead, una aldea en la Britania del Infierno.

El primer ministro Lester concluyó su conversación telefónica con el presidente Jackson y subió el volumen de la televisión del asiento trasero de su Jaguar oficial. Un reportero de la BBC informaba desde el parqué de la Bolsa de Nueva York, donde se había suspendido la cotización después de las históricas caídas registradas tanto en la ciudad norteamericana como en Europa. Se volvió hacia su jefe de gabinete, que viajaba a su lado.

—Vamos a tener que hacer algún tipo de declaración oficial esta misma noche para tranquilizar a los mercados —le dijo—, o el desplome de hoy acabará pareciendo un juego de niños.

—¿Le pongo en comunicación con el ministro de Hacienda?

—No hasta que sepamos qué vamos a decir. Tendremos que ir un poco más lejos que hoy en nuestras explicaciones, pero ¿cuánto más lejos? Esa es la gran pregunta.

—Yo diría que hasta el final, pero sin mencionar la palabra Infierno —propuso el jefe de gabinete.

—Creo que tienes razón. —Bajó el volumen de televisor y las sirenas de los

motoristas que los escoltaban penetraron en el interior acolchado del vehículo.

Sonó el teléfono del secretario.

—Llamada de París. El presidente Rembert.

—¿Cuánto queda para llegar a Windsor? —le preguntó el primer ministro al conductor.

—Diez minutos, señor.

—De acuerdo, pásame al presidente.

El móvil personal del primer ministro también sonó en ese momento. Comprobó el origen de la llamada y respondió. Tras una breve conversación, colgó y anunció:

—Acabamos de perder un helicóptero de la RAF en Leatherhead.

Escoltaron al primer ministro hasta el salón del trono del palacio de Windsor. La reina estaba sentada en una de las sillas acolchadas colocadas frente al ornamentado trono encarnado, que permanecía vacío en su plataforma elevada y enmoquetada. La monarca, que jugueteaba con los guantes, lo saludó al verlo entrar:

—Oh, ya ha llegado usted.

—Majestad, ¿cómo está usted? —respondió el primer ministro, tendiéndole la mano.

—Muy inquieta por los acontecimientos, como puede imaginarse. Y me ha parecido un acto de cobardía obligarme a salir de Londres e instalarme en Windsor.

—Hasta que tengamos la situación más controlada, es lo más aconsejable —le aseguró Lester mientras tomaba asiento a su lado—. Creo que de momento Windsor es el sitio adecuado. Si las cosas empeoran, recomendaré su traslado a Balmoral.

—Ya hablaremos de eso si llega el caso, Peter. De momento mi atención se centra en el caballero que llegará en breve. ¿Está usted seguro, absolutamente seguro, de que es quien dice ser?

—Por raro que parezca, así es. Tenemos un buen número de evidencias. La primera es un minucioso interrogatorio que ha llevado a cabo el profesor Malcolm Gough, de Cambridge, un experto de primera línea en la dinastía Tudor. Confirma que nadie que no sea Enrique o un experto en su figura conocería las respuestas a las preguntas que le formuló. Si unimos a esto el testimonio del señor Camp y la doctora Loughy, tenemos unas evidencias circunstanciales muy sólidas. La segunda prueba es de carácter científico. Esta tarde los médicos han analizado una muestra de ADN de nuestro caballero. Aunque no hay descendientes vivos conocidos de Enrique VIII, existe una posible línea sanguínea a través de su hermana, Margarita Tudor, que conduce hasta varias personas vivas. El análisis sugiere un parentesco plausible.

—Pueden analizar también una muestra mía —propuso la reina—. Creo que él es mi tío tatarabuelo, hay doce personas entre él y yo.

—Sí, podemos hacerlo —aceptó el primer ministro.

—La verdad es que no sé qué pensar —admitió—. He hablado con el arzobispo

de Canterbury sobre la dimensión espiritual de todo esto. Él es menos incrédulo que la mayoría con respecto a la existencia de un lugar llamado Infierno, pero aun así, está atónito.

—Ya me lo imagino.

—Antes de que llegue nuestro invitado, ¿cuál es la situación de los incidentes? —preguntó la reina.

—Hemos sellado Leatherhead, Sevenoaks, Dartford y Upminster, así como los otros dos lugares afectados por incidentes previos, Iver y South Ockendon. Creemos que se ha producido un elevado número de bajas civiles, sobre todo en Leatherhead, pero todavía no hemos autorizado a la policía y al ejército a entrar en las zonas afectadas. Sin embargo, un helicóptero Merlin de la RAF acaba de estrellarse en Leatherhead y el mando operativo está valorando la viabilidad de desplegar una misión de búsqueda y rescate.

—Dios bendito —murmuró la reina, que dejó escapar un hondo suspiro—. Me han llegado noticias de que el hijo de Jeremy Slaine es uno de los chicos desaparecidos del colegio.

—Por desgracia, así es.

Se oyó un fuerte golpeteo en las pesadas puertas del salón del trono y un oficial de palacio anunció que los invitados habían llegado. Justo en ese momento, un numeroso contingente de miembros de la guardia real entró en el salón y se alineó a lo largo de las paredes.

—¿Este despliegue es necesario? —preguntó la reina.

—En mi opinión es una precaución prudente —repuso el primer ministro.

Un operario accedió por una puerta lateral, colocó un trípode y fijó una cámara a él.

—Me han aconsejado que grabemos esta reunión para la posteridad —explicó la reina.

—Estoy de acuerdo —aplaudió el primer ministro—, aunque no estoy seguro de que vaya a salir alguna vez a la luz pública.

—Ese es un asunto para tratar otro día —replicó la monarca, que se levantó, se sentó en el trono decorado con un monograma y se puso los guantes blancos.

Todos aguardaron expectantes. Cuando volvieron a abrirse las puertas, tres hombres entraron con paso lento en el salón.

Nadie prestó atención a Malcolm Gough ni a John Camp. Todas las miradas se concentraron en el hombre de altura semejante que caminaba entre ellos.

Enrique vestía la ropa que llevaba en Dartford cuando John se lo llevó como rehén. Durante su estancia en el Royal Hospital, la vestimenta se había fotografiado e inspeccionado y después había sido entregada a una empresa especializada en limpiar vestuario de películas para que la sometiese a un concienzudo lavado.

Llevaba la ropa que solía ponerse para salir a cazar, no sus elegantes ropajes palaciegos, pero aun así resultaba imponente. La guerrera, que le llegaba hasta debajo

de las rodillas, sobre un blusón blanco de cuello redondo, estaba decorada con elegantes bordados púrpuras y dorados. Se abría por debajo de la cintura y dejaba a la vista una bragueta de color amarillo provocativamente grande que por un instante captó la atención de la reina. El monarca iba calzado con unas botas altas y flexibles de montar y llevaba unos calzones ceñidos de color carmesí, una capa marrón ribeteada con cuero suelta sobre la guerrera y un sombrero plano de ala ancha decorado con plumas. Le habían dado a elegir entre una docena de colonias y había optado por una que se había echado con tal generosidad que su hedor quedaba por completo tapado bajo el intenso aroma del jazmín y el romero.

Se permitió echar un vistazo a la magnificencia de la sala del trono, con sus paredes paneladas y el alto techo ornamentado y cubierto con pan de oro y los retratos de la monarca y de sus antecesores en el trono desde Jorge I en adelante, pero tuvo la deferencia de prestar especial atención a la propia reina.

Parecía muy seguro de hasta dónde debía avanzar antes de detenerse. John y el profesor avanzaban unos pasos por detrás de él.

Se quitó el sombrero y, sin inclinarse, saludó:

—Majestad.

John se percató de que a la reina le temblaban las manos enguantadas sobre el regazo.

La soberana recuperó la compostura y respondió:

—Su alteza real, no sé muy bien qué decir, de modo que me limitaré a daros la bienvenida de nuevo al palacio de Windsor.

—Pese a que está anocheciendo, vuestra maravillosa iluminación me ha permitido comprobar que el palacio ha cambiado mucho desde mi época —reconoció Enrique—. Está espléndido.

—¿Queréis sentaros? —le propuso la reina.

—Sí. —Señaló con el sombrero la cámara de vídeo y preguntó—: ¿Eso es algún tipo de arma?

John, sentado a su lado junto al profesor, le explicó que era una máquina que grababa sus palabras y su imagen. Enrique se encogió de hombros con indiferencia.

—Me gustaría presentaros al primer ministro de Gran Bretaña, Peter Lester —dijo la reina.

—Este gran historiador, el señor Gough —comentó Enrique cuando Lester tomó asiento—, ha sido mi profesor durante las últimas horas. Me ha explicado el funcionamiento del gobierno de su majestad. Debo decir que conozco bien vuestro reinado y el de muchos de los monarcas cuyos retratos cuelgan de estas paredes. Llevo unos quinientos años estudiando con diligencia las crónicas de los nuevos ocupantes de mi trono.

—Admito mi absoluta sorpresa al ser informada de vuestra aparición, mi buen rey —reconoció la reina—. Resulta difícil comprender en toda su magnitud las implicaciones teológicas y científicas. Y poder estar aquí sentada conversando con

uno de los grandes personajes de la historia británica... la verdad es que estoy abrumada.

—Podéis agradecerle a este hombre, John Camp, mi presencia aquí, porque fue él quien me tomó como rehén y me trajo hasta vuestro mundo. También yo debo darle las gracias, porque hoy, en vuestro hospital real, he mirado por la ventana de mi habitación y he visto algo que pensaba que no volvería a ver jamás: el sol.

La reina miró directamente a John.

—Le doy las gracias por los servicios prestados y por su valor —le dijo—. A su debido tiempo, se lo agradeceré de un modo más protocolario.

John asintió con la cabeza.

La reina volvió a centrar su atención en Enrique.

—Debo admitir que me ha sorprendido saber que tras vuestra muerte acabasteis en vuestra actual morada.

—El Infierno —matizó Enrique—. Podéis llamarlo por su nombre. Y puedo aseguraros que a nadie le sorprendió más que a mí, porque jamás maté o mutilé a ningún hombre con mis propias manos, y todo lo que hice, fue por la grandeza y gloria de Inglaterra.

—Sé que habéis tenido un día agotador y lleno de novedades —prosiguió a reina —, pero tengo un montón de preguntas que me gustaría haceros... sí, lo confieso... sobre el Infierno.

El rostro de Enrique se iluminó, se relajó en la silla, abrió un poco las piernas y dejó a la vista la bragueta.

—Nada me resultaría más grato —reconoció satisfecho—. Me han dicho que no sois descendiente directa mía, pero sois la reina de Inglaterra, y siento que me une a vos un parentesco y un cariño que llena de felicidad mi viejo corazón y eleva mi alma condenada. Preguntadme lo que queráis y os cantaré mis respuestas como un pajarillo feliz al que han liberado de su jaula y permitido regresar a su frondoso bosque.

Heath estaba demasiado cansado y borracho para continuar. Se sentó, apoyado contra una estantería de productos horneados en el Sainsbury's del centro comercial Swan y cerró los ojos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su colega Monk, mientras abría un pastel empaquetado. Monk era un tipo bruto y fornido, que había perdido todos los dedos salvo dos de la mano derecha. En ese momento los utilizaba como un garfio para extraer un trozo de pastel de chocolate mientras se aseguraba de que Heath estuviese lo bastante despierto como para enterarse de lo bueno que estaba.

—¿Qué? —murmuró Heath parpadeando.

—El pastel. Está de puta madre.

—Tengo el estómago a rebosar —dijo Heath, y volvió a cerrar los ojos.

Su burda camisa estaba manchada de comida y sangre, reflejo de dos de sus tres actividades principales del día, comer y matar. Las violaciones no le habían manchado la ropa. Había sido un día largo y extraño, el más extraño que había vivido desde aquel de 1899 en que aterrizó en el Infierno un instante después de ser golpeado con una cachiporra durante una pelea cerca del puente de la torre de Londres.

Aunque Heath no era fornido, sí era rápido, con unos reflejos de relámpago y una absoluta falta de remordimientos, cualidades que le otorgaban una importante ventaja en el combate. Cuando tumbaba a un hombre en el suelo, acababa con él con despiadada eficiencia. Desde joven había sido un matón que saltaba a la mínima provocación y que casi siempre se salía con la suya, pero su suerte cambió esa fría noche en Londres. En el Infierno había tenido suerte, y aunque estaba cubierto de cicatrices de los pies a la cabeza y había perdido la mitad de los dientes en cientos de escaramuzas, nadie le había herido en serio.

Tras su llegada, no había tardado mucho en sumarse a una banda de vagabundos. La vida convencional y asustadiza de los habitantes de las aldeas y ciudades no le atraía lo más mínimo. Siempre había sido un depredador y ahora sería un superdepredador. Llevaba menos de un año como vagabundo por las sombrías calles de Londres cuando se enfrentó al jefe de la banda y le rebanó el cuello. Desde entonces era el líder, el más temido de la ciudad. En los últimos tiempos había estado aplicando la estrategia de subyugar y absorber a otras bandas de vagabundos para crear una fuerza de combate capaz de tomar ciudades fortificadas e incluso pequeñas guarniciones de soldados de la corona. Una banda de ocho o diez tipos merodeando alrededor de una zona habitada resultaba intimidante. Un ejército de un centenar era aterrador más allá de todo lo imaginable, una horda de langostas humanas que no dejaban más que cáscaras tras su paso.

La banda de Heath se había pasado la noche anterior arrasando como una plaga el

pueblo de Leatherhead. Después de dormir la mona tras una orgía de destrucción, de pronto se encontraron en un centro urbano muy diferente. Contemplaron con ojos entrecerrados el resplandor del sol y pasearon por la zona desconcertados, mientras hombres, mujeres y niños huían despavoridos.

Heath no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero uno de sus hombres, un matón que había fallecido en 1994 de una sobredosis de heroína, reconoció al instante la modernidad del lugar.

—¿Sabes dónde estamos, Heath? —le había preguntado.

—Ni puta idea.

—Juraría que estamos de vuelta en la Tierra. Hemos regresado entre los vivos.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó, mirando a su alrededor para captar las imágenes y los sonidos del siglo XXI.

—Ni idea, colega. Pero veo tías. Montones de tías.

Heath se había dedicado el día entero a satisfacer sus necesidades personales de comida y sexo, y a fomentar que sus hombres fuesen una piña. Le dijeron que en esa tierra había policías y soldados, pero todavía no había aparecido ningún hombre armado. Lo que no tardaron en ver fueron estruendosas máquinas voladoras que sobrevolaban por encima de ellos y oyeron unas voces procedentes del cielo que advertían a la gente de que no saliesen de sus casas, que cerrasen todas las puertas y ventanas y esperasen instrucciones. Más tarde, esas voces empezaron a recomendar a la gente que abandonasen el centro urbano si podían hacerlo de forma segura.

Durante las primeras horas, los vagabundos habían dado rienda suelta a sus instintos asesinos y caníbales con las víctimas con las que se fueron encontrando, pero a medida que avanzaba el día se toparon con un inimaginable botín de comida en el interior de las casas y las tiendas.

—No tenemos necesidad de actuar como caníbales —le dijo a Monk, mientras mordisqueaba un jamón en casa de un anciano—. Además, esto sabe mejor.

—Me gusta este mundo —comentó Monk mientras pasaba por encima del cadáver del viejo y localizaba unas botellas de cerveza en la nevera—. Es una puta maravilla.

Al caer la noche, Heath se las arregló para reunir a un buen número de sus vagabundos y se adentró con ellos en el centro comercial Swan. La recompensa fue descubrir las secciones de cervezas, vinos y licores del desierto supermercado Sainsbury's. El antiguo heroinómano se adjudicó el papel de profesor de los que procedían de épocas pasadas y les enseñó a desenroscar los tapones de las botellas y a abrir las latas de cerveza. Muy pronto, las varias docenas de vagabundos apestosos y cubiertos de sangre que habían entrado en el centro comercial estuvieron borrachos como cubas. Heath trató de mantener la mente despierta, pero le vencieron el cansancio y el brandy. Estaba contemplando los borrosos dedos manchados de chocolate de Monk cuando le sobresaltó un golpe seco y el estruendo de una explosión por encima de sus cabezas.

—¿Qué cojones ha sido eso? —bramó, tratando de despejarse y poniéndose en pie.

—Parece un cañonazo —respondió Monk.

—Reúne a varios de los muchachos. Ahora mismo —le ordenó Heath.

Los vagabundos habían perdido los largos cuchillos curvos, su arma favorita, al pasar a este mundo, pero casi todos se habían rearmado en las casas y tiendas del centro de la ciudad. Los que todavía no lo habían hecho, encontraron cuchillos en el restaurante indio del centro comercial y en la sección de material de cocina del Sainsbury's. Una vez reunido el grupo de borrachos, uno de ellos informó a Heath de que había encontrado una vía de acceso al tejado y los guio escaleras arriba hasta la azotea del aparcamiento de varias plantas.

El helicóptero Merlin que se había estrellado ardía con fuerza. Los vagabundos tuvieron que protegerse los ojos y mantenerse a distancia.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de ellos a Heath.

—No tengo ni idea —respondió—. Este es un mundo muy raro que yo apenas entiendo.

—Esto se llama helicóptero —les dijo el heroinómano. Estaba tan borracho que apenas lograba vocalizar—. Es un helicóptero destrozado y en llamas.

—Me gusta este sitio —balbuceó uno de los vagabundos, tambaleándose por la borrachera—. Buenos tragos, provisiones inagotables y un montón de tías. Me da igual que caigan del cielo máquinas en llamas. Siempre y cuando no me caigan en la cabeza.

Heath perdió interés en aquella chatarra ardiente y aprovechó el privilegiado punto de observación para otear la ciudad que tenían a sus pies. Alrededor de ella, en los puntos estratégicos, se distinguían las parpadeantes luces rojas y azules de los vehículos de emergencia.

—No sé por qué no han intentado aplastarnos —le dijo a Monk—. Ni un poli. Ni un soldado. No tiene sentido.

—Lo más probable es que nos tengan miedo —conjeturó el vagabundo.

—Tal vez, pero tarde o temprano vendrán a por nosotros. —Escrutó a los miembros de su banda y preguntó—: ¿Quién es el que está menos borracho?

Se oyeron risitas, pero nadie contestó. Heath eligió a tres de los que parecían menos ebrios y les ordenó quedarse en el tejado e informarle si descubrían a cualquier grupo de hombres adentrándose en la ciudad. Él bajó para echarse una siesta.

Llevaba menos de una hora dormitando en uno de los pasillos del supermercado cuando uno de los vagabundos del tejado bajó a toda prisa a buscarlo.

—Ya vienen —le dijo.

Heath se incorporó hasta sentarse y se frotó la cara.

—¿A pie? ¿A caballo?

—No. Subidos a unas máquinas.

—Automóviles —le dijo Heath al miembro de su banda, que procedía del siglo XVI—. Se llaman automóviles. ¿Cuántos hay?

—Uno grande que estaba en el puente. Viene directo hacia nosotros.

Heath ya estaba de pie y pateaba a sus hombres para despertarlos. Eran unos cincuenta. Había una treintena dispersos por la ciudad, con los que no podía contar.

—Seguidme —gritó—. Vienen a aplastarnos. Ha llegado la hora de luchar.

Mientras salían al exterior, Heath sacó dos de los cuchillos de carnicero que llevaba en el nuevo cinturón que le había robado a su primera víctima. Era un chaval pálido y lleno de granos que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, girando por una esquina justo en el momento en que llegaron los vagabundos. Miró de reojo a Heath, que se sujetaba los pantalones con las manos tras haber perdido la hebilla mientras miraba a un lado y a otro absolutamente desconcertado.

El chaval ni siquiera llegó a decir una palabra. Fue su mirada despectiva al ver al mugriento y hediondo Heath lo que llevó al vagabundo a inclinarse, coger una piedra ornamental de un jardín y aplastarle la cabeza con ella. Antes de robarle el cinturón, Heath lo miró, maravillado por su inmovilidad. Le dio varias patadas para asegurarse antes de llegar a la conclusión de que, a diferencia de las víctimas del Infierno, que jamás morían, esta sí estaba muerta. En ese momento dedujo que lo increíble había sucedido: estaba de vuelta en la Tierra.

La zona peatonal junto al centro comercial estaba desierta. Heath y sus hombres se habían agrupado, esperando la llegada de los atacantes. Habían combatido muchas veces contra soldados en el pasado, sobre todo en escaramuzas accidentales. A los hombres del rey no les gustaba salir en plena noche para enfrentarse a los vagabundos, pero estos soldados eran diferentes.

Oyeron un zumbido sobre sus cabezas. Heath vio una pequeña máquina voladora con cuatro hélices. Volaba bajo, pero no lo suficiente como para golpearla con uno de sus cuchillos.

Miró a su izquierda, hacia la calle Mayor, y les ordenó a sus hombres que se replegasen en esa dirección, pero la máquina los siguió, sobrevolándolos a poco más de cinco metros del suelo.

En el interior del vehículo blindado, el sargento Ferguson avisó al subteniente Venables de lo que estaba viendo en la pantalla del portátil. El operador del dron, que lo manejaba desde el puente, seguía los movimientos de un grupo de individuos en el distrito comercial y les mandaba las imágenes.

—Tiene que ver esto —le urgió el sargento.

Venables demostró su interés apartando un poco la pantalla para ver mejor las imágenes. En la calle peatonal iluminada había un grupo de individuos que trataba de escapar del dron. Vestían ropas harapientas y anticuadas y blandían cuchillos.

—Puesto de mando —dijo Venables por el auricular—, ¿estáis viendo esto?

Su oficial en el mando operativo de Whitehall respondió:

—Lo vemos. Esperad mientras analizamos las imágenes. ¿A qué distancia estáis?

—Cien metros.

—De acuerdo. Mantened la posición y esperad.

—¿Qué es eso, sargento? —preguntó el soldado Saunders.

—Por la pinta que tienen, una concentración de individuos hostiles —respondió Ferguson.

—¿Vamos a atacarles?

—No me corresponde a mí tomar esa decisión —replicó el sargento.

Ben Wellington estaba en el asiento trasero de su Jaguar junto a John Camp cuando sonó su teléfono. Los dos iban de regreso al cuartel general del MI5 después del encuentro con la reina. El rey Enrique se dirigía a una casa segura del servicio secreto en la campiña de Hampshire acompañado por un contingente de guardias, médicos y enfermeras, un perplejo mayordomo real, varias gobernantas de confianza de palacio y un acompañante entusiasta, el profesor Gough. Ben escuchó la llamada, sacó su tableta del maletín y se la pasó a John.

—Esto es una grabación a tiempo real de un dron del mando operativo sobre Leatherhead. ¿Qué opinas de este grupo?

John negó con la cabeza.

—Son vagabundos.

—¿Estás seguro?

—Al noventa y nueve por ciento. Todos ellos llevan al menos un cuchillo y muchos dos. Los sostienen hacia abajo, como hacen los vagabundos, porque atacan clavándolos en un movimiento descendente. Y mira cómo corren. Parece que se deslicen. Avanzan con mucha seguridad, sobre todo en la oscuridad. Ben le dio las gracias y recuperó el teléfono:

—En primer lugar, creemos con un alto porcentaje de probabilidad que son visitantes del Infierno y no población civil. En segundo lugar, creemos, también con un alto porcentaje de probabilidad, que forman parte del grupo más peligroso de moradores del Infierno. Estos individuos son depredadores. Sí, respaldo plenamente la decisión de actuar así. Por supuesto, mantendré el contacto visual y la línea abierta.

El subteniente Venables anunció:

—Tenemos luz verde para atacar al enemigo. Sargento, vamos a avanzar hacia ellos. Bajaremos del vehículo a cincuenta metros y a mi señal abriremos fuego. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Ya era hora de que les pateáramos el culo a estos intrusos —le susurró Saunders al soldado que tenía al lado.

Los vagabundos seguían huyendo del dron y del vehículo que había aparecido ante ellos. Heath gritó a los suyos que se detuviesen cuando el blindado se paró y descendieron los soldados.

Estaba en el exterior del instituto de Leatherhead, un edificio victoriano de

ladrillo rojo en la calle Mayor.

—¿Estáis preparados para luchar contra ellos? —les gritó a sus hombres.

Los vagabundos alzaron los cuchillos y lanzaron unos alaridos que helaban la sangre.

—Que vengan a por nosotros —aulló Monk—. No son muchos. Los vamos a desollar.

Venables alzó la mano y dio la orden de abrir fuego.

La señal de vídeo en la tableta de Ben no tenía sonido.

John vio la imagen que transmitía el dron de la munición de 5,56 mm de la OTAN impactando en torsos y cabezas. El vagabundo que parecía ser el líder dirigía a los demás con frenéticos movimientos de los brazos hasta que recibió varios impactos en el pecho y se desplomó.

Monk se arrodilló junto a Heath, se incorporó furioso y cargó contra los marines. Solo logró dar unos pasos antes de ser derribado.

John le devolvió la tableta a Ben.

—No sabes la de veces que he soñado con liquidar a estos hijoputas con armas automáticas —reconoció.

Venables ordenó alto el fuego y avanzó con sus comandos hacia los cuerpos inmóviles que yacían sobre el pavimento. El primer vagabundo con el que se toparon había muerto de un impacto en la cabeza. El segundo seguía vivo, aunque malherido, con dos agujeros de bala en los pulmones. Era Heath, que miró a los soldados y movió los labios para decir «Que os jodan».

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó el sargento.

El subteniente hizo la misma pregunta a través del auricular y la respuesta llegó directamente desde Whitehall: nada de asistencia médica, no tomamos prisioneros.

Venables respondió al sargento bajando el cañón de su rifle y disparando a Heath entre los ojos. Los miembros del comando no necesitaban instrucciones más detalladas. Cumplieron con su desagradable cometido y repartieron tiros de gracia hasta que todos los cuerpos quedaron inmóviles.

—No parece muy noble —comentó Ben, apartando los ojos de la tableta.

—Son vagabundos —dijo John—. Ellos...

—Sé lo que son —replicó Ben—. He tratado con ellos.

—De todos modos, ya están muertos.

En un instante Heath miraba el cañón de un rifle y en el siguiente estaba boca arriba en el centro de una población inmunda, el Leatherhead del Infierno. Los vagabundos que habían llegado allí antes que él ya se habían puesto en pie y se movían sin rumbo, desconcertados y en silencio.

Monk le tendió la mano y lo ayudó a levantarse.

—Parece que hemos vuelto a nuestro mundo. Ha sido estupendo mientras ha durado.

—Ha sido de puta madre —reconoció Heath mientras comprobaba sus heridas—.

La última vez que te vi allí tenías un enorme agujero en la cabeza.

—¿Y ahora lo tengo?

—¿Han regresado todos los muchachos?

Monk miró a su alrededor.

—No todos —dijo—. Solo los que estaban con nosotros cuando los soldados han abierto fuego.

—Tenían unas armas muy raras, ¿verdad? —comentó Heath, maravillado.

—Sí que es verdad. Y ahora ¿qué?

Heath negó con la cabeza.

—No sé por qué fuimos a parar al mundo de los vivos y no sé por qué hemos vuelto a este lugar de mierda. Supongo que tendremos que seguir haciendo lo que hacíamos. Volvamos a nuestro campamento y sigamos con lo nuestro.

—Vamos, muchachos —gritó Monk—. Se acabó la diversión. Heath quiere que volvamos al bosque.

Cincuenta vagabundos se encaminaron hacia los árboles.

Heath creyó que sus ojos le estaban jugando una mala pasada. O tal vez solo fuese un efecto de la oscuridad de la noche. Uno tras otro sus hombres parecían desaparecer. Monk también lo vio, se alejó de Heath y, con un graznido, se hundió en las sombras.

Heath estaba solo.

A sus espaldas estaba el pueblo.

Frente a ellos, la oscuridad.

Sin dudar, dio un paso adelante.

—¿Qué hacemos con estos cadáveres? —preguntó el sargento Ferguson.

—No es asunto nuestro —respondió el subteniente—. Vamos a avanzar hasta el punto de colisión del helicóptero para localizar posibles supervivientes.

Por el rabillo del ojo, John vio la pantalla de la tableta que Ben había dejado en el reposabrazos que separaba sus asientos. El dron mostraba una imagen aérea de los soldados abriéndose paso entre los cadáveres.

—Dios mío.

Los vagabundos habían vuelto y corrían hacia los soldados, ajenos a lo que estaba sucediendo.

—¿Tienes comunicación directa con los marines? —preguntó John.

Alarmado, Ben dijo que no y de inmediato llamó a Whitehall.

El soldado Saunders oyó algo y volvió la cabeza justo a tiempo de ver una horda de vagabundos que se abalanzaba sobre él, con puños, patadas y dientes. Percibió su hedor e intentó alzar el arma. Sintió cómo le quitaban el cuchillo que llevaba enfundado y notó el frío acero penetrando en su pecho.

Lo último que oyó el subteniente Venables fue la desesperada advertencia del mando de Whitehall en los auriculares antes de que Heath lo derribara atacándolo por la espalda, le quitara el casco y le hundiera los dientes en el cuello.

Los dos funcionaban a base de café y adrenalina, pero su fatiga era palpable.

—Intentemos acabar lo antes posible para que podáis dormir un poco —propuso Ben.

Estaban en la sala de reuniones del cuartel general del MI5 en Londres. Por la ventana veían una gabarra que descendía por el Támesis y las retenciones de tráfico en Embarkment. Desde esa atalaya, la ciudad parecía seguir funcionando con normalidad.

John y Emily le aseguraron a Ben que estaban bien, pero él insistió en mandarlos de regreso a Dartford lo antes posible.

Otros miembros del MI5 iban entrando en la sala.

—Tienes un aspecto horrible, ¿sabes? —le susurró John a Emily—. Necesitas descansar.

—Tú tienes peor pinta —replicó ella con una débil sonrisa—. Pronto podremos dormir.

—Muy bien. Empecemos —les instó Ben—. La situación sobre el terreno ha cambiado claramente en las últimas horas y tenemos que tomar algunas decisiones difíciles. El primer ministro y el comité Cobra se reunirán en menos de una hora y debo aportarles nuestras recomendaciones. De modo que, Eva, ¿puedes hacernos un resumen de la situación?

Eva Mendel era la analista del MI5 responsable de la conexión con el Ministerio de Defensa. Era una mujer eficiente y fría, que fue directa al grano.

—Empezaré por Leatherhead —dijo—. ¿Alguien no ha visto las imágenes tomadas por el dron del ataque a los marines? Perfecto, en ese caso no será necesario volver a mostrarlas. Los invasores del Infierno, vagabundos o como queramos denominarlos, fueron eliminados por los muchachos del tercer comando, pero reaparecieron, abro y cierro comillas, «vivos», a poca distancia con trágicas consecuencias. El mando operativo no ha enviado más tropas a la zona, pero todas las imágenes grabadas desde el aire confirman sin ninguna duda que no ha habido supervivientes entre los nuestros. En Dartford, Sevenoaks y Upminster no hemos podido observar el fenómeno de moradores del Infierno eliminados que hayan reaparecido después, pero durante la última hora hemos sido testigos de esto. De nuevo, lo que veréis son imágenes grabadas por un dron con visión térmica nocturna, empezando en Sevenoaks, cerca del colegio Belmeade.

En la gran pantalla colocada en la parte frontal de la sala apareció un campo de juego vacío y oscuro de unos treinta metros. Al principio el campo estaba desierto. De pronto apareció la silueta resplandeciente de una persona, que permaneció inmóvil varios segundos antes de empezar a correr en una dirección, detenerse y correr en sentido contrario. Aparecieron otras dos personas y la primera se unió a

ellas. Pasaron cinco minutos y aparecieron en la pantalla cinco personas más. El grupo de ocho se dirigió hacia el edificio evacuado y forzó la entrada.

—Esto no pinta bien —murmuró John.

—Por lo que sé —continuó Mendel—, estos individuos siguen en el interior del edificio y no ha aparecido ninguno más. Ahora vayamos a Dartford. Reconocerán ustedes el exterior de las instalaciones del MAAC, también evacuado por completo a primera hora de esta tarde. Fijaos en la cancha de tenis.

Las luces de seguridad del complejo estaban encendidas, de modo que la imagen del dron era algo difusa. La pista de tenis estaba completamente iluminada. Aparecieron tres personas cerca de la red, corrieron hacia la valla e intentaron salir. Al cabo de un rato, una de ellas encontró la puerta y los tres se perdieron en la oscuridad.

—No hemos captado más actividad en Dartford. Y, por último, esto es Upminster, una urbanización cerca de Litchfield Terrace. La zona ha sido evacuada y sellada, pero hemos detectado a este grupo de seis individuos entrando y saliendo de las viviendas vacías.

—¿Estáis seguros de que no son residentes que han vuelto o vándalos de las zonas circundantes? —preguntó Ben.

—No podemos saberlo con seguridad —reconoció Mendel.

—Rebobina hasta el punto en el que pasan por debajo de la farola —pidió John—. ¿Puedes acercarlos con el zum en ese plano?

Mendel encontró el punto exacto, congeló la imagen y la amplió.

—¿Veis la ropa que llevan? No la han comprado en Marks and Spencer. Es tosca. Es ropa de moradores del Infierno.

—Esa era nuestra hipótesis de trabajo —afirmó Mendel—. Creo que esto es todo lo que tengo. ¿Alguna pregunta?

—¿Habéis detectado algo similar en los lugares de los incidentes anteriores, en South Ockendon e Iver? —preguntó Emily.

—No, ninguna actividad en estos puntos —respondió Mendel.

Ben le dio las gracias y dijo:

—Doctora Loughy, creo que necesitamos tu punto de vista sobre lo que está sucediendo.

Emily sacudió la cabeza con gesto pesadoso.

—La evolución de los acontecimientos me parece preocupante —explicó—, muy preocupante. Como sabéis, hasta ahora había sido necesario reiniciar el colisionador para que se produjese actividad en los nódulos. —Vio las caras de perplejidad en la sala y añadió—: Llamamos nódulos a los puntos de contacto entre nuestra dimensión y la suya. Hasta ahora, incluyendo la actividad de hoy, tenemos contabilizados seis nódulos conocidos: Dartford, South Ockendon, Iver, Leatherhead, Sevenoaks y Upminster. Esta noche el colisionador está parado, y sin embargo hemos visto transferencias bidireccionales en tres de los nódulos.

—¿Bidireccionales? —preguntó Ben—. Creo que no hemos visto desaparecer a ninguno de los nuestros.

—El helicóptero derribado —le recordó John—. Ya sé que no habéis podido enviar tropas sobre el terreno, pero me aventuraría a decir que no encontraréis cadáveres entre la chatarra.

—¿Crees que la tripulación ha acabado en el otro lado? —preguntó Ben.

—En efecto. Y si estoy en lo cierto, habrán aparecido allí en el aire y se habrán precipitado al vacío.

—Dios mío —musitó Ben.

—Estoy de acuerdo con John —intervino Emily—. Lo más probable es que el helicóptero atravesase un nódulo, perdiese a la tripulación y se estrellase. Ya no resulta apropiado llamarlos nódulos. Son hipernódulos, o tal vez zonas calientes. Ya no son transitorios ni están asociados con la actividad del colisionador. Eso significa que ya no podemos bloquear los canales que comunican las dos dimensiones simplemente echando el cierre definitivo al MAAC. Debemos encontrar una manera alternativa de sellarlo de modo permanente.

—Según mis informaciones, el grupo de expertos al que convocamos no obtuvo ninguna respuesta —apuntó Ben.

—No he podido hablar con ellos en persona y todos mis colaboradores relevantes han desaparecido de Dartford esta mañana. Tomaré tu comentario al pie de la letra y te diré lo siguiente: el experto mundial más importante en strangelets, Paul Loomis, me dijo que sabía cómo poner fin a todo esto.

Uno de los oficiales sentados en la otra punta de la mesa comentó:

—Bueno, pues escuchémosle. ¿Dónde está?

—En el Infierno —respondió Emily—. Y por eso necesito volver allí y encontrarlo.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó Ben.

—Más o menos —reconoció John—. No será fácil sacarlo de allí, pero con la fuerza adecuada y un poco de suerte, es factible. Cuanto más tardemos en hacerlo, más aumentarán las probabilidades de que lo trasladen o, peor aún, que resulte herido en la guerra que se está desarrollando.

—Mientras tanto vamos a necesitar una estrategia para contener a los visitantes del Infierno que lleguen a través de las zonas calientes —dijo Mendel.

—Será complicado —opinó Emily—. Es posible que la inestabilidad de las zonas calientes vaya en aumento.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Ben.

—Que las áreas afectadas aumentarán su extensión —respondió ella—. Por ejemplo, si acordonáis Leatherhead, es posible que quienes se hagan cargo de los puestos de vigilancia terminen estando dentro de la zona caliente y sean transportados al otro lado.

—No podemos permitir que los visitantes del Infierno escapen y acaben

correteando libres por Londres —comentó Mendel.

—No, por supuesto que no —aseguró Ben—. Tenemos que crear un cordón de seguridad en alguna parte y vigilar cualquier síntoma de que el problema se expande.

—Va a ser más difícil de lo que pensáis —dijo John—. Al otro lado se va a correr la voz de lo que está pasando. Los moradores del Infierno querrán escapar de allí y venir a esta tierra de promisión. Las zonas calientes acabarán llenas y desbordadas. Si el ejército les dispara, con misiles o con lo que sea, nos encontraremos con lo mismo que hemos visto en la grabación del dron. Los visitantes del Infierno reaparecerán. Y si repetimos el ejercicio, lo único que vamos a tener son pilas de cadáveres de moradores del Infierno, tal vez múltiples copias de los mismos cadáveres, mientras que ellos regresarán una y otra vez. Y al final desbordarán nuestras defensas.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Ben con los brazos en alto—, ¿levantamos las manos y nos rendimos?

—No es lo que estoy sugiriendo. Debemos pararlos al otro lado. Hay que detenerlos en el Infierno.

Ben arqueó las cejas y preguntó:

—¿Y cómo propones hacerlo?

—Con la ayuda de un puñado de valientes y de alguien con el que hace años que no hablo.

Emily pasó un dedo por la mesa del comedor de John y le mostró el polvo.

—El tío que limpia la casa ha estado fuera —se justificó John. Abrió dos latas de cerveza fría, le ofreció una a Emily y se dejaron caer en el sofá, donde ella dio pequeños sorbos y él bebió grandes tragos.

—Esto es una pesadilla —comentó Emily.

—Sí, tiene mala pinta. ¿De verdad crees que Paul Loomis tiene la respuesta?

—Creo en su palabra. ¿Por qué iba a mentir?

—Ojalá tuviésemos algo más a lo que agarrarnos. No sé...

Emily le acercó un dedo a los labios para que se callase.

—Ya lo sé, ya lo sé, no quieres que vaya —susurró ella—. Pero sabes que esto ha ido de mal en peor. Paul y yo hablamos el mismo lenguaje. Sea cual sea su idea, yo seré capaz de entenderla y ponerla la práctica.

John le apartó el dedo con suavidad.

—Este es el dedo con el que has recogido el polvo. ¿Quieres que te prepare un baño?

—Estoy demasiado agotada para aceptar y demasiado sucia para rechazar la oferta.

Mientras llenaba la bañera, John no le quitaba ojo a su móvil. No recordaba la última vez que había marcado ese número, pero no necesitaba buscarlo. Era el primer número de teléfono que se había aprendido en su vida; hasta que se marchó a la

universidad, había sido también el suyo.

En Oregón eran ocho horas menos. Hacía tanto tiempo que no sabía nada de Kyle y no tenía ni idea de si lo encontraría en casa. Esperaba que saltase el contestador, pero le respondió una voz ronca.

—¿Sí?

—¿Kyle?

—Sí, ¿quién llama?

—Soy John.

—Joder. —El tono no era amable. No hablaban desde hacía seis años, en el funeral de su padre. Fue un encuentro sin un atisbo de amor fraternal.

—Sí, joder.

—¿Por qué me llamas? —le preguntó Kyle con brusquedad.

—Para saber cómo estás. Hace mucho que no hablamos, hermano.

—Sí. ¿Estás enfermo o algo por el estilo?

—No, ¿por qué?

—Tu voz suena rara.

—Estoy bien. Solo agotado.

—¿Por dónde andas?

—Estoy en Inglaterra. Cerca de Londres.

—¿Todavía como personal de seguridad de la embajada?

—No, eso lo dejé. ¿Y tú?

—Lo de siempre, ya sabes, la tienda.

—¿No te has casado?

—Ni de coña. Aunque tengo novia, bueno, algo así. ¿Y tú?

—Lo mismo, pero la mía sí es una novia de verdad.

—Si has dejado el trabajo, ¿por qué sigues allí?

—Hace años que tengo otro trabajo. Soy el responsable de la seguridad de un laboratorio de física del gobierno.

—¿No están teniendo algunos problemas serios por allí? No hago mucho caso a las noticias, pero he oído hablar a la gente de no sé qué grupo peligroso.

—Sí. Por eso te llamo.

—¿Estás metido en ese lío?

—Exacto.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo esto?

—Estoy reuniendo un equipo. Necesito a alguien que sepa hacer lo que tú haces.

—¿Sentarme a beber cervezas?

—Lo otro.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué voy a querer volar hasta la otra punta del mundo para ayudarte?

—No se trata de ayudarme a mí. Es la gran oportunidad de tu vida para hacer algo importante. Jodidamente peligroso, pero muy estimulante.

—Te escucho.

—Siempre dijiste que te gustaría hacer algunas de las cosas que yo hacía.

—Entonces no era capaz de pasar un examen físico, y seguro que ahora tampoco.

—Nadie te va a examinar de nada. Si quieres apuntarte, estás admitido. Ven a Inglaterra y hablamos de ello.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Estás loco. No puedo pagarme el billete y, aunque pudiese, no tengo pasaporte.

—Un helicóptero puede recogerte en Bend en un par de horas. Te llevará hasta un avión de la Fuerza Aérea que te traerá hasta aquí. No necesitarás el pasaporte, el departamento de Estado se encargará de todo.

Se produjo un tenso silencio hasta que Kyle por fin respondió.

—No tenemos la mejor de las relaciones, ¿recuerdas? No sé si quiero andar por ahí contigo.

—Necesito que vengas y escuches lo que te tengo que explicar. Va a sonar como una locura, pero créeme, no lo es; es por el bien de la humanidad entera que tú y yo debemos enterrar el hacha de guerra.

Emily se durmió enseguida en la cama de John. Él estaba en ese estado en el que el agotamiento da paso a una tensión que impide conciliar el sueño. Necesitó unas cuantas cervezas más para relajarse y adormecerse. La cama era blanda. El cuerpo de Emily había calentado y aromatizado las sábanas. John deseaba acariciarla, pero no se atrevió a despertarla. Antes de sentirse frustrado, ya se había quedado dormido.

John gritaba:

—¡Mike, no!

Mike Entwistle estaba inclinado sobre el prisionero barbudo, luchando con el cuchillo contra sus esposas de plástico. Estaban en el ruinoso interior de una granja afgana de paredes de barro entre cadáveres de talibanes.

El prisionero era el único que había sobrevivido al fuego de mortero. El comando de boinas verdes capitaneado por John tenía la misión de detener a un objetivo de máxima importancia, un comandante talibán llamado Fazal Toofan, pero la misión se había convertido en un infierno, John había perdido demasiados hombres y por eso había decidido arrasar la granja. Si no podían llevarse de allí a Toofan vivo, se aseguraría de liquidarlo.

El prisionero había gritado en un buen inglés:

—¡Por favor, ayudadme! Muchachos, soy intérprete de los soldados americanos. Los talibanes me han secuestrado. Estoy herido. No siento las piernas.

Antes de que Mike pudiese reaccionar a la orden de John, ya había cortado la tira de plástico de las muñecas con la hoja de sierra del cuchillo.

El prisionero reaccionó con inusitada rapidez.

En un abrir y cerrar de ojos empuñó la pistola amartillada que escondía entre las piernas.

Disparó a quemarropa a la cabeza de Mike. John notó cómo la sangre de su amigo le salpicaba el rostro. Mientras el afgano giraba la cintura para dispararle, John se abalanzó sobre él y le aplastó la cara con la culata del rifle. El tipo se desplomó y quedó inmóvil.

El resto de la unidad rodeó a Mike, pero ya no se podía hacer nada por él.

—Decía que era un intérprete —explicó uno de los hombres de John—. No es un intérprete, es un talibán. Deja que le vuele los sesos a este cabrón.

—No lo hagas —ordenó John, sin apartar la mirada de la cabeza cubierta de sangre de Mike—. Esposadlo de manos y pies. Comprobad los cadáveres para asegurarnos de que están muertos. Nos vamos a llevar a este hijoputa. Cuando aterrice el helicóptero, sacad una bolsa para meter el cadáver de Mike.

Se sentó y se dejó ir. Le importaba una mierda que sus hombres le viesan llorar.

Cromwell tenía razón. Este palacio de Whitehall no guardaba ningún parecido con el enorme palacio de piedra que el cardenal Wolsey había ordenado ampliar con gran esplendor para su propio uso en el siglo XVI. Del palacio de Whitehall se decía que era el edificio más elegante de Londres, y el rey Enrique, celoso de su tamaño, se lo había apropiado para sí después de destituir al leal cardenal. Enrique lo había ampliado todavía más y había añadido un campo de bolos, una pista de tenis cubierta y una zona para las justas. Pese a que un incendio lo destruyó en 1691, quedó inmortalizado en innumerables cuadros y litografías. Eran esas imágenes de Whitehall las que permitieron al grupo procedente de la Tierra valorar de inmediato la diferencia con el palacio al que se dirigían en cuanto apareció ante sus ojos.

Estaban ante un edificio de considerables dimensiones con marcos de madera, exoesqueleto Tudor y paredes de revoque ennegrecido. Era más pequeño que el palacio de Hampton Court de Enrique, pero lo bastante grande como para acomodar a todos los miembros de la corte, aunque un poco apretados. Se alzaba al norte del Támesis, en un terreno plano difícil de defender. Estaba rodeado por soldados que lo protegían de las incursiones de los hambrientos londinenses que malvivían en la ciudad densamente poblada de edificios bajos, precarias chozas, pequeños huertos y matarifes. El palacio nunca resistiría un sitio. Las pocas veces que Britania había estado bajo una seria amenaza de invasión durante el reinado de Enrique en el Infierno, este había trasladado a su corte al norte, a un inexpugnable castillo de piedra sobre una colina cerca de York.

Cromwell ordenó que los visitantes de la Tierra fueran conducidos a un enorme salón de banquetes, reconvertido de momento en su dormitorio colectivo. Los sorprendidos sirvientes, que no se esperaban una visita real y mucho menos la de un grupo de exóticos huéspedes, trajeron unas estrechas camas y sábanas toscas. Las ocho mujeres ocuparon una de las esquinas del salón. Los retretes estaban al final de un largo pasillo, pero para utilizarlos, los soldados que montaban guardia en la puerta del salón debían escoltar a los prisioneros de uno en uno. Les trajeron una correosa carne seca y hogazas de pan duro, junto con varias jarras de cerveza. También agujas de hierro, hilo, ganchos y presillas para que pudieran arreglar sus ropas.

Además de la segregación por sexos, los prisioneros, fieles a sus raíces británicas, también se separaron por grupos sociales. Los científicos se agruparon en torno a varias camas y los políticos y responsables de seguridad formaron un grupo más reducida. Henry Quint tuvo que decidirse entre unos y otros. Había sido director del MAAC antes de su ignominiosa destitución, pero también era físico. Pero después de ser largamente ignorado por las personas de alto rango, optó por un catre en la periferia del bloque científicos y se sentó a horcajadas en él con aire taciturno.

También Karen Smithwick tenía que elegir, aunque ella se sumó a los

mandamases en lugar de a las mujeres científicas. Como una de las pocas mujeres de la bancada del gobierno, optó por unirse al bloque de los hombres poderosos.

Sentada en su catre, observó la ineptitud de Campbell Bates con los útiles de costura y se apiadó del elegante americano.

—Permíteme ayudarte —le ofreció.

—Te lo agradezco —aceptó él, tendiéndole los pantalones.

—Esto parece *Supervivientes* —dijo ella.

—No conozco ese programa.

—Es uno de esos *realities* deplorables —intervino George Lawrence—. Abandonan en medio de la jungla a un grupo de famosos de medio pelo y cada semana expulsan a uno de los concursantes.

—Pues ya podéis votarme el primero —gruñó Bitterman—. No me lo tomaré a mal.

—Ojalá fuese tan fácil salir de aquí —intervino Smithwick.

—Bueno, entonces ¿cuál es nuestro papel aquí? —preguntó Lawrence.

Trotter había terminado de arreglar su ropa y estaba tumbado boca arriba en un irregular colchón relleno de paja, contemplando el alto techo ennegrecido por siglos de humo de velas.

—Nuestro papel es sobrevivir —respondió—. No debemos engañarnos sobre nuestra situación. Tenemos que ofrecer a esta gente algo valioso. De otro modo considerarán que no merece la pena mantenernos con vida.

Bates negó con la cabeza.

—Yo digo que nuestro deber es escapar, como si fuésemos prisioneros de guerra. Ya habéis oído lo que ha dicho Quint. Tenemos que regresar a Dartford por si vienen a rescatarnos.

—Nuestras posibilidades de escapar son escasas —apuntó Trotter—. No somos un grupo con capacidad de combate, solo un puñado de viejales y ratones de biblioteca. —Cromwell los había separado de los tres jóvenes y atléticos agentes del MI5, a los que había enviado a otra parte del palacio—. Debemos convencerlos de que somos indispensables.

—¿Lo somos? —preguntó Smithwick.

—Tal vez nosotros no —concluyó Trotter, y señalando a los científicos, añadió—: pero ellos sí.

Las enormes puertas dobles del salón se abrieron, y Cromwell hizo su aparición acompañado de otro hombre y de varios soldados. Cromwell, que le sacaba treinta centímetros a Henry Cameron, duque de Suffolk, iba bien afeitado, tenía la tez morena y era esbelto, mientras que Suffolk era bajo y fornido, con una barba blanca sin retocar y adornada con restos de la última comida. Cromwell vestía ropa austera; Suffolk, comandante naval del siglo XVII, seguía luciendo una ostentosa versión de su guerrera militar azul con botones metálicos.

Trotter se puso en pie, convencido de que venían a hablar con él, y no quedó

decepcionado. Cromwell ignoró a todos los demás, pero Suffolk olfateó el aire y miró con atención a las mujeres.

—Este es el duque de Suffolk —presentó—. Está al mando de los ejércitos del rey.

Trotter tendió la mano. Suffolk la miró como si fuese un pescado podrido hasta que Trotter la retiró.

—Me han dicho que es usted un espía —comentó Suffolk—. Tengo por norma no confiar en los espías, ni siquiera en los míos.

Trotter alzó el mentón y respondió:

—Sirvo a mi reina y a mi país. Usted no es mi rey ni este es mi país, de modo que hace bien en no fiarse de mí. Sin embargo, sé interpretar las circunstancias en las que nos encontramos. Puede confiar en que haré lo necesario para garantizar la seguridad y el bienestar de los míos.

—Bien dicho —exclamó George Lawrence.

—Por favor, acompáñenos —le invitó Cromwell.

—¿Por qué?

—Quiero mostrarle una cosa.

Mientras salían, Brenda Mitchell se percató de que Suffolk la miraba con desdén. Se dio la vuelta hasta que desaparecieron por la puerta.

La mayoría de las científicas tenían entre veinte y treinta años. Chris Cowles, la vicedirectora del departamento de imanes, acababa de entrar en la cincuentena, pero eso la convertía en la gran dama del grupo. Era soltera, evitaba el maquillaje y las joyas y llevaba una discreta melena corta. Se levantó de su catre y se sentó junto a Brenda, que parecía desolada.

—No has comido nada —le dijo Chris—. La carne es muy dura, como una cecina sin sabor, pero el pan es pasable.

—No tengo hambre.

—Necesitas mantenerte fuerte.

—¿Has visto cómo me ha mirado ese hombre?

—Sí. Ha sido horrible.

—Es como el villano de una mala pantomima —intervino Kelly Jenkins, otra de las jóvenes.

Brenda sonrió por primera vez.

—Vamos —la animó Chris—, come un poco de pan.

Brenda aceptó y la mujer se dirigió a la mesa donde habían dejado la comida y cortó un pedazo. Se lo llevó con una jarrita de cerveza.

—Cuida de ella —le susurró Chris a Kelly.

Kelly asintió, pero dijo:

—¿Y quién va a cuidar de mí?

Matthew se acercó y se llevó a Chris a un rincón.

—¿Cómo lo lleva? —le preguntó.

—Está asustada. Todas las mujeres lo están.

—Los hombres también —le aseguró Matthew.

—Brenda tiene más motivos que las demás para tener miedo —le explicó Chris—. Es joven y muy atractiva. Dios sabe cuál es aquí la ratio de hombres en relación con las mujeres. Todas corremos peligro, pero ella es especialmente vulnerable.

—Haré todo lo que esté en mi mano para protegerla.

—Sé que lo harás, Matthew, pero eres un gran científico, no un superhéroe.

—Todavía no me has visto con una capa y un traje elástico.

—Y espero no verte así nunca. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Él asintió.

—Ya sé que nos dijeron que no contásemos nada, pero ¿le dijiste algo a tu mujer sobre lo que hemos estado haciendo durante los dos últimos meses?

—Sinceramente, no —respondió él—. Me tomo muy en serio lo de guardar el secreto, pero sobre todo no quería preocuparla. ¿Y tú?

—Se lo conté todo a mis peces.

—Seguro que no se irán de la lengua, pero las autoridades no van a poder mantener esto en secreto por mucho tiempo —reflexionó Matthew—. No cuando hemos desaparecido todos, y no somos solo los del MAAC. Mira a todos esos peces gordos. Mi mujer es fuerte. Sabes lo de nuestro hijo, ¿verdad?

Lo sabía. Padecía un autismo profundo.

—Bueno, estará preocupadísima por mí, tanto si le cuentan la verdad o un cuento chino. Y le angustiará tener que ocuparse ella sola del chico.

—Volveremos a casa —le aseguró Chris.

El suspiro de Matthew sonó como un gemido.

—Emily intentará llevarnos de vuelta, pero creo que la opinión generalizada es la correcta. El MAAC está generando cada vez más inestabilidad. Lo van a clausurar y nosotros nos quedaremos aquí atrapados para siempre.

Para Trotter no significaba nada, pero Suffolk entendió a la perfección el simbolismo y mostró su desagrado frunciendo el ceño de un modo temible. Cromwell los había conducido hasta los aposentos del rey, de los que se había apropiado. Invitaron a Trotter a sentarse en una silla junto a la chimenea y Suffolk se unió a Cromwell junto a la mesa auxiliar para servirse una copa de vino.

—No creo que a su majestad le haga ninguna gracia comprobar cuando regrese que estáis durmiendo en su cama —susurró Suffolk.

—En el improbable caso de que regrese, mejor encontrarse allí a su más leal servidor que a otro hombre —respondió Cromwell.

—Este país necesita un rey —insistió Suffolk—. Vos, Cromwell, sois un charlatán. Si los rusos y los alemanes nos invaden, las palabras no nos defenderán de ellos. Yo soy un militar y, por lo tanto, un mejor candidato para ser rey.

—Recordad que no erais más que un oficial del montón hasta que Enrique decidió destituir a Norfolk y os eligió a vos para su cargo. —El tono de Cromwell era ácido—. Podía haber elegido a Oxford, que estoy seguro de que os pisa los talones. En cambio, en quinientos años solo ha tenido un canciller. ¿Me estáis escuchando? Quinientos años. Y ahora, este charlatán tiene cosas de las que hablar. Observad y disfrutad del vino.

Cromwell cogió un paquete envuelto en tela, lo depositó en la mesa ante Trotter y apartó el paño para revelar una pila de libros.

—Me los he hecho traer desde Hampton Court —explicó Cromwell—. ¿Sabe qué son?

Trotter reconoció tres de los libros que John Camp había llevado consigo en su último viaje al Infierno.

—No voy a aburrirle con la Biblia o con las historias de ese dramaturgo, Shakespeare —continuó Cromwell—. Estos son los interesantes.

Trotter los hojeó. Eran textos escritos durante el apogeo de la revolución industrial: *La construcción de altos hornos en América*, *Máquinas de vapor, motores y turbinas* y *El acero Bessemer. Minerales y métodos*. El rey Enrique había sabido valorar su importancia y Cromwell también, pero apenas habían tenido tiempo para aplicar esos conocimientos.

—¿Por qué me los enseña?

—He intentado leerlos —reconoció el canciller— y aunque está escrito en mi lengua materna, no entiendo lo que quieren decir. Se los he mostrado a hombres llegados de épocas más recientes, pero la mayoría de ellos o son unos zoquetes o son hombres con un nivel intelectual aceptable que, sin embargo, no son capaces de comprender cómo transformar las palabras que aparecen en estas páginas en hornos, máquinas de vapor o acero de gran calidad. Tenemos muchos enemigos. Necesitamos armas superiores a las suyas, y las necesitamos rápido.

—Yo también les he echado un vistazo —intervino Suffolk con tono despectivo—. Pura palabrería, si queréis mi opinión.

—Bueno, yo no voy a seros de gran ayuda —dijo Trotter—. Esos temas no están en mi ámbito de trabajo.

Cromwell le ofreció una copa de vino. Dio un sorbo y alabó la calidad del caldo.

—Sé que estos científicos que han llegado con usted no son fabricantes de armas —prosiguió Cromwell—. Emily Loughy ya nos lo explicó. Pero el rey sostenía, y yo estoy de acuerdo con él, que cualquier científico actual está más capacitado para hacer uso de estos libros que ningún morador del Infierno con el que yo haya hablado.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó Trotter.

—Deseo que coopere. Debe convencer a sus científicos de que comiencen a construir esos altos hornos. No pido que participen en el trabajo físico. Dispongo de abundante mano de obra. Albañiles, carpinteros, herreros, hombres fuertes que se

harán cargo de las labores de construcción. Convenza a sus científicos, señor Trotter. Es mucho mejor que un hombre preste sus servicios por propia voluntad que bajo amenaza de tortura.

—Yo suelo preferir la tortura —bromeó Suffolk con una risa enfermiza.

Trotter bebió más vino mientras meditaba la respuesta.

—Creo que puedo conseguirlo —dijo finalmente—, pero ¿qué recibiré a cambio?

Cromwell mostró una amplia sonrisa al descubrir que ese hombre hablaba el mismo lenguaje que él.

—¿Qué quiere?

—Bueno, veamos. No estoy hecho para compartir un dormitorio comunitario. Me gustaría disfrutar de una habitación para mí solo con muebles decentes. Quiero disponer de toda la cantidad de este buen vino que sea capaz de beberme y de buena comida, la misma que come usted. Necesito uno o dos sirvientes y toda el agua posible para bañarme. Y no es que sea un mujeriego, pero me gusta tener la compañía de una señorita de vez en cuando, preferiblemente de una prostituta. Me temo que, si me veo obligado a mantener relaciones con una de las de mi grupo, eso generaría consecuencias negativas. De modo que me gustaría elegir entre la *crème de la crème* de la corte, aunque tenga que taparme la nariz durante el acto.

—¿Eso es todo? —preguntó Cromwell.

—Quizá más adelante añada alguna cosa más, pero de momento esta es mi lista de peticiones.

—No hay ninguna que no pueda satisfacer.

—Entonces ¿tenemos un trato?

—Ya que estamos en el momento de poner las cartas sobre la mesa —intervino Suffolk—, yo también tengo una petición.

—¿De qué se trata? —preguntó Cromwell, fulminándolo con la mirada.

—Quiero para mí a la rubia guapa.

—¿Os referís a Brenda?

Suffolk se encogió de hombros.

—Bueno, tiene usted buen ojo, eso se lo reconozco —dijo Trotter—, pero eso podría provocar la revuelta de los demás científicos.

Cromwell comentó que los intereses carnales del duque no eran prioritarios, pero Suffolk insistió en que debería cumplirse su petición.

Trotter reflexionó unos instantes.

—Se me ocurre una manera de llevarla hasta su lecho sin que los demás se subleven —dijo por fin—. Si lo consigo, ¿tenemos un trato?

—Creo que sí —aceptó Cromwell mientras Suffolk asentía.

Cuando Trotter regresó al salón con los libros bajo el brazo, los demás lo rodearon de inmediato.

—¿Qué quería? —le preguntó Bates.

—Echad un vistazo a estos libros —les pidió Trotter, dejándolos sobre la mesa—.

John Camp se los trajo consigo en el último viaje como moneda de cambio. Están impresionados con los contenidos, pero no saben cómo llevarlos a la práctica. Ya sé que ninguno de nosotros es experto en estos temas, pero con el intelecto que tenemos aquí reunido, tal vez podamos conseguir al menos darles la impresión de que somos capaces de construir estos hornos.

—Dime por qué deberíamos ayudarlos —preguntó Smithwick.

—Muy sencillo —respondió Trotter—. Han amenazado con torturarnos si no cooperamos de manera voluntaria.

Matthew cogió el libro sobre la producción de acero y pasó los otros dos a quienes tendieron las manos. Cuando la mayor parte de los científicos les hubieron echado un vistazo, Matthew dio su veredicto:

—Escucha, dudo de que seamos capaces de construir la mayor parte de todo esto. Creo que podemos entender los conceptos razonablemente bien y los libros incluyen ilustraciones y planos, pero ninguno de nosotros es ingeniero industrial.

Campbell Bates levantó la mano con timidez. Como nadie se percató, se aclaró la garganta y dijo con suma educación:

—Disculpad.

—¿Qué pasa? —preguntó Trotter.

—De hecho, yo tengo el título de ingeniero.

—¿En serio? —preguntó Lawrence.

—Por el MIT. Cuando terminé de estudiar decidí matricularme en Derecho en lugar de buscar trabajo como ingeniero y al final acabé en el FBI. Considerarme un ingeniero oxidado sería ya demasiado amable, pero tal vez puedo echarles un vistazo a estos libros.

—Vamos —animó Trotter muy excitado—. Pasadle los libros a este hombre.

Cromwell estaba solo en sus aposentos, preparándose para acostarse. En vida había sido un hombre austero y ahora lo era incluso más. Sus habitaciones carecían de adornos, comía un menú sencillo y se aguaba el vino. Se había instalado en las habitaciones del rey por las apariencias, pero había dado instrucciones a los sirvientes de que retirasen los objetos personales y decorativos de Enrique. Dormía solo; hacía ya mucho tiempo que había perdido todo interés en el sexo. Estaba consagrado al trabajo. Si el suicidio hubiera sido una opción para acabar con su existencia en el Infierno, lo habría hecho encantado, pero esa posibilidad no existía, ni para él ni para sus semejantes. De modo que dedicaba sus días a trabajar. Enrique siempre había sido un monarca exigente y Cromwell estaba encantado porque siempre había tareas pendientes que lo mantenían ocupado. Pero ahora Enrique había desaparecido y él tenía que tomar decisiones complicadas. No deseaba convertirse en rey, pero si no se aseguraba esa posición y permitía que fuera Suffolk, él sería visto como una amenaza y acabaría en un pudridero, descomponiéndose eternamente. No, debía actuar con

prontitud para garantizarse la corona y, si Enrique regresaba algún día, tendría que convencerlo de que se había limitado a proteger el trono de los bribones desleales.

Respondió a un leve golpeteo en su puerta. Su sirviente le informó de que el conde de Surrey acababa de llegar a Whitehall y pedía verlo con urgencia. Cromwell avivó el débil fuego de la chimenea con un pequeño tronco y se sentó ante ella a esperar.

Surrey no era un habitual de la corte, prefería la vida en el campo, cazando y retozando con putas, y Cromwell no lo conocía tan bien como a la mayoría de los nobles que rodeaban a Enrique. Aun así, percibió al instante el nerviosismo de ese hombre, que sudaba con profusión y llevaba los pantalones salpicados de barro después de llegar al galope.

—¿Dónde está el rey? —preguntó el conde—. Tengo que ver al rey.

—Por desgracia se ha ido.

—¿Qué queréis decir con que se ha ido?

—Es una larga historia difícil de explicar. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda después, pero ahora decidme para qué habéis venido a Londres.

—¿El rey ha desaparecido en otro reino que nosotros no podemos ver?

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Cromwell, sorprendido.

—Porque he visto cosas. Al principio no daba crédito, pero sé lo que he visto.

—De acuerdo, contadme qué habéis visto.

—Varios de mis soldados reclamaron mi presencia en la pequeña ciudad de Leatherhead. Pensé que habían bebido demasiada cerveza, pero decidí acudir. Cerca de la ciudad se había reunido un montón de gente, atraída por los mismos rumores, y en el centro de la ciudad vi con mis propios ojos cómo esa gente avanzaba a propósito y desaparecían en el aire. Cuando le pregunté a una vieja qué estaba pasando allí, me contó que hacía unas horas había aparecido de la nada una banda de vagabundos, que les contaron a los perplejos lugareños que venían del mundo de los vivos. Estos vagabundos dieron unos pasos y volvieron a desaparecer, y desde entonces un montón de gente los ha seguido hacia la nada. He creído que el rey debía ser informado. Decidme, Cromwell, ¿qué clase de milagros y de magia se están produciendo entre nosotros?

Cromwell contempló el resplandor del fuego.

—No podéis ni imaginároslo, mi buen conde, no podéis ni imaginároslo.

Los chicos de Belmeade avanzaban a ciegas, dando traspiés por el sombrío bosque. Hasta los que siempre habían ido de tipos duros estaban sumidos en la más absoluta desesperación. Pero cuando el bosque dio paso a un prado y el prado los condujo a un terreno llano con un camino, Angus logró controlar sus emociones y recuperar la apariencia de seguridad en sí mismo.

—Seguiremos este camino —decidió.

—¿Por qué? —preguntó Andrew Pender con tono suplicante.

—Porque los caminos conducen a sitios —respondió Angus.

—Eso es una estupidez —bufó Nigel Mountjoy.

—Disculpa, listillo, pero el estúpido eres tú —intervino Glynn en defensa de su mejor amigo.

—Pero ¿qué dirección tomamos? —insistió Craig Rotenberg.

Angus señaló hacia un lado.

—¿Por qué hacia allí? —preguntó Craig.

—¿Y por qué no? —replicó Glynn.

—Ni siquiera sabemos en qué dirección vamos.

Harry Shipley no había abierto la boca desde que entraron en el bosque. Durante la caminata había llorado tanto que ya no le quedaban lágrimas.

—Eso es el norte —murmuró el chico.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Angus.

—He estado controlando el itinerario que hemos seguido —les explicó el menudo muchacho—. Suponiendo que en el interior del agujero de gusano no hayamos girado, nuestro dormitorio del colegio miraba hacia el este y como ya os he dicho he ido fijándome en nuestra dirección desde que estamos aquí.

—Pues vamos hacia el norte —explicó Angus.

—¿Y por qué no hacia el sur? —propuso Craig.

Glynn le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Sabes? —le dijo—, hasta ahora no me había dado cuenta de lo coñazo que eres.

—Si Harry tiene razón, Londres está hacia el norte —explicó Angus.

—Ni siquiera sabemos si aquí existe Londres —apuntó Andrew.

—El tío al que habían acuchillado en el estómago dijo que estábamos en Sevenoaks —les recordó Nigel—. Si existe un Sevenoaks, lo lógico es que haya un Londres.

—Yo sigo pensando que deberíamos habernos quedado en el lugar en el que aparecimos —intervino Stuart Cobham—. Si vienen a rescatarnos, lo lógico es que nos busquen allí. Y al menos había peces en la charca. Ahora ¿qué vamos a comer?

—Perdona —dijo Kevin Pickles—, pero a menos que alguno de vosotros tenga

una caja de cerillas, no podremos encender un fuego. Y yo odio el sushi.

—Ya oíste lo que nos contó sobre esos vagabundos —dijo Angus—. Ni de coña me quedo allí esperando a que vuelva a aparecer una banda de asesinos y caníbales.

—Tu padre va a venir a rescatarnos, ¿no? —preguntó Boris. Todos sabían que el padre de Angus era secretario de defensa.

—Si no lo hace él, lo hará el mío —aseguró Danny Leung.

—Sí, el padre de Danny el Rojo va a movilizar al ejército del imperio chino para encontrarnos en el Infierno y nos traerá unas humeantes bandejas de pollo General Tso —se burló Kevin.

—Vete a la mierda. Eres una racista —se quejó Danny.

—Sí, cierra el pico, Pepinillo —bufó Glynn—. Solo porque ese tío en el bosque dijese que estamos en el Infierno, no quiere decir que lo estemos. Mientras no se demuestre lo contrario, todo esto me parece una gilipollez.

La mayoría de los chicos se habían fabricado bastones con ramas y, mientras avanzaban, Danny Leung les iba haciendo demostraciones de varios movimientos del arte chino de lucha con palos conocido como Yin Shao Gun.

—No logro hacerlo girar en el aire —se quejó Boris Magnusson.

—No tienes por qué hacer estas paridas —le dijo Danny—. Eso solo se hace en los espectáculos. Lo importante son los movimientos para golpear y punzar con el palo.

No tardaron en volver a convertirse en simples niños, que se reían, gritaban y se golpeaban unos a otros, olvidándose por un rato de su situación.

Kevin estaba sonándose la nariz con un pañuelo que había encontrado en su bolsillo, donde lo había metido antes de la clase de matemáticas. Levantó la mirada y murmuró:

—Tíos.

Nadie le hizo ni caso.

—Tíos —repitió alzando la voz y dejando caer el pañuelo—, viene alguien.

Por el norte apareció una carreta, pero no había una sola, sino una hilera de ellas, con una escolta de jinetes.

Otras dos personas vieron también las carretas que se aproximaban. Una pareja de ancianos había estado espiando a los chicos desde detrás de unos matorrales junto al camino. Cazaban conejos cuando oyeron el extraño sonido de unas voces infantiles, y cuando descubrieron a los chavales se quedaron tan maravillados que no intercambiaron ni media palabra entre ellos. Ahora se ocultaron todavía más, ante el peligro que se aproximaba.

Angus estaba a punto de gritar a sus compañeros que corriesen, pero se dio cuenta de que ya era tarde. Se acercaban unos jinetes al galope.

Unos hombres toscos y mugrientos, que cabalgaban sobre unas finas sillas de montar de cuero, los rodearon en un abrir y cerrar de ojos. Harry empezó a llorar, y Andrew, alterado por el sonido del llanto, se sumó a él.

—Angus, ¿qué hacemos? —preguntó Boris, tratando de controlar su propio miedo.

—Que nadie haga nada —ordenó Angus—. Dejad que hable con ellos. —El chico levantó la mirada hacia el jinete, que tenía los ojos clavados en él—. Dejadnos en paz —le pidió.

El hombre que parecía estar al mando dio dos vueltas alrededor de los chicos en su caballo negro, empuñando una pistola.

—¿Qué sois? —les preguntó.

—¿Qué somos? —repitió Angus—. ¿No quieres decir quiénes somos?

Un tipo diminuto que iba a lomos de un pequeño caballo, no mucho más grande que un pony, señaló a los chicos con su espada y dijo:

—Mira, Ardmore, llevan palos. ¿Qué vais a hacer con ellos?

Otro de los jinetes soltó una carcajada y comentó:

—Son de tu tamaño, Fergie. Creo que son enanos.

Ardmore dejó de dar vueltas y desmontó. Llevaba un sombrero de ala ancha, una grasienta coleta recogida con una larga tira de cuero y lucía más agujeros que dientes en la boca.

—No son hombres. Que me jodan, pero son niños.

—Eso no es posible —negó Fergie.

—¿Me estás llevando la contraria? —preguntó Ardmore, encañonando al joven con la pistola.

Fergie reculó rápidamente. Se disculpó y prometió mantener la boca cerrada.

—Y bien, ¿qué sois? —insistió Ardmore, dirigiéndose a Angus.

—Pues claro que somos niños —respondió Angus, con voz temblorosa.

Ardmore se acercó a él y olfateó el aire.

—Es todavía más extraño. Hay algo muy peculiar en todos vosotros.

El carro que iba a la cabeza llegó a su altura. El conductor, un anciano canoso, tiró de las riendas para que los dos caballos de tiro se detuviesen. Alguien vestido de negro de pies a cabeza como Ardmore, con un sombrero y unas botas altas similares, abrió la lona y salió por la parte trasera. Solo cuando habló, los chicos se dieron cuenta de que era una mujer.

—¿Qué pasa aquí, Ardmore? —preguntó.

—Nos hemos encontrado con esto —respondió él.

La mujer iba armada hasta los dientes con una pistola y un cuchillo sujeto en el ancho cinturón. Una espada envainada le iba golpeando contra la pierna mientras se acercaba a los chicos.

Resopló sonoramente.

—Por todos los diablos —bufó.

—Sí —repitió Ardmore—, por todos los diablos.

Pese a que la tenía a pocos centímetros, Angus era incapaz de decir si era joven o vieja. Tenía la piel sucia y curtida, la mirada apagada y la tez del color del lodo.

Llevaba el cabello negro recogido en una coleta atada con un pedazo de cuero, como Ardmore.

—¿Quién es vuestro portavoz? —les preguntó a los chicos.

Angus levantó la mano con resignación.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce —respondió él en un susurro.

—Habla más alto. ¿Qué has dicho?

—Catorce.

—Eso es imposible.

—No estoy mintiendo. Todos tenemos la misma edad, excepto Harry, que tiene trece.

—¿Cómo habéis muerto? —quiso saber ella.

—¿Qué? —preguntó Angus.

Una vocecita dijo:

—Cree que estamos muertos.

Angus miró a su alrededor. Había sido Harry, que no podía controlar el temblor de su labio inferior.

—No estamos muertos. Al menos creo que no lo estamos.

—Acércate —le pidió la mujer.

Angus dio un pasito hacia delante, con la cabeza gacha en un gesto de aterrada sumisión. La mujer le agarró con brusquedad la muñeca y se acercó la mano a la nariz.

—No huelen bien, Bess —dijo Ardmore.

Bess soltó la muñeca de Angus con delicadeza. Ardmore y los demás jamás habían visto que se le humedeciesen los ojos.

—Te equivocas —replicó—. Somos nosotros los que no olemos bien. Ellos huelen maravillosamente.

Varios de los jinetes empezaron a gritar y señalar hacia el norte.

—¡Soldados! —advirtió Ardmore—. Vienen hacia nosotros al galope.

—Subidlos a los carros —le ordenó Bess a Ardmore.

—¡No! Dejados en paz —gritó Angus—. ¡Corred!

Danny y Glynn fueron los primeros en huir y Angus salió pisándoles los talones. Ardmore soltó una maldición, clavó las espuelas a su caballo y se inclinó sobre la silla de montar para agarrar y levantar al menudo Kevin Pickles, que chilló como un roedor cuando el jinete lo tumbó sobre la parte frontal de su silla.

—Dejad de correr u os meto una bala de plomo en vuestros sesos de pigmeo —ladró Ardmore.

Angus se volvió y ordenó a sus compañeros que se detuviesen. Danny protestó, pero el chico le gritó que no tenían otra alternativa.

—¡Deprisa! —chilló Bess—. La mitad en este carro y la otra mirad en el siguiente. No vamos a lograr esquivarlos. Preparaos para luchar.

—Ardmore metió a Kevin directamente en la parte trasera de uno de los carros. Harry, Craig, Stuart y Andrew se unieron a él a toda prisa. Incluso en plena crisis, los chicos se distribuyeron siguiendo un orden no escrito. Los chavales más populares, Angus, Glynn, Danny, Boris y Nigel subieron al otro carro, donde se toparon con varios fardos de lana sin tratar.

—¿Estamos con los buenos o con los malos? —preguntó Nigel.

En un gesto de autoprotección, Glynn apretó las rodillas contra el pecho y dijo:

—Si de verdad estamos en el Infierno, entonces todos son malos.

En el otro carro, Craig cerró los ojos con todas sus fuerzas.

—Esto no puede estar pasando —susurró—, esto no puede estar pasando. Cuando abra los ojos, estaré otra vez en el colegio.

Harry cruzó los brazos y bajó la cabeza hasta tocarse el pecho con la barbilla.

—Está sucediendo —dijo—. Creo que, no sé cómo, nos hemos metido en un agujero de gusano que conecta dos dimensiones.

—¿Y podremos volver? —preguntó Craig.

—En teoría, sí.

Kevin temblaba tanto que apenas lograba vocalizar.

—Esto es horrible. Estoy metido en un carro apestoso en el Infierno con Stephen Hawking.

Uno de los jinetes desmontó y le cedió su caballo a Bess. Ella se dirigió a la retaguardia de la hilera de carros con Ardmore, mientras daba órdenes a sus hombres.

Los soldados se acercaban entre la nube de polvo que levantaban sus caballos.

—Cuento unas dos docenas —le informó Ardmore.

—Probablemente sean los que nos encontramos la pasada noche en la posada —elucubró Bess—. No nos quitaban el ojo de encima.

Ardmore escupió al suelo y dijo:

—Vaya día, ¿verdad?

—Sí, vaya día.

Sus perseguidores eran en efecto los miembros de la patrulla del rey Enrique con los que se habían cruzado en una concurrida posada londinense cerca de los muelles. Los soldados solían sacarse un sobresueldo desvalijando a comerciantes. Pero si lo hacían en la ciudad, se arriesgaban a levantar las iras de la corona. Cromwell insistía en que la rueda del comercio debía girar para mantener el orden entre la población. Así que casi siempre cometían sus fechorías fuera de los límites de la ciudad, lejos de las miradas de los espías del canciller real.

Los soldados tenían mosquetones. La primera andanada llegó antes de que Bess se hubiese colocado en posición para responder con fuego. Sus hombres se agacharon para ponerse a cubierto, pero ella y Ardmore permanecieron erguidos sobre sus sillas de montar, como si no tuvieran miedo. En el interior de los carros, los chicos chillaron y se agacharon.

—¿Le han dado a alguien? —gritó Bess.

—Estamos bien —confirmó Ardmore, alzando la pistola—. Esperad... esperad... esperad...

Cuando los soldados estaban tan cerca que el suelo temblaba con los golpes de los cascos, Bess gritó:

—¡Fuego!

Dos de los soldados cayeron de sus monturas, pero el resto cargaron contra ellos, gritando y blandiendo las espadas. Bess y Ardmore se metieron las pistolas en los cinturones y desenvainaron las espadas justo a tiempo para el primer choque.

Ninguno de los soldados habría adivinado que el fiero combatiente vestido de negro era una mujer. Bess se lanzó sobre el atacante que tenía más cerca y le lanzó un sablazo en el hombro que casi le arranca el brazo. Su siguiente víctima fue el capitán de la patrulla, cuyo caballo continuó galopando un trecho antes de que el jinete sin cabeza cayera de la silla de montar.

Ardmore se abrió paso a golpes y mandobles entre una maraña de caballos y soldados y se volvió al oír a Bess gritar. Dos de ellos la habían derribado de su caballo e intentaban acabar con ella. Estaba en el suelo, boca arriba, defendiéndose con el cuchillo.

Uno de los soldados gritaba: «Es una...», cuando bajó la mirada y vio la espada de Ardmore emergiendo de su vientre.

El momentáneo desconcierto del otro hombre ante la visión de tanta sangre le permitió a Bess clavarle el cuchillo en el ojo.

—Sí, soy una mujer —confirmó, mientras se levantaba.

Los soldados que quedaban con vida comprendieron que las tornas habían cambiado y huyeron en dirección a Londres, perseguidos por las burlas de los hombres de Bess.

—¿Hemos perdido a alguno de los nuestros? —le preguntó a Ardmore.

—Creo que no.

En ese momento el silencio tras la batalla permitió oír los gritos procedentes del interior de uno de los carros.

—Los chicos —dijo Bess.

Sin saber muy bien de qué carro habían salido, corrió hacia uno de ellos. Ardmore se dirigió al otro. El hombre abrió la lona y vio que Angus y los demás permanecían apiñados, pero sanos. Bess descubrió cuatro rostros aterrados y cubiertos de lágrimas y uno lívido e inmóvil. Había sangre en el suelo del carro.

Craig Rotenberg yacía desplomado con un agujero en el pecho.

—¡Está muerto! —chilló Kevin—. ¡Está muerto!

Bess subió al carro e inspeccionó el cuerpo.

—Sois las primeras personas vivas que veo en doscientos años y él es el primer muerto que veo —murmuró Bess—. Hoy es un día de milagros.

Pese a las frenéticas protestas de los chicos, Bess se negó a enterrar a Craig. Les explicó que no tenían ninguna pala, y que debían darse prisa para llegar Southampton

y encontrar refugio antes de que cayese la noche. Los caminos se llenaban de vagabundos por la noche. Y, además, ¿qué más daba?

—¡Porque es lo decoroso! —insistió Angus.

—No tengo tiempo para esa tontería del decoro —masculló Bess—. Si queréis cubrirlo con ramas, os dejo un momento para hacerlo. Y después nos largamos.

—¿Y si no queremos ir con vosotros? —preguntó Angus.

—No tenéis otra alternativa. Si no lo hacéis, mañana a esta hora estaréis como vuestro amigo.

—¿Adónde vais?

—Somos de Devon.

Todos los chavales excepto Harry participaron en el rápido ritual de llevar a Craig al bosque y cubrirlo de ramas. A Harry le había salpicado más sangre de Craig que a ningún otro. Se sentó junto al carro, mudo y tembloroso.

—¿Deberíamos decir unas palabras? —preguntó Boris, mientras añadía las últimas ramas.

—¿Quieres decir una plegaria? —preguntó Glynn.

—Sí, una plegaria.

—Era judío —dijo Nigel.

—Ellos también rezan —dijo Stuart.

—En la capilla siempre guarda silencio —recordó Nigel.

—¿Qué más podríamos hacer? —preguntó Boris—. ¿Farfullar en judío?

—Eres un ignorante —intervino Stuart—. El idioma se llama hebreo.

—Tendremos que hacerlo en nuestra lengua —decidió Angus. Bess ya les estaba metiendo prisa, así que inclinó la cabeza y dijo—: Aquí va. No tengo ni idea de cómo hemos acabado metidos en este lío, pero aquí estamos. Craig era un buen chico que no se merecía que lo matasen. Esperemos que ahora esté con su Dios judío y que esté en paz, y eso es todo lo que tengo que decir.

—¿Sabes qué? Eres un desastre improvisando plegarias —protestó Glynn.

Los chicos se negaron a volver a subir en el carro manchado de sangre y tampoco quisieron dividirse en dos grupos, así que Bess les permitió montar a todos en su carro, el más grande de la comitiva. Bess se sentó sobre un fardo de lana y los chicos lo hicieron con las piernas cruzadas sobre los tablones. Angus notó que algo puntiagudo le pinchaba en la espalda. Estaba apoyado contra una caja de madera cerrada con un candado de hierro y cuando la movió para tener un poco más de espacio, oyó un tintineo.

—Cuidado con mi caja —le advirtió Bess.

—¿Ahí dentro hay dinero? —preguntó Angus.

—Sí, son las monedas que hemos ganado en Londres —respondió ella.

—¿Las habéis ganado haciendo qué? —preguntó Glynn.

—Comerciendo con lana. Somos pastores. Donde mejor la pagan es en Londres, así que allí es donde llevamos nuestra mercancía, aunque el camino sea peligroso.

—En el bosque —siguió Angus— encontramos a un hombre malherido. Nos dijo que estábamos en el Infierno.

—Os dijo la verdad —les explicó Bess, quitándose el sombrero que hasta ahora les había impedido verle bien la cara. Era una mujer de mediana edad, más o menos como sus madres, que tal vez hubiera sido atractiva de no tener la piel tan curtida y sucia.

—Yo no creo en el Infierno —dijo Kevin—. Mis padres son ateos.

—No lo sabía —comentó Boris.

—Nunca lo había comentado. No quería que me encasillasen.

—¿Qué es un ateo? —preguntó Bess.

—Son los que no creen en Dios —le explicó Kevin.

Ella se rio entre dientes y dijo:

—En mi época si alguien se hubiera atrevido a hacer pública esa opinión lo habrían quemado en la hoguera.

—¿Qué época era esa? —preguntó Angus—. La tuya, me refiero.

—Fallecí cuando estábamos a punto de entrar en el siglo XVIII.

—Esto es imposible. No te creo. —Danny estaba indignado.

—Bueno, pues será mejor que te lo creas, chinito —masculló Bess.

—Esto es políticamente incorrecto —intervino Andrew—. Es chino.

Bess negó con la cabeza y comentó:

—No entiendo lo que me acabas de decir. Pero todos vosotros necesitáis una lección rápida sobre la vida real. Escuchad bien, porque solo os lo explicaré una vez.

La escucharon en absoluto silencio mientras ella les contaba su vida. Había sido una mujer de Devon, casada con un pastor de ovejas. Tuvieron trece hijos. Una plaga acabó con su rebaño, sus hijos pasaban hambre, y su marido, avergonzado, se quitó la vida. Desesperada, ella salió una noche para robar algunas ovejas propiedad de un noble local y así poder rehacer su rebaño. Por desgracia un joven pastor la pilló con las manos en la masa y empezó a gritar pidiendo ayuda. Ella llevaba en el cinturón la pistola de su marido y, temerosa de lo que pudiese pasarles a sus hijos sin ella, disparó al chaval y huyó. La atraparon y la colgaron. Al instante siguiente estaba en el Infierno. Nunca más volvió a ver a sus hijos.

Bess lo contó sin un atisbo de tristeza o sentimentalismo. Llevaba ya demasiado tiempo en el Infierno. Continuó su relato con una descripción igualmente fría y cruda de la horrible realidad y de las leyes naturales que regían en el Infierno. No parecía que su intención fuese aterrorizar a los chicos, pero ese fue el efecto que produjeron sus palabras. Cuando terminó de hablar, todos se quedaron mudos. Ella respetó su silencio. El carro siguió avanzando. Su falta de suspensión propiciaba unas sacudidas que machacaban los huesos.

—Después de todo lo que os he contado, ¿nadie tiene ninguna pregunta? —quiso saber Bess un rato más tarde.

Kevin levantó la mano como si estuviese en el aula.

—¿Por qué hueles mal?

Angus le gritó que cerrase el pico, pero Bess dijo que era una pregunta razonable.

—Ya ni me acuerdo de lo del olor. Llega un momento en que los granjeros que tienen cerdos no huelen a los cerdos. Aquí olemos así porque nuestra carne está podrida, y en cambio vosotros oléis muy bien, a fresco. ¿Alguna pregunta más? ¿No? Bien, pues permitidme que yo os haga una. ¿Cómo es posible que un grupo de personas vivas como vosotros haya llegado hasta aquí?

Todos los chavales miraron a Harry. Él se sorbió los mocos y alzó el mentón mostrando su orgullo por haber sido nombrado portavoz.

—¿Sabes lo que es el universo? —le preguntó a Bess.

—Ni idea.

—Es todo lo que conocemos —prosiguió Harry—. Es la Tierra, la Luna, las estrellas.

—De acuerdo. —A pesar de su afirmación, no parecía entender nada de lo que le decía.

—Bueno, hay un montón de personas muy inteligentes, a las que llaman físicos, que consideran que existe más de un universo, que existen muchos. Tal vez haya un número infinito de ellos. Algunos de ellos quizá solo sean un poco diferentes del universo que nosotros conocemos; por ejemplo, todo puede ser exactamente igual, solo que, en otro, yo soy un magnífico jugador de fútbol.

—Muy improbable —resopló Boris.

—Sí, no parece muy factible —reconoció Harry—. En cualquier caso, esto es lo que yo pienso. Creo que este lugar al que llamáis Infierno es uno de esos universos paralelos, en el que acabas si has hecho algo muy malo en tu vida. Tal vez hay otro llamado Cielo, al que va la gente buena. Lo normal es que sea imposible que alguien vivo pueda pasar entre ambos universos. Pero por algún motivo cuya explicación desconozco, hemos entrado en algo llamado agujero de gusano, que es un pasaje entre nuestro universo y el tuyo.

—¿En serio? —Bess parecía asombrada.

Harry se encogió de hombros.

—Al menos es lo que yo creo.

—Eres un chico listo, ¿verdad? —comentó la mujer.

Harry sonrió y, sin asomo de modestia, asintió mostrándose de acuerdo.

—¿Vais a poder volver a vuestro mundo u os vais a quedar aquí para siempre?

La pregunta hizo que Harry empezase a llorar de nuevo.

—No lo sé —reconoció—. No soy tan listo como para responder a eso.

El capitán de escuadrón Mark Twyford, la persona al mando del aeródromo Northolt de la RAF en Ruislip, no podía ocultar su disgusto. Una llamada urgente desde el cuartel general del mando conjunto en Northwood le había obligado a interrumpir unas vacaciones familiares que ya había atrasado dos veces. Al incorporarse a su puesto se encontró con un americano tomándose un café en su despacho.

—Capitán —le saludó John, levantándose del sofá—. Soy John Camp. Su secretaria he tenido la amabilidad de permitirme pasar y atenderme.

Twyford iba vestido con ropa de civil.

—Estaba en Norfolk con mi mujer y mis hijos.

—Están cancelando todos los permisos —le explicó John.

—Me han informado de que esperamos la llegada de alguien importante, pero no de que me encontraría con una persona en mi despacho. ¿Quién es usted?

—Soy el jefe de seguridad del supercolisionador de Dartford. Fui miembro del cuerpo de seguridad diplomática y antiguo Boina Verde.

—¿Todo esto está relacionado con los incidentes en Londres y sus alrededores?

—Sí, en efecto.

Twyford encendió un cigarrillo y se sentó ante su escritorio.

—He oído especulaciones muy locas en los medios de comunicación. ¿Cuál es la verdadera historia?

—No estoy autorizado para hablar sobre este asunto. Tengo entendido que recibirá usted en breve una comunicación oficial del mando operativo. Todavía no se ha anunciado, pero el primer ministro va a hacer una declaración a lo largo del día de hoy. Northolt es la base de la RAF más próxima a Londres, de manera que estoy seguro de que en breve va a estar usted muy ocupado.

—No me siento muy cómodo recibiendo la información a través de un civil americano.

—Capitán, durante algún tiempo nadie se va a sentir muy cómodo. Y ahora, si es tan amable de comprobar la hora de llegada del Learjet C-21A que estoy esperando, le estaría muy agradecido.

Esperó a pie de pista a que el pequeño jet de la USAF aterrizara y parase los motores. El equipo de tierra de la RAF colocó topes en las ruedas y la puerta se abrió. El copiloto descendió por la escalerilla y fue directo hacia él.

—¿Es usted John Camp?

—Sí. ¿Dónde está mi hermano?

—Va a tener que ayudarlo a bajar.

—¿Por qué?

—Está como una cuba, señor.

John negó con la cabeza. Había cosas que no cambiaban nunca.

—No sabía que tenían ustedes servicio de bebidas.

—Parece que se la trajo él. Creo que bourbon.

Kyle estaba tumbado en su asiento, adormilado y murmurando palabras ininteligibles.

—Eh —lo llamó John—. Bienvenido a Londres. Salgamos de aquí.

Kyle era cinco años más joven que John, pero parecía mayor. Tenía ese aspecto arrugado y fofo con el que se pagan décadas de fumar y beber en exceso. Señaló a su hermano, como sorprendido de encontrárselo allí, e intentó levantarse, pero todavía llevaba el cinturón puesto. John se lo desabrochó y le ayudó a ponerse en pie. Kyle era también corpulento, unos centímetros más alto que John y lucía barba de leñador, pero mientras que John estaba en muy buena forma, Kyle no lo estaba en absoluto. La barriga le abultaba bajo la camisa de franela, desbordaba por encima del cinturón, y cuando avanzó por el pasillo, John comprobó que su cojera era más pronunciada de lo que recordaba.

Agarró a Kyle por la cintura.

—Cuidado con los escalones. Yo te sujeto.

—No necesito ayuda —protestó Kyle. Asomó la cabeza y aspiró el cálido aire de la mañana—. ¿Esto es Londres?

—Así es.

—Un vuelo muy largo.

—Vamos a buscarte un tanque de café, ¿de acuerdo?

—¿Seguro que no necesito pasaporte? Pensaba que todo el mundo necesitaba pasaporte.

—Han hecho una excepción contigo.

Kyle logró descender torpemente por la escalerilla.

—¿Jack Daniels? —le preguntó John.

—Wild Turkey. Infalible. Tiene un toque especial que marca la diferencia. ¿Por qué?

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué han hecho una excepción?

—Te he reservado un hotel. Te das una ducha, te bebes un litro de café, te zampas unos huevos con beicon y después te explico por qué.

La señora Jones había servido un desayuno pantagruélico. Trevor apenas se podía levantar de la mesa después de dar cuenta del bacalao desalado, las tortitas de maíz, el plátano frito y la salsa de pimienta.

—Hay más —anunció la mujer, asomando la cabeza desde la cocina.

—Voy a reventar, mamá —dijo Trevor.

—Pero mira qué delgado te has quedado —se quejó ella.

—Déjalo tranquilo —intervino el padre—. Está bien. —El hombre tenía los párpados hinchados y cara de preocupación. Apenas había tocado su plato.

Habían llegado a Brixton Hill en la diáspora jamaicana de los años cuarenta. Esta casa había pertenecido al abuelo de Trevor antes de pasar a su padre. Como era hijo único, pasaría a él si decidía quedársela. La absoluta familiaridad del lugar era un bálsamo para la abrumada alma de Trevor. Él tenía su propio apartamento en Dartford, cerca del MAAC, pero en cuanto dejó a Arabel y los niños en Edimburgo, volvió a Londres en un jet del MI5 y en lugar de regresar a su casa, cogió el coche y se dirigió a Brixton. Les debía una visita a sus padres.

Estaba acostumbrado a preocuparlos y ellos estaban acostumbrados a estar preocupados. Habían pasado por sus estancias en Afganistán y por las noches de patrulla como oficial de policía. Siempre encontraba la forma de tranquilizarlos y darles confianza, y los mantenía informados por teléfono y por correo electrónico. Pero este último mes había sido diferente. Se había limitado a decirles que se marchaba y que no podría comunicarse con ellos. Les contó que era una misión secreta y sus padres no habían tenido otro remedio que aceptarlo con estoicismo. Cuando apareció en la puerta la tarde pasada, demacrado y sucio, su madre se echó a llorar de felicidad y de inquietud, le preparó un baño y se puso a cocinar.

El televisor estaba en una esquina, con el volumen al mínimo. La BBC estaba informando de la situación que se vivía en Leatherhead. Un reportero explicaba desde las afueras de la ciudad que se acababan de establecer zonas de exclusión aérea allí y en Sevenoaks, Upminster y Dartford. Ni las fuentes policiales ni las gubernamentales ofrecían de momento ninguna información sustancial al respecto, pero Downing Street acababa de anunciar que el primer ministro se dirigiría al país a mediodía y después acudiría a la Cámara de los Comunes para comparecer ante el Parlamento.

—Dicen que está relacionado con el MAAC —comentó al final su padre.

—¿En serio? —preguntó Trevor.

—Probablemente no puedes hablar de esto —sugirió el padre.

—Ojalá pudiese. ¿Puedo utilizar vuestro teléfono? Me he dejado en móvil en casa.

—No tienes ni que pedirlo.

—Es un número de Escocia.

—Puedes llamar a la luna si quieres —intervino la madre—. ¿Con quién tienes que hablar en Escocia?

—Con una mujer.

—¿Esa mujer tiene un nombre? —preguntó la madre.

—Arabel.

—¿Dónde la has conocido?

—Su hermana trabaja en el laboratorio.

—No más preguntas, madre —intervino el padre—. Deja que el chico llame a su novia.

Fue el padre de Arabel quien respondió a la llamada en Edimburgo y le pasó el teléfono a su hija. De fondo, Trevor oyó a Sam y Bess jugando.

—Parecen contentos —comentó Trevor.

—Son niños. Se recuperan enseguida y juegan como si nada.

—¿Y tú ya estás jugando? —preguntó Trevor con ironía.

—No exactamente. —Su voz sonaba cansada.

—Ya sabes a qué me refiero —matizó Trevor.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó ella—. ¿Has podido dormir?

—Como un tronco. Mi madre me está malcriando, como siempre. Eso ayuda. ¿Qué tal está Emily? Hoy no he hablado con ella. ¿Y tú?

—Ha llamado hace un rato. Ya ha vuelto al trabajo. Está manteniendo conversaciones por Skype con científicos de Europa y Estados Unidos. No sé cómo puede.

—Es una fuerza de la naturaleza. Te echo de menos, ¿sabes?

—Lo sé —dijo ella—. Ojalá no tuvieses que volver allí.

—¿Te lo ha contado Emily?

—Sí.

—Te llamaba para contártelo yo mismo.

—¿Tienes que ir?

—No tengo que ir. Pero debo ir. Tenemos un auténtico cristo montado en Londres. John y Emily van a volver para intentar solucionarlo, así que tengo que acompañarlos.

—¿Hay algo que pueda decir para hacerte cambiar de opinión?

—Puedes decirme que me quieres. Me gustaría oírlo, pero eso no me hará cambiar de opinión.

—Te quiero.

Ben abrió la puerta de su casa en una callecita de Kensington y se detuvo en el vestíbulo. Se sentía como un extraño. En los últimos dos meses apenas había dormido allí la mitad de las noches, y esas horas habían estado marcadas por temperaturas conyugales extremas, la frialdad en el mejor de los casos, el sofoco de la ira en los peores momentos. Al principio su mujer sospechaba que tenía una aventura, pero cuando la convenció por fin de que solo se trataba de exceso de trabajo por un asunto muy grave, eso a ella aún pareció resultarle más hiriente. El argumento de su mujer era que, si el trabajo amenazaba con destruir su familia, él debía pedir que lo reasignasen a otro departamento o presentar su dimisión. Insistía también en que debía utilizar las influencias de su familia y sus conexiones políticas para encontrar un buen trabajo en la City, pero Ben no quería ni oír hablar del asunto. Lo único que ella no hizo fue preguntarle qué era lo que se traía entre manos. Como esposa de un oficial de Inteligencia, había aprendido a no preguntar. Además, ¿qué le habría

contado si hubiera decidido sincerarse? ¿Que se había convertido en el controlador oficial de visitantes del Infierno? ¿Que los atrapaba y los enviaba de vuelta allí? Ella hubiera recibido la explicación con auténtico entusiasmo.

Oyó a las trillizas jugando en el piso de arriba. El televisor del estudio estaba encendido y allí encontró a su mujer disfrutando de su café matinal.

—Hola —saludó.

Ella apenas lo miró.

—¿Has venido a cambiarte de ropa?

—Algo parecido. Quiero que te lleves a las niñas a la casa de mis padres en el campo.

—¿Por qué?

—Estás viendo las noticias. Creo que Londres no es seguro.

Ella se encendió muy rápido.

—¡Sí, estoy viendo las noticias y no están diciendo nada! ¿Este es tu maldito asunto gravísimo, Ben? ¿Lo es?

Él dejó la bolsa en el suelo.

—Sí.

—¿Por qué no dicen de qué se trata? ¿Es un ataque terrorista? ¿Es el apocalipsis zombi? ¿Por qué no explican nada concreto?

—El primer ministro va a dirigirse al país este mediodía.

—Pero mi marido, mi caballero andante con su resplandeciente armadura, no me puede decir qué está pasando con unas horas de antelación.

—Sabes que no puedo hacerlo. Después de su comparecencia, el tráfico se va a poner imposible. Quiero que salgáis cuanto antes de la ciudad.

—¿Sabes qué, Ben?, si quieres tratarme como a cualquier otro londinense, pues tendré que pasarme horas en un embotellamiento como cualquier otro londinense. Lárgate. Si este lío se ha acabado poniendo tan feo, eso quiere decir que eres igual de malo como agente que como padre.

John registró a su hermano en un hotel del centro de Londres y, mientras se duchaba, esperó en la habitación metiendo cápsulas de café en la máquina. Estaba claro que haría falta algo más que una ducha y un café. Kyle necesitaba dormir, de modo que John tomó un taxi hasta el Royal Hospital para cumplir con la promesa que le había hecho a Emily de que un médico le revisara la vieja herida de la cuchillada. Mientras esperaba a que su cirujano saliese de quirófano, telefoneó a Ben.

Oyó voces infantiles de fondo y le preguntó:

—¿Dónde estás?

—Estoy pasando un rato en casa. En breve vuelvo a la oficina. ¿Dónde estás tú?

—En el hospital para un chequeo.

—¿Ya ha llegado tu hermano?

—Lo he recogido en el aeropuerto. Ahora está descansando.

—¿Ya le has contado lo que vas a pedirle?

—Todavía no. ¿Qué está sucediendo en los puntos calientes?

—Los drones están captando un constante aumento de moradores del Infierno. Todavía no es una riada, pero es preocupante.

—Llegará a la categoría de riada, pero todavía tardará un poco en suceder —le aseguró John—. Allí el boca a boca es literalmente boca a boca. No pueden tuitear la noticia.

—Al menos eso nos da tiempo para poder llevar a cabo tu plan. ¿Puedes estar en el cuartel general de MI5 a las dos?

—Allí estaré.

Llegó su cirujano. Echó un vistazo, palpó la herida de John y le dijo que un mes después de la operación estaba curándose bien y ya no había riesgo de infección. El doctor cloqueó como una gallina cuando John le explicó que un médico amigo le había quitado los puntos.

—¿Por qué no viniste aquí a que te los quitase? —le regañó.

—Estaba fuera de la ciudad.

John regresó al hotel justo antes de mediodía. Kyle seguía durmiendo a pierna suelta. Pidió un par de hamburguesas al servicio de habitaciones y encendió el televisor.

—Kyle, despierta.

Recibió una respuesta difusa y un repertorio de palabrotas.

—Vamos. Tienes que ver esto. Vas a oír el motivo por el que te he hecho venir.

—¿De boca de quién?

—Del primer ministro.

—¿De Inglaterra?

—Despierta, tío. ¡Sí! Estás en Inglaterra. Se llama Peter Lester. Lo conocerás en persona hoy o mañana.

Kyle puso los ojos como platos. Se incorporó apoyándose sobre el codo.

—¿Voy a conocer al primer ministro?

—Sí.

—Joder. ¿Tienes una aspirina?

—Te he dejado un bote entero en el lavabo.

Kyle volvió a la habitación y se sentó en el borde de la cama en calzoncillos, con su barrigón cervecero en pleno despliegue.

Peter Lester salió de la icónica puerta negra del 10 de Downing Street, se colocó detrás de un atril y miró con solemnidad a la cámara. Detrás de él, a un lado, se colocó el arzobispo de Canterbury, con las manos pegadas a la cintura.

—Me dirijo hoy a vosotros para hablaros de una crisis sin precedentes —empezó Lester—. Aunque se trata de una crisis de dimensiones internacionales, está afectando de manera directa a Londres y a los condados limítrofes. El colisionador

masivo angloamericano de Dartford, fuente de orgullo nacional, se ha convertido en un motivo de preocupación. Durante los dos últimos meses el supercolisionador ha estado operando con muy altas energías de colisión, a unos niveles que no habían sido autorizados de manera explícita. Habrá tiempo de sobra en el futuro para buscar culpables, y como primer ministro estoy dispuesto a asumir los errores en nombre del gobierno. Pero este no es el momento de hacer política. Es el momento de expresar una seria preocupación y de tomar de decisiones. Como resultado de una sucesión de acontecimientos, el colisionador ha abierto un canal de comunicación con lo que los expertos científicos han descrito como otra dimensión, tal vez otro universo. Este universo paralelo incluye un lugar muy parecido a nuestra Tierra, pero con importantes e inquietantes diferencias. Parece estar poblado por personas de nuestra dimensión, de nuestro mundo, pero que han fallecido, personas que durante sus vidas cometieron grandes males. Esa gente ve ese lugar como un espacio de castigo eterno. Lo ven como el Infierno. Tenemos conocimiento de esta otra dimensión porque, ahora puedo hacerlo público, varias personas, incluyendo personal científico y de seguridad del colisionador de Dartford, han estado allí y han regresado.

—¿Lo que está diciendo es cierto? —preguntó Kyle.

—Me temo que sí —dijo John.

—Está hablando de ti, ¿verdad?

—Sí.

Lester siempre había sabido mantener la frialdad ante cualquier audiencia, pero esta vez se le notaba la garganta seca y parpadeaba en exceso. Bebió un sorbo de agua antes de continuar.

—Sin duda, lo sucedido va a alterar el modo en que todos nosotros percibimos nuestro lugar en el cosmos. Hará que algunos cambiemos nuestro modo de entender la religión, la intervención divina y las consecuencias del mal. El arzobispo de Canterbury dirá unas palabras sobre esto cuando termine mi intervención. Dispondremos de tiempo en el futuro para debatir todas las implicaciones. Sin embargo, por el momento debemos centrarnos en garantizar la seguridad de las personas que viven y trabajan en la zona del Gran Londres.

»En estos momentos hay cuatro áreas geográficas que nos preocupan. Son las poblaciones de Dartford, Leatherhead, Sevenoaks y Upminster. Todas están situadas cerca de la M25 y de los túneles del colisionador que rodean Londres en un gigantesco trazado oval. Hemos establecido un cordón de seguridad policial y militar alrededor de estas poblaciones y hemos evacuado a parte de los habitantes. Por desgracia, se ha producido un flujo de llegadas de residentes de esta otra dimensión y algunos de ellos parecen ser criminales muy violentos que por desgracia han provocado víctimas. Estamos evaluando el mejor modo de seguir evacuando a los ciudadanos atrapados.

»Por el momento, hacemos un llamamiento a las personas que siguen en Dartford, Leatherhead, Sevenoaks o Upminster para que se refugien donde estén y coloquen un

papel o trozo de tela blancos en la puerta de casa o del lugar de trabajo para que el personal de seguridad pueda localizarlos. Si consideran que no es seguro refugiarse donde están y deciden dirigirse hacia los cordones de seguridad, muestren una tela blanca cuando se acerquen a ellos para ser identificados como ciudadanos. En la parte inferior de la pantalla aparecerá ahora un teléfono de emergencia al que llamar para informar a las autoridades de su situación actual. En estos momentos no hay motivo para evacuar otras zonas del Gran Londres, pero estamos siguiendo minuto a minuto la situación. Tengan la seguridad de que los mejores científicos de Inglaterra y del resto del mundo están trabajando para cerrar de forma definitiva los puntos de conexión entre las dos dimensiones.

John apagó el televisor.

—Todavía estaba hablando —protestó Kyle.

—Ya has oído lo más relevante. Ahora yo te contaré lo que él no va a explicar.

Kyle encontró sus vaqueros y sacó una camisa limpia de su bolsa de viaje.

—Adelante —dijo—. Tienes toda mi atención.

—Esto es una jodienda de primera magnitud —empezó John—. He estado al otro lado dos veces, y ese sitio hace que los peores lugares de este mundo parezcan balnearios de lujo. Allí han ido a parar todos los malvados del mundo y las personas de la peor calaña desde el principio de los tiempos hasta ahora, todos reunidos en aldeas, pueblos y ciudades de aire medieval. Desde el punto de vista geográfico es muy parecido a la Tierra, pero aquí empiezan y acaban las similitudes. Si mueres y acabas allí, te quedas allí para siempre. Esa gente puede sufrir, pero no morir. Hay muchos más hombres que mujeres, lo cual no es sorprendente teniendo en cuenta que la testosterona es la raíz de todo el mal. Lo único bueno de ese mundo es que allí no hay niños. Tienen plantas y animales, de modo que hay algo de agricultura y mucha caza. A los peores de entre quienes habitan allí se los conoce como vagabundos y forman bandas de violadores y caníbales. Tenemos evidencias de que algunos de ellos han llegado a la Tierra. Los moradores del Infierno solo pueden salir de allí a través de los puntos calientes de esas conexiones interdimensionales que se han creado entre los dos mundos. Allí, cada país está regido por un gobernante feudal y un grupo de nobles, que tratan a su pueblo como esclavos. Están en guerra permanente unos contra otros, lanzándose ataques y conquistando tierras.

Kyle le interrumpió:

—Estás contándome todo esto como si fuese lo más normal del mundo.

—Porque es cierto. Esta tarde conocerás a otras personas que estuvieron allí conmigo. Te contarán lo mismo.

—¿Y Satán se pasea por allí, lanzando bolas de fuego a la gente?

—No hay ningún Satán, lo siento.

—¿Y quién decide quiénes toman el ascensor que baja al Infierno?

—Ojalá lo supiese. Cuanto todo esto acabe, quizá busque una Biblia y la lea a fondo.

—De acuerdo, daré por hecho que te has vuelto completamente loco y te seguiré el juego.

Se encaminó hacia el minibar de la habitación, pero John no estaba dispuesto a dejarle tomar nada más fuerte que una soda.

Kyle abrió una lata de Coca-Cola y dijo:

—Entonces, dado que has utilizado el término medieval, doy por hecho que esos tíos no tienen ni cazas ni bombas atómicas para machacarse entre ellos.

—Hablamos de espadas y cañones, pistolas y rifles de mecha. Han logrado construir alguna que otra cosa de finales del XIX, como el telégrafo o algunos vehículos a vapor, pero la gente que acaba allí no suelen ser los ingenieros, diseñadores y tíos creativos de este mundo. De manera que están anclados en la tecnología antigua.

Kyle descorrió las cortinas y dejó entrar en la habitación la luz del sol. Contempló el denso tráfico que colapsaba las calles y oyó las sirenas de los vehículos de emergencia, algunas cercanas, otras más lejos.

—Bueno, ¿y qué tiene todo esto que ver conmigo?

—Voy a volver allí muy pronto con un puñado de tipos duros para intentar impedir que los moradores del Infierno sigan invadiendo nuestro mundo mientras los científicos encuentran el modo de solucionar el problema. Quiero que vengas conmigo.

—¿Por qué?

—Porque no conozco a nadie más capaz de hacer lo que tú haces.

—¿No conoces a nadie más que se emborrache y consiga que las mujeres lo odien?

John soltó una carcajada.

—Conozco a un montón de tíos capaces de esto, yo incluido. Me refiero a tu otra especialidad.

—Oh, esa especialidad. Joder.

—Ben Wellington, Trevor Jones, os presento a mi hermano, Kyle.

—Gracias por haber venido tan rápido, Kyle —saludó Ben mientras les invitaba a sentarse.

Estaban en el último piso del cuartel general del MI5, con una vista espectacular del Támesis. También podían ver los embotellamientos en Southwark y en los puentes de Londres.

—Está todo colapsado —comentó John—. Hemos tenido que bajar del taxi y seguir a pie.

—Yo también he tenido que venir andando desde Brixton —confirmó Trevor. Ben negó con la cabeza.

—Parece que la gente no está haciendo mucho caso del llamamiento a la calma del primer ministro —comentó—. Se están largando de aquí a toda prisa.

—No podemos culparlos por reaccionar así —aseguró John.

—Mis padres, en cambio, no se piensan mover —dijo Trevor—. Y he desistido de intentar convencerlos.

—Kyle, ¿te has hecho daño en una pierna? —preguntó Ben.

—Esta cojera es más vieja que Matusalén —respondió—. Un accidente de coche en mis años salvajes y locos.

Ben sirvió café para todos.

—Vaya. ¿Emily se va a unir a nosotros?

—Ha pedido que la excusemos —explicó John—. Está muy ocupada con las videoconferencias con la gente del CERN y varios expertos. Le presentaré a Kyle en mi casa de Dartford esta noche.

—¿Eso no queda demasiado cerca de uno de los puntos calientes? —preguntó Trevor.

—Está a seis kilómetros del laboratorio —aclaró John—. De momento no hay peligro. Cómo lograremos llegar hasta allí ya es otro tema. La M25 se va a convertir en un aparcamiento.

—Pediré que un helicóptero os acerque de vuelta desde Herefordshire —propuso Ben.

—Antes de que empecemos —comentó John—, Kyle necesita escuchar la versión de Trevor. Me pasé tanto tiempo tomándole el pelo cuando éramos niños que no se cree ni media palabra de lo que le he contado.

—Es un hecho. Siempre ha sido un puto mentiroso —confirmó Kyle sin atisbo de ironía—. Pero algo me dice que todo esto es demasiado raro como para no ser cierto.

—Te puedo garantizar que es cierto —le aseguró Trevor—. Yo solo he estado allí una vez, pero te contaré todo lo que vi y lo que sé.

Cuando Trevor terminó su exposición, Kyle se encogió de hombros y dijo que se

daba por satisfecho.

—¿Eso significa que te sumas al equipo? —preguntó Trevor.

—Todavía tengo que pensármelo.

—Lo comprendo —dijo Ben—. ¿Qué os parece si vamos hacia el helipuerto? No quiero hacer esperar a esos tíos.

El oficial al mando, el comandante Gus Parker-Burns, saludó a los ocupantes del helicóptero del MI5 cuando aterrizaron en Credenhill, Herefordshire.

—Caballeros, bienvenidos al 22 Regimiento de las SAS —saludó—. Síganme.

En el interior del claustrofóbico y poco iluminado centro de operaciones, Parker-Burns los condujo a una sala de reuniones y les ofreció café recalentado. Era más o menos de la edad de John, aunque más bajo, iba bien afeitado y no parecía estar en forma; vestía uniforme de camuflaje y boina color arena con la insignia del regimiento, una espada Excalibur con la punta hacia abajo y envuelta en llamas. Cuando todo el mundo estuvo sentado, abrió el portafolios que llevaba y extrajo varios documentos.

—Comandante Camp —empezó.

—Estoy retirado —le aclaró John.

En el rostro del militar se dibujó una tenue sonrisa.

—Tomo nota. Me siento orgulloso de recibir a un exoficial de los Boinas Verdes en Credenhill. He revisado su currículum y debo decir que estoy impresionado.

—Gracias, comandante —respondió John.

—Y usted es el sargento Jones, de los Dragones de la Guardia Real. Una hoja de servicios impecable. Un buen desempeño con la Policía Metropolitana. Bienvenido también. Nuestro comandante recibió la información del primer ministro esta mañana y él a su vez me ha informado a mí sobre la naturaleza de nuestra, por llamarla de alguna forma, inusual operación. Según mis datos, el señor Wellington no formará parte de esta misión, ¿es correcto?

—Sí. Yo me quedo para hacerme cargo de la situación en Londres —explicó Ben—. Lo más probable es que de todas formas allí no resultase de gran ayuda.

—¿Y este caballero? —preguntó Parker-Burns mirando a Kyle.

—Es mi hermano —presentó John—. Todavía estamos intentando convencerlo. Espero que al final venga.

—¿Tiene experiencia militar? —preguntó el comandante.

—Ni un ápice —respondió Kyle, evitando el contacto visual.

—Posee ciertas habilidades que considero cruciales para la misión.

—Ya veo —aceptó con forzada amabilidad—. Supongo que todo será desvelado a su debido tiempo. Y ahora permítanme hablarles con franqueza. Soy un soldado y cumpliré las órdenes de mi superior. Pero les diré lo que le he dicho a mi comandante. El Escuadrón A es un tesoro nacional. Sesenta de los mejores hombres

que hayan vestido jamás el uniforme de su majestad. Le sugerí que desplegásemos al Escuadrón A en los puntos calientes de Londres, donde podemos enfrentarnos a esos invasores y neutralizarlos utilizando todos los recursos tácticos a nuestra disposición. Enviar a estos hombres a *terra incognita* sin armas ni material me parece una absoluta locura. Además, ponerlos bajo el mando operativo del comandante Camp, perdón, del excomandante Camp, no es aceptable.

—Está usted invitado a venir con nosotros y tomar el mando de sus hombres —respondió John con una sonrisa.

—Pero me dijeron que tendría que ponerme a sus órdenes —objetó el militar.

—Yo he estado allí dos veces. Sé cómo funcionan las cosas al otro lado.

—Aun así... —insistió el comandante.

John decidió dejar las cosas claras:

—En mi opinión, la clave de todo esto es dónde enfrentarse al enemigo, aquí o allí. Los moradores del Infierno seguirán llegando si no los detenemos. Invadirán por completo las zonas calientes. Podríamos llegar a la conclusión de que con nuestra superioridad armamentística seremos capaces de controlarlos, de no ser por el hecho de que los expertos consideran que los puntos calientes van a incrementar su inestabilidad. Se van a expandir, y esa expansión con toda probabilidad resultará impredecible y podría succionar a las fuerzas de contención. Con tantas incertidumbres, será mucho más factible tratar de contener la amenaza al otro lado, en el origen.

—¿Y quién mejor que las fuerzas especiales de las SAS para enfrentarse a esta amenaza nada convencional? —intervino Ben.

—Exacto —añadió John—. ¿Y quién más apto para improvisar tras las líneas enemigas?

Parker-Burns alzó las manos en un irónico gesto de rendición.

—No tienen que convencerme de nuestras capacidades. Si recibimos la orden definitiva, iremos y cumpliremos con la misión de forma impecable.

John mostró una amplia sonrisa.

—Imagínese lo indignado que estaría si yo hubiera optado por los Navy Seals para esta misión.

La sala quedó sumida en tal silencio que la caída de un alfiler hubiera sonado como los platillos de una orquesta. Al comandante estaba a punto de estallarle la cabeza.

—Solo bromeaba —dijo John entre risas.

Parker-Burns suspiró y se sumó a las carcajadas.

—Gracias a Dios —dijo—. Vamos, voy a presentarles al Escuadrón A.

Los sesenta hombres formaron para pasar revista en un oscuro hangar para helicópteros. Eran cuatro comandos de quince hombres cada uno, organizados de la A a la D y cada uno al mando de un capitán. A John le gustó su aspecto de militares de operaciones especiales. La mayoría llevaban el pelo en el largo máximo permitido y

muchos se habían dejado barba. Pero lo más importante era la arrogancia que emanaban. Para que esta misión fuese un éxito necesitaba poder contar con tipos duros, con arrogantes hijos de puta.

Parker-Burns ordenó a sus hombres descanso y les habló en voz alta:

—Caballeros, habéis recibido información preliminar sobre la amenaza de seguridad que se está desarrollando en Londres y se os pidió estar preparados por si el gobierno de su majestad requería vuestros servicios como parte de la respuesta a esa amenaza. Esta noche puedo confirmaros que el Escuadrón A ha sido designado para prestar sus especiales y eficaces servicios. Vuestra misión va a ser muy distinta a las que habéis afrontado hasta ahora, va a presentar importantes desafíos y os enfrentará a peligros inusuales. Me consta que el gobierno ha valorado una única opción dentro del ejército para llevar a cabo esta misión: este escuadrón. Capitanes Marsh, Yates, Greene y Gatti, os reuniréis con estos caballeros que me acompañan y que os explicarán los objetivos de la misión. Los capitanes informarán a la tropa esta noche a las doce horas. Esto es todo.

Los cuatro capitanes, todos treintañeros, se dejaron caer en las sillas de la sala de oficiales y miraron con suspicacia a los visitantes. A diferencia de la tropa, ellos iban bien afeitados y lucían el tradicional corte de pelo militar, excepto Marsh, que era calvo como una bola de billar. Su lenguaje corporal dejaba bien claro que no les gustaba nada tener que recibir instrucciones de unos civiles, y cuando John abrió la boca parecieron especialmente indignados ante el hecho de que las órdenes procedieran de un americano.

—En serio —dijo Marsh, pasándose la mano por la calva—. ¿Un civil y encima yanqui? ¿Qué clase de mierda es esta?

John estaba a punto de responderle cuando Ben intervino:

—No quiero hablar en nombre del señor Camp, pero creo que enseguida comprobaréis que habláis el mismo lenguaje. Hasta hace poco era comandante de los Boinas Verdes.

—Bueno, me alegra saber que tu boina era verde y no rosa, monada —replicó burlón Marsh.

—Eh, cuidado con lo que dices, colega —bramó Kyle, enfurecido.

—Otro americano —comentó Marsh—, y este cojo. Entonces ¿el de la boina rosa eras tú?

—Para el carro, Alex —intervino el capitán Yates, un fornido hombre de raza negra—. Permítanme pedirles disculpas por el comportamiento de mi colega. En cuanto lo conozcan un poco mejor comprobarán que es un auténtico mamón.

—Sí, por favor —añadió el capitán Gatti, que lucía un fino bigote sobre su tez morena—. No hagan caso a Alex. Se pone así siempre que se cruza con tíos que sí tienen pelo en la cabeza.

—No pasa nada —replicó John con una sonrisa cómplice—. Yo también estaría cagándome en todo si apareciese en mi casa un capullo inglés para decirme cómo

vamos a llevar a cabo una misión. Lo siento, pero en cuanto oigáis lo que tengo que contaros, entenderéis que no hay militares británicos en activo capaces de ponerse al frente del operativo. Trevor Jones y yo hemos estado allí. Él también es exmilitar. Fue sargento en los Dragones de la Guardia Real y estuvo varias veces en Afganistán.

El capitán Greene, el que parecía más joven de los cuatro, con aires de guaperas, el cabello rubio cortado al uno y un hoyuelo en el mentón, preguntó:

—¿Y usted?

Kyle negó con la cabeza.

—Nunca me alisté. El calvorota, con su ojo de águila, se ha fijado en mi cojera. Soy el hermano de John y todavía no estoy seguro al cien por cien de por qué estoy aquí.

—Lo he traído porque posee unas habilidades muy especiales —aseguró John.

—Por mí ningún problema —respondió Greene, y mirando a Ben insistió—: ¿Cuál es la historia?

Antes Ben había respondido por John, y ahora John le devolvió el favor.

—Este hombre es la única persona en esta sala cuyo culo deberíais besar. Uno de estos días, si sobrevivís a la misión, estaréis llamando a su puerta para pedirle trabajo. El señor Wellington forma parte de la cúpula del MI5.

—Muy bien, estoy muy impresionado con todos vosotros —masculló Marsh con sarcasmo—. Y ahora supongamos que os decidís de una vez y nos contáis cuáles son esos importantes desafíos e inusuales peligros a los que se ha referido nuestro superior.

—Imagino que todo esto está relacionado con la locura que se ha desatado en Londres —apuntó Yates.

—Así es —confirmó Ben—. El señor Camp hará los honores.

—Muy bien, muchachos —empezó John—. Escuchad y preparaos para quedaros pasmados.

—Bonita casa —comentó Kyle, mientras dejaba caer su bolsa de viaje en el suelo del vestíbulo de John. El helicóptero había aterrizado a un kilómetro de allí, en el oscuro campo de fútbol de un colegio, y habían tenido que recorrer las calles desiertas de Dartford para llegar hasta el apartamento.

—Últimamente no he pasado mucho tiempo aquí —le explicó John—. Tu habitación está al fondo. Es una suite.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tienes tu propio cagadero.

John se acercó a la nevera, sacó un par de cervezas frías y le ofreció una a Kyle. Observó a su hermano mientras se la trasegaba en cuatro grandes tragos.

—¿Quieres otra? —le preguntó.

—Para empezar, sí. Para después ¿tienes algo más fuerte?

—Depende.

—¿De qué?

—Necesito saber si estás dentro o fuera. Si estás dentro, quiero que dejes de beber cosas fuertes.

—Que te jodan. —Kyle se levantó del sofá y cogió otra cerveza.

—Esto no es una respuesta —le dijo John.

—Creo que tú y yo tenemos que poner sobre la mesa cierto asunto no zanjado —replicó Kyle irritado.

—¿Ah, sí? ¿Qué asunto?

—Joderme con lo de la tienda, ese asunto.

John no se sorprendió. Era el gran tema tabú omnipresente y había sido un motivo de tensión entre ellos desde que su padre falleció. La casa y tienda de armas del viejo, lo único de valor que poseía. Los dos hermanos habían crecido en esa casa. Su padre los puso a trabajar en la tienda en cuanto tuvieron la estatura necesaria para asomar la cabeza por encima del mostrador. John siguió estudiando con una beca de atleta. Después entró en West Point y jamás volvió la vista atrás hacia Bend, Oregón. Cuando Kyle entró en el instituto varios años después, quería convertirse en una estrella del fútbol americano como su hermano mayor, coquetear con las animadoras del equipo y entrar también en el ejército, tal vez en las fuerzas especiales, pero un accidente por culpa de un conductor borracho le destrozó la pierna y la vida. Se quedó varado en Bend, en la tienda y en la casa paterna.

—¿Y exactamente cómo te jodí? —quiso saber John—. Fue decisión de papá que yo heredase la mitad de todo. Mamá ya había fallecido. Él tenía dos hijos. Y quiso partir la pizza en dos mitades iguales.

Los insultos, los gritos y las palabras gruesas solían aparecer en todas sus discusiones, y Kyle desplegab todo un arsenal.

—No es una puta pizza. Es mi puta casa. Es mi puto trabajo. Es mi puta vida. Tú te las piraste a Afganistán y a Dios sabe dónde más, conseguiste medallas y honores, vives de puta madre en Inglaterra. ¿Quieres saber cómo es mi vida? Sigo en Bend, siempre endeudado y con la pierna jodida. Y resulta que tú eres el dueño de la mitad de esa jodida vida. ¿Cómo crees que me siento?

A John se le atascaba la respuesta en la cabeza. Quería decirle a Kyle que no era culpa suya que se hubiera convertido en un tipo ridículo y amargado, un fabricante de excusas, un perdedor alcoholizado. Quería decirle que, gracias a Dios, al menos uno de los dos hijos había hecho que su madre y su padre se sintiesen orgullosos. Quería levantarse y arrearle un puñetazo en todos los morros. Pero decidió contenerse. Por primera vez en su vida necesitaba a Kyle para algo.

Se levantó, se dirigió a su escritorio y sacó papel. Se inclinó, escribió un párrafo, puso la fecha y lo firmó.

—Toma —le ofreció a Kyle—. Emily puede hacer de testigo cuando llegue. Si el abogado de papá dice que esto no sirve, firmaré el documento que él me presente.

Tienes toda la razón. Tendría que ser tu casa y tu negocio al cien por cien.

Kyle lo leyó. La nuez subía y bajaba cada vez que tragaba. Aspiró con fuerza, levantó la mirada y murmuró:

—Yo...

Se oyó una llave en la puerta principal y entró Emily. John se sintió aliviado por poder ahorrarse la torpe versión de gratitud que estaba a punto de oír.

—Emily, este es mi hermano Kyle. Kyle, ella es Emily Loughty.

El joven puso el papel boca abajo y se levantó. Después de los saludos de rigor, Emily se metió en la habitación de John para cambiarse.

—Es maravillosa —comentó Kyle.

—Sí que lo es.

—¿Es científica?

—Y muy buena.

—Si me hubieras dicho que era modelo, me lo habría creído.

—Lo tiene todo —se mostró de acuerdo John—. Soy muy afortunado.

—Siempre lo has sido.

Kyle se acabó su segunda cerveza empezó con la tercera. Emily regresó vestida con vaqueros, camiseta y descalza.

—¿Ya habéis cenado? —preguntó.

—Podemos encargar algo —propuso John.

—Lo veo difícil —respondió Emily—. Dartford es una ciudad fantasma.

—¿Cómo has venido?

—De repente apareció un helicóptero en el jardín del Ministerio de Defensa. ¿Y vosotros? Lo único que he visto al venir han sido kilómetros de luces rojas traseras en la autopista.

—Igual que tú, gracias a Ben.

Emily encontró unos platos congelados y los sacó.

—Bueno, Kyle, tengo entendido que te ha traído hasta aquí la fuerza aérea estadounidense.

—Ha sido una gozada. Tenía todo el avión para mí solo.

—¿Qué opinas sobre este lío en el que estamos metidos?

Kyle dejó la cerveza, utilizando el documento de John como posavasos.

—Creo que estamos siendo puestos a prueba —aseguró—. Es la hora del juicio. «Por cuanto has guardado mi palabra con perseverancia, yo también te guardaré de la hora del juicio que está por llegar al mundo entero para poner a prueba a quienes viven en la Tierra.» Apocalipsis, 3:10.

—¿Desde cuándo citas la Biblia? —preguntó John.

—Ya no me conoces —repuso Kyle, meneando la cabeza—. Una exnovia me introdujo. Ella me dejó, pero la Biblia se ha quedado conmigo.

—Bueno —intervino Emily—, bíblico o no, estoy de acuerdo en que estamos siendo puestos a prueba. El modo en que respondamos durante las próximas horas,

días y semanas afectará profundamente a nuestro futuro.

—¿Alguna novedad por tu parte? —le preguntó John.

—He hablado con todos los expertos que figuraban en la lista de Leroy Bitterman y con unos cuantos más. Ninguno tiene una solución, porque en realidad no hay por ahí ningún experto en strangelets. Paul Loomis era el único, es el único. Mis colegas de LHC de Ginebra están trabajando en un modo de tomar el control remoto de los sistemas informáticos del MAAC para reiniciar el colisionador cuando demos con una solución, si es que la encontramos. No podemos arriesgarnos a meter a gente en el punto caliente de Dartford.

—No soy el tío más listo del mundo —intervino Kyle—, pero tampoco soy un zoquete integral. Y aun así, debo reconocer que no he entendido nada de lo que has dicho.

Emily se disculpó y le explicó la versión simplificada. Tras obtener el asentimiento de John, también le contó lo de su encuentro con Paul Loomis.

—¿Por eso vas a volver allí?

John respondió por ella:

—Va a hacerlo, pese a que yo no quiero que lo haga.

—No tenemos tiempo que perder —aseguró ella.

El microondas pitó y John sacó la comida.

—Tengo un curry de pollo, una hamburguesa con queso y una lasaña de ternera.

—Hamburguesa con queso, por favor —eligió Emily.

—Nunca he comido curry —dijo Kyle.

John le plantó la lasaña delante. Sin pedir permiso, Kyle bendijo la mesa. John y Emily escucharon en un silencio incómodo.

Ella sacó el plato de su envoltorio de plástico y clavó el tenedor en la viscosa superficie amarilla. Antes de la dura experiencia vivida no hubiera tocado este tipo de comida procesada, pero ahora la disfrutó como si procediera de un restaurante con estrella Michelin.

—En el trayecto en helicóptero desde Londres el principal asesor científico del gobierno me ha informado de que los puntos calientes se han expandido en Upminster y en Leatherhead —les explicó—. Hemos perdido a más personal de seguridad en ambos lugares y Dios sabe cuántos residentes a los que se les aconsejó que se refugiaron en sus casas.

—¿Puedo hacer una pregunta tonta? —intervino Kyle—. John me ha contado que antes estos pasadizos o lo que sean se abrían y se cerraban cada vez que el colisionador se ponía en funcionamiento.

—Exacto —confirmó Emily—. Los puntos de conexión eran transitorios. Dependían por completo de la nueva producción de energía de la colisión de partículas subatómicas.

—Pero ahora, según decís, las conexiones son permanentes.

—Bueno, espero que permanentes no, pero sí persistentes y en expansión.

Denominamos a las zonas afectadas puntos calientes.

—Bien, de acuerdo, pues aquí va mi pregunta. Si alguien, de cualquiera de los dos lados, se ve atrapado en un punto caliente y salta de un mundo al otro, ¿por qué no puede volver a ese mundo de inmediato?

—No es una pregunta tonta. Es importante. No tengo una respuesta definitiva, pero parecen funcionar ciertas prioridades. Lo que quiero decir es que puede haber algunos efectos cuánticos generados por la interacción de strangelets y gravitones que...

John la interrumpió:

—Emily, estoy loco por ti, pero tienes delante a dos cazurros de Bend, Oregón.

—Lo siento. Llevo todo el día hablando con físicos. Pensad en los puntos de conexión como en un conducto de dirección única. Pasas por él al otro lado, pero no puedes regresar por el mismo conducto. Es como si hubiese una válvula que solo te permite viajar en una dirección. Eso explicaría por qué la gente no regresa inmediatamente después de llegar a la otra dimensión.

John dejó el tenedor.

—Pero en Leatherhead vimos a moradores del Infierno que reaparecieron después de que los comandos los matasen —recordó—. ¿Cómo explicas eso?

—Todo esto no son más que hipótesis basadas en unas observaciones limitadas. Puede ser que reinicies tu polaridad al abandonar el punto caliente. Si entonces vuelves a entrar, puedes regresar. Ojalá tuviese más respuestas. ¿Qué tal ha ido vuestra reunión con los SAS?

—Son profesionales —comentó John—. Como es normal, están rabiosos por tener que ponerse bajo mis órdenes, pero serán efectivos, sobre todo si logro sumar a Kyle al equipo.

—¿Te has apuntado? —le preguntó Emily.

Kyle retiró su silla y fue hasta la mesa del sofá. Cogió la declaración manuscrita de John y la rompió en pedazos.

—Es la idea lo que cuenta, hermano —dijo—. Me apunto. Para ser sincero, me he pasado las últimas horas pensando en qué cantidad queréis y cómo puedo sacar el trabajo adelante. Necesito un taller en condiciones mañana por la mañana.

—Ya tienes uno preparado —respondió John poniéndose en pie. Extendió los brazos—. Ven aquí.

Emily no pudo evitar llorar al ver a los dos hermanos fundidos en un abrazo.

Más tarde, mientras la abrazaba con fuerza en la cama, John le preguntó por sus impresiones sobre Kyle.

—Si no fuese por el parecido familiar, jamás hubiera dicho que sois hermanos. Sois muy diferentes.

—¿En qué?

—Es evidente: él tiene muchas aristas, mientras que tú, cariño, eres una roca muy pulida. Le falta confianza en sí mismo, a ti en cambio te sobra hasta el punto de llegar

a ser arrogante; y diría lo mismo con relación al amor. Él ha sufrido mucho por vivir a la sombra de los éxitos de su hermano mayor. Es muy triste.

John retiró el brazo con el que rodeaba los hombros de Emily y entrelazó las manos tras la nuca.

—Sí, a mí también me entristece —reconoció, contemplando el techo—. Podría haber hecho más por ayudarlo.

Emily posó una mano sobre el pecho de John y lo acarició.

—Le estás brindado la oportunidad de hacer algo grande. Tiene el potencial para cambiar su vida a mejor.

John giró la cabeza para besarla.

—Siempre que no lo maten por el camino.

Fueron cinco días. Cinco interminables jornadas que pasaron con exasperante lentitud.

John y Emily se habían empeñado en emprender el viaje en tres días, cuatro como máximo, pero para ello era imprescindible que Kyle terminase su labor. Trabajaba de forma muy metódica y al principio no aceptaba ayuda, argumentando que formar a alguien no haría más que retrasarle. Se pasaba las horas metido en el taller que le habían montado en la armería Holland & Holland de Londres, donde trabajó en completa soledad hasta que aceptó la realidad y empezó a delegar parte del trabajo a los entusiastas artesanos de la empresa. Dado el volumen del encargo, Kyle trabajaba dieciocho horas al día. Dejó el bourbon, pero se trasegaba unas cuantas cervezas cada noche antes de caer rendido en el catre que le habían instalado en el taller.

John pasó por allí el segundo día. Lo encontró inclinado sobre el banco de trabajo.

—¿Qué tal va todo? —preguntó.

—Va.

—¿Es factible?

—Mi parte es factible. Ya veremos cómo nos las apañamos con los cebadores.

—¿Qué pasa con ellos?

—Es química, colega. No podemos hacer pum-pum sin los cebadores.

—Mierda —masculló John—. No había pensado en eso.

—Yo tampoco, hasta hoy.

—¿Qué necesitamos?

—¿Podemos conseguir azogue?

De camino a Credenhill, John telefoneó a Malcolm Gough, que estaba dedicado a la tarea de hacer de niñera en Hampshire.

—¿Qué tal está Enrique?

—Creo que se lo está pasando bien —respondió el historiador—. Le encanta la comida y el vino, y las bañeras y el váter le parecen unos inventos fantásticos. Tuvimos un pequeño problema cuando anoche pidió que le mandáramos una muchacha a su cama. Los guardias del MI5 no sabían qué hacer. Tuve que utilizar mis conocimientos como padre de dos niños pequeños. Lo entretuve con la televisión.

—Necesito que le preguntes algo. Es importante saber si dispone de mercurio en Hampton Court o en algún otro de sus palacios londinenses.

—¿Azogue? ¿Como en el mercurio?

—Como en el mercurio.

—Lo siento, pero no —lamentó Gough cuando le devolvió la llamada—. La sustancia le sonaba vagamente, pero nunca la ha poseído. Ha sugerido que quizá se pudiese encontrar en Iberia.

Su siguiente llamada fue para Kyle.

—No ha habido suerte —le dijo.

—La segunda opción es una cosa llamada estifnato de plomo.

—¿Cómo se consigue?

—¿Allí tienen plomo?

—Montones.

—Necesitaremos un químico.

—¿Por qué?

—He investigado. Se fabrica con ácido nítrico, con lo cual deduzco que también habrá que elaborar ese ácido. Y tal vez alguna cosa más.

—Vaya lío —masculló John—. Lo primero será encontrar a un químico dispuesto a arriesgar la vida.

John comentó su necesidad de un químico al MI5 mientras él y Trevor se dedicaban a entrenar a los comandos del SAS. Era imposible preparar una misión como esta siguiendo los procesos habituales. John era consciente de que al comandante Parker-Burns le preocupaba que el Escuadrón A no dispusiese ni de maniqués contra los que disparar, ni de reconstrucciones de los espacios en los que iban a desenvolverse, ni de fotografías aéreas o grabaciones de drones para estudiar, ni de perfiles del enemigo para analizar. Según John, la clave iba a estar en ser capaces de orientarse y encontrar los puntos calientes en un mundo sin las señalizaciones de la Tierra actual.

Habían conseguido un buen mapa topográfico del área del Gran Londres, con una minuciosa ubicación de las elevaciones del terreno, los ríos, afluentes, lagunas y lagos. Pese a que existirían algunas diferencias debido a las alteraciones en el terreno fruto de la intervención humana, John pensó que sería un buen instrumento para orientarse. Pero ¿cómo transportarían los mapas a la otra dimensión? Sabía por su experiencia anterior con los libros que el papel no tratado e impreso con tintas vegetales naturales lograba pasar. Ben estaba preparado para llamar a la misma imprenta y encargarle el trabajo, pero a Parker-Burns se le ocurrió una idea mejor. Seda. Durante la Segunda Guerra Mundial, los aliados crearon millones de mapas de seda de Europa y Asia para que los pilotos los llevarsen encima y encontrasen rutas de huida si los derribaban. El papel se podía quemar, romper o empapar y quedar inservible. La seda era mucho más resistente y era una fibra natural que lograría pasar al otro lado. Localizaron un taller textil en Leeds y el MI5 les hizo el encargo sin perder un segundo.

El entrenamiento de John y Trevor a los comandos del SAS consistió en enseñarles el uso de armas no convencionales. Ellos ya eran expertos en la lucha cuerpo a cuerpo y en el uso del cuchillo, pero ninguno había utilizado jamás una espada y solo unos pocos habían manejado alguna vez un arco. Ninguno sabía cómo cargar y disparar una pistola de pólvora o un cañón medieval. La mitad habían montado a caballo alguna vez, pero apenas uno de cada diez eran buenos jinetes.

Durante el entrenamiento de esos hombres en Credenhill habían deseado más de una vez tener allí con ellos a Brian Kilmeade. Nadie se manejaba mejor con las armas medievales, pero Brian estaba muy lejos, en la Europa del Infierno, con suerte llevando la dura vida que había elegido. No había habido tiempo para buscar a un sustituto de Brian, así que John y Trevor organizaron ejercicios con armas en el gimnasio del escuadrón con sesenta comandos malhablados que mostraban un abierto escepticismo ante ese tipo de adiestramiento. Y tras una tarde en un centro ecuestre habían logrado al menos que los que no sabían montar se familiarizaran con los caballos.

Y entonces estalló la bomba. El alto mando del SAS informó al comandante Parker-Burns de que no acompañaría al Escuadrón A en esta misión.

—Esto es intolerable —le comentó indignado a John—. Me han dicho que dada la imposibilidad de crear allí un mando central y gestionarlo, lo mejor es que yo me quede aquí y reconstruya el escuadrón por si mis hombres no regresan.

—Entiendo su punto de vista —respondió John—. Cada capitán tendrá el control autónomo de su patrulla. Nos separaremos en cuanto lleguemos allí. No tendrán que seguir mis órdenes. No habrá ningún modo de comunicarse con ellos. Operarán por propia iniciativa. Si usted fuera con ellos, debería elegir un grupo, con lo cual le quitaría el mando a uno de los capitanes.

—Supongo que tiene razón, pero hasta el momento de dispersarse, alguien tendrá que estar al mando. Si no, será caótico.

John retuvo una sonrisa ante la poca amplitud de miras de su interlocutor.

—Bueno, en ese caso supongo que yo deberé asumir esa responsabilidad. Seguro que sus hombres nos harán saber lo que opinan al respecto.

—Son excelentes soldados —aseguró Parker-Burns—. Se quejarán en voz alta entre ellos, pero cumplirán las órdenes al pie de la letra.

Tres días antes de la partida, John voló en un helicóptero del ejército hasta Oxford, donde se reunió con el profesor Ted Nightingale en su casa, cerca del campus universitario. Nightingale tenía un aspecto frágil y mal color, que John supo después que era debido a la ictericia consecuencia de un cáncer de hígado. Las fotos recientes colocadas sobre el piano del profesor mostraban a un sesentón vigoroso durante una caminata por los bosques de Yorkshire y buceando en el Caribe. Tras un minuto observando al enfermo mientras preparaba con extrema lentitud un té, John estuvo tentado de volver al helicóptero y poner rumbo a Londres. Pero el hombre enseguida se lo ganó con su fuerza interior.

—Mire, señor Camp —empezó, mientras servía el té en la sala de estar—. Estoy, como todos mis conciudadanos, consternado y horrorizado por la invasión de ciertas zonas de Londres por parte de estos espeluznantes enemigos. Soy, o era, ateo, pero la idea de un Infierno real abre la posibilidad de un Cielo también real, o al menos de la intervención de un poder moral superior que castiga y premia. Los médicos me han dado como mucho seis meses de vida. Es mi destino y lo acepto. No tengo ni esposa

ni hijos que puedan disuadirme. Cuando me explicaron lo que buscaba usted, pensé: «Ted, eres la persona idónea para el trabajo. Eres profesor de química inorgánica. Estás vinculado con la facultad de Historia. Estás versado en la historia de la química. Si tu cuerpo puede soportar los rigores de la experiencia, debes hacerlo».

—¿Podrá? —le preguntó John—. ¿Tiene la fortaleza para afrontarla?

—¿Cuál será el nivel de dureza?

John señaló las fotografías del piano.

—Piense en el día más duro de caminata que jamás haya tenido y multiplíquelo por varios días similares. Estará acompañado y protegido por los mejores hombres del planeta, pero nos meteremos en un mundo medieval.

La sonrisa de Nightingale iluminó la habitación y le hizo parecer más joven y más sano.

—Medieval. He husmeado en tantos textos de alquimia y química del pasado que a menudo he soñado con viajar en el tiempo y ver cómo se desplegaba ante mis ojos el desarrollo de la ciencia química. Sería un hito en mi carrera unirme a su expedición y ayudar a mis semejantes a acabar con esta horrible invasión. Creo que podré superar los retos.

—Yo también pienso que lo logrará —le animó John—. Por cierto, ¿tiene algún tipo de prótesis implantada en su cuerpo?

—Ninguna.

—¿Y qué me dice de empastes, fundas, coronas y cosas así?

—De esas un montón.

—Tendremos que llevarlo a un dentista mañana.

Dos días antes de la partida, John y Trevor fueron convocados a una reunión con Jeremy Slaine, en el despacho del secretario de estado de defensa en Whitehall. Slaine se apartó de los ojos el mocho de cabellos canos y se desplomó agotado en el sofá.

—Gracias por venir a verme —les dijo—. Sé lo ocupados que están.

—Estoy seguro de que usted también, señor —respondió John—. ¿Qué tal van los esfuerzos de contención?

—Me temo que no muy bien. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos enrojecidos—. Hemos perdido tropas en puntos calientes que se están expandiendo y tenemos la certeza de que, antes de que pudiésemos restablecer el perímetro, se han producido fugas de visitantes del Infierno que han sobrepasado las zonas de contención. Hemos logrado localizar a algunos gracias a los drones, pero debo confesar que he tenido muchas dudas sobre si dar la orden de tirar a matar. Un dron no puede distinguir entre un morador del Infierno y un civil que trata de escapar. Todavía queda un gran número de civiles en el interior de las zonas de contención. Llaman a nuestros números de emergencia pidiendo ayuda desesperados. Es desolador. Seguro que los han visto, hemos estado elaborando mapas dinámicos de los puntos de procedencia de las llamadas. Está claro que en el interior de cada punto caliente hay islas de territorio

cambiantes en las que no se producen transferencias entre las dos dimensiones.

—Sí, hemos visto los mapas —reconoció John.

—¿Están valorando ampliar las áreas con orden de evacuación? —preguntó Trevor.

—Ya está prácticamente decidido. Si no hemos tomado todavía la decisión es por problemas de logística y, la verdad, por orgullo. Incluso durante los bombardeos en la Segunda Guerra Mundial, solo evacuamos de Londres a los niños. Volveremos a plantearlo en la reunión del comité Cobra de esta tarde. Pero no es por eso por lo que les he pedido que vengan. Es por mi hijo.

—Sé que tiene que estar pasándolo muy mal —dijo John.

—Así es, por supuesto. Sobre todo mi mujer, que ha necesitado atención médica por los ataques de ansiedad. Me han llamado los padres de los otros chicos del colegio, todos desesperados y buscando ayuda. Escuchen, soy muy consciente de que otros niños residentes en los puntos calientes también han quedado atrapados en esto, pero les pregunto en nombre de todos los padres de los chicos de Belmeade si creen que van a poder ayudar a los chavales.

Ni John ni Trevor respondieron de inmediato, así que Slaine añadió:

—Quiero dejar claro que esta no es una petición oficial del gobierno. Sé muy bien que la prioridad de esta misión es cerrar la espita que está permitiendo la llegada de moradores del Infierno aquí y sacarle información a ese Loomis. Pero si hubiera un modo de...

Finalmente, John tomó la palabra por los dos:

—Puede que los chicos todavía estén cerca del punto caliente de Sevenoaks. Otra posibilidad es que se hayan alejado por su propio pie, o que alguien se los haya llevado. Es imposible saberlo.

—Tengo entendido que varios de ustedes operarán cerca de la zona de Sevenoaks.

—En efecto, y le garantizo que los buscaremos y los enviaremos de vuelta si los encontramos. Está usted en lo cierto, no es nuestra prioridad, pero haremos todo lo que esté en nuestra mano para retornar a esos chicos y a cualquier otro que encontremos.

Slaine se volvió a poner las gafas, se levantó y les tendió la mano.

—Como padre tenía que pedírselo.

Un día antes de la partida, John visitó la aislada casa en la campiña de Hampshire para pedirle un favor al rey Enrique. Cuando llegó, este llevaba una hora en la bañera y desde el vestíbulo John lo oyó cantar madrigales a pleno pulmón.

—Está en forma —comentó John.

—No sabes hasta qué punto —replicó Gough.

—¿Cómo lo llevas?

—¿Yo? Estoy bien, a pesar de estar lejos de mi familia. Mejor que bien, incluso. Poderle hacer preguntas de forma sistemática es algo impagable para la investigación histórica. Sus respuestas están variando de forma relevante la visión que hasta ahora

teníamos del periodo Tudor. Para ser un hombre de más de quinientos años, tiene una memoria prodigiosa.

—¿Podemos esperar una nueva edición de tu biografía en el futuro?

—Solo si el Papa es católico —repuso Gough.

—¿Cuánto rato se va a pasar en la bañera? Tengo una agenda apretada.

—Imposible saberlo, de verdad. Anunciar tu llegada tampoco servirá de nada. Era famoso por hacer esperar a la gente en su corte y en eso no ha cambiado. Pero tengo un as en la manga. Espera un minuto.

Cuando Gough regresó y le anunció que el rey ya estaba saliendo de la bañera, John le preguntó cómo lo había logrado.

—Me temo que he creado un monstruo. El otro día le mencioné de pasada que había un montón de series de televisión y películas sobre su vida y me pidió ver una. El equipo de investigación del MI5 fue de gran ayuda y nos enviaron la miniserie de 1970, *Las seis esposas de Enrique VIII*. Bien, pues la devoró, se dio un atracón con la serie, y ahora ha empezado a ver la de la HBO, la que protagoniza Jonathan Rhys Meyers. Dice que lo interpreta de maravilla. Le he dicho que el siguiente episodio estaba preparado. Saldrá del baño en un periquete.

Enrique apareció cubierto con un albornoz, del que asomaban sus piernas llenas de varices y cicatrices, y se encontró con John esperándolo en el dormitorio.

—¿Por qué está aquí John Camp? —preguntó—. ¿Ha venido a ver a este actor que me interpreta? Es muy bueno, aunque ya le he dicho al erudito Gough que hay un montón de cosas inverosímiles. Por ejemplo, puedo asegurar que Ana Bolena no era ni de lejos tan atractiva.

John explicó lo que necesitaba y tuvo que presionar a un reacio Enrique para que accediese a cooperar. Había traído todo el material necesario: papel y tinta especiales y una pluma, y después de escribir la carta y firmarla, Enrique le hizo a John una pregunta incómoda.

—Dígame, señor Camp, ¿cuánto tiempo pretende mantenerme en esta jaula de oro?

—No tengo la respuesta. ¿Quiere regresar?

—Regresar al Infierno —murmuró Enrique con voz temblorosa—. ¿Qué hombre en su sano juicio querría hacerlo? Sin embargo, sé que fue mi destino acabar allí y que es mi destino regresar. Cuando esté preparado, pediré ser liberado de esta jaula, pero todavía no lo estoy. Me queda aún trabajo por hacer con el erudito Gough para corregir errores sobre mi reinado, y mientras lo hago puedo disfrutar de vuestra excelente comida y bebida y mirar vuestra..., ¿cómo se llama?

—Televisión —le echó un cable Gough.

—Sí, eso. —El rey le indicó con un dedo a John que se acercase—. Acabo de hacer algo por usted —le susurró—. Ahora, haga usted algo por mí. Haga que me traigan mujeres parecidas a la actriz que interpreta a Ana Bolena, o mejor, a la propia actriz.

John soltó una carcajada.

—No le prometo nada, pero veré qué puedo hacer.

—Hablando en serio, debo regresar a mi reino en breve. Ustedes ya tienen una regente, la reina más refinada a la que pueda aspirar un país. Solo puede haber un gobernante en cada momento. Y yo me revuelvo en esta maravillosa y mullida cama pensando en que alguien puede usurparme el trono en mi ausencia. Puede ser Cromwell, o Suffolk. Las serpientes estarán reptando, eso puede darlo por seguro. ¿Viaja allí mañana?

—Por la mañana —le respondió John.

—Dígales a todos que su rey está bien y regresará. Dígales que se pagará un alto precio por el crimen de traición y usurpación. Dígales eso.

La tarde antes de la misión, John volvió a su apartamento con un curry para llevar de uno de los pocos restaurantes de la zona de Dartford que seguía abierto. Pese al problema logístico que representaba, había insistido en pasar la última noche conforme a sus rutinas y lo trasladaron desde Credenhill en lo que ya había empezado a denominar su taxi con aspas. Con la evacuación del Gran Londres en sus primeras y caóticas fases, volar en helicóptero era el único modo fiable de viajar, siempre y cuando los pilotos no se acercasen demasiado a los puntos calientes. Heathrow y los demás aeropuertos londinenses estaban cerrados. El tren, el metro y el servicio de autobuses todavía funcionaban. Los trenes y los autobuses fletados por el gobierno iban repletos de evacuados que se dirigían hacia centros temporales de acogida en bases del ejército por todo el país. Trevor había optado por regresar a Brixton para ayudar a sus padres a empaquetar sus pertenencias. Rodeado de boquiabiertos espectadores que gritaban indignados, se despidió de ellos mientras el helicóptero se elevaba desde el cercano parque Brockwell para trasladarlos a Manchester, donde se instalarían en casa de unos parientes.

A lo largo de la tarde, Kyle y Emily se unieron a John.

—¿Todo listo? —le preguntó John.

—Listo y empaquetado. Prepárame una ducha con cerveza, colega. Llevo días sin lavarme.

—¿Sabes cómo vas a apestar? —protestó John—. Pero eso no es nada comparado con lo que nos espera. Por cierto, esta noche vas a probar el curry. Te he pedido uno que no pique demasiado.

Cuando llegó Emily, John la recibió con un apasionado abrazo.

—¿Dónde está Kyle? —preguntó ella.

—En la ducha. ¿Qué tal el día?

—Lo más importante es que el CERN ya tiene el control operativo completo del MAAC. Pueden manejar el colisionador desde Ginebra sin correr ningún peligro. Con suerte, eso nos será muy útil.

—Con suerte.

—Ahora solo tenemos que encontrar a Paul Loomis y, aun a riesgo de abusar de

la expresión «con suerte», él sabrá qué hacer. ¿Huelo a curry?

—No es de nuestro restaurante habitual, pero con suerte estará bueno.

Emily sonrió.

—Un buen curry y una noche más juntos en nuestra maravillosa cama. ¿Qué más puede pedir una chica?

Por fin llegó el día. Por la mañana temprano, John, Emily y Kyle subieron a un helicóptero que recogió después a Trevor en Brixton antes de dirigirse al punto de encuentro al sur del río Mole, en el inmenso parque de Fetcham, una pequeña ciudad junto a Leatherhead. Los helicópteros de los SAS ya habían aterrizado y el Escuadrón A estaba allí reunido. También había llegado Ben, acompañando a un tambaleante profesor Nightingale, que parecía ser el único en el parque con una sonrisa en la cara.

Todos los viajeros vestían la ropa aprobada, hecha al cien por cien con materiales naturales y botones de madera. Los oficiales de intendencia y los sastres del ejército habían cosido las prendas para soldados y civiles. Y durante los días previos todo el mundo había pasado por el dentista. Las mochilas eran de lona con tiras de cuero; las botas, de cuero con cordones de algodón y suelas de caucho natural. Las cinco mochilas más importantes, enormes, pesadas y llenas a rebosar, se distribuyeron entre John y los cuatro capitanes. Kyle había pedido cargar con una porque, después de todo, llevaban el fruto de su trabajo, pero John le convenció con tacto de que su rodilla agarrotada ya le dificultaba bastante la movilidad como para encima cargarlo con peso extra.

Se había producido un considerable debate sobre el armamento de los SAS. Todos eran conscientes de que pistolas y machetes no pasarían al otro lado, pero los mandos estaban preocupados sobre cómo enfrentarse a un potencial ataque de los invasores en el punto caliente antes de pasar al otro lado. John argumentó que los soldados tendrían que arreglárselas sin armas automáticas cuando estuviesen al otro lado, de modo que no le preocupaba en exceso llevarlas o no hasta el punto caliente, pero el ejército no quería correr riesgos innecesarios. Se discutió la posibilidad de entrar con armas de asalto en la zona de peligro, pero la idea de dejar un montón de rifles allí a disposición de los moradores del Infierno que merodeaban por Leatherhead no parecía aceptable. La decisión final fue proveer a los hombres del SAS con sesenta pistolas biométricas inteligentes conectadas con las huellas de la palma de la mano de cada soldado, de modo que cuando las abandonasen resultarían inservibles para los moradores del Infierno o los civiles que pudiesen cogerlas.

Mientras pequeños drones sobrevolaban sobre sus cabezas, Emily se presentó al profesor Nightingale.

—Ah, sí, me comentaron que habría otro científico en la expedición —saludó él.

—Ha sido usted muy valiente presentándose voluntario —le elogió.

—Los días que me quedan en este mundo están contados —respondió el profesor

—. Alguien joven como usted sí que es valiente. Dígame, ¿cómo de horrible va a ser al otro lado?

—No le voy a mentir. Es bastante terrorífico. Hay algunas almas nobles entre los moradores del Infierno, hombres y mujeres que hicieron cosas malas, pero que en mi opinión no son realmente malvados, pero la mayoría de las personas con las que nos encontraremos son terribles.

—Me han explicado que allí funcionan una serie de leyes naturales diferentes —comentó él.

—Si es capaz de controlar la revulsión, creo que algunas las encontrará fascinantes.

—Allí no hay muchos científicos, ¿verdad?

—Me alegra decir que casi ninguno. Pero hay uno al que debo encontrar.

—El famoso doctor Loomis.

—Exacto —reconoció Emily—. Paul.

John se mezcló con la tropa. El capitán Marsh, fiel a su reputación, se opuso a que John pasase revista a su comando A.

—Mis hombres van perfectamente equipados, están preparados y no necesitan que nadie les arengue, colega.

—Seguro que lo están —repuso John, y se acercó al comando B, donde fue recibido de un modo mucho más amistoso. El capitán Yates ordenó a sus hombres descanso mientras John conversaba con ellos, admiraba las insignias del SAS que lucían en los hombros con el lema «Quien no arriesga, no gana» cosido en las guerreras con hilo de algodón, y echaba un vistazo a una de las pistolas biométricas.

—Están perfectamente preparados —felicitó a Yates—. Si quieres, puedes permitirles que hagan alguna pregunta; estoy dispuesto a responder.

—Sí, ¿por qué no? —accedió Yates—. No les hará ningún daño.

Uno de los hombres, un soldado de primera llamado Jarvis, preguntó con acento del nordeste de Inglaterra:

—¿De verdad vamos a tener que montar a caballo? Detesto a esas malditas criaturas.

—Ya montaremos nosotros —le respondió uno de sus camaradas—. Tú puedes limpiar los establos por los demás.

John sonrió y le dio una palmada en el hombro al soldado.

—Nunca se sabe, pero si tenemos que hacerlo, estoy seguro de que un tío como tú lo hará de maravilla. Trevor Jones, que anda por ahí, no había montado en su vida, y cuando estuvimos allí cabalgó a lomos de un caballo largas distancias como si lo hubiera hecho toda su vida.

John recibió el mismo trato agradable en el comando C de Gatti y en el D de Greene. Mientras conversaba con un grupo de hombres de este último grupo, el comandante Parker-Burns se subió al capó de su Husky y llamó a formar al Escuadrón A.

—Muchachos —arengó a los soldados en formación—, os vais a embarcar en una misión como ninguna otra que hayan afrontado las SAS o, de hecho, ningún regimiento del ejército británico. Me cuesta imaginar las circunstancias en las que os encontraréis en breve, los peligros a los que os enfrentaréis y los retos que deberéis superar. El entrenamiento para la misión ha sido limitado. El Escuadrón A es el mejor, el más entrenado y el más ágil, un puñado de hombres temibles al servicio de su majestad. ¿Y cuál es vuestra misión? Nada menos que salvaguardar a este gran país de una amenaza para su existencia, una de las más graves a las que se ha enfrentado Inglaterra.

»Cuando regreséis, no si regresáis, sino cuando regreséis, entraréis en los anales de las SAS y vuestro éxito será celebrado hasta el final de los tiempos. Ojalá me hubieran permitido unirme a vosotros en esta misión, pero tened por seguro que estáis bajo el mando de unos excelentes oficiales y contaréis con la ayuda de varios hombres magníficos y de una valiente mujer que os acompañarán en la misión en su calidad de expertos. Ahora que llega el momento de ponerlos en marcha, os deseo buena suerte y que volváis sanos y salvos.

El comando C de Gatti avanzaría en vanguardia, seguido por los comandos A y B justo detrás y cubriendo los flancos, y el comando D cubriría la retaguardia, los cuatro en formación de diamante. Un cabo del D, un gigantón de barba pelirroja al que sus colegas llamaban Alce, era el encargado de llevar al químico cargado a la espalda.

—¿Cuánto pesa? —le preguntó a Nightingale.

—Poco más de cincuenta y cinco kilos —respondió el profesor, esperando a que lo cargasen a caballito—. ¿Cree que podrá conmigo?

—¿Cincuenta y cinco kilos? He llevado fardos más pesados que usted.

Lo único en lo que no habían pensado era en qué parte de la formación se colocarían los civiles, de modo que John hizo un llamamiento apresurado y colocó a Emily, Trevor, Kyle y al profesor justo delante del comando D para garantizarles la máxima protección.

—¿Dónde estarás tú? —le preguntó Emily.

—Pegado a ti —respondió él—. No te voy a perder de vista.

Ben se acercó a ellos y les deseó suerte.

—Aseguraos de regresar los ocho, ¿de acuerdo?

—Intentaremos regresar enteros —respondió Trevor, y le dio un abrazo—. No envidio tu trabajo. Esta vez vas a tener que bregar con muchos más visitantes del Infierno. No les dejes tomar la delantera. Confiamos en ti.

—Venceremos —le aseguró Ben—. No tenemos otro remedio.

Cuando empezaron a avanzar hacia el puente sobre el río Mole, Trevor soltó un breve suspiro:

—Una vez más a la brecha.

—Ah, ha leído a Shakespeare —comentó el profesor desde lo alto de la espalda

de Alce—. ¿Esto es de Shakespeare?

—Pues claro que sí —respondió Nightingale—. De *Enrique V*, del acto tercero, si no recuerdo mal. «¡Una vez más a la brecha, queridos amigos, una vez más! ¡O cerremos el muro con nuestros muertos ingleses!»

Alce ladeó la cabeza.

—¿De qué está hablando? —preguntó.

Avanzaron a paso ligero hasta atravesar el puente, cuando el capitán Marsh ordenó aminorar la marcha. En su opinión, habían salido del puente demasiado apelotonados, de modo que ordenó que se desplegasen por Bridge Street.

No tardaron en toparse con los primeros cadáveres. Estaban a finales de primavera. Las temperaturas diurnas no eran muy altas, pero los cuerpos se habían empezado a hinchar y a perder color. Los soldados los miraron, pero habían visto cosas peores en Oriente Medio y África.

—Dios mío —murmuró Kyle cuando pasaron junto a las primeras víctimas—. ¿Esto es obra de los vagabundos? ¿Los han asesinado?

—Sí —respondió John—. Pobres desgraciados. No han tenido ni la mínima oportunidad.

Nightingale gritó alarmado cuando el hedor que desprendían las víctimas penetró en sus fosas nasales. Emily se adelantó unos pasos para cogerle de la mano antes de volver junto a John ante la insistencia de este.

El centro comercial Swan asomaba ya a su izquierda. La zona peatonal parecía desolada. Pequeños drones sobrevolaban el lugar.

John quizá no fue el primero en verlo, pero sí fue uno de los primeros en reaccionar, agarrando a Emily por el antebrazo y tirando de ella hacia su derecha.

El ataque se produjo por la izquierda, con al menos una docena de vagabundos saliendo de un restaurante abandonado.

—¡Hostiles por la izquierda! —gritó John.

Kyle se quedó paralizado, pero Trevor se desplazó hacia la izquierda para protegerle a él y a Emily.

El soldado del comando D que más cerca estaba del restaurante no tuvo tiempo de alzar la pistola. Dos vagabundos se abalanzaron sobre él y le cortaron el cuello con cuchillos de cocina. La pistola del agredido cayó al suelo. Varios miembros del comando abrieron fuego y derribaron a algunos atacantes. Un tercer vagabundo logró darle una patada a la pistola del suelo para enviarla hacia el restaurante antes de ser eliminado con un certero disparo en la cabeza.

Uno de los últimos vagabundos que emergió, un tipo que había llegado al Infierno en la década de 1980, recogió la pistola y le gritó a uno de los miembros de su grupo.

—¡Sé cómo utilizar una pistola semiautomática, capullo! ¡Os voy a matar a todos, cabrones!

Avanzó corriendo, apuntó al objetivo más elevado, el profesor que se movía arriba y abajo cargado a la espalda de Alce, y apretó el gatillo biométrico. No sucedió

nada. Un segundo más tarde, el desconcertado vagabundo cayó atravesado por una ráfaga.

Todos los atacantes excepto dos cayeron bajo las balas. Los supervivientes se refugiaron en el restaurante.

El capitán Yates retrocedió desde su posición hasta donde estaba el comando B para comprobar el estado de los civiles.

—¿Todo bien por aquí? —le gritó a John.

—Nosotros estamos bien —respondió—. Pero hemos tenido una baja en la tropa.

—¡Está muerto! —certificó el capitán Greene, arrodillado junto al ensangrentado soldado caído.

—Tenemos que seguir avanzando —les instó John.

—No abandonamos a los nuestros —replicó uno de los soldados que tenía más cerca.

—Hay drones —repuso John—. Vuestra gente nos está viendo. Vendrán a recogerlo.

—¡Atención a la derecha! —gritó un sargento del comando D.

Dos hombres y una mujer venían corriendo hacia ellos desde un bloque de oficinas de Elm Street sacudiendo un papel blanco.

—¡No disparéis! —gritó John—. ¡No son moradores del Infierno!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Yates.

—Están mostrando una bandera blanca.

—Y visten ropa moderna —añadió Emily.

—¡Ayúdenos! —gritó uno de los hombres—. ¡Llevamos días atrapados!

—Cruzad el puente —le gritó Yates—. El ejército está al otro lado. Es una zona segura.

Los fugitivos no necesitaban que los convencieran. Siguieron corriendo sin volver la vista atrás.

—Esto es muy excitante, ¿verdad? —susurró el profesor, inclinándose sobre la oreja de Alce.

—Me alegro de que se lo esté pasando bien —replicó el cabo, tratando de no perder el equilibrio.

Oyeron que el capitán Marsh gritaba algo desde la vanguardia del grupo.

—¿Qué dice? —preguntó Greene—. Sin las radios estamos medio sordos.

—Pues tendréis que acostumbraros —dijo Trevor.

Vieron que Marsh retrocedía corriendo hacia su posición.

—¿Qué sucede? —le preguntó Yates.

El capitán calvo llegó hasta ellos con el rostro enrojecido.

—¡Gatti y la mayoría del comando C han desaparecido! —informó—. Lo he visto con mis propios ojos. Estaban avanzando y de repente han desaparecido. Lo único que queda de ellos son las armas de fuego en el suelo.

—Han entrado en uno de los nódulos del punto caliente —le explicó Emily.

—Tenemos que seguirlos —le instó John—. Para eso hemos venido hasta aquí.

Con todos los capitanes en sus posiciones, dieron la orden de que las columnas siguieran avanzando por la avenida.

Ben y el comandante Parker-Burns veían las imágenes desde su puesto de mando al otro lado del río. Ninguno dijo una palabra hasta que todos los miembros de la columna desaparecieron.

—Que Dios los ayude —dijo el comandante, tragando saliva.

—No sé si allí Dios va a serles de alguna ayuda —replicó Ben—. Van a tener que sobrevivir por su cuenta.

Ocultos en el restaurante de la avenida, los dos vagabundos supervivientes comentaron el hambre que tenían. Su grupo había agotado la comida el día anterior.

—Ha llegado el momento de volver al canibalismo —propuso uno de ellos, mirando los cuerpos tendidos en la calle de los otros vagabundos que tenían más cerca.

—Esperemos a que caiga la noche —sugirió el otro—. Puede que haya más soldados.

El primero miró el cielo a través de la cristalera y maldijo al ver los drones que merodeaban:

—¿Adónde cojones ha ido Heath? El muy cabrón nos ha dejado solos en este lugar infernal. Si pudiese, volvería al Infierno, donde no hay pájaros sin alas revoloteando encima de nosotros y al menos allí podemos movernos a nuestras anchas.

A Heath no le interesaba mucho Leatherhead. Después del sangriento ataque a la patrulla de marines se dirigió hacia el norte con su banda. Quería llegar a Londres y lo consiguió. Fieles a sus hábitos de vagabundos, él y su medio centenar largo de secuaces se ocultaban durante el día y se desplazaban por la noche. La A24 no existía en sus tiempos, pero siguió su trazado por instinto a través de Epsom y Mitcham hasta Wandsworth.

La primera noche asaltaron una enorme casa de campo, donde liquidaron de forma rápida y sangrienta a los siete miembros de una familia que no había hecho caso de las recomendaciones de evacuación, y de no ser por la nutrida despensa que encontraron, tres generaciones habrían acabado convertidas en manjar caníbal.

La segunda noche invadieron varias casas adosadas, ninguna lo bastante grande como para esconderlos a todos. Esa noche la carne humana sí formó parte del menú. El heroinómano se había separado del grupo y sin él ninguno de los restantes sabía manejarse con los utensilios actuales. Heath, un tipo del siglo XIX, era uno de los más modernos del grupo. Nadie sabía manejar aparatos eléctricos, pero aprendieron a encender las luces, abrir grifos y cómo funcionaban las neveras.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó Monk, tirando de la cadena del váter.

—Será una especie de retrete —respondió Heath.

—¿Y eso qué es?

—Déjalo correr. Caga en el jardín y deja de hacerme preguntas.

Dormían durante el día y se desplazaban por la noche, y la tercera llegaron a la orilla sur del Támesis en Battersea.

Heath contempló el paisaje del siglo XXI al otro lado del río y aspiró el olor salobre.

—No es como lo recordaba —comentó—. En mi época era ya una ciudad grande, pero no tanto.

—No entiendo qué es esto —dijo Monk, rascándose la áspera barba y contemplando perplejo las luces de un avión que se elevaba hacia el cielo nocturno.

—El tiempo no permanece inmóvil —reflexionó Heath—. Las cosas cambian. ¿Por qué demonios hemos regresado a este mundo?

—Yo creo que se nos ha concedido una segunda oportunidad en la vida —dijo uno de los vagabundos.

—No creo que la próxima vez vayamos al Cielo —les aseguró Heath, recordando la carnicería que habían organizado desde su regreso.

—¿Adónde nos dirigimos? —le preguntó Monk.

—Allí. —Heath señaló el otro lado del río, hacia el corazón de la ciudad—. Nos dirigimos allí.

Durante casi una semana, Dirk y Duck apenas salieron de su choza en Dartford. Sobre todo porque temían el regreso de Cromwell en busca de noticias sobre el retorno del rey Enrique. El mariscal había dejado allí a un destacamento por si Enrique reaparecía de pronto. Los soldados no habían creado ningún problema a los dos hermanos, sobre todo porque Dirk les cedió hasta la última gota de la cerveza de que disponía y les prometió que serían los primeros en degustar el nuevo barril que estaba elaborando. Pero Cromwell era harina de otro costal. Su rostro sombrío y su lengua lacerante les aterrorizaban, y querían estar bien escondidos si decidía cabalgar hasta la aldea.

Subsistían con las provisiones de carne seca y los tubérculos que les quedaban. Uno de sus vecinos, un anciano que tenía unos cuantos pollos, llamó a su puerta trasera para preguntarles si podían venderle algo de cerveza. Dirk era el mejor cervecero de la zona y su brebaje era tan valioso como una bolsa de monedas de cobre.

—Tendré dentro de unos días —le dijo Dirk—. Estoy preparando dos barriles, uno para los hombres del rey y otro para mí y mi hermano. ¿Qué tal están tus pollos?

—Vivos y picoteando —respondió el anciano.

—¿No te han robado ninguno?

—No mientras los soldados anden por aquí. Su presencia mantiene alejada a la escoria.

Los vagabundos no solían aparecer con frecuencia por Dartford. Había aldeas más prósperas por todos lados. El problema eran los carroñeros, hombres como su viejo enemigo, Brandon Woodbourne, no lo bastante depravado como para unirse a una banda de vagabundos, pero demasiado asilvestrado como para vivir en una aldea o ciudad.

—¿Alguna señal de Woodbourne? —preguntó Duck con el ceño fruncido por la preocupación. El matón sentía debilidad por Dirk, pero no por él, y Duck vivía con el permanente temor de que un día llevase a cabo sus continuas amenazas de machacarlo por haberse negado a darle un pollo tiempo atrás.

—Yo no lo he visto, pero alguien sí lo vio merodeando ayer por aquí cerca —respondió el anciano.

—¿Tienes huevos? —preguntó Duck—. Nos gustaría hacérselos fritos.

—Puede que tenga unos cuantos reservados.

—Te propongo una cosa —dijo Dirk—. Nos avanzas cuatro buenos huevos y te daremos a cambio una jarra de cerveza del nuevo barril.

El anciano estaba pensándose el intercambio que le proponían cuando oyeron gritos procedentes del camino. Desde la puerta delantera vieron a un grupo de aldeanos que señalaban y hablaban en voz alta.

—¿A qué viene este jaleo? —inquirió Dirk.

—Los soldados —respondió uno de los aldeanos—. Los he visto caminando junto

a la casa de Alfred y de repente han desaparecido. ¡Estaban allí y de repente ya no estaban!

El anciano, que escuchaba justo detrás de los dos hermanos, gritó pegado a sus oídos:

—No habréis estado bebiendo, ¿verdad?

Dirk se frotó la oreja derecha.

—¡Me vas a dejar sordo, viejo!

—¿Cómo vamos a beber? —se defendió uno de los aldeanos del camino—. Estamos todos esperando a que Dirk tenga listo el nuevo barril, igual que tú.

El trato de los huevos se evaporó con la misma rapidez que los soldados, y los dos hermanos le dijeron al hombre de los pollos que se largase.

—Sé lo que les ha pasado a los soldados del rey —dijo Duck.

—¿Crees que han ido a parar adonde tú llegaste? —preguntó Dirk.

—Estoy convencido.

—En ese caso, ¿dónde están los que tendrían que haber llegado aquí en el intercambio?

—Tienes razón —admitió Duck—. Cada vez que uno de nosotros iba allí, alguno de ellos aparecía aquí. Pero el hecho es que los soldados han desaparecido y no ha aparecido nadie en su lugar.

Los dos hermanos se pasaron el resto del día y parte de la noche discutiendo qué hacer. Dirk defendió su propuesta con vehemencia y Dirk hizo lo propio con la suya.

—Aquí estamos a punto de morirnos de hambre —argumentó Duck—. Ni te imaginas la de provisiones que tienen allí. Te hablé de la pizza, ¿lo recuerdas?

Dirk le respondió que estaba harto de oír hablar de esas tortas planas.

—Vale, pero no te hartarías de comerlas. Y los helados, y pasteles, y las frutas jugosas, y todo lo demás. Y los vídeos sobre sirenas y habitantes de las nieves. Y...

—¿Y olvidas que te encerraron y te mandaron de vuelta cuando ya no te necesitaban?

—No me importó que me encerrasen. Estaba mejor que el día que pasé libre. Voy a intentar cruzar hasta allí otra vez —insistió Duck—. Mi Delia cuidará de mí. Y te diré una cosa, Dirk: lo voy a hacer vengas conmigo o no. Pero somos hermanos y me gustaría que fuéramos juntos.

Cayó la noche. Mientras Dirk echaba una ojeada a los barriles, Duck se paseaba arriba y abajo por su minúscula choza, abriendo los postigos de vez en cuando para mirar el oscuro camino. Llegó un momento en que ya no se pudo contener más.

—Hermano, te quiero más que a nadie en este mundo sombrío, pero debo marcharme. Si hubieses estado allí, si hubieras visto las cosas que yo vi, vendrías conmigo.

Dicho esto, Duck abrazó a Dirk, le plantó un beso en la mejilla y salió por la puerta.

Recorrió el camino con paso lento hacia la casa de Alfred. A medida que se

acercaba al lugar en el que se había visto por última vez a los soldados, oyó el tenue sonido de otras pisadas hundiéndose en el barro a sus espaldas.

—Vale, voy contigo —se rindió Dirk—. Sabes que van a robarme toda la cerveza en cuanto descubran que nos hemos ido, ¿verdad?

—En el mundo al que vamos tienen todo tipo de cerveza —respondió entusiasmado—. Embotellada, en latas de metal, de todas las formas que quieras. Vamos, dame la mano y así no nos separaremos durante el viaje.

Avanzaron cogidos de la mano.

Un instante después estaban sobre la línea de saque de una pista de tenis. A su derecha estaban los edificios bajos del laboratorio del MAAC iluminados por las luces de seguridad.

Dirk empezó a temblar, pero Duck le aseguró extasiado que no pasaba nada, que no había nada de qué preocuparse. Era perfecto. Sabía dónde estaban exactamente, muy cerca de todas las maravillas de las que le había estado hablando.

—Pero estamos en una jaula gigante —gritó Dirk, acercándose a la reja que rodeaba el campo hasta tocarla—. Una vez vi a un oso en una jaula como esta y la cosa no acabó bien para el animal.

—Esto se llama pista de tenis. Es un tipo de juego al que juegan en el mundo moderno.

—¿Dentro de una jaula?

—Ven conmigo. ¿Ves esos edificios de allí? Ahí es donde guardan la comida más deliciosa. Llamaremos a la puerta y en cuanto vean que ha vuelto el viejo Duck, seguro que nos dejan entrar. Pero debemos ir con cuidado, por si nos cruzamos con los soldados del rey que han llegado aquí antes que nosotros.

La zona estaba a oscuras, pero llegaba luz del cielo nocturno. Dirk señaló asombrado la luna en cuarto creciente y la Osa Mayor.

—¡Mira, Duck! El cielo. Desde que estamos en el Infierno no lo hemos visto ni una sola vez.

—Y espera a que se haga de día —le dijo Duck—. También verás el sol. Es un espectáculo maravilloso.

Duck guiaba a su hermano hacia el laboratorio cuando de pronto oyeron que la puerta de la pista de tenis se abría.

Una silueta descomunal empezó a correr hacia ellos.

Duck se quedó petrificado y en unos segundos el desconocido se plantó ante ellos.

El joven estaba demasiado asustado para pronunciar su nombre, pero Dick se las apañó para hacerlo.

—Woodbourne, ¿eres tú?

—Qué agradable coincidencia. Duck y Dirk por aquí —masculló Woodbourne, mirándolos con cara de loco.

—Por favor, no me hagas daño —le rogó Duck, arrodillándose—. La próxima vez

te daré todos los pollos que tenga, te lo juro.

—No me puedo creer que haya vuelto aquí —murmuró Woodbourne con el resplandor de la luna reflejándose en sus ojos negros—. No te preocupes, rata miserable, tengo cosas más interesantes que hacer que patearte tu miserable culo. ¿Habéis visto a algún guardia?

Duck se puso en pie, pero se mantuvo a distancia.

—A ninguno. Ni a los modernos, ni a los soldados del rey.

—¿Hay soldados del rey por aquí?

—Una patrulla ha cruzado antes que nosotros, o al menos eso nos han dicho —le contó Dirk.

—Qué tiempos más extraños —masculló Woodbourne—, pero yo los voy a aprovechar. Me largo. No digáis que me habéis visto, o la próxima vez que nos crucemos os cortaré la cabeza a los dos.

—No diremos nada —le aseguró Duck—. ¿Adónde vas?

Woodbourne no les respondió. Salió corriendo por el césped y desapareció en la oscuridad.

—Pensaba que había llegado mi hora —reconoció Duck—. Casi me meo en los pantalones. Me alegro de que no tuviese ganas de machacarnos. Ese tío, cuanto más lejos, mejor.

La puerta que Duck intentó abrir era la que usaban Delia y sus guardaespaldas para sacarlo a pasear por el jardín del laboratorio. Estaba cerrada.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Dirk.

Duck le pidió que no se moviera mientras él buscaba una piedra por los parterres para romper el cristal de la puerta.

Dirk se partía de risa mientras se preguntaba a qué clase de idiota se le podía ocurrir poner un cristal en una puerta.

Una vez dentro del complejo, Duck gritó los nombres de las dos personas a las que mejor conocía, Delia y Barry, uno de los guardias de seguridad.

—Delia, soy Duck, he vuelto. Barry, ¿estás ahí?

Guió a su hermano a través de los oscuros y desiertos pasillos, iluminados tan solo por las amarillentas luces de seguridad y el resplandor rojo de las señales que indicaban la salida.

—Esto es como un castillo —se asombró Dirk—. Pero no de los antiguos y apestosos.

—Es enorme, eso es verdad. Por aquí. Te enseñaré dónde me tenían retenido.

La puerta de la improvisada prisión de los moradores del Infierno estaba abierta de par en par y ninguna de las celdas individuales estaba cerrada. Duck casi se precipitó hacia su antigua morada y, cuando Dirk entró, le mostró entusiasmado todas las comodidades: la cama, el televisor, la ducha y el váter, cuya cadena pulsó una y otra vez mientras le explicaba el milagro del agua que lo arrastraba todo.

—Y queda lo mejor —exclamó—. Te voy a enseñar dónde guardan la comida.

La cocina estaba a la vuelta de la esquina. Como interno, le servían la comida en una bandeja, pero a veces Delia lo acompañaba a la despensa para que cogiese algo para picar. Todavía quedaban bastantes provisiones almacenadas: galletas dulces y saladas, sopas en lata con esas anillas que Duck aprendió a abrir, latas de refrescos, botellas de cerveza, mantequilla de cacahuete, mermelada, pan de molde y la *piece de resistance* en la nevera, las tarrinas de helado.

Duck agarró una cuchara, cogió una cucharada de helado de chocolate y se la ofreció a su hermano para que lo probase.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Dirk, olisqueándola.

—Lo lames y te lo metes en la boca.

Dirk dio un lametón al helado. Empezó a sonreír y chupeteó la cuchara hasta que no quedó nada.

—¿Qué te había dicho? —le comentó Duck.

—Es delicioso —reconoció Dirk—. ¿Puedo comer más?

—Puedes comerte todo el bote. Vamos, tú te comes este y yo me cogeré el de chocolate blanco con trozos de galleta. Nos los llevaremos a mi habitación y te enseñaré mis vídeos favoritos en esa máquina que llaman «tele».

Delia hacía lo que podía por intentar descansar, con la ayuda de una taza de leche con cacao antes de acostarse. De regreso a la Tierra, se marchó de Londres y buscó refugio en casa de su anciana madre, en Costwolds. La mujer mantenía la cabeza en plena forma y podría haber digerido el relato de lo que Delia había vivido, pero ella optó por no contarle nada. Con una hija en el MI5 la madre estaba ya acostumbrada a que le explicase muy pocas cosas sobre su trabajo. Delia se limitó a decirle que su última misión la había dejado agotada. Pero la anciana observaba de reojo a su hija y veía con preocupación que no parecía tranquila y que se pasaba demasiado tiempo observando la vegetación por la ventana y mordiéndose las uñas.

—En Londres están pasando cosas terribles —comentó la madre mientras veían el telediario matinal.

—Sí, terribles.

—Supongo que tus colegas estarán haciendo algo para solucionarlo.

—Sí, supongo que sí.

Sonó el teléfono. Su madre descolgó y le pasó a Delia el auricular.

—Es el señor Wellington, que llama desde Londres.

Delia dejó su taza de leche con cacao.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Ben.

—Todo lo bien que se podría esperar —respondió ella con una voz casi monocorde.

—Bueno, tómatelo con calma. Escucha, siento molestarte. He intentado llamarte al móvil, pero me saltaba el contestador. El oficial de guardia tenía un segundo

teléfono. ¿Tienes el ordenador a mano?

Delia fue a buscarlo al dormitorio sin rechistar y escuchó lo que Ben tenía que decirle. Su madre no tenía wifi, así que lo conectó con el móvil para poder descargar y visualizar el archivo que le habían enviado.

—Dios mío. ¿De cuándo es esto? —preguntó Delia.

—De hace más o menos una hora. Se dispararon las alarmas silenciosas. No estábamos monitorizando las grabaciones del interior del laboratorio, pero echamos un vistazo y ahí los tienes.

—La mala hierba ha vuelto a crecer —dijo ella.

—Exacto. La pregunta que tengo para ti es ¿quién es el otro?

—Su hermano, Dirk.

El vídeo era del interior de la antigua celda de Duck. Los dos chavales estaban echados juntos en la estrecha cama, comiendo helado y viendo *La sirenita*.

—Tenemos un perfil muy completo de Duck —comentó Ben—, y podemos dar por hecho que no supone una amenaza, pero queríamos saber si lo mismo era aplicable al otro.

—Dirk también es inofensivo. Espero que no vayas a pedirme que vaya y me encargue de ellos. No podría hacerlo, no en mi estado.

—Por Dios, no —respondió Ben—. Ya has hecho más que suficiente. Además, sería imposible, aunque quisieras. Todo el complejo del MAAC es zona prohibida. No podemos acercarnos a ellos. Nos limitaremos a tenerlos controlados para ver qué hacen cuando se quedan sin comida.

—Duck es como una langosta —añadió Delia—. Se comerá todo lo que se le ponga a tiro. ¿Qué tal les va a John, Emily y Trevor?

—Han vuelto allí con un escuadrón de las SAS para encontrar a Paul Loomis y detener la llegada de más moradores del Infierno.

—Oh, Dios mío... —Delia empezó a llorar y tuvo que colgar sin despedirse.

Durante toda la noche se fueron materializando en el complejo del MAAC una sucesión de moradores del Infierno. Eran en su mayoría hombres, pero había también algunas mujeres, sobre todo procedentes de Bexley y Gravesend, pueblos próximos a Dartford. Todos ellos recorrieron el camino embarrado cerca de la choza de Dirk y Duck, atraídos por las historias que se contaban de un milagroso pasaje de vuelta al mundo que habían abandonado al morir.

Y cuando llegaban a la Tierra, transferidos con facilidad y de manera instantánea, se movían a trompicones por las pistas de tenis y sus alrededores, intentando procesar la desconcertante visión de los cuidados terrenos, las luces eléctricas, los edificios modernos, las vallas de seguridad y los coches estacionados. Ninguno de ellos se acercaba a la puerta del cristal roto que conducía al interior del laboratorio. En lugar de eso, cruzaban el aparcamiento en dirección a la ciudad y por el camino asaltaban

las casas en busca de comida y bebida. No quedaban muchos residentes en dos o tres kilómetros alrededor del laboratorio, pero unos pocos se habían negado a obedecer las órdenes de evacuación. Los que se topaban con los visitantes del Infierno no salían bien parados. No había vagabundos entre estos invasores, al menos no entre los que llegaron esa noche, pero tampoco eran almas cándidas. Aunque no devoraron carne humana, sí cometieron varios asesinatos.

Mientras estos moradores del Infierno iban de un lado a otro sumidos en un estado de eufórica confusión, las actividades de Brandon Woodbourne estaban perfectamente medidas y tenían una finalidad. En cuanto abandonó el perímetro del MAAC empezó a colarse en las casas vacías con coches aparcados en los caminos de acceso o en los garajes, en busca de las llaves. En una de esas casas encontró las de un Volvo y un cuchillo de carnicero en la cocina. Enfiló hacia el oeste, por carreteras que le eran familiares y que ahora estaban desiertas. La ausencia de tráfico, en comparación con su última visita a la Tierra, resultaba sorprendente.

Empezó a pulsar los botones del cuadro de mandos tratando de poner en marcha la radio. Cuando uno de los botones la encendió, por fin conoció la explicación del misterio. Una voz advertía a los residentes de Londres y de los condados adyacentes que todavía no hubiesen obedecido las instrucciones de evacuación, que permaneciesen en el interior de sus casas, con puertas y ventanas bien cerradas. La BBC tenía conocimiento del aumento de llamadas de emergencia en relación con los invasores, pero los servicios de emergencias eran incapaces de responder a la mayoría de los incidentes.

Woodbourne siguió avanzando por la carretera, preguntándose si ella seguiría allí y, en caso afirmativo, qué le diría.

Como un perro que vuelve a buscar un hueso que enterró tiempo atrás, Heath guio a su banda por las extrañas, oscuras y desiertas calles de Londres en dirección este hacia Shoreditch. Por el camino invadieron tabernas cerradas, mataron a los propietarios que habían decidido quedarse y violaron a sus mujeres e hijas. Entonados por la cerveza y la ginebra, se volvían cada vez más osados, pateaban las puertas y ventanas de apartamentos y tiendas, robaban plata, joyas y monedas, pero dejaban los billetes, inconscientes de su valor. En realidad, no sabían qué hacer con su botín, pero muchos de ellos habían sido ladrones en vida y llevaban el instinto de robar en la sangre. Monk emergió de un armario vestido con un esmoquin y un collar de perlas, lo que provocó un ataque de risa al borracho Heath.

Durante el siglo XIX, el East End londinense y Shoreditch en particular había sido el centro de los talleres textiles y de mobiliario. El joven Heath había crecido en una familia de pastores, pero un buen día se hartó de las palizas que le propinaba su padre a la mínima transgresión. Se fugó a Londres y encontró un trabajo de baja categoría entre las hediondas cubas de los tintoreros. Mientras se convertía en un hombre

violento que prefería el crimen al trabajo, Shoreditch comenzaba en paralelo el declive de su moralidad en su evolución hasta convertirse en el epicentro del Londres del crimen y la prostitución. Un hombre como Heath estaba destinado a triunfar en un lugar como Shoreditch y, con los buenos recuerdos bullendo en su febril cerebro, intentó orientarse en la moderna geografía del barrio de Hackney.

—No recuerdo nada de esto —masculló Heath mientras miraba a uno y otro lado a la cabeza de su banda de borrachos—. Está todo cambiado.

—Si tú no lo reconoces, yo tampoco —comentó Monk, mientras se disponía a orinar en plena calle—. En mi época, que es anterior a la tuya, casi nunca me aventuraba por Londres. ¿Qué es lo que estás buscando?

—Mi viejo escondite. Yo y mis colegas solíamos ocultarnos en el sótano de un edificio cerca de la vía del tren. Me encantaría volver a verlo, si es que no lo han derribado. Guardo recuerdos de ese lugar, buenos recuerdos.

—Bueno, en ese caso, intentemos encontrarlo —propuso Monk, y reanudó la marcha—. ¡Mira allí! —exclamó—. Una taberna.

Los vagabundos no necesitaban que los azuzaran. Pronto estuvieron en el interior de otro bar cerrado, después de echar la puerta abajo, y robaron las botellas de detrás de la barra. Heath los esperó fuera, tratando de localizar algún detalle que le permitiese situarse. Sus ojos se posaron en una placa clavada en la pared del edificio.

—¡Joder! La calle mayor de Shoreditch. ¡Monk, ya sé dónde estamos! Salid de ahí. Vamos a ir en esa dirección.

Benona Siminski estaba desesperada. Habían sido dos malos meses, un periodo terrible, y cuando pensaba que las cosas ya no podían empeorar, Polly, su hija, cayó enferma con fiebre. Dos meses atrás, las dos habían sido tomadas como rehenes, retenidas por un morador del Infierno, Brandon Woodbourne, hasta que ese tío mató a dos policías y a un trabajador social del ayuntamiento. Después de la pesadilla, Benona fue interrogada por agentes del MI5 que la amenazaron con la deportación si decía una sola palabra sobre lo que ellos denominaron «los desvaríos de un chiflado».

—Si Woodbourne es un chiflado, ¿qué les importa lo que yo pueda contar? —les dijo.

No le dieron una respuesta. Era un asunto de seguridad nacional.

—Si era un chiflado, ¿cómo es que vi en internet su certificado de defunción de 1949?

Le dijeron que ese tipo de documentos colgados en la red no eran fiables.

—De acuerdo, me da igual —se rindió al fin—. Mantendré la boca cerrada, pero déjenos en paz a mi hija y a mí.

Que la dejaran en paz no fue suficiente. Quedaban las cicatrices, las heridas emocionales. Polly se transformó en una niña introvertida. No quería volver al colegio. Tenía pesadillas. Benona lo sabía porque tuvo que dejar su trabajo de

limpiadora y quedarse en casa por las noches. La oía gritar en sueños. A Benona le costaba dormir. El insomnio provocaba que tuviera los nervios a flor de piel. La tomó con los asistentes sociales y los psicólogos que el colegio le impuso a Polly. Y la etiquetaron como una madre problemática. Tuvo que pedir una ayuda económica. El dinero no le llegaba a fin de mes.

Y entonces empezaron los problemas en Londres. Ella más que nadie sabía cómo eran los moradores del Infierno y estaba aterrorizada. Sus vecinos de la calle Glebe en Hackney acataron las órdenes de evacuación. Ella sopesó regresar a Polonia, pero no tenía dinero para pagarse el billete del vuelo, de modo que se atrincheró como pudo en su modesto apartamento sin ascensor junto a las vías del tren. Y entonces llegó la catástrofe. Polly sufrió una de sus recurrentes infecciones de oído. El médico de cabecera no cogía el teléfono. Los dispensarios estaban cerrados. Polly aullaba de dolor y cada vez le subía más fiebre. Tenía que conseguirle antibióticos.

—Cariño, tú quédate aquí. No abras la puerta a nadie. Voy a buscarte una medicina.

—¡Mamá, no me dejes sola!

—Estaré de vuelta antes de que te des cuenta de que me he ido. Échate en el sofá y mira tus vídeos, ¿de acuerdo?

Le dio un beso a su hija y unos momentos después estaba sola en la calle Kingsland a las dos de la madrugada.

A esas horas de la noche la calle siempre estaba desierta. Benona estaba acostumbrada a caminar sola tan tarde porque era cuando terminaba su turno como limpiadora en la ciudad. Pero ese día había algo perturbador en la quietud del ambiente.

La farmacia de Kingsland estaba a oscuras, como el resto de las tiendas. No sabía muy bien para qué se molestaba, pero intentó abrir la puerta. Estaba cerrada, como era de esperar. En el negocio de comida china para llevar que había al lado habían colocado un cartel publicitario metálico. Lo levantó por encima de su cabeza y, cerrando los ojos, lo lanzó contra la cristalera de la farmacia. Saltó la alarma. Se apartó un poco para comprobar si se encendía alguna luz en el piso de encima, pero las ventanas siguieron a oscuras. Utilizó el pie de metal para apartar los cristales rotos y entró en la farmacia. Con la alarma retumbándole en los oídos, dio con un interruptor y se dirigió a la trastienda.

Recordaba el nombre del antibiótico que le habían recetado otras veces a Polly y comenzó a buscarlo en las estanterías llenas de frascos de plástico. Amoxicilina. Encontró un frasco grande, de quinientos miligramos, y al principio pensó en llevarse solo las pastillas que necesitaba, pero la idea de tener que volver a dejar a Polly sola la decidió a llevarse el frasco entero e inició una veloz retirada.

Salió por el escaparate roto, intentando evitar algún cristal puntiagudo que quedaba en los bordes, pero antes de que el segundo pie se posase sobre la acera, percibió el hedor que pensaba que no volvería a tener que oler nunca más.

Se volvió lentamente y se topó con la cara tosca y la mirada lasciva de Heath, acompañado de medio centenar de vagabundos ebrios.

Los integrantes del escuadrón A habían estado en peligro tantas veces que ya habían perdido la cuenta. Desde Afganistán hasta Irak, Tayikistán, Sierra Leona o Liberia, les habían encomendado misiones imposibles una y otra vez. Habían visto de todo, estaban curtidos en un centenar de tiroteos. Nada les perturbaba. Hasta el día de hoy.

Permanecían en un claro, en un terreno elevado que les permitía ver que se encontraban a poca distancia de un serpenteante río. En dirección opuesta, pero también cerca, se veía una hilera de chozas bajas y una casa grande, con una torre cuadrada de piedra que se alzaba hacia el cielo plomizo y nublado.

Mientras los soldados de las SAS, Kyle y el profesor Nightingale se situaban en la nueva realidad, John, Trevor y Emily se pusieron de inmediato en alerta ante posibles peligros.

—Trev, quédate con ellos —ordenó John, que corrió hacia la vanguardia de la columna y sacó al capitán Gatti de su trance.

—¿Dónde estamos en relación con el plano? —preguntó el militar.

—Estamos aquí —le explicó John—. Tenemos que movernos rápido. Esa torre me da mala espina. Será de algún señor feudal, que probablemente posea su propia milicia. Y no creo que nuestra llegada les haya pasado inadvertida.

—¿Alguno de vosotros ha conservado las armas? —preguntó Gatti a los hombres del comando D.

Todos estaban desarmados.

—Si eso es el río Mole —dedujo John—, el norte está hacia allí. Caminando en esa dirección, Richmond queda a treinta kilómetros. Deberíamos avanzar hacia el oeste, rodeando el pueblo con la esperanza de que no nos detecten.

—Coged piedras de buen tamaño, palos gruesos, cualquier cosa que podáis usar como arma —ordenó el capitán a sus hombres.

—Pasaré la orden a los otros comandos —asintió John, y volvió sobre sus pasos.

Desde su mirador sobre la espalda de Alce, Nightingale exclamó:

—Todo atisbo de modernidad ha desaparecido. Es impresionante, absolutamente impresionante. Emily, de científico a científico, estoy atónito.

—Es la palabra adecuada para describirlo.

—¿En serio? —preguntó el fornido cabo, ofreciéndole al químico una visión panorámica mientras giraba sobre sus pies—. Yo diría que la palabra adecuada es: jodido infierno.

—Eso son dos palabras —dijo Nightingale—, pero muy precisas.

John se reunió con los demás y les explicó el plan.

—Esto es un buen follón —comentó Kyle, mirando a su alrededor perplejo.

—Tienes razón —respondió su hermano mientras comprobaba la mochila de Kyle. Como las otras cuatro, los materiales vitales habían conseguido pasar—.

Mantén la cabeza gacha y sigue al grupo.

Emily tocó el brazo de John.

—Ya estamos otra vez de vuelta —le susurró con tono desolado.

—¿A la tercera va la vencida? Mantente a mi lado. No te separes en ningún momento.

—Sabes que no lo haré.

Mientras la columna rodeaba la aldea, John distinguió una silueta lejana en lo alto de la torre, y después dos, gesticulando con violencia.

—¡Nos han descubierto! —gritó al escuadrón.

Gatti ordenó avanzar a paso ligero y la columna ganó velocidad. John no quitaba ojo a la torre. Creyó ver que uno de los hombres empuñaba algo en la mano. Estaban fuera del alcance de los arcos y con un mosquetón, hasta el mejor tirador debería tener mucha suerte para hacer diana, de modo que no estaba preocupado. Pero entonces oyó una serie de zumbidos atravesando el aire.

—¡Una ballesta! —gritó, y tiró de Emily para poder protegerla a modo de escudo.

La flecha se quedó corta, pero no falló por mucho.

—Deja a Nightingale en el suelo —le ordenó a Alce—, o se convertirá en su diana.

El cabo bajó al químico y lo cargó como si fuese un bebé cuando todo el mundo salió corriendo. Otra flecha silbó sobre sus cabezas y una tercera cayó en medio del comando A, casi rozando a uno de los soldados, que se detuvo para arrancarla del suelo.

—Vamos —le gritó el capitán Marsh—. No hagas el idiota.

—¿Quién hace el idiota? —replicó el soldado—. Ahora soy el único que tiene un arma.

Avanzaron con rapidez hacia el noroeste, John miraba hacia atrás por encima del hombro para comprobar si los seguían y lo que vio no era nada bueno. Al menos una docena de jinetes aparecieron por detrás de la torre y se lanzaron al galope hacia ellos.

El capitán Yates también los vio y comenzó a dar órdenes a gritos. El escuadrón había hecho algunas prácticas limitadas de operaciones tácticas para repeler un ataque estando desarmados, pero no habían tenido tiempo para repasar todos los escenarios posibles. Y uno de los que no habían practicado era el de un ataque de hombres a caballo.

El escuadrón detuvo la marcha y de manera espontánea se dispersó en grupos de cuatro o cinco personas. John llevó a los civiles hacia la retaguardia y él y Trevor se prepararon para enfrentarse a cualquier jinete que consiguiera atravesar la primera línea de contención. Los capitanes descargaron las pesadas mochilas y las amontonaron junto a John y Trevor para no perderlas.

Los soldados de Leatherhead, liderados por el señor del castillo, cayeron sobre ellos blandiendo espadas y alguna que otra pistola.

A veinte metros sonó un disparo y uno de los integrantes del comando B se agarró el pecho y se desplomó. Otra pistola de chispa disparó y el tiro alcanzó a un cabo del comando C.

—¡Solo disparan una vez! —gritó John—. No pueden recargar mientras cabalgan. ¡Atención a las espadas!

Siempre resolutivos, los soldados de las SAS improvisaron. Mientras uno de ellos agitaba los brazos para atraer a un espadachín como un torero llamando la atención del astado, otros tres o cuatro realizaron una maniobra de pinza, lanzándose sobre los flancos del caballo y las piernas del jinete para intentar descabalarlo antes de que pudiese utilizar su arma. El soldado con acento del noroeste que había proclamado su odio a los caballos fue impulsado por dos de sus compañeros sobre un jinete para hacerlo caer. Durante unos instantes manejó al caballo, con el estómago sobre la silla, antes de deslizarse y caer entre maldiciones del animal que se alejaba al galope sin jinete. En cuanto uno de los soldados enemigos caía el suelo, era rodeado por un grupo de SAS, que lo machacaban a patadas y puñetazos hasta noquearlo para, acto seguido, apoderarse de su espada.

John observó el desarrollo de la batalla, deseoso de intervenir, pero decidido a no dejar sola a Emily. Los SAS no tardaron en tener en sus manos el mismo número de armas que sus atacantes.

—Las tornas están cambiando —dijo Trevor.

—Colega, estos tíos saben combatir —sentenció Kyle.

De pronto, el señor del castillo, un tipo primario de larga melena y abundante barba, atravesó la línea defensiva de los SAS y cargó contra el grupo de civiles.

Trevor corrió para distraerlo y John ordenó a Emily, Kyle y Nightingale que se tirasen al suelo. Balanceó su pesada espada y no alcanzó a Trevor en el hombro por unos centímetros. Al momento se dirigió hacia John. El jinete era diestro y, cuando tenía al caballo casi encima, John se desplazó hacia la izquierda, esquivando la embestida. El atacante obligó a girar al caballo para volver a encarar a su víctima y, mientras lo hacía, John vio que Kyle le había desobedecido y agarraba el pie que el jinete tenía en el estribo.

El señor del castillo alzó la espada para segar la cabeza de Kyle, pero en ese momento John le agarró la otra pierna y le clavó las uñas en los pantalones. Tiró de él con fuerza, el tipo cayó de la silla y Trevor, que ya se había acercado, le arreó una letal patada en la cabeza y le quitó la espada.

—Te he dicho que te tiraras al suelo, maldita sea —le gritó John a Kyle.

—De nada —replicó Kyle—. Joder, eres un gilipollas, ¿lo sabías?

—Si desobedeces una orden, por supuesto que lo soy.

—Yo no tengo por qué obedecer tus órdenes. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

—¡Eh, mirad! ¡Hemos ganado! —gritó Nightingale.

Todos los soldados enemigos yacían en el suelo y los SAS habían logrado hacerse con algunos de sus caballos.

—Pero hemos tenido bajas —masculló John.

Emily ya corría hacia los heridos. Se arrodilló junto a un soldado caído que sangraba por una herida de la cabeza. Sacó un rollo de vendas de algodón de su mochila y le vendó la herida al muchacho. Cada comando disponía de un médico, aunque equipado tan solo con rollos de vendas, y se desplegaron entre los heridos para hacer lo que pudiesen.

Marsh había perdido la gorra. Respirando hondo para recuperar el aliento, se secó el sudor de la frente y señaló a uno de los enemigos, que se retorció entre la hierba con el cuello torcido y roto en una postura grotesca.

—Este hombre debería estar muerto —le dijo a John—. ¿Es de esto de lo que nos advertías?

—Lo que estás viendo, ese hombre descabezado, es una buena demostración —respondió John.

—Entonces ¿no se puede hacer nada por ahorrarle el sufrimiento a este desgraciado?

—Nada de nada. Se va a quedar con el cuello retorcido para siempre.

Marsh negó con la cabeza.

—Joder, vaya sitio. Hemos sufrido bajas, pero al menos hemos conseguido algunos caballos y unas cuantas armas de verdad.

El médico del comando A les llamó. Arrodillado junto al soldado que había recibido la bala en el pecho, el médico lo declaró muerto.

—Los nuestros mueren igual que en el mundo del que venimos —se quejó Marsh—. Era un buen chaval. Tenía mujer y dos hijos.

—Deberíamos enterrarlo y ponernos en marcha —propuso John—, si no lo hacemos, esta noche los vagabundos devorarán su carne.

Marsh escupió en el suelo para mostrar su desagrado.

—Petersen —le gritó al sargento de su comando—. Utilizad las espadas y las manos para cavar la tumba de Jones. Hacedlo rápido y nos largamos.

La marcha hacia el norte les llevó seis horas. Aunque comprobaban sus progresos en los mapas impresos en seda, no resultaba difícil orientarse. El río Támesis fluía hacia el norte en el tramo entre Leatherhead y Richmond, y lo único que tenían que hacer era no perderlo de vista a su izquierda. Alce no tuvo que seguir cargando con Nightingale. Colocó al profesor a horcajadas sobre la silla de montar de uno de los caballos y cogió las riendas del animal. Emily, Kyle y los heridos también siguieron a caballo, y uno de los animales cargó con las cinco pesadas mochilas.

Durante el trayecto, la mayoría de los SAS que no iban armados se agenciaron armas improvisadas, en su mayoría garrotes, aunque uno de los soldados encontró una pala apoyada contra un árbol. Daban un amplio rodeo cada vez que veían a lo lejos humo saliendo de una chimenea o de una hoguera en campo abierto. Aun así, no lograron pasar del todo inadvertidos. Los marineros de las escasas barcas que navegaban por el río vieron la columna y los señalaron, aunque John no creía que,

vistos desde la distancia, tuviesen una pinta muy diferente a la de un destacamento del ejército del rey Enrique.

Después de cinco horas de caminata, el río giraba hacia el este y, a lo lejos, volvía a girar hacia el oeste.

—Nos estamos acercando —le dijo John a Emily.

La dejó bajo el cuidado de Trevor y avanzó hacia la vanguardia de la columna para comentar con los capitanes lo que pensaba.

Todos se mostraron de acuerdo, pero Marsh no pudo evitar un comentario sarcástico:

—Gracias, Dios, por enviar a este yanqui para ayudar a los pobres idiotas ingleses a interpretar el mapa.

—¿Estás seguro de que no hay ningún puente para cruzar el río? —preguntó Gatti.

—Por completo —respondió John—. ¿Todos los hombres podrán superar la corriente?

—Nuestros chicos son nadadores de primera, pero debemos encontrar un modo de cruzar a los civiles. Un bote sería más práctico que unos simples troncos.

El último kilómetro de la caminata por una extensa planicie de hierba alta correspondía en la Tierra al parque de los Ciervos de Richmond. John identificó el mejor punto para cruzar por la columna de humo negro que se elevaba hacia el cielo color pergamino de la tarde. Al llegar a la orilla sur, los civiles y los heridos desmontaron. Greene condujo a su grupo hacia el este y Yates partió con sus hombres hacia el oeste. El resto de los soldados permanecieron en el lugar, sin bajar la guardia. Tardaron una hora, pero al final los dos comandos regresaron, uno con las manos vacías, pero el grupo de Yates con algo más valioso que el oro: dos botes de remos de tamaño mediano que cargaban a hombros.

Abrevaron a los caballos y los ataron a unos árboles, dejándoles montones de hierba cortada. A Alce le asignaron trasladar un preciado cargamento que incluía a Nightingale, dos de los heridos, las mochilas y las armas que habían reunido. Empezó a remar, rodeado por la mitad del escuadrón A que nadaban a su lado. El resto los soldados nadaron junto al otro bote. John cogió los remos y cruzó a Emily, Kyle, Trevor y uno de los heridos. La corriente era fuerte, pero eligieron el tramo más estrecho del río y lograron llegar a la otra orilla sanos y salvos.

Desde allí solo les quedaba una corta caminata colina arriba hasta la chimenea de ladrillo de la que salía el humo.

No había nadie en el exterior del edificio bajo de ladrillo de la fragua. Comunicándose con gestos de las manos, los hombres de las SAS se dividieron en dos grupos y pasaron agachados por debajo de las ventanas de las que surgía el resplandor anaranjado del horno en pleno funcionamiento hasta rodear el edificio.

Una vez todos en posición, John se acercó a la puerta principal.

—¿Está aquí William el herrero? —gritó.

Salió un hombre menudo, desnudo de cintura para arriba, que entrecerró los ojos al toparse con la luz del día. Al ver a los desconocidos, aulló como un perro al que le hubieran pillado la cola y corrió de vuelta hacia dentro.

El comando C de Gatti, el que estaba más cerca de la entrada, se preparó para el combate, pero John les indicó con un gesto de la mano que no se precipitasen.

Un gigantón apareció en la entrada blandiendo una barra de hierro. Él también iba con el pecho desnudo y su piel estaba negra de hollín y resplandecía por el sudor.

—¿Quién le busca? —bramó antes de ver a John—. ¡Pero bueno! —gritó—, si es John, el que no pertenece al Infierno. ¿No has conseguido volver a tu mundo?

—Regresé sin problemas. Dos veces. Esta es mi tercera visita a vuestro encantador país.

—¿Encantador? ¿Este agujero de mierda? Tú siempre de broma. Ven aquí.

Los dos hombres se abrazaron y una buena parte del hollín que cubría a William acabó en la camisa de John. La última vez que lo había visto, William estaba en lo alto de un acantilado en la costa sudeste del Britania, manejando uno de los cañones La Hitte de John mientras él ponía rumbo a Francia a bordo del *Fuego del Infierno*.

—Entonces, conseguiste llegar hasta tierras escandinavas —adivinó John.

—Así es, pero ¿cómo lo sabes?

—Cierto rey me lo contó.

—Bueno, ganamos la guerra al rey Christian y nos quedamos con sus minas. Como tú decías, el hierro escandinavo es de mucha más calidad. Nos trajimos una buena cantidad. ¿Quiénes son todos estos hombres desplegados alrededor de la fragua? No parecen soldados del rey Enrique.

—Ellos tampoco son de aquí.

—¿Son hombres vivos? ¿Todos?

—Sí. La mayoría son soldados británicos, los mejores de entre los mejores. Se llaman SAS. Y hay también una mujer viva. Emily, ven a saludar a un viejo amigo mío.

William se limpió las manos en el delantal de cuero, tomó la mano de Emily con su garra y se la llevó a los labios.

—De modo que al final te encontré, ¿eh?

—Pues sí —respondió Emily—. Me llevó de vuelta a casa. Fue muy valiente.

—Si has vuelto aquí, eso quiere decir que también tú eres muy valiente —afirmó William—. Y noble. Y atractiva. Y...

John cortó los cumplidos con una carcajada.

—Amigo mío, te vas a acabar pisando tu propia lengua si no cierras la boca. ¿Todavía os queda algo de ese hierro?

—Un poco. ¿Por qué?

—Lo necesito.

—Me gustaría ayudarte, pero no te lo puedo dar. Pertenece al rey.

John esperaba esa respuesta. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó el

documento firmado que había traído desde la Tierra y se lo tendió a William, que lo leyó en voz alta.

—Yo, Enrique, rey de Britania, ordeno que mi maestro herrero, William, le entregue a John Camp el hierro que pueda necesitar para fabricar acero, todo el metal que pueda necesitar y toda la ayuda que pueda requerir de los herreros de Richmond. —Alzó la mirada y asintió—. Está firmado de puño y letra por el monarca y desde luego obedeceré su orden. Y dime, John que no eres de este mundo, ¿qué quieres forjar?

John llamó a Kyle.

—William, te presento a mi hermano, que tampoco pertenece a este mundo. Kyle es armero, uno de los mejores que he conocido. No hay pistola o arma larga que no sea capaz de arreglar o fabricar. Kyle, enséñale lo que llevas en las mochilas.

El aludido abrió una y empezó a sacar su contenido, un centenar de piezas envueltas en algodón de un tamaño que iba desde un par de centímetros hasta los treinta centímetros cuadrados. Desenvolvió una de las más grandes y mostró un molde de caucho.

William lo examinó con atención.

—Un molde, ya veo.

Kyle desenvolvió uno más pequeño y se lo ofreció.

—Dime, armero Kyle, ¿todos estos moldes son para un arma?

—Así es.

—¿Y cómo se llama esa arma?

—Es un AK-47.

William repitió el nombre más despacio, ladeando la cabeza, como si fuese un conjuro, y preguntó cuáles eran sus características.

Kyle habló casi con cariño del rifle.

—El AK-47 es el arma con más éxito del mundo moderno. Es un rifle con dos modos operativos. En el semiautomático dispara una bala cada vez que aprietas el gatillo. En el automático dispara una ráfaga mientras mantienes el gatillo apretado. Lleva treinta balas en un cargador desmontable. Rara vez se encasquilla, incluso cuando está mojado o cubierto de barro. Se le ha llamado el rifle de los combatientes por la libertad, porque es fácil de manejar, fiable y barato de fabricar. He traído moldes de cada una de las partes, incluido el cargador y los diferentes tornillos. También tengo moldes de las balas y una prensa para fabricarlas. Lo que necesitamos es que nos proporciones tu mejor acero para fundirlo con el método de la cera perdida.

—¿Conoces ese proceso? —le preguntó John a William.

—Conozco el método y lo he utilizado. ¿Cuántos AK-47 queréis fabricar?

—Unos treinta y dos —respondió Kyle—, ocho para cada uno de los cuatro comandos de los SAS. He traído cinco juegos de moldes para acelerar la producción. También necesitaremos unos cien cargadores y varios cientos de municiones.

—¿Municiónes? —preguntó William.

—Balas —le aclaró John—. Pero hay algo importante. La munición contiene la bala de plomo y la pólvora, todo en un único cilindro. Para dispararlas se coloca en la base de la bala un cebador que lleva un explosivo químico. Hemos traído con nosotros a un científico, un químico que sabe cómo fabricarlo, pero necesitaremos encontrar los materiales necesarios. Ese señor de ahí es el profesor Nightingale.

El químico estaba sentado bajo un árbol con aspecto lívido y agotado, pero saludó con entusiasmo.

William se sacó un trapo del delantal y se sonó la nariz.

—El AK-47 parece un arma poderosa. He oído hablar a los hombres modernos de armas de fuego capaces de disparar muy rápido, pero hasta ahora nadie que conozca ha sido capaz de explicarle a un viejo herrero como yo cómo se fabrica una. Y ahora apareces tú con todos estos moldes. Y dime, John, ¿qué pretendéis hacer con estos rifles?

—Vamos a detener una invasión.

William pensó en cómo alimentar a sus hambrientos huéspedes. Después de darle vueltas a la forma de reducir las magras raciones de sus trabajadores para cubrir las necesidades de tanta gente, tuvo una gran idea. En la aldea cercana todo el mundo sabía que el rey Enrique le había ordenado a William que utilizase el pueblo como diana para probar el nuevo cañón con estrías, y que fue John quien colocó pólvora de más en la carga de modo que el cañonazo sobrevoló la aldea e impactó sin daños en el río cercano. William bajó hasta el pueblo para explicarles que su salvador, John Camp, necesitaba ayuda para sus hombres y, aunque eran pobres, los aldeanos vaciaron sus despensas y barriles en honor a su héroe.

Un carro procedente del pueblo y tirado por un caballo horriblemente escuálido subió con lentitud por la colina hasta la fragua. Un grupo de hombres de aspecto agreste y una mujer delgada ataviada con un vestido harapiento descargaron las provisiones. La mujer tendría unos sesenta años, aunque estaba tan curtida por el clima que se hacía difícil calcularlo. Al principio se mostró asustada ante los jóvenes y fornidos soldados y evitaba el contacto visual. Emily parecía darle menos miedo y la mujer verbalizó un tímido saludo. Pero, por algún extraño motivo, pareció sentirse más cómoda con el profesor Nightingale. Le preguntó cómo se llamaba, le preparó un plato de comida y le sirvió una jarra de cerveza. Él, por su parte, evitó educadamente arrugar la nariz ante el repulsivo olor que desprendía la mujer y quiso saber también cómo se llamaba.

—Señora Smith —respondió ella—. Eugenia Smith.

—Encantado de conocerte, Eugenia —dijo él, tendiéndole la mano—. Ted Nightingale.

—¿Cómo es que llegan hombres vivos a Abajo? —le preguntó en un susurro, de modo que solo Nightingale pudiese oírlo.

—Es increíble, ¿verdad? Soy científico, y ni por esas estoy seguro de entenderlo

del todo.

—¿Y por qué has venido tú aquí?

—Parece que nuestro mundo está siendo atacado por el vuestro. Y hay que buscar una solución.

—Pero tú estás enfermo, ¿verdad? —le preguntó ella.

—De hecho, sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Por el color de tu piel y el tono amarillento de tus ojos. Mi madre tenía este color amarillo poco antes de morir.

—Me temo que yo también me estoy muriendo —reconoció él con toda la despreocupación que logró impostar en la voz—. Esta es la aventura final de una vida plena.

—Bueno, espero que no aparezcas aquí cuando fallezcas —dijo ella—. No pasa un día sin que desee no haberme dejado arrastrar por la maldad.

Los visitantes y los trabajadores de la fragua se sentaron en la hierba para comer pan, queso y carne seca. Los soldados formaron un grupo aparte. John se acomodó en un círculo con Trevor, Emily, Kyle, Nightingale y William, y hablaron de la logística necesaria para fundir las piezas.

—Si queréis, podemos empezar esta misma noche —propuso William.

—Cuanto antes, mejor —aceptó John.

William tenía el hierro listo, mucha cera y una buena reserva de revoque.

—¿Podemos hablar de los cebadores? —preguntó un enérgico Nightingale, revitalizado por la comida—. Necesitaré plomo para generar estifnato de plomo.

—Tenemos plomo de sobra —gruñó William—. Fabricamos la munición de los mosquetones con plomo.

—Excelente, excelente —aplaudió el químico—. Necesitaré también cierta cantidad de ácido nítrico. Mejor si lo tenéis ya disponible. Si no, tendré que sintetizarlo.

—¿Qué es el ácido nítrico? —preguntó William.

—El nombre con el que se lo conocía en la antigüedad era *aqua fortis*. O tal vez lo conozcáis como destilado de nitrato de potasio.

—Lo siento, no sé de qué hablas.

—¿Te suena si vive algún químico o incluso algún alquimista en los alrededores? —preguntó Nightingale.

William se le quedó mirando con cara de póker.

—Oh, bueno, en ese caso tendremos que fabricarlo. Si disponéis de pólvora, con toda probabilidad tendréis nitrato de potasio, también conocido como salitre.

A William se le iluminó la cara.

—Salitre. De eso sí que tenemos. Se saca de las cagadas de los murciélagos en las cuevas.

—Sí, exacto, muy bien. Y supongo que conseguir cierta cantidad de arcilla de buena calidad no será un problema.

—¿Barro? No. Tenemos a montones.

—De hecho, lo que necesito es arcilla blanca.

—La tenemos blanca, roja, marrón... cualquier tipo de arcilla que desees.

—Lo único que me faltaría sería una mesa en la que poder trabajar, unos cuantos recipientes de cristal, plomo, arcilla, salitre, agua limpia y una fuente de calor.

—Echa un vistazo allí —le propuso William, señalando el resplandor anaranjado que surgía de la fragua—. Ahí tienes todo el calor que puedas necesitar.

John se inclinó hacia delante y le dijo a Emily:

—Hoy las cosas han salido según lo previsto.

—No para el soldado Jones —replicó ella.

—Cada vez que estos hombres salen en una misión asumen que es posible que no regresen.

—Yo no estoy tan acostumbrada como tú a esta filosofía.

—Gracias a Dios que no lo estás.

—Supongo que también nos esperan días horribles —comentó ella—, pero cuanto antes crucemos el canal para encontrar a Paul, mejor.

—Totalmente de acuerdo. —John se puso en pie y tiró de Kyle para ayudarlo a levantarse—. ¿Listo para empezar a trabajar, hermanito?

Kyle dio varios pasos torpes, hasta que logró relajar la rigidez de su rodilla.

—Para eso he venido a este sitio tan disparatadamente raro.

Heath se quedó embobado. Benona era la mujer más hermosa que había visto desde su llegada a la Tierra y se relamió los labios agrietados como un lobo salivando.

—Que nadie se acerque —advirtió a los demás vagabundos—. Esta es mía.

Monk apenas se sostenía en pie después de tanto beber, pero puso una mano en el hombro de Heath.

—Vamos, Heath —le rogó—, después de todo lo que hemos vivido juntos tú y yo, lo mínimo que podrías hacer es dejarme saborear un poco de néctar.

—Que te jodan —gritó Heath—. Que os jodan a todos. Ella es para mí solo. Aquí, en mitad de la acera. Ahora mismo. ¿Cómo te llamas, rubia?

—Sé quién eres —balbuceó Benona, haciendo un gran esfuerzo para articular las palabras.

—¿Quién soy? —le preguntó Heath, acercándose a escasos centímetros de su cara, las manos casi agarrotadas ante la perspectiva de manosear el pálido cuerpo de la joven.

Ella dio un paso atrás y topó con la pared del edificio, que le bloqueaba cualquier opción de huida.

—Vienes del Infierno.

—Muy lista, cariño, pero esta no es la historia completa. Vengo del Infierno y me voy a pasar el resto de la noche violándote, y una vez quede saciado me comeré tu delicioso cuerpo de mujer.

Benona cerró los ojos y pensó en Polly. Los oídos le zumbaron por la sangre que le subió a la cabeza. Y de pronto el sonido pareció transformarse en un agudo chirrido.

El coche que bajaba a toda velocidad por la calle Kingsland dio un frenazo y los neumáticos dejaron una marca de caucho en el suelo. Aceleró, se subió al bordillo y se lanzó contra los vagabundos, cuyos cuerpos saltaron por los aires como si fueran bolos.

Heath se volvió y la sangre de uno de sus hombres le salpicó en la cara. Varios de los vagabundos que seguían en pie empezaron a correr. El coche se detuvo sobre un montón de cuerpos. Un hombre salió de él y se abrió camino a machetazos entre los capullos borrachos y desconcertados que seguían allí plantados, tratando de llegar hasta Heath.

Antes de que lo consiguiese, Monk agarró a su líder por la camisa y tiró de él.

—¡Larguémonos de aquí!

Heath no era de los que huían del peligro, pero estaba demasiado borracho y atontado como para pelear. Al menos diez de sus hombres estaban muertos o heridos, y los demás huían por la oscura calle. Dejó que Monk tirase de él y no tardó en empezar a correr por su cuenta.

Benona seguía con los ojos cerrados. Los ruidos que oía eran aterradores y la sensación de peligro la paralizaba. Por fin hizo el esfuerzo de levantar los párpados, preparada para la última visión de su vida.

Pero a quien vio fue a Woodbourne, que dejaba caer un ensangrentado cuchillo de carnicero.

Benona se lanzó a sus brazos.

—Brandon, eres tú. Gracias a Dios.

—¿Dónde está Polly? —preguntó él—. ¿Está a salvo?

—Está en casa.

—Pues vamos a casa.

Peter Lester estaba sentado ante su escritorio en el 10 de Downing Street metiendo papeles en su maletín ministerial rojo. Intentó cerrarla, temeroso de haberla llenado demasiado, pero fue su jefe de gabinete, que acababa de entrar en el despacho, quien se encargó de hacerlo.

—Muchos de estos documentos están colgados en la nube de máxima seguridad, ¿sabe? —le dijo su secretario mientras recolocaba las hojas para poder cerrar la cartera.

—Me gusta tener copias en papel —respondió Lester, que inspeccionó los cajones y sacó varios objetos personales.

—En Manchester dispondremos de impresoras —añadió el jefe de gabinete, que tuvo que presionar el maletín para cerrarlo—. Ya está, ya lo tiene listo.

—¿Dónde nos instalaremos en Manchester? —preguntó Lester.

El alcalde le ha cedido su despacho en el ayuntamiento. Esperamos que los concejales sigan su ejemplo y cedan los suyos a los miembros del gabinete. Si no lo hacen, insistiremos. El gobierno estará un poco apretujado, pero nos apañaremos. El presidente de la cámara de los comunes ya se está quejando, pero...

—Ese hombre se queja por el puro gusto de quejarse —masculló Lester.

—Estoy de acuerdo. Y en cuanto a la oposición... Bueno, sin duda se mostrarán muy descontentos con su reubicación. Creo que les han buscado unos locales comerciales vacíos.

—¿Te imaginas que Churchill hubiera tenido que aguantar a unos politicuchos blandengues como estos durante la guerra?

—Me estremezco con solo pensarlo.

—¿Y qué pasa con la familia real?

—La reina y todos los demás ya van de camino a Balmoral. De muy mala gana. Sus padres no se movieron del palacio durante el Blitz.

—En mi opinión, este enemigo es mucho más temible que los nazis —dijo el primer ministro, ya con el maletín rojo en la mano—. Bueno, apaguemos las luces y cerremos las puertas.

La decisión de reubicar al gobierno en Manchester se había tomado en la reunión matinal del comité Cobra. Londres ya no era seguro y el transporte público estaba suspendido. La evacuación se había ralentizado hasta convertirse en un goteo. Las estimaciones más favorables hablaban de entre cinco y seis millones de desplazados de los ocho millones de personas que poblaban el área del Gran Londres. En los puntos calientes la proporción de evacuados era mucho más elevada. Los que se quedaban eran sobre todo personas sin recursos, minusválidos o ancianos que no podían o no querían dirigirse a los puntos de evacuación, además de escépticos y amantes de las teorías de la conspiración que no confiaban en lo que decían los medios de comunicación, y gente sin hijos que solo debía preocuparse por sí misma y estaba convencida de que podría capear el temporal.

Las imágenes de televisión de los campos de evacuación en bases militares que mostraban espacios saturados, escasos servicios y desplazados con aspecto de no estar muy contentos, disuadió a muchos de dejar sus casas. Y sin embargo, los reporteros que se aventuraban a entrar en las zonas afectadas de Londres describían escenas de brutalidad y auténticas carnicerías.

La telaraña resultante dejó a la población atrapada entre la espada y la pared. Para quienes optaban por refugiarse en sus propias casas, Londres resultaba de todo menos hospitalaria. Desde luego, había electricidad, agua y gas, pero los pocos comercios que quedaban abiertos eran tiendecitas familiares que pronto se quedarían sin existencias e incapaces de reponerlas. Los hospitales estaban cerrados, habían evacuado a los pacientes y al personal y los servicios de emergencia no respondían a las llamadas. Unidades del ejército patrullaban junto a las instalaciones clave, museos y lugares emblemáticos, pero los efectivos de la Policía Metropolitana y las policías locales de los condados de los alrededores habían sido enviados a los centros de evacuación para reforzar a las unidades de élite en el mantenimiento del orden.

De vez en cuando, una patrulla de soldados o una unidad de la policía armada se topaban con un asalto en pleno desarrollo y cuando esto sucedía les resultaba complicado distinguir entre ciudadanos y visitantes del Infierno. Disparar sobre todos los que huían podía tener consecuencias desastrosas y las órdenes que recibían no paraban de cambiar. Pero, en líneas generales, los londinenses que habían decidido quedarse estaban solos frente a los invasores.

Lo que había empezado como un goteo era ahora un torrente de moradores del Infierno llegando a la ciudad. Las noticias corrieron por toda Britania y los muertos acudían en manada a los puntos calientes para aprovechar esta oportunidad única. Al llegar al otro lado, algunos se mostraban mansos y asustados ante la luz del sol y las novedades del mundo moderno. Vagaban por Londres buscando comida en las papeleras, entraban con temor en las casas y se largaban si descubrían que estaban ocupadas. Pero otros estaban decididos a saciar todos sus lascivos deseos y aterrorizaban a quienquiera que se encontrasen en las casas o en plena calle. Lo peor eran las bandas de vagabundos, que cogían todo lo que deseaban y, cuando se

marchaban, dejaban armarios vacíos y charcos de sangre. En las zonas rurales, donde los granjeros tenían escopetas, los ciudadanos solían plantar cara. Pero por lo general, una banda de visitantes arrasaba con todo lo que se le ponía por delante con la letal eficacia de una plaga de langosta.

Muchos moradores del Infierno se dieron cuenta de que sus toscas ropas campesinas o uniformes militares permitían identificarlos con demasiada facilidad y decidieron robar prendas modernas. Unos cuantos supieron también por sus víctimas que desprendían un olor hediondo y se rociaron con perfumes y colonias para disimularlo. Pero cuando un morador del Infierno se topaba con otro, se reconocían al instante con solo mirarse a los ojos, sabían quiénes eran y de dónde venían. Una leve sonrisa, cuatro palabras y enseguida se unían para buscar la siguiente casa que invadir, para dar de nuevo rienda suelta a sus deseos.

—¿Qué tal te va?

—Esto ha cambiado mucho, pero es una puta maravilla.

—No pienso volver allí.

—Yo tampoco, al menos no de manera voluntaria.

—¿Qué quieres decir?

—He visto a dos de los nuestros muertos bajo las ruedas de un coche.

—¿Muertos de verdad?

—Muertos de verdad.

—¿Adónde crees que habrán ido?

—Supongo que de vuelta a Abajo.

—Entonces será mejor que no dejemos que nos maten.

Uno de los edificios gubernamentales protegido por un cordón militar era el cuartel general del MI5 en Millbank. Ben permanecía en el interior, en el centro de operaciones del sótano. Él y su gente trataban de encontrar un patrón a los movimientos de los visitantes del Infierno en los puntos calientes y al modo en que se dispersaban en cuanto llegaban. Las imágenes de las cámaras en el mosaico de pantallas que llenaban las paredes procedían de los drones que peinaban los cielos de Londres.

Uno de sus ayudantes le informó de que el primer ministro estaba al teléfono.

—Sí, primer ministro —saludó Ben—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Voy de camino a Manchester, y cuando llegue allí me dirigiré al país. Necesito la información más actualizada. ¿Hay alguna señal de que la actividad de los visitantes del Infierno haya disminuido?

—Ninguna. En todo caso, ha aumentado.

—Entonces, debemos asumir que los comandos de las SAS todavía no han podido tomar sus posiciones.

A Ben le sonó el móvil; pulsó con torpeza el botón de colgar y respondió al

ministro por el otro teléfono:

—Creo que es la suposición correcta.

—Dios nos asista.

Ben colgó y vio en la pantalla del móvil que quien acababa de llamarle era su mujer. Rápidamente le devolvió la llamada a la casa de sus padres en Kent.

—¿Sucede algo? ¿Están bien las niñas? —preguntó inquieto.

—Estamos todos bien. Las niñas están haciendo dibujos con tu madre. Te llamo por una cosa. Acaba de telefonarme Marjorie. Está muy arrepentida de no haber obedecido las órdenes de evacuación.

—Debería haberlo hecho. Qué mujer más estúpida —masculló Ben.

—No quería abandonar a su perro. ¿Lo puedes entender? ¿Por qué no permiten a la gente llevar a sus mascotas a los centros de evacuación?

—Yo no tomo esas decisiones.

—Ha llamado varias veces a emergencias, pero nadie coge el teléfono, por eso ha recurrido a mí.

—¿Cuál es el problema?

—Ha oído ruidos fuera, como si alguien estuviera intentando entrar. Está aterrorizada. Cree que va a morir.

—¿Y qué quieres que haga, desviar efectivos imprescindibles para atender su ataque de ansiedad, que ni siquiera sabemos si obedece a un peligro real?

—Eso es exactamente lo que quiero que hagas. Me lo debes, Ben. Te has portado fatal conmigo y con las niñas y es hora de que lo arregles.

Su primer instinto fue permitir que su creciente indignación contra su mujer estallase a través de la línea telefónica. ¿Me he portado fatal? ¿Por trabajar sin descanso durante dos meses? ¿Por no volver a casa a tiempo para bañar a las niñas y leerles un cuento antes de acostarlas? ¿Por hacer mi jodido trabajo e intentar salvar al país de una gravísima amenaza? Pero al final optó por controlar su ira.

—De acuerdo —accedió—. Haré lo que pueda.

Salió del aparcamiento subterráneo con un conductor y dos de sus agentes. Marjorie era una de las compañeras de clase de su esposa en Roedean, una mujer más bien taciturna que trabajaba en una editorial. Cuando las dos hablaban por teléfono, Ben tenía que marcharse de la habitación, le irritaba incluso el tenue murmullo de la voz ronca de esa mujer que salía del micrófono del teléfono en forma de un torrente de lamentos. La ruta junto al río, pasando junto a la Tate, resultaba surrealista; el suyo era el único vehículo que circulaba por Millbank en lo que, en un día normal, habría sido la hora punta.

Al llegar ante la casa adosada de Marjorie en Pimlico, la calle estaba desierta. Ben había estado allí una vez, en una fiesta, y sabía cuáles de las ventanas que daban a la calle eran las suyas. Se veían una o dos luces encendidas en su apartamento y las lámparas de la entrada también estaban encendidas. Ben pulsó el timbre y esperó. No hubo respuesta. Volvió a hacerlo y, cuando tampoco contestó nadie, lo intentó con los

apartamentos de encima y de debajo. Silencio. La llamó al móvil y le saltó el buzón de voz.

—¿Qué quiere que hagamos? —le preguntó uno de sus hombres.

—Hay un pequeño jardín trasero —dijo Ben—. Vamos a ver si podemos entrar desde allí.

Tuvieron que bajar toda la calle hasta el final de la hilera de casas para poder entrar en la zona de los jardines traseros, y una vez allí les tocó ir saltando las sucesivas vallas de separación hasta llegar al del edificio de Marjorie. La parte superior de la puerta del apartamento de la planta baja era de cristal. Uno de los agentes lo rompió con la empuñadura de su pistola.

—Tome, cójala —le dijo el agente a Ben, tendiéndole el arma—. Tengo otra.

No le gustaban mucho las pistolas, pero la aceptó y comprobó el seguro.

—Hay una bala en la recámara —le explicó el agente.

—No creo que la necesite —replicó Ben.

Entraron con cautela en el edificio hasta el vestíbulo y desde allí subieron el primer tramo de escaleras. La puerta del apartamento estaba abierta, forzada y con la cerradura rota.

—Primero tenemos que comprobar este —ordenó Ben, con el corazón acelerado.

Siguió a los demás al interior del apartamento, todos con las pistolas listas. El vestíbulo y la sala de estar eran un caos, con muebles volcados y objetos por el suelo. Los dormitorios también habían sido saqueados. En la cocina, la puerta de la nevera estaba abierta y el interior vacío. Todos los armarios estaban abiertos y había latas de atún y sopa por el suelo, abolladas, como si alguien hubiera intentado abrirlas sin usar el abrelatas, que seguía en un cajón.

—Todo registrado —informó uno de los agentes—. Aquí no hay nadie.

—Vamos arriba.

Al subir por el siguiente tramo de escalera vieron que también la puerta de Marjorie había sido forzada. Un perrito comenzó a ladrarles desde el rellano.

Ben quitó el seguro de la pistola y aspiró hondo para intentar tranquilizarse.

—¿La distribución del piso es igual que el de abajo? —le preguntó en voz baja uno de los agentes.

—Creo que sí. Muy similar. Aunque hace mucho que estuve.

El vestíbulo estaba a oscuras. No había nadie en la sala de estar. Desde allí se veía la cocina, también vacía. La puerta del dormitorio principal estaba cerrada. Ben y uno de los agentes permanecieron alerta mientras el otro comprobaba la habitación de invitados. Regresó e informó de que no había nadie.

—A la de tres —susurró el primer agente, mientras colocaba la mano sobre el pomo de la puerta del dormitorio principal.

Oyeron el grito de una mujer.

—¡Tres! —bramó el agente abriendo la puerta.

Había un hombre de pie junto a la cama, mirando mientras otro estaba tumbado

en ella, o más exactamente encima de Marjorie, que trataba de liberarse bajo su peso. La habitación apestaba. El hedor de los moradores del Infierno.

El agente disparó dos veces contra el hombre que estaba de pie y lo abatió. El violador rodó por la cama con sus mugrientos pantalones enrollados en los tobillos. Cayó al suelo entre la cama y el armario. Ben se acercó a él. Notaba el peso de la pistola en la mano. El tipo, un gigantón de ceño fruncido, tenía sangre en los genitales. Comenzó a insultar a Ben. Marjorie estaba demasiado traumatizada para cubrirse siquiera. Ben la miró y vio que le corría sangre por los muslos.

Disparó al hombre en la frente y este dejó de insultarle.

Unos segundos después, Ben bajó el arma, colocó el seguro y tiró de la colcha para tapar a la sollozante mujer.

—Marjorie, soy Ben. Ben Wellington. Vamos a sacarte de aquí y te llevaremos a un lugar seguro.

—¿Puedo llevarme a mi perro? —preguntó.

Ben no se atrevió a tocarla, aunque le hubiera gustado darle una palmadita en la espalda para tranquilizarla, un gesto que le indicase a esa pobre mujer que en medio de tanta maldad todavía quedaba algo de bondad.

—Sí, por supuesto, puedes llevarte a tu perro.

Primero vertieron la cera derretida por la hendidura de cada uno de los moldes de caucho. Dejaron que la cera se endureciese y, cuando estuvo lista, la desmoldaron. Hicieron la mezcla del yeso y lo vertieron en el molde que envolvía la cera. Después metieron esos moldes en el horno, la cera se derritió y formó una cámara en el yeso. Fundieron acero en la forja y cuando adquirió una tonalidad naranja y se hizo líquido, lo vertieron en los moldes de yeso. Cuando el acero se solidificó, rompieron el yeso con un martillo y aparecieron las impecables piezas de acero.

Los AK-47 se fueron materializando pieza a pieza. Enfriaron con agua cada uno de los noventa componentes, provocando nubes de vapor. Algunas piezas eran grandes y pesadas, como la caja de mecanismos; otras pequeñas y ligeras, como el gatillo, y otras de una delicada precisión. Kyle inspeccionó cada una de las piezas con la mirada experta de años de oficio y cuando estuvieron lo bastante frías como para tocarlas, lijó cualquier rebaba o aspereza con las limas de William. Los cañones fueron directos al torno a pedal del herrero para estriarlos. Kyle rechazó las primeras tentativas e hizo varias modificaciones en el proceso de horadación hasta que los cañones tuvieron la torsión interna deseada.

Las piezas de cada uno de los treinta y dos rifles se dispusieron sobre unos tablones en el prado junto a la fragua para que Kyle y los demás pudiesen trabajar en un ambiente más fresco. Trevor y John colaboraron en el proceso de ensamblaje junto con una docena de soldados de las SAS que afirmaron ser especialmente mañosos en el montaje y desmontaje de armas de fuego. Uno de los hombres del comando C era un carpintero cualificado, de modo que él y un grupo de voluntarios de las SAS se encargaron de tallar las culatas, los guardamontes y los guardamanos con la madera seca apilada junto a la fragua.

La forja de las armas les había llevado un día entero. Kyle apenas había dormido una hora, pero en cuanto dio su visto bueno a todas las piezas de los rifles se puso manos a la obra con las balas.

—Pareces un zombi —le dijo John—. ¿Seguro que no quieres dar una cabezada de un par de horas?

—Si no hay balas no hay pum-pum —repuso Kyle, volviendo a entrar en el calor de la fragua.

Marsh se acercó a inspeccionar las piezas colocadas sobre uno de los tablones.

—¿Estáis seguros de que estas cosas van a disparar? —preguntó con agresividad.

—Si el químico consigue fabricar el iniciador, estas armas escupirán plomo. Mi hermano sabe lo que se trae entre manos —le aseguró John, señalando las finas piezas que formaban el gatillo—. Observa la calidad de estos acabados, y eso que ha trabajado en condiciones primarias. Es asombroso.

—Bueno, ya lo veremos, ¿verdad? —gruñó Marsh—. Pero no me sorprendería

que acabásemos teniendo que utilizar fusiles de chispa y ballestas. Fabricar rifles AK en una forja medieval. En mi opinión es un disparate.

En el interior de la fragua Kyle empezó a movilizar a William y sus trabajadores para fabricar la munición. Tenían que fundir en moldes los revestimientos de plomo y las caperuzas de los iniciadores. También tuvieron que preparar las prensas para compactarlas de modo que pudiesen fabricar miles de unidades en poco tiempo. Al poco rato la fragua escupía llamas, y el plomo, el latón y el acero fundidos fluían sin cesar.

En una esquina de la forja, lo bastante alejado del horno como para poder soportarlo, pero lo suficientemente cerca para poder acceder a los lingotes de acero como fuente de calor, Nightingale y sus ayudantes trabajaron toda la noche.

El químico había bajado al pueblo acompañado por Emily y unos cuantos guardaespaldas para ir en busca de recipientes de cristal. La señora Smith actuó de intermediaria y a cambio de unas monedas de cobre que William había sacado de las arcas de la fragua, los aldeanos le entregaron copas y vasos.

—No es lo más idóneo, pero nos apañaremos. Ojalá supiese soplar cristal. No lamento muchas cosas de mi vida, pero esta es una de ellas.

En la facultad, Emily había estudiado un único curso de química, pero eso fue suficiente para convertirse en la ayudante de Nightingale. Organizaron una improvisada mesa de trabajo y se pusieron manos a la obra con el primer paso: la producción de ácido nítrico.

La edad y la enfermedad de Nightingale parecieron desvanecerse mientras trabajaba sentado en su baqueta de madera ante su primitiva mesa de trabajo.

Se sentía feliz y ágil guiando a Emily.

—Vamos a fabricar *spiritus nitri*, como lo llamaban los antiguos. No podemos trabajar con medidas precisas, así que tendremos que confiar en el instinto. Allá vamos: unos cincuenta gramos de salitre, bien machacado en el mortero. Sí, métele en este crisol y lo mezclaremos con ciento cincuenta gramos de esta arcilla blanca, también llamada caolín. Mézclalo todo lo que puedas. Bien, muy bien. Y ahora lo llevamos al horno.

Nightingale le explicó que necesitaban una temperatura de unos mil grados centígrados y, a falta de termómetro para medirla, tendrían que calcular a ojo.

—Nuestros antepasados no disponían de termómetro y se las apañaban bien —dijo, mientras metía y sacaba el crisol del horno a pleno rendimiento con unas tenazas largas y observaba cómo iba cambiando el color—. ¡Este es el tono! Mira este maravilloso azul verdoso. Creo que hemos conseguido ácido nítrico de la pureza adecuada.

—Genial —aplaudió Emily—. Todavía lograrás hacer de mí una química.

—No tan rápido, jovencita. De momento solo estamos en el nivel de la alquimia. Ahora viene el siguiente paso. Utilizaremos lingotes calientes para calentar el agua y tendremos que cubrirnos la cara para protegernos de los vapores que emanarán.

¿Estás lista?

—A por el estifnato de plomo —dijo Emily, jovial.

Nightingale llamó a William.

—Amigo mío, estamos listos para el plomo.

La mañana siguiente amaneció como siempre en el Infierno, un progresivo resplandor que acababa adquiriendo una monótona tonalidad de un gris blanquecino. Los hombres de las SAS, acostumbrados a dormir en condiciones duras, encendieron fogatas y recalentaron la carne del ciervo que habían cazado el día anterior. John y Emily habían encontrado un rincón íntimo detrás de la fragua, una zona de hierba mullida donde extendieron una manta que les entregó uno de los trabajadores de William. Se despertaron al unísono. John la besó, se deseaban, pero no había tiempo para el amor.

Nightingale estaba cerca de la entrada de la fragua, envuelto en unas mantas que le había cedido la señora Smith de su propia cama. El pobre hombre estaba demasiado agotado y enfermo para levantarse. Cuando los demás se empezaron a poner en marcha, pasaban junto a él con cuidado para no molestarlo. Los cuatro capitanes encontraron a John y Emily junto al abrevadero.

—¿Se ha avanzado mucho esta noche? —les preguntó Yates.

John se echó agua en la cara antes de responder.

—Yo me fui a dormir hace unas horas y todavía seguían trabajando.

Marsh se dirigió hacia la puerta de la fragua.

—Estamos perdiendo el tiempo. Tenemos que empezar a desplegarlos hoy mismo, con los AK o sin ellos. Y en mi opinión va a ser sin ellos.

—Hombre de poca fe —masculló John.

En el interior, Trevor estaba sentado ante la mesa de trabajo, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Junto a él, Kyle manejaba la palanca de la prensa e iba sacando balas acabadas que amontonaba en un cubo. En el suelo había una decena de soldados de las SAS dormidos.

Kyle vio que entraba la delegación y despertó a Trevor.

—Empieza el espectáculo, señor Jones.

—Kyle, eres una puta máquina —dijo John—. Llevas dos días sin dormir.

—Eso no es nada —replicó su hermano—. Dos días sin beber, eso sí es impresionante.

—Queremos ver las armas y la munición —intervino Marsh—, no oír las historias de un alcohólico cojo.

John, enfurecido, se encaró con Marsh, entrechocando su pecho con el del capitán.

—¿Sabes?, creo que ha llegado el momento de que te patee el culo.

Los adormilados soldados de las SAS ya se habían puesto en pie y contemplaban la escena.

—Vamos allá —le retó Marsh—. Aquí y ahora.

Los otros capitanes intervinieron, separando a los dos hombres antes de que empezasen a volar los puñetazos.

—Por el amor de Dios, Alan, cálmate —le dijo Yates, apartándolo—. Jugamos todos en el mismo equipo.

—¿En el mismo equipo? —espetó Marsh—. Ni de coña.

Trevor cogió un objeto envuelto en un trapo. Le guiñó el ojo a John, pero se dirigió a Marsh:

—¿Quieres ver armas y munición, colega? Has venido al lugar adecuado.

Dicho esto, apartó el trapo y le mostró un rifle completamente montado, con la pálida madera de la culata y el guardamanos contrastando con el negro mate del acero de la caja de mecanismos y el cañón, y el hierro del alza y el punto de mira.

Kyle le pasó a Trevor un cargador de acero lleno de balas.

—Este alcohólico con una pata coja se siente orgulloso de presentar a los muchachos el modelo infernal oficial del AK-47, capaz de disparar de forma semiautomática y automática y completado con un cargador de treinta balas de 7,62 × 39 milímetros.

—Echémosle un vistazo —propuso John.

Trevor colocó el cargador y le ofreció el arma a John, que la sopesó y apuntó con ella.

—Todo parece correcto —aprobó, y se la pasó a Yates para que la inspeccionara.

El arma fue pasando de mano en mano hasta llegar a Marsh, que le echó un vistazo y sentenció:

—Lo único que me interesa es saber si hará bang cuando apriete el gatillo.

—Pues salgamos a comprobarlo —los animó Kyle, quitándosela de las manos.

William y los trabajadores de la fragua se unieron a los soldados que salían del edificio. En el exterior, John eligió un árbol a unos cincuenta metros y clavó en el tronco un pedazo de cuero con un cuchillo.

Todos los soldados se apelotonaron expectantes, esperando el inicio del espectáculo.

Kyle apuntó con el fusil.

—El armero es quien debe disparar el primer tiro, por si la caja de mecanismos le estalla en la cara —explicó.

—Dios mío, John, ¿esto es seguro? —preguntó Emily.

—Ten fe —repuso John—. Funcionará si el cebador de las balas funciona.

—El profesor estaba muy seguro de sí mismo.

En ese caso, será mejor que te tapes los oídos.

Kyle quitó el seguro, pegó la mejilla a la culata y apuntó mirando por el alza y el punto de mira. Su dedo apretó el gatillo.

Los pájaros alzaron el vuelo desde el bosque cercano cuando el estruendo resonó en el aire. El pedazo de cuero se movió un poco. Kyle sonrió y volvió a apretar el gatillo cinco veces más en una rápida sucesión. El cuero se onduló con cada impacto.

Nightingale se despertó con el primer disparo. Se puso en pie, se dirigió hacia Emily y le dijo de forma atropellada:

—¡Emily, los iniciadores han funcionado! ¡Han funcionado!

—Jamás dudé de ti, ni un solo instante —le aseguró ella, y lo felicitó plantándole un beso en la mejilla.

—Ahora vamos a probar el modo automático —gritó Kyle, elevando el tono por encima del zumbido de sus oídos—. No recomiendo utilizarlo porque no nos sobra la munición, pero vamos allá.

Movió el selector y volvió a apretar el gatillo. El rifle escupió las balas que quedaban en el cargador con un ruido ensordecedor. Cuando terminó, Kyle sacó el cargador, se aseguró de que no quedara ninguna bala en el rifle y gritó:

—¡Vaya escándalo! ¡Esta monada es atronadora!

William corrió hasta el árbol y volvió ondeando el desgarrado pedazo de cuero.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. ¡Esto se ha hecho en mi fragua! ¡En mi fragua!

Los soldados comenzaron a vitorear y gritar. John le apretó el brazo a Emily y se acercó a su hermano.

—Eres el puto amo —le dijo.

—¿Qué dices?

Se lo repitió a gritos:

—He dicho que eres el puto amo. Un puto amo sordo.

—Hay tres cosas que hago muy bien —replicó Kyle con lágrimas en los ojos—. Fabricar armas de fuego, beber y joder mis relaciones.

—Ven aquí —le pidió John, que le dio un abrazo de oso.

Marsh y los otros capitanes se acercaron para echar un vistazo al todavía ardiente rifle, que apestaba a pólvora.

—Supongo que te debo una disculpa —le dijo Marsh a Kyle—. Un trabajo de puta madre, si todos funcionan igual de bien.

—Disculpas aceptadas. Todos funcionarán. ¿Es posible que se encasquillen más que si los hubiéramos fabricado de la manera habitual? Es probable. Pero estamos en una situación Turtledove.

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán Gatti.

—Harry Turtledove es uno de mis escritores favoritos —explicó Kyle—. Escribió un libro titulado *Rifles del sur*, en el que unos racistas utilizan una máquina del tiempo para llevar una partida de AK-47 a la época de la Guerra Civil. Eso es todo lo que necesitan los confederados para darle la vuelta a la guerra y vencer al ejército federal. Lee gana y Grant pierde. Historia alternativa.

—Esta vez estamos escribiendo la historia —aseguró John—. ¿Qué te parece si lo recogemos todo y nos ponemos en marcha?

—Una pequeña baratija más que nos ayudará a movernos en la dirección correcta —añadió Kyle, metiéndose la mano en el bolsillo. Sacó cinco brújulas de latón y las repartió entre John y los capitanes—. Anoche, mientras fabricábamos las cápsulas

iniciadoras de las balas, le pedí a William que hiciese esto.

—¿Cómo has magnetizado las agujas? —preguntó el capitán Greene.

—Fácil. Las he frotado contra los mapas de seda. Un viejo truco de *boy scout*.

Marsh le ofreció la mano.

—Te vamos a nombrar miembro honorario del Escuadrón A. Si alguno de nosotros sale vivo de aquí.

Los capitanes organizaron una ronda de tiros para probar los rifles. Todos funcionaron a la perfección excepto tres, que solo necesitaron un pequeño ajuste y un pulido por parte de Kyle para estar operativos. Llenaron todos los cargadores de balas y dividieron la munición sobrante en cuatro zurrónes. Se repartieron ocho rifles y un zurrón a cada comando.

Kyle volvió a la fragua y salió con tres rifles más bajo el brazo. Le dio uno a John, otro a Trevor y él se quedó el tercero.

—Como me sobraba un poco de tiempo —explicó—, he fabricado algunos de más.

John le estrechó la mano.

—Gracias, tío —exclamó Trevor—. Esto es alucinante.

—Emily, disculpa que no haya uno para ti. Me temo que voy a quedar como un cerdo sexista.

—No pasa nada —respondió Emily con una sonrisa—. No quiero llevar un arma.

Mientras enrollaban la manta con la que habían dormido, Emily se acercó a John.

—No podemos llevarnos con nosotros a Ted, lo sabes, ¿verdad? No sobreviviría.

—El plan era llevarlo de vuelta a Leatherhead e intentar enviarlo de regreso a la Tierra.

—Dudo que sobreviva siquiera a eso. Apenas puede sostener la cabeza erguida. El viaje lo matará.

John observó un rato al químico, que permanecía sentado, apoyado contra un tronco, con aspecto frágil y aturdido.

—¿Qué sugieres?

—Eso.

Emily señaló a la señora Smith, que subía por el sendero desde la aldea con una pequeña cesta de comida para Nightingale. Llegó hasta él y al instante entablaron una conversación; ella se sentó a su lado y logró que masticase un poco de pan.

—¿Crees que lo aceptará?

—Ya ha hecho su trabajo. Está enfermo y agotado. Creo que sí.

Emily estaba en lo cierto. Nightingale admitió que se había despertado angustiado ante la perspectiva de tener que viajar a lomos de un caballo o a hombros de Alce. Pero como el caballero que era, anunció en presencia de la señora Smith que no osaría abusar de su hospitalidad.

—Bueno —respondió la mujer con una sonrisa—, yo estaría encantada de aceptar al señor Nightingale como huésped. Llevo mucho tiempo sola y me encantaría tener

compañía. Conmigo estará sano y salvo.

Emily besó en la mejilla al químico.

—Ted, eres un héroe. No he conocido a un hombre más valiente en toda mi vida.

—¿Lo dices en serio? —Sus mejillas, la única parte de su cuerpo que no estaba amarillenta por la ictericia, adquirieron una tonalidad rosada.

—Yo opino lo mismo —intervino John—. Los soldados se exponen al peligro después de mucho entrenamiento y mentalización. A ti te pedimos que te unieses a la misión sin previo aviso y no dudaste en aceptar. Eres muy grande.

—Muy grande —repitió Nightingale, vocalizando esa expresión americana—. Qué bien.

Alce se encargó de bajarlo a la aldea. El fornido soldado cargó al químico en sus brazos.

—Aguanta —le pidió John—. Volveremos a buscarte. No puedo decir cuándo con exactitud, pero volveremos. —Miró a la señora Smith y meneó un dedo admonitorio ante el profesor—: Y no hagas nada que yo no haría.

El Escuadrón A estaba listo para partir.

John le dio las gracias a William por su ayuda.

—No me las des a mí, John que no eres de este mundo —replicó—. Dáselas al rey Enrique VIII. ¿Vas a ver a su majestad?

—No de manera inmediata, pero me aseguraré de que sepa lo mucho que nos has ayudado. Si no volvemos a vernos, sigue utilizando este hierro escandinavo de primera.

El plan era simple. Avanzaron en grupo hacia el río. Una vez allí, el comando C de Gatti se separaría del resto y utilizaría los dos botes de remos que habían escondido para trasladar los rifles y la munición a la otra orilla, y después marcharía de vuelta a Leatherhead por donde habían venido.

El resto se dirigirían hacia el este a pie hasta que dieran con alguna barca que pudiesen requisar. Navegarían río abajo hasta Dartford, desde donde el grupo de Greene se dirigiría al norte, hasta Upminster, y los hombres de Marsh, acompañados por Trevor, irían en dirección sur a Sevenoaks, donde intentarían rastrear la pista de los alumnos extraviados de Belmeade. Los hombres de Yeats, junto con John, Emily y Kyle, se acercarían a Dartford en busca de los científicos del MAAC y los altos mandos desaparecidos. Y desde allí, John y Emily se encaminarían hacia el este en busca de algún punto desde el que poder cruzar el canal.

—Hemos empezado bien —le dijo John a Emily mientras avanzaban por el prado.

—Mejor de lo esperado.

—Pero tenemos que ser sinceros con nosotros mismos. Esta misión es demasiado ambiciosa. Siempre lo hemos sabido. Es imposible que logremos salvarlos a todos: a la gente del MAAC, a los chicos y a los civiles de todos los puntos calientes.

—Lo sé —admitió ella—. Por duro que suene, tenemos que mantener toda nuestra atención en el premio gordo.

—Paul.

—Incluso aunque uno de nosotros, o los dos, tengamos que sacrificarnos en el intento.

El río apareció ante sus ojos y John la tomó de la mano.

—Día tras días te estás transformado en una guerrera, ¿lo sabías?

Todos lo miraban indignados, pero Trotter se mantenía firme.

—Decidme qué otra opción tenía —los retó.

Los llegados de la Tierra se habían reunido en el salón de banquetes transformado en dormitorio. Estaban enojados y asustados. Las mujeres lloraban.

George Lawrence, que había perdido bastante peso y se pasaba el día envuelto en una manta para no pasar frío, fue el primero en hablar.

—Desde luego, yo no me habría convertido en el proxeneta de Suffolk.

—¡Cómo te atreves! —se enfureció Trotter—. Como vuestro representante, he tenido que tomar decisiones muy duras para salvar vidas.

—Un representante que se ha nombrado a sí mismo y que vive al margen de los demás, como un privilegiado —le recordó uno de los científicos.

—¿Y qué pasa con la vida de Brenda? —preguntó Chris Cowles. Estaba sentada en su catre, abrazada a una temblorosa Kelly Jenkins.

—Su suicidio es una tragedia —aseguró Trotter—. Se metió en esto sabiendo lo que hacía. Ninguno de nosotros ha tenido mucha elección. Somos prisioneros y nuestros captores, al menos algunos de ellos, son animales.

Trotter había sembrado las semillas de la muerte de Brenda Mitchell. Había sido ella quien se anudó la sábana alrededor del cuello, pero podría haberlo hecho él y después darle una patada al taburete sobre el que se colocó. Puede que no estuviese orgulloso de eso, pero sí lo estaba de su destreza para jugar al ajedrez con seres humanos. Había inmolado a Brenda como quien sacrifica un caballo para preparar un jaque mate. Había participado en trabajos sucios del MI6 tan recientes como el chapucero asesinato de Giles Farmer y nada de eso le quitaba el sueño.

—Actuaremos del siguiente modo —le había sugerido Trotter a Suffolk—. Amenazaremos con matar a los agentes de seguridad de nuestro grupo si Brenda no acepta acostarse con usted. Haremos que sea ella quien tome la decisión. Jugaremos con su altruismo.

—¿Y si se niega? —preguntó Suffolk.

—Entonces los colgamos y amenazamos con matar a una de sus amigas. Yo sugiero que sea Chris, la mujer de más edad.

—¿Esos agentes de seguridad no son tus hombres? —insistió Suffolk con una sonrisa cómplice.

—Pertenece al MI5. Es una agencia distinta. Apenas los conozco.

Trotter había utilizado a Smithwick para su gambito, empujándola hacia una de las esquinas del dormitorio.

—No puedes estar hablando en serio —le había dicho ella.

—Karen, yo solo soy el mensajero —replicó él con tono serio—. Suffolk se me acercó y me dijo que quería que le llevaran a Brenda a sus aposentos. Cuando le dije

que no podía ser, me amenazó. No sé qué hacer. Tienes que hablar con ella.

—Apenas la conozco. Chris es la que ha intimado más con ella.

—Entonces habla con Chris. Suffolk me ha dicho que colgará a los agentes del MI5 si ella no acepta.

La conversación con Brenda no fue bien. Su reacción fue entrar en un estado casi catatónico, se negaba a apartarse de su catre y apenas comía. Dos días después ordenaron al grupo que mirase por los ventanales el patio. Todos, excepto Brenda, contemplaron horrorizados cómo colgaban a los agentes de tres horcas.

Esa noche Trotter informó a Smithwick de que Suffolk había elevado la apuesta. Colgaría a Chris por la mañana.

Trotter contempló desde la distancia cómo Smithwick se sentaba junto a Brenda y le susurraba las malas noticias. La joven no dijo nada, pero una hora después, mientras Chris estaba en la letrina, se levantó de la cama, se dirigió a la puerta y les pidió a los guardias que la llevasen a los aposentos del duque de Suffolk. Cuando Chris regresó y se enteró de lo que había hecho, se puso histérica.

Todo se mantuvo tranquilo durante un día, hasta que Cromwell apareció en los aposentos de Trotter interrumpiendo su cena a base de carne de caza.

—Cromwell —saludó, un poco ebrio—. Venga y únase a mí. Creo que es conejo, o al menos eso espero.

—La joven que se convirtió en la puta de Suffolk se ha ahorcado.

—¿Qué? ¿En serio?

—Pues sí. Suffolk está rabioso. Ha perdido a su concubina. Yo estoy rabioso. He perdido a una científica. He visto muy pocos progresos para descifrar los textos.

Trotter bebió un sorbo de vino.

—Es lo mejor que podría haber pasado.

—¿Por qué?

—Han estado jugando también conmigo. Creo que están todos metidos en el ajo. Campbell Bates y los demás. Pasan más tiempo hablando de cómo escapar que trabajando. Tienen la mentalidad de que no hay que ayudar al enemigo ni convertirse en su cómplice, y está claro que ustedes son el enemigo.

Cromwell alzó las cejas de forma exagerada.

—Fuiste tú quién orquestó las amenazas y las medidas represivas que hemos puesto en marcha contra tu gente.

—Así es. Es una pena que se haya suicidado, pero en cierto modo puede sernos útil. Ya están todos muy asustados. Esto incrementará su angustia. Ahora es el momento de apostar fuerte. Amenazarlos de manera directa. Decirles que ha llegado el momento de construir un alto horno. Por lo visto, eso es lo primero que hay que hacer para poder hacer todo lo demás, o al menos eso me han dicho ellos. Hacerles saber que si no se ponen en marcha, o si alguno de ellos opta por la salida de Brenda, los mataréis a todos.

Cromwell meneó la cabeza, pasmado ante las retorcidas tácticas de Trotter.

—No. Tú hablarás con ellos. Cuando acabes de cenar, por supuesto. No quiero interrumpirte. Tal vez podrías decirles que el próximo en morir serás tú.

—¡Ja! Esta sí que es buena. Eso tendría el efecto contrario. Se alegrarían de que eso sucediese.

—Creo, señor Trotter —añadió Cromwell antes de marcharse—, que un día llegarás aquí para quedarte para siempre.

—Tal vez. En ese caso, quizá encuentre un puesto trabajando para usted.

Ahora, ante su gente, Trotter siguió representando el papel de víctima.

—Vivo separado de vosotros solo porque Cromwell y los de su índole no entienden ni respetan los principios igualitarios. Para que yo pueda representar los intereses colectivos es necesario que me vean como el líder del grupo. Y eso significa escenificar ciertos privilegios, que abandonarían gustoso si diésemos con otra estrategia más eficaz.

Leroy Bitterman negó con la cabeza de forma vehemente.

—Hay que reconocer, Tony, que eres un maestro repartiendo la mierda.

—Estoy de acuerdo —se sumó Smithwick—. Cuando volvamos a Londres, si es que volvemos, y me refiero al auténtico Londres, te denunciaré públicamente por ser nuestro Quisling, o lo que es lo mismo, un traidor y colaboracionista.

—Escuchaos —suplicó Trotter, alzando la voz—. No entendéis el juego de la supervivencia. Quizá el suicidio de Brenda sea la llamada de atención que necesitabais. Nuestros enemigos tienen todas las cartas de la baraja. Son asesinos. Son despiadados. El único motivo por el que seguimos bajo techo y alimentados es porque les resultamos potencialmente útiles. No entienden que unos brillantes científicos capaces de construir supercolisionadores no sepan construir un alto horno. Quieren resultados.

—He intentado explicar las dificultades —intervino Campbell Bates—, pero...

—Pero Cromwell no quiere oír excusas —le cortó Trotter, acabando la frase por él—. No se fía de nosotros. Cree que le estamos dando largas. Debo decirlo lo que me dijo al informarme del suicidio de Brenda. Se le ha acabado la paciencia. Quiere muestras tangibles de nuestros progresos. Está organizando un viaje hasta una de las fraguas reales, donde espera que expongamos nuestras ideas para convertir en realidad el alto horno del libro. Si no cooperamos de forma total y productiva, ejecutará a uno de nosotros.

Se hizo un silencio en el salón. Trotter optó por no romperlo, sino dejar que se prolongase como un exquisito dolor.

—¿A quién? ¿Ha dicho a quién? —La pregunta llegó de Stuart Binford. Para alguien que se ganaba la vida siendo locuaz, el relaciones públicas se había convertido en una de las personas más reservadas del grupo. No formaba parte del grupo de las personalidades ni tampoco del de los científicos. Parecía intentar pasar lo más desapercibido posible, temeroso de su irrelevancia.

—Tú no eres el elegido —respondió Trotter—. Me temo que eres tú, Chris.

—¿Por qué yo? —gritó ella—. ¿Por qué matarme a mí?

—Este Cromwell es muy astuto. Creo que se ha percatado de tu popularidad. Además, eres mujer, con lo que es probable que piense, con razón, que nos mostraremos ferozmente protectores.

—En ese caso solo tenemos una salida —intervino Bates, calzándose—. Tenemos que construirle ese maldito horno.

—¿Vas a hablar con ella? —preguntó Boris.

Estaban en el interior de lo que los moradores del Infierno llamaban la cabaña del chico, aunque en realidad no era una cabaña. Tenía cuatro paredes y una chimenea, pero no había ventanas. La puerta era robusta y se cerraba desde el exterior para que los chavales no pudieran escapar durante la noche. El agujereado techo no protegía de la lluvia. Sus camas no eran más que un montón de paja embutida en un saco de arpillera. Los cubiertos y los cuencos eran de tosca madera tallada. Las mantas eran lo único que tenía cierta calidad en los acabados. Si algo no faltaba en una granja de ovejas era lana.

—¿Y qué le digo? —preguntó Angus, echando a un lado su cuenco de gachas.

—Dile que no queremos seguir siendo sus esclavos —propuso Boris—. Mira mis manos. Las tengo en carne viva.

—Dile que estamos hartos de sus ovejas —terció Glynn.

Angus le lanzó una de sus miradas *e tu, Brute*, reservadas para las situaciones en las que incluso su mejor amigo parecía volverse contra él.

—Como si ella fuera a escucharme...

—Bueno, desde luego a mí sí que no me escucha —intervino Danny—. Lo único que consigo es que me diga «chinito, saca la mierda con la pala».

—Conmigo es agradable —reconoció Harry, chupeteando su cuchara de madera.

—Eso es porque no entiende una palabra de lo que le dices —le soltó Stuart—. Agujeros de gusano, universos paralelos...

—No es ninguna tontería —se ofendió el muchacho.

—Escucha, Harry —Kevin lo señaló con un dedo acusador—, mientras nosotros trabajamos como unos putos esclavos, tú te quedas en la cabaña sentado junto a la chimenea contándole a ella tus historias.

—Le gusta saber cosas sobre los tiempos modernos. Creo que es muy inteligente.

—Entonces quizá debería ser Harry quien hablara con ella en lugar de Angus. Tal vez él pueda persuadirla.

—Harry delegado, Harry delegado —machacó Nigel como un sonsonete, mofándose de la autoridad de Angus.

Pero el líder natural no estaba dispuesto a pasarlo por alto. Se abalanzó sobre Nigel y empezó a arrearle hasta que Danny y Boris los separaron.

Nigel escupió un poco de sangre mientras Angus se apartaba con paso airado.

—Si empezamos a pelearnos entre nosotros —protestó Andrew—, entonces es que no somos mejores que ellos. Debemos ser mejores. Ellos son malvados. Todos han hecho cosas horribles. Nosotros no. Al menos no todavía.

Angus clavó la mirada en el suelo, como si buscara las palabras adecuadas entre los tablones del suelo.

—Nigel, siento haberte pegado.

—No, no lo sientes.

—Cállate, Nigel —intervino Glynn—. Está intentado disculparse y tú te comportas como un mierda, como siempre.

El comentario provocó una mirada de agradecimiento de Angus.

—Iré a hablar con ella para pedirle que nos deje marchar, ¿de acuerdo?

—Yo lo único que quiero es volver a casa —dijo Andrew, sonándose con un trapo sucio.

—Yo también —reconoció Angus, y salió por la puerta.

Ardmore estaba bebiendo cerveza sentado en la hierba frente a la cabaña que compartía con Bess.

—Todavía no he tocado la campana para que vengáis a trabajar. ¿Qué quieres?

—Hablar con Bess.

—¿Por qué?

—Quiero darle un mensaje de parte de todos los chicos.

—¿En serio? —sonrió Ardmore, mostrando su dentadura amarillenta. Y gritó—: Bess, Angus te trae un mensaje de los chiquillos.

Bess salió, vestida como siempre, toda de negro. Nunca sonreía delante de Angus ni de ninguno de los chicos. Excepto con Harry. Si todavía le quedaba algún atisbo de ternura en su alma, algún resquicio de candor infantil, jamás lo mostraba. Hacía poco le había comentado a Ardmore que los chavales solo eran para ella mano de obra. No eran tan productivos como los otros trabajadores, pero tampoco comían tanto.

—Ese canijo de Harry apenas trabaja —se había quejado Ardmore.

—Con él hago una excepción —respondió Bess—. Es el chico que me cuenta historias.

Bess frunció el ceño al ver a Angus y le preguntó por qué la molestaba durante su descanso.

Angus se aclaró la garganta.

—Consideramos que nos haces trabajar demasiado —empezó—. Consideramos que...

Ardmore le hizo callar y retroceder cuando se le acercó con el brazo en alto para arrearle una bofetada.

—¡Canijo de mierda!

—Déjalo —le pidió Bess—. Escucharé sus quejas. ¿Qué es lo que consideras, Angus?

—No soy solo yo, somos todos. Somos estudiantes. No estamos acostumbrados a

pelear con ovejas para tumbarlas y esquilarlas. No estamos acostumbrados a limpiar corrales. Queremos volver a Sevenoaks e intentar regresar a casa.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo pensáis llegar hasta allí? ¿Con uno de esos vehículos con motor de los que Harry me ha hablado? ¿O quizá con una de esas máquinas aladas que transportan a la gente por cielo? Si no disponéis de ninguna de esas cosas, supongo que pensaréis recorrer todo el camino andando, esquivando a forajidos y vagabundos a todas horas. O quizá no logréis esquivarlos. Es posible que acabéis convertidos en alimento para los caníbales. ¿Queréis acabar convertidos en comida para los caníbales, Angus? ¿Es eso lo que deseáis?

—No, por supuesto que no. Confiábamos en que nos podrías acompañar tú en el próximo viaje que hagas a Londres para vender la lana.

—Muchacho, para eso todavía falta mucho —repuso ella con tono enojado—, y cuando hagamos ese viaje vosotros no nos acompañaréis. Tenéis que afrontar la realidad. Pura y simple. No vais a volver a casa a través de uno de vuestros milagrosos agujeros de gusano. Os vais a quedar aquí, tal vez no para siempre como nosotros, pero sí mientras os quede vida en vuestros cuerpos. Trabajaréis para mí. Cumpliréis mis órdenes. Ardmore, toca la campana, y adelante, ahora tienes mi permiso para darle una bofetada en su miserable carita de niño.

La delegación llegó a Richmond en una de las barcas reales. Uno de los trabajadores de la fragua de William divisó la bandera antes de que la nave atracase y corrió a avisar a su jefe. El herrero tuvo tiempo de limpiarse la cara antes de que llegase el monarca.

Pero no fue al rey Enrique a quien encontró ante su puerta, sino a Thomas Cromwell, al duque de Suffolk, a un contingente de soldados y a un puñado de perplejos desconocidos procedentes de la Tierra que contemplaban la chimenea y el humo que expulsaba.

—Señor Cromwell —saludó William con una ostentosa reverencia—. Cuando me avisaron de que llegaba la barcaza, pensaba que era el rey que veía a inspeccionar nuestro último trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó Cromwell.

—Los rifles modernos que le encargó fabricar a John Camp.

—¿Este hombre ha dicho John Camp? —le preguntó Campbell Bates a Trotter.

—Dios mío, creo que sí —respondió Trotter.

—¿De qué estás hablando? —Cromwell interrogó a William—. ¿John Camp ha estado aquí?

—Así es —respondió el herrero, desconcertado por la confusión.

—¿Cuándo?

—Se marchó no hace ni dos días y llegó aquí con una carta escrita por el rey de su puño y letra. ¿No estabais al corriente?

—¡No, no lo estaba! —vociferó Cromwell—. ¿Quién lo acompañaba?

—Todos eran de la Tierra. Estaban la señorita Loughy, el señor Kyle, el señor Jones, el señor Nightingale y un montón de soldados.

—¿Qué tipo de soldados? ¿Cuántos? —preguntó Cromwell, incapaz de bajar la voz.

—¿Qué tipo de soldados? —repitió William, acariciándose el mentón—. Diría que ingleses, pero modernos, y como los demás del grupo, vivos. En cuanto al número, bueno, había tres veintenas.

Trotter se acercó a Cromwell y le preguntó a William:

—¿Esos soldados le dieron alguna información? ¿Le dijeron si eran del Ejército Británico?

—Dijeron algo que yo no entendí. ¿Qué era? ¿SAS? Sí, eso es lo que dijeron.

Bates se lo repitió en un susurro a David Laurent, que a su vez se lo comentó a Henry Quint, que se lo dijo a Leroy Bitterman.

—Las SAS están aquí. Nos van a rescatar.

—Háblame de estos rifles modernos que has mencionado —pidió Cromwell.

—Son armas de aspecto temible. Cada una se carga con unas treinta balas de plomo y pólvora, lo llaman munición, y las escupe muy rápido, sin necesidad de recargar. El señor Kyle llamaba a esos rifles AK no sé qué más.

—¿AK-47? —preguntó Trotter.

—Sí, eso.

—Dios mío —murmuró Trotter—. Han hecho una jugada brillante.

—¿Adónde ha ido John Camp con esos soldados? —preguntó Suffolk.

—Supongo que fueron a entregarle las armas al rey. ¿Dónde está el rey? ¿Está esperando en la barcaza?

—No está aquí —respondió Cromwell con aspereza—. Piensa, hombre, ¿no hicieron ningún comentario sobre adónde se dirigían?

William le dio varias vueltas a la cuestión antes de decir algo.

—Oí a uno de los soldados, el capitán del bigote, mencionar Leatherhead.

—Leatherhead —repitió Cromwell muy excitado—. Es uno de los pueblos desde donde la gente está cruzando hacia la Tierra. Suffolk, debes reunir un batallón con un cañón y dirigirte hacia allí. Encuentra a John Camp, mávalo si es necesario, pero si logras apresarlos, tráemelos a Whitehall.

A Suffolk le irritaba recibir órdenes de Cromwell, pero obedeció.

El regente en funciones se volvió hacia William.

—Estas temibles armas nuevas de las que me has hablado, ¿las puedes fabricar para mí?

—Imposible, señor Cromwell. El señor Kyle lanzó los moldes de caucho al fuego y John Camp aplastó los de yeso.

Cromwell, furioso, agarró al capitán de su guardia por la manga y se lo llevó lejos de los demás.

Eso dejó espacio para que Trotter se acercase a William.

—Me llamo Anthony Trotter —se presentó—. Soy el líder de esta gente. Nos están reteniendo en contra de nuestra voluntad.

—¿En estos momentos? —preguntó William.

—Por supuesto. Sin duda han enviado aquí a John Camp y a los soldados de las SAS para localizarnos y llevarnos de vuelta a casa. ¿Mencionaron mi nombre?

—¿Ha dicho que se llama Trotter?

—Sí, Anthony Trotter.

—No recuerdo que nadie lo mencionase.

—Bueno, ¿mencionaron algún otro nombre? ¿Smithwick? ¿Lawrence? ¿Bates? ¿Bitterman?

William negó con la cabeza.

—¿Preguntaron dónde podían estar retenidos los prisioneros? ¿Hablaron en algún momento de planes de rescate?

—Conmigo no.

Con el rostro ya enrojecido, Trotter pretendía seguir haciendo preguntas, pero Cromwell regresó. El capitán salió corriendo colina abajo en dirección a la barcaza.

—Vamos a intentar encontrar a John Camp y sus pérfidos compinches antes de que puedan hacerle daño al rey —gruñó el mariscal—. Están preparando la barcaza para mi partida. Yo me marchó, pero dejaré aquí contigo a estos prisioneros y un destacamento de soldados. La mayoría de los prisioneros son hombres de ciencia. Bueno, este no —dijo, señalando a Trotter—, pero ha pedido quedarse y se lo he concedido. Los científicos han traído un libro y unos planos para construir un alto horno, mucho más grande y potente que esta fragua. Quiero que empecéis a trabajar en su construcción de forma inmediata. Una vez construido, fabricaremos un acero excelente con el hierro de Britania y no tendremos que mandar a nuestros barcos a Escandinavia. Con ese acero crearemos máquinas de guerra que utilizarán la fuerza del vapor. Tendremos la capacidad de repeler a todos los invasores. Conquistaremos toda Europa. Trabaja rápido, William. Si los científicos bajan el ritmo, actúan con negligencia o se muestran perezosos, puedes arrojar a este, al señor Trotter, al fuego más vivo.

Encontrar una embarcación no fue un problema. Una rápida avanzadilla del comando D localizó una inestable barca de vela de gran tamaño varios kilómetros río abajo de Richmond, atracada en un muelle flotante. Los suburbios de Londres llegaban hasta esta zona y había demasiada gente como para conseguir llevarse el barco sin atraer la atención y provocar una pelea, de modo que optaron por permanecer ocultos entre la hierba alta hasta que cayó la noche. Entonces, el capitán Greene hizo avanzar a sus hombres hasta el río y llevó a cabo un sigiloso asalto. Una luz fue la señal para los demás de que no había moros en la costa. Cuando subieron a bordo, John esperaba toparse con una pila de cuerpos masacrados, pero en lugar de eso, habían atado a los pescadores a unos barriles llenos de pescado y los habían amordazado, sin derramar una gota de sangre.

—¿Os apetece un poco de sushi? —preguntó Greene mientras mordía un pedazo de besugo crudo.

Al llegar a la altura de Dartford, el grupo de Greene desembarcó en la orilla norte del Támesis y con un escueto «buena suerte y buena caza» iniciaron la marcha a paso ligero hacia Upminster. Los demás vararon la barca en la orilla sur, les dieron a los aterrorizados pescadores un poco de agua y los abandonaron allí atados para que los encontrara algún transeúnte.

—Esto es un adiós momentáneo —aseguró Trevor, preparándose para partir con el comando A hacia Sevenoaks. Se cargó el AK-47 al hombro con un trozo de cuerda.

—Intenta encontrar a los chicos —le pidió John aparte—, pero no hagas ninguna locura. Voy a necesitar un padrino para mi boda.

—Supongo que Emily todavía no sabe nada, ¿verdad, jefe?

—Lo estoy reservando para cuando regresemos. No quiero gafarlo.

—Das por hecho que va a aceptar.

—¿No es eso lo que hace cualquier narcisista? En serio, Trev, no te dejes matar. Pégate a Marsh. Es un gilipollas, pero el tipo de gilipollas que además es buen soldado. Cuando llegue el momento de volver a casa, enviaremos a alguien a avisaros. Y si la cosa se pone demasiado fea, si crees que estás en peligro, lárgate. Mete el culo en el punto caliente y vuelve a casa.

Después de que Trevor y el comando A partiesen, John y Emily se prepararon para despedirse de Kyle y el comando D.

—Tengo que decirte una cosa, John —anunció Kyle—, no voy a ir con ellos.

—Joder, este es el plan que aceptaste. Ahora no puedes cambiarlo.

—Puedo y lo he hecho —replicó Kyle—. En cualquier caso, hablé sobre esto anoche con Emily y ella me dijo que le parecía bien.

—Muchas gracias —masculló John dirigiéndose a ella con un punto de sarcasmo.

—Esto es cosa vuestra, muchachos. —Emily se lavó las manos—. A mí dejadme

al margen, pero si Kyle quiere venir con nosotros, yo no tengo ningún problema.

—Dime por qué no quieres que vaya con vosotros —preguntó Kyle.

—Va a ser una misión impredecible —le explicó John—. Y un viaje muy duro. Nos tendremos que mover muy rápido.

—Esto traducido al cristiano quiere decir que no crees que un tipo en baja forma con una rodilla jodida pueda mantener vuestro ritmo.

—Para el carro, Kyle. Tampoco quería que viniese Emily, pero me convenció de que quizá fuera la única capaz de hacer entrar en razón a Loomis para que coopere.

Kyle contuvo las lágrimas. Apartó la mirada unos instantes, antes de poder seguir hablando.

—Toda mi vida he vivido bajo tu maldita sombra. He tenido tanto miedo de esa sombra, que casi sentía miedo de mí mismo. Estos últimos días... estos últimos días he ganado un montón de confianza en mí mismo, y ¿sabes qué? Sienta de maravilla. Quiero más, John, y tú no me vas a impedir que la consiga. Voy contigo. Además, si tu AK se encasquilla, probablemente soy la única persona de los alrededores capaz de arreglarla.

John negó con la cabeza varias veces y sonrió.

—Sí, supongo que es así. Es difícil encontrar buenos armeros en el Infierno, o al menos eso me han dicho.

John oyó a sus espaldas la voz de Emily pronunciando su nombre.

—Lo sé, lo sé. Soy un buen tío —dijo.

—Sin duda lo eres, pero no se trata de esto. Mira.

Emily señalaba río abajo, donde la punta de un mástil asomaba por encima de la masa de arbustos y árboles.

Yates también lo vio. Ordenó con gestos a los miembros de su comando que se dividiesen en tres grupos e indicó a los tres civiles que se unieran a él en el pelotón central, mientras los otros dos ocupaban los flancos, todos con los rifles preparados. Precavidos, se escondieron entre el follaje, se adentraron en el bosque haciendo el menor ruido posible y ascendieron por una colina arbolada de suave pendiente hasta llegar a la cima.

Yates fue el primero en tener una vista clara del río que se extendía a sus pies.

—Dios mío —susurró.

Los demás llegaron a la cima y se colocaron a su lado.

John dejó escapar un sonoro suspiro.

—Esto es un mal asunto, mucho peor de lo que nos esperábamos.

Lo que vieron fue una multitud inacabable, cientos de personas que se dirigían hacia la aldea de Dartford, aquel reducido grupo de chozas que John y Emily conocían muy bien. Desde su privilegiado punto de observación, el pequeño pueblo parecía vacía. No salía humo de ninguna de las chimeneas. Pero se acercaban riadas de gente desde todas las direcciones. Los que llegaban desde el norte debían cruzar el río. Un grupo de pequeñas barcas de remos proporcionaban una especie de servicio

de ferry. Los que venían por tierra desde el resto de las direcciones lo hacían en su mayoría caminando, pero algunos iban a lomos de caballos o en carros. Entre los campesinos se veían también algunos soldados del rey, identificables por sus uniformes y estandartes. Caminaban de forma pausada, atentos y prudentes; no se trataba de una carrera precipitada, y el resultado era la formación de un perímetro de moradores del Infierno alrededor de la aldea. Mientras los visitantes de la Tierra contemplaban la escena desde su atalaya, unos cuantos recién llegados dieron unos vacilantes pasos hacia delante y desaparecieron.

—Estamos viendo un punto caliente en pleno funcionamiento —murmuró Emily—. Tiemblo solo de pensar en lo que estará sucediendo al otro lado.

Yates lanzó un tenue silbido.

—No creo que tengamos munición suficiente —se lamentó.

—Las SAS se han ganado una reputación gracias a su capacidad para improvisar —adujo John.

—Entonces improvisaremos —decidió Yates.

—No creo que vayamos a encontrar a los desaparecidos del MAAC entre esta multitud —dijo Emily.

—Eso lo vamos a tener que dejar en manos del capitán, porque nosotros tenemos que ponernos en marcha —decidió John.

—¿Qué crees que es ese barco? —le preguntó Kyle.

Se trataba de una nave de grandes dimensiones, con cuatro mástiles y puente de mando elevado, fondeado en la parte más profunda del río a esa altura. Estaban bajando un bote de remos desde uno de sus costados.

—Es un barco de guerra —respondió John—. Un galeón, pero no creo que sea inglés. Mirad la bandera.

—Dios mío —se alarmó Emily—. Creo que son los colores de la francesa.

—¿Una invasión? —preguntó Yates.

—Está solo, de manera que lo dudo —reflexionó John—. Creo que puede ser una señal de algo más grave. Los rumores sobre los puntos calientes se han extendido por todo el continente. Esta es la mala noticia.

—¿Y la buena? —quiso saber Kyle.

—Puede que acabemos de encontrar nuestro medio de transporte hasta Francia —añadió Emily.

La operación requería la protección de la oscuridad y había que llevarla a cabo en absoluto silencio. Aunque era duro pasarse un día más a la espera, la perspectiva de capitanear un galeón francés resultaba demasiado tentadora. John lo planificó todo con Yates y su sargento, O'Malley, un tipo con un cerrado acento de Belfast. Si la tripulación al completo abandonaba el barco para emigrar a la Tierra, el galeón les serviría de poco y la espera habría sido en vano. Pero si la tripulación seguía a bordo,

tendrían que someterlos y obligarlos a que les ayudaran a cruzar el canal. El modo más seguro de conseguirlo era abordar la nave con el comando A al completo y tomar el control. Pero mantener a raya a una docena de tripulantes durante la travesía hasta Francia requeriría algo más de fuerza coercitiva de la que podían aportar John, Kyle y Emily, aunque fuesen armados con un par de AK-47. Había demasiado espacio que controlar en el barco para evitar un motín.

—Pero ahora los franceses son aliados de Garibaldi —apuntó Emily—. Tal vez cooperen de buena gana cuando les contemos quiénes somos y qué hemos hecho.

—Cualquier tripulación que ha decidido traer pasajeros a Dartford está formada por granujas —replicó John—. No podemos fiarnos de ellos.

—No veo otra opción —intervino Yates—. Tendrás que llevarte a algunos de mis hombres. Tú sabrás mejor que yo cuál es el mínimo necesario para mantener un barco como este bajo control.

—Con dos hombres debería ser suficiente.

—¿Cuántos AK necesitarás?

—Ninguno. Te harán falta todos a ti. Uno de tus hombres puede coger el mío. Ya encontraré algún mosquetón a bordo.

—Soy capaz de recargar un rifle de pólvora a toda velocidad —aseguró Kyle—. Otro soldado puede coger mi AK.

—De acuerdo —aceptó Yates—. Voy a buscar un voluntario.

—Pensaba que habíamos quedado en dos hombres —dijo John.

O'Malley hizo un mohín.

—Creo que el capitán acaba de darme una orden —explicó—. Es un cabrón muy escurridizo para estas cosas. Me toca a mí buscar otro voluntario entre los muchachos. Si no se presenta ninguno, el elegido será Culpepper.

El comando A salió del bosque al caer la noche y caminó río arriba por la orilla hasta la altura del galeón, manteniéndose a distancia de los moradores del Infierno que seguían acercándose a la tierra prometida de Dartford. John, Emily y Kyle esperaron entre los juncos con todos los rifles y la munición mientras los SAS se deslizaban hacia el agua y nadaban hasta el buque de guerra armados solo con los cuchillos que les habían facilitado en la fragua de William.

Esperaron.

Pasó media hora. Una hora.

Oyeron a lo lejos gritos procedentes de Dartford, pero nada desde el río. La oscuridad de la noche era impenetrable, era un auténtico acto de fe creer que el barco seguía allí. Por fin oyeron algo que parecían remos golpeando el agua y al poco rato apareció cerca de la orilla una barca con Yates y seis de sus hombres.

—Subid —ordenó el capitán.

—¿Estaba la tripulación en el barco? —preguntó Emily.

—Sí, más o menos una docena de marineros y el capitán.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó John.

—Apresarlos no nos costó mucho. Lo que se ha alargado ha sido el rastreo del barco en busca de marineros que pudieran haberse escondido. Y también requisar todas las armas de fuego, cuchillos y espadas. ¿Tenéis idea de la cantidad de recovecos y pequeños huecos que hay en un barco como ese?

—La verdad es que sí —dijo John, recordando sus recientes travesías por el canal—. ¿Qué tal es el capitán? —preguntó cuando los soldados de Yates ya remaban de vuelta al galeón.

—Está cabreado. Habla inglés y maldice en francés.

—¿Le habéis explicado qué queremos de él?

—He pensado que eso era mejor dejártelo a ti. ¿Tenéis hambre? —Yates abrió una cesta que contenía pan y queso—. La he encontrado en el camarote del capitán.

—Yo estoy hambrienta —reconoció Emily, metiendo la mano en la cesta.

El capitán, un individuo llamado La Rue, estaba en efecto cabreado. El sargento O'Malley había tenido el detalle cortés de no amordazarlo, pero lo habían confinado en su camarote, atado de pies y manos.

—Me han dicho que habla usted inglés —empezó John.

—¿Quién es usted? —preguntó La Rue.

—John Camp. Supongo que no ha oído hablar de mí.

—¿Por qué debería conocerlo? —preguntó el capitán con desdén, mientras lo olfateaba.

—No sé si está usted al corriente de los recientes acontecimientos que han tenido lugar en Francia.

—Si se refiere al derrocamiento del rey Maximilien y a nuestra alianza con Italia e Iberia, sí, estoy bien informado. ¿Qué tiene esto que ver con un extranjero como usted?

—Mis colegas y yo estamos, por así decirlo, al servicio de su nuevo rey, Garibaldi.

—Nada de todo esto me incumbe. Yo soy leal al duque de Bretaña. Y a él le importan poco todas estas alianzas. Nosotros nos ocupamos de nuestros propios asuntos.

—Estáis muy lejos de Bretaña. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué hacemos nosotros aquí? —contraatacó La Rue—. ¿Y por qué habéis asaltado vosotros mi barco?

—Me cae bien, capitán. Sargento, ¿puede desatarlo?

O'Malley deshizo los nudos.

—De acuerdo, empezaré yo —accedió John—. Supongo que sabe lo del canal que se ha abierto entre los dos mundos. Sospecho que acaba de desembarcar a un grupo de pasajeros que desean cruzar al otro lado. Mis colegas y yo hemos venido para intentar cerrar esta puerta entre la Tierra y el Infierno. El tránsito hasta ahora siempre había sido en una única dirección y debería seguir siendo así.

—Gracias —dijo La Rue frotándose las muñecas—. Sí, ese es el motivo de mi

presencia aquí. Los rumores sobre el milagro en esta aldea inglesa han llegado hasta Bretaña y mucha gente quiere disfrutar de una segunda oportunidad en la Tierra. Pagan a gente como yo por tener esta posibilidad.

—Apuesto a que su duque no sabe que está usted pluriempleado.

—¿Qué significa esta palabra?

—Quiero decir que está haciendo esto sin que él lo sepa. Así, usted se queda con todo el dinero que pagan los pasajeros.

—Preferiría no hablar de esto.

—Por supuesto. Pero dígame otra cosa. ¿Por qué no cruza también usted?

La Rue preguntó si podía tomarse una copa de su propio vino y se sirvió.

—Admito que le he dado algunas vueltas —reconoció—, pero al final me pregunté: ¿para qué? He oído de boca de gente recién llegada que vuestro mundo es asombroso. ¿Me gustaría volver a ver el sol, a niños jugando, leer un libro, escuchar a una orquesta de cámara, caminar entre hombres que no son todos degolladores y bribones despreciables como yo mismo? Sí, por supuesto. Pero soy capitán de barco. Gobierno un galeón. Me han dicho que en vuestro mundo ya no existen los galeones. ¿Qué haría yo allí? Aquí las cosas me van bastante bien, estoy al servicio del duque, tengo una buena casa en Brest, mejor que la que tuve en vida, y hasta ahora he logrado esquivar las *salles de descomposition*. Así que he decidido quedarme en el Infierno. He aprendido a sentirme a gusto.

—Bueno, pues espero que también se sienta a gusto llevándonos a Francia. Esta noche.

Se encogió de hombros de un modo muy francés y preguntó:

—¿Cuánto me pagarán?

—Esta es mi mejor oferta —repuso John—. Si coopera, no le meteré una bala entre ceja y ceja.

El capitán frunció los labios en un mohín de decepción.

—Su generosidad me deja atónito, *monsieur*.

Desde su oculta atalaya en un terreno elevado, el capitán Yates no dejaba de quejarse por la falta de prismáticos. Él y sus hombres habían esperado allí la llegada del alba y ahora, una hora después del amanecer, seguían debatiendo la estrategia a seguir. Con el sargento O'Malley de camino a Francia, la responsabilidad de segundo en la cadena de mando había recaído sobre el cabo Scarlet, un londinense que hablaba a la velocidad de una ametralladora.

—No me parece buena idea aparecer disparando —opinó Yates—. Sospecho que la mayoría de ellos van desarmados, o como mucho llevan armas tan precarias que no podrán hacernos ningún daño. Malgastaríamos demasiada munición sin conseguir necesariamente lo que queremos.

—Estoy de acuerdo con usted —coincidió Scarlet—. Esto se parece más al control de unos disturbios que a un ataque, ¿no cree? Bastará con que les demostremos quién manda y controlar el perímetro. ¿Ve esa zona despejada alrededor de la aldea? Forma un círculo casi perfecto. Desde donde acaba de desaparecer ese tío hasta el lado opuesto, calculo que habrá medio kilómetro. No podemos cubrir todo el perímetro con los hombres de que disponemos.

—Más que controlarlo, vamos a tener que mantenerlo durante mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Imposible saberlo con exactitud, pero no creo que sean menos de dos semanas.

—Eso significa que tendremos que atesorar las balas como si fueran malditas perlas.

—También significa que tenemos que resolver el modo de aprovisionarnos. No podemos aislarnos en una zona sin acceso al río para ir a buscar agua y a esa zona boscosa para cazar. Parece que hay conejos y ciervos en abundancia.

Yates cogió un palo, limpió con la bota un trozo de suelo y trazó un círculo y después cuatro equis.

—Situaremos a dos hombres en cada uno de estos cuatro puntos —explicó—. Eso me permitirá tener a otros cuatro hombres fuera del perímetro para responder de manera flexible a las amenazas que puedan surgir y para proveernos de agua y caza. Haremos rotaciones, turnos y lo que haga falta para mantenernos lo más frescos que podamos, ¿de acuerdo?

—Lástima que hayamos tenido que prescindir de O'Malley y Culpepper.

—Sí, bueno, habrá que desvestir a un santo para vestir a otro, ¿no os parece?

—El plan parece plausible —reconoció Scarlet—. Pero ¿cómo vamos a abrir las aguas del Mar Rojo?

—Reúne a los hombres —le ordenó Yates—. Os explicaré cómo vamos a bajar.

Los miembros del comando B descendieron desde el bosque hasta la planicie por la que discurría el río. Yates había optado por una prudente formación en V con una

separación de diez pasos entre cada hombre. Él ocupó el extremo. Llevaban los rifles en semiautomático y cara de mala hostia. Unos cuantos moradores del Infierno que llegaban en ese momento a la zona vieron el avance de la formación, pero la mayoría de los varios centenares que había allí les daban la espalda, cautivados por lo que sucedía en el punto caliente por el que desaparecían las almas intrépidas que se adentraban en él.

Muchos de ellos se volvieron al oír los disparos de Yates al aire, seguidos por su estruendosa voz.

—¡Escuchadme bien, fiambres hijos de puta! Venimos de la Tierra. Estamos vivos. Somos soldados británicos. Más que eso, somos de las SAS, la fuerza de ataque más potente y letal que hayáis visto. Apartaos. Dispersaos. No os acerquéis al punto caliente. Volved a vuestras casas. Largaos de aquí cagando leches. No intentéis cruzar a la Tierra. No os lo vamos a permitir. Sabemos que no os podemos matar, pero sí joderos bien.

Algunos moradores del Infierno más alejados se marcharon, pero la mayoría permanecieron allí clavados, hablando entre ellos y discutiendo qué hacer. La multitud era tan vasta que no todos habían oído las palabras de Yates y el mensaje tuvo que ir pasando de boca en boca.

—Capitán —musitó Scarlet, que permanecía detrás y a la derecha de Yates—, no se han inmutado.

—Cabo, pase la orden de mantener las posiciones sin disparar. Veamos si podemos evitar un baño de sangre. Veo algunos cuchillos y espadas en los cintos, pero ningún arma de fuego, lo que no quiere decir que no las tengan.

Yates repitió sus instrucciones a voz en grito.

Detrás de la multitud, un reducido grupo de soldados del rey Enrique, una unidad de rastreadores encargados de peinar la campiña en busca de recién llegados al Infierno, hablaban entre ellos.

—Rodeémoslos y démosles su merecido —ordenó el capitán.

—No quiero acabar destrozado justo cuando estamos a punto de cruzar a la Tierra —se quejó uno de los soldados.

—Harás lo que te ordene —replicó el capitán, golpeando en las costillas al soldado con la punta de la pistola de chispa—. Seguidme.

Yates volvió a disparar al aire y la detonación reverberó como un trueno. Otra pequeña porción de moradores del Infierno huyó hacia el río. Los seis rastreadores se abrieron paso entre la multitud y se situaron por delante del resto de los moradores del Infierno, a unos cincuenta pasos a la izquierda de Yates.

Uno de los soldados que ocupaba una posición en el flanco izquierdo de la formación descubrió al capitán enemigo y gritó:

—¡Un arma! ¡A la izquierda! ¡Un arma! ¡A la izquierda!

El soldado que tenía más cerca apuntó e hizo un único disparo que voló por los aires la cabeza del capitán de los rastreadores. Los otros cinco hombres se lanzaron al

ataque. Tres de ellos blandían espadas. Solo uno tenía una pistola. Pudo disparar un tiro que le salió alto antes de que él y sus compañeros fueran abatidos por una lluvia de balas de los SAS. La gente más próxima a los rastreadores desplomados y cubiertos de sangre huyeron en estampida.

—¡Alto el fuego! —ordenó Yates. Y a continuación vociferó—: ¿Quién quiere ser el siguiente? Si todavía conserváis la cabeza en su sitio, largaos de aquí mientras todavía podéis caminar. ¡Ahora!

Ese grito final surtió el efecto deseado. Cientos de personas empezaron a correr como atletas tras el pistoletazo de salida en una competición. A medida que la multitud disminuía, los que estaban más cerca del punto caliente reuniendo el coraje para dar los últimos pasos hacia lo desconocido, se vieron obligados a tomar una decisión. Yeats vio a dos hombres y una mujer que daban el paso adelante y desaparecían, pero el resto optó por la retirada.

Cuando solo vio espaldas de hombres corriendo, Yates ordenó a varios de sus hombres que comprobasen los cuerpos de los soldados a los que habían disparado.

—Todos siguen moviéndose —le informó uno de sus comandos—. Incluso el que ha perdido la mayor parte de la cabeza.

Yates maldijo en voz baja.

—Dejadlos ahí a modo de advertencia. Grupos de uno a cuatro, tomad posiciones. No os acerquéis demasiado al punto caliente. Los cerebritos nos advirtieron de que podría expandirse. Si pasáis al otro lado, lo consideraré una desertión, no un accidente. Equipo cinco, id de caza. Me apetece una buena costilla de venado para cenar.

Gracias a la brújula y al mapa de seda, el comando A de Marsh localizó enseguida el punto caliente de Sevenoaks. Se encontraron con una situación similar a la que había tenido que afrontar Yates en Dartford. Cientos de moradores del Infierno rodeaban la zona, retándose los unos a los otros a dar el paso hacia lo desconocido. Un noble de Maidstone había acudido a inspeccionar la escena acompañado por su milicia fuertemente armada y ese fue el grupo en el que Marsh concentró su atención.

Parapetados detrás de unos desvencijados establos a unos cien metros de la multitud, Marsh discutió el plan con su sargento y con Trevor.

—Si dominamos a ese grupo, dominaremos a la multitud —aseguró Marsh.

—Puedo colocar a dos hombres detrás de esos arbustos y situar a un francotirador en ese árbol grande —propuso el sargento—. Creo que el tipo del casco montado en el caballo marrón es el pez gordo. Lo dejamos fuera de combate en primer lugar y seguimos con cualquiera que empuñe un arma de fuego. No me sorprendería que eso provocase una estampida.

—Me gusta —accedió Marsh—. En cuanto se alejen, crearemos un perímetro defensivo alrededor del punto caliente y defenderlo el tiempo que haga falta. —

Olfateó unas cuantas veces y preguntó—: ¿Qué cojones es lo que huele tan mal?

Trevor dijo que creía saberlo y les pidió que esperasen. Empuñando el rifle, se deslizó alrededor del edificio de madera. Un pasador mantenía la puerta cerrada y cuando la abrió poco a poco tuvo que retroceder ante el hedor.

—¿De qué se trata? —le preguntó Marsh cuando regresó.

—Venid a echar un vistazo —les dijo Trevor—. John os habló de esto antes de partir, pero hay que verlo para creerlo.

Por la puerta abierta entraba la luz justa para permitirles ver lo que había en el interior. Los gemidos, lamentos y patéticas súplicas completaron el cuadro. Marsh y el sargento solo se adentraron unos pasos antes de dar media vuelta, asqueados.

—¿Es un pudridero? —preguntó Marsh, aspirando bocanadas de aire fresco.

Trevor asintió.

—Trae a los soldados aquí —le ordenó Marsh al sargento—. Quiero que los hombres vean con sus propios ojos a qué nos enfrentamos. Juro que vamos a impedir que ningún jodido morador del Infierno más cruce a nuestro mundo o moriremos en el intento.

Trevor había partido por su cuenta, tratando de dilucidar por dónde habrían entrado en el Infierno los alumnos de Belmeade. Había dejado a Marsh y sus hombres después llevar a cabo el plan, que había funcionado a las mil maravillas. Con el barón de Maidstone y sus hombres abatidos por los francotiradores, Marsh estableció el perímetro. El barón recibió una bala en la boca, de modo que no se le podía interrogar, pero los soldados que todavía podían hablar fueron interrogados sobre el paradero de los chavales. Todos aseguraron no saber nada ni sobre los chicos ni sobre ningún recién llegado procedente de la Tierra. A Trevor no le apetecía nada volver a formar parte del ejército británico, de modo que se separó del comando A en cuanto pudo, asegurándole a Marsh que volvería a reunirse con ellos en cuanto pudiese, con o sin los chavales. Empezó a recorrer los prados de los alrededores en busca de pistas.

Cerca de allí encontró un denso bosque. Se preguntó si habría atraído o ahuyentado a los chicos. Tuvo que admitir que a él no le hacía mucha gracia que la caída de la noche le pillase en el bosque, de modo que decidió averiguar qué podía encontrar en esa dirección mientras todavía había luz del día. Poco después localizó un sendero muy pisoteado entre los matorrales que conducía al bosque. Casi al mismo tiempo descubrió un pedazo de lana de color azul marino y dorado enganchado en un matorral. Lo desenganchó de las espinas y lo inspeccionó. Azul y dorado. ¿No eran esos los colores del uniforme de Belmeade?

Se adentró en el bosque.

—¿Angus Slaine? —llamó—. ¿Estás ahí?

Trevor siguió avanzando, gritando el nombre de Angus cada poco tiempo.

—Ayuda.

No estuvo seguro de lo que había oído hasta que la débil llamada de socorro se repitió.

—¿Hola? —respondió Trevor—. ¿Angus?

—Ayuda.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

La voz procedía de detrás de un árbol caído. Trevor se apoyó la culata del rifle en el hombro y se acercó al árbol.

Lo que vio le hizo retroceder.

—¡Dios mío!

Había un hombre en el suelo, con el abdomen abierto de lado a lado, los intestinos a la vista y cubiertos de insectos.

—Ayúdame.

Trevor se recompuso como pudo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Agua.

Antes de partir de la fragua de William todos habían recibido un odre con agua, obsequio de uno de los trabajadores del herrero, el que fabricaba los fuelles. Trevor se arrodilló, aguantando la respiración para no aspirar el hedor de la putrefacción, y le ofreció varios sorbos al desconocido, pero el agua se escapaba al instante por sus perforadas entrañas.

—Gracias, amable caballero —dijo con tono áspero el desconocido—. A menos que el zorro con el que he estado batallando estos días me arrastre lejos de aquí, este va a ser mi lugar de reposo definitivo.

—Sí, estás en las últimas —reconoció Trevor incorporándose.

—Eres un hombre vivo.

—¿Cómo lo sabes?

—No eres el primero que veo.

—¿A quién más has visto?

—A unos jovencitos. Chicos. Chicos vivos.

—¿Cuándo?

—He perdido el sentido del tiempo. No fue ayer. No ha sido hoy. No lo sé con seguridad.

—¿Hacia dónde se fueron?

—Estoy demasiado débil para levantar la mano, pero voy a mirar en la dirección en la que huyeron.

—¿De qué huían?

—Si te soy sincero, creo que de mí.

Trevor se adentró en el bosque con paso rápido, llamando a Angus con insistencia, deteniéndose solo para recuperar el aliento y consultar la brújula para ser capaz después de regresar a Sevenoaks. Una hora más tarde llegó a otra extensa y

monótona pradera y, sin ninguna pista sobre qué dirección podían haber tomado los chicos, siguió avanzando hasta que llegó a un camino con huellas de carros.

—Si yo fuera ellos, ¿qué dirección habría tomado? —se preguntó—. Si es que de verdad venían desde allí.

Consultó la brújula y decidió avanzar hacia el sur, pero a los pocos metros dio media vuelta y enfiló hacia el norte. Había caminado más o menos un kilómetro cuando vio algo delante de él, algo blanco en un entorno dominado por el marrón y el verde.

Se inclinó para sacarlo del profundo surco de la rodada. Era un pañuelo blanco con unas iniciales bordadas: KP. ¿Cómo se llamaban los chicos? ¿No había un Kevin entre ellos?

Lo recordó porque no pudo evitar una sonrisa cuando leyó su apellido en la lista. Pickles, es decir pepinillos. Un chico con ese nombre tenía que pasarlo mal, ¿no? Kevin Pickles.

Echó un vistazo a su alrededor. Quedaba un rato de luz antes de que empezase a anochecer, pero no disponía de todo el tiempo del mundo. Seguiría caminando hacia el norte. Hacia Londres. Optó por correr, pero se detuvo casi al instante al divisar una cabaña casi oculta tras un seto. Encontró un hueco entre los arbustos por el que pasar y una vez en el interior del recinto distinguió una hilera de seis cabañas. No vio a ninguna persona, pero había un caballo esquelético atado frente a una de las casas.

Con cautela, avanzó hasta la cabaña más cercana y llamó a la puerta, con el rifle listo para disparar. No hubo respuesta. La puerta no estaba cerrada desde dentro y logró abrirla con un suave empujón. Allí no había ni un alma, la chimenea estaba apagada y los armarios vacíos. Entró en las siguientes cuatro cabañas, una detrás de otra, con el mismo resultado. Solo quedaba una última, la del caballo. Una vez más golpeó con los nudillos en la puerta, pero esta vez le llegó un saludo amortiguado.

—¿Hola?

—Busco ayuda —dijo Trevor.

—Lárgate.

—No sin antes hablar contigo.

—Lárgate. Tenemos una pistola.

Trevor se apartó de la puerta.

—Creedme —gritó—, yo tengo una mucho más grande. Abridme o entraré. Solo quiero hablar. No os voy a hacer daño.

Se abrió la puerta. Apareció un anciano con barba desaliñada y un único diente amarillento, armado solo con un tronco, apenas una escuálida rama. Se quedó mirando a Trevor y su enorme AK-47.

—Vienes del otro lado, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Hemos visto cosas. Hemos oído cosas.

—¿Puedo entrar?

—Creo que no puedo impedírtelo.

En el interior había una anciana sentada en el suelo ante un desvencijado telar vertical en el que estaba tejiendo con hilo marrón. Tenía el cabello cano, seco como la paja, y un rostro arrugado y curtido que hacía pensar en un terreno desértico.

—Siento la intromisión —se disculpó Trevor—, pero estoy buscando a unas personas.

La anciana olisqueó el aire.

—Eres uno de ellos.

—Sí, lo soy.

—Estos últimos días hemos visto a montones de personas vivas —explicó ella—. Vienen de los alrededores de la aldea de Sevenoaks. La mayoría no han durado mucho tiempo.

—¿Qué les ha sucedido? —preguntó Trevor.

El anciano echó el tronco que sostenía en la chimenea y lo encendió con una vela.

—A casi todos los han atrapado los rastreadores. También hemos visto a algunas mujeres. Supongo que ya habrán vendido a los que capturaron. Otros pobres diablos se toparon con vagabundos. Eso sucede cuando cae la noche. He visto unos cuantos cadáveres. Estaban bien muertos. Imagínatelo.

—Busco a un grupo de chicos. Quiero sacarlos de aquí. Debieron de ser los primeros en llegar.

El anciano no respondió. Colgó un puchero de cobre sobre el fuego, dio vueltas al contenido y probó una sustancia gelatinosa de la punta de una cuchara.

—¿Tienes hambre? —dijo cuando terminó de sorber.

—Te he preguntado por los chicos.

—Bueno, yo tengo hambre y voy a comer algo.

Intervino entonces la mujer.

—¿Cuánto nos pagarás?

—¿Por información sobre los chicos? Decidme si sabéis algo.

—Sabemos algunas cosas.

—No tengo ninguna moneda, pero tengo esto. —Rebuscó en su mochila y sacó el cuchillo de la fragua de William.

El anciano, acuclillado junto al fuego, se levantó con parsimonia e inspeccionó la hoja.

—Es un buen cuchillo. Veamos qué sabemos a cambio de tu cuchillo.

—Tiene que ser buena información. Y quiero poder utilizar el caballo. ¿Es vuestro?

—Ahora lo es —asintió el hombre—. El tipo que vivía en la cabaña de la otra punta se largó para ir al otro mundo. Todos se han largado.

—¿Y por qué no lo habéis hecho vosotros?

—Somos demasiado viejos y estamos demasiado cansados para este tipo de aventuras.

—Yo sí quería ir —intervino la mujer, lanzando una mirada furiosa a su compañero—. Pero él no ha querido saber nada.

—Como iba diciendo —interrumpió Trevor—, necesito el caballo. Intentaré devolvérselo.

—Trato hecho —aceptó el anciano—. Dame el cuchillo.

—Dadme vosotros la información.

La mujer habló mientras el hombre removía el espeso contenido amarronado del puchero con una cuchara de madera y volvía a probarlo.

—Hace unos días, tal como has dicho, cuando empezaron a aparecer las personas vivas por el camino, divisamos a esos chicos y nos escondimos para observarlos. Iban caminando, algunos jugando con palos, simulando luchar entre ellos.

—¿En qué dirección?

El anciano señaló hacia el norte.

—Continúa —instó Trevor.

—Subieron a una caravana de carros que venían de Londres. Y se los llevaron.

—¿Se los llevaron por la fuerza?

—No tenían muchas más opciones que subir a esos carros cuando atacaron los soldados del rey.

—No lo entiendo.

La anciana le explicó que una patrulla de soldados que intentaba asaltar la caravana de carros se cruzó en el camino de los chicos. Los comerciantes de lana lograron repeler el ataque, pero una bala de mosquetón mató a uno de los chicos. Los demás querían enterrarlo, pero Bess, la jefa de la caravana, insistió en que se limitasen a cubrirlo con hojas y ramas cerca del camino.

—Yo vi el cadáver —intervino el anciano—. Estaba bien muerto, algo inaudito aquí.

—¿Dónde está ese cadáver? —preguntó Trevor.

—Entre el camino y la casa más próxima a la nuestra. No tiene pérdida.

Trevor dejó la pesada mochila, pero conservó el rifle y les dijo a los ancianos que regresaría. En cuanto salió por la puerta, la pareja pasó a la acción con sorprendente rapidez. El hombre abrió la mochila de Trevor. Dentro había provisiones para el viaje y una pesada bolsa de tela. La abrió y fisgoneó el contenido: unos centenares de balas para el AK-47 y un cargador lleno. Sacó las balas y las escondió en un cubo de madera mientras la mujer salía a toda prisa por la puerta trasera con una de sus prendas de lana y volvía con ella convertida en una improvisada bolsa llena de piedras que el hombre metió en la mochila vacía.

A Trevor le llegó el olor del cadáver antes de encontrarlo. Craig Rotenberg se estaba descomponiendo bajo unas cuantas ramas y la carne que no se había descompuesto la habían devorado los insectos y las alimañas. Solo el pequeño tamaño del cuerpo le permitió deducir que era uno de los chicos de Belmeade.

Recitó una rápida oración y regresó a la cabaña. El anciano estaba sentado a la

mesa con un cuenco de su potaje marrón y la mujer seguía trabajando con el telar.

—¿Sabéis quién se los llevó?

—Lo sabemos. Conocemos muy bien a sus captores —afirmó la mujer—. Son comerciantes de lana. Vienen de Devon. Su jefa se llama Bess. Su segundo se llama Ardmore. Pasan por aquí a menudo porque venden su mercancía en Londres. A veces hacemos negocios con ellos. Por mis tejidos.

—¿Ese día iban a Londres?

—No, en dirección contraria —dijo el anciano—, de vuelta a Devonshire.

—Con los chicos.

—Sí.

—¿A qué parte de Devon? —insistió Trevor—. ¿Lo sabéis?

—Bess nos lo dijo una vez —respondió el hombre—. Pero no recuerdo cómo era.

—Hawk y algo más... —balbuceó la mujer.

—Hawkchurch —recordó el anciano—. Eso era.

Trevor dejó el cuchillo sobre la mesa. El anciano lo cogió y le mostró su solitario diente.

—¿Seguro que no quieres comer algo? —le preguntó.

Trevor recogió la pesada mochila y se la cargó a la espalda.

—No. Debo marcharme. Volveré con el caballo. —Señaló una silla de montar que había junto a la puerta—. Ayudadme a ensillarlo. La silla también os la devolveré.

Cuando Trevor partió en dirección sur, el anciano sacó el cubo para inspeccionar su botín.

Cogió una bala y dijo:

—¿Qué crees que es esto?

—Ni idea —respondió la mujer.

—Es metálico. Es un buen metal. Creo que si los fundimos obtendremos una barra de metal que valdrá una fortuna.

Colocó una sartén de hierro sobre los troncos encendidos. Puso en el centro la bala y se inclinó para observar cómo se fundía.

No tardó en explotar.

La mujer soltó un alarido sobrecogedor.

La bala de plomo rebotó en la pared de ladrillo de la chimenea y penetró en el pecho del anciano, que se desplomó boca arriba mientras la sangre empezaba a empapar los tablones del suelo.

La pantalla de videoconferencias del centro de operaciones del MI5 se iluminó con una imagen dividida por la mitad que mostraba a dos hombres de mediana edad fatigados e irritables. Ben imaginó la pinta que tendría él en las pantallas de los demás. Pálido e hinchado en el mejor de los casos. La izquierda de la pantalla la ocupaba el primer ministro desde el despacho del alcalde de Manchester. A la derecha, Jeremy Slaine, que había regresado a Londres y estaba instalado en algún lugar de las entrañas del Ministerio de Defensa en Whitehall.

Empezaron con una charla informal para romper el hielo y el primer ministro preguntó por la mujer de Jeremy.

—Se ha instalado en Oxford con la familia de su hermano y está todo lo bien que se puede esperar. No sé muy bien qué contarle sobre Angus. No quiero acabar con sus esperanzas, pero al mismo tiempo hay que ser realistas. Es como caminar sobre una cuerda floja.

—Te entiendo muy bien. Dile que Marjorie le manda todo su cariño.

—Lo haré, gracias —respondió Slaine.

—Bueno, pues empecemos —cambió de tercio Lester, pasando al asunto que les ocupaba—. ¿Ha habido algún cambio sobre el terreno durante las últimas doce horas?

Ben y Slaine empezaron a hablar al unísono y ambos se detuvieron por deferencia al otro, lo que irritó a Lester.

—De acuerdo, de acuerdo, adelante, Ben, empieza tú —ordenó.

—Gracias, primer ministro. En medio de la cada vez más deteriorada situación de la que hablábamos anoche, esta mañana tenemos alguna buena noticia de la que informar.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Las grabaciones de los drones y las cámaras de vigilancia de los cuatro puntos calientes indican que la llegada de visitantes del Infierno prácticamente ha cesado.

—¿En serio?

—Sí. Lo detectamos primero en Leatherhead, después en Upminster, luego en Dartford y por último en Sevenoaks.

—¿Cómo interpretas eso?

—El escenario no solo más optimista, sino también más plausible, es que las SAS ya se han desplegado al otro lado y están realizando una labor de contención.

—Jeremy, ¿estás de acuerdo?

—Por completo.

—¿Hay otras posibles explicaciones?

Ben tenía preparada la respuesta.

—He hablado con el profesor Von Strobe de Ginebra, director del gran colisionador de hadrones del CERN. Según él, también es posible pensar que la

conexión entre los dos mundos se haya cerrado de forma espontánea.

—Bueno, eso sería una buena noticia, ¿no? —dijo Lester.

—No para mi hijo y los cientos o miles de británicos atrapados al otro lado —intervino Slaine.

—Sí, tienes razón, Jeremy, tienes razón —admitió Lester, reculando.

—El tiempo nos lo dirá —continuó Ben—. Mientras tanto, que se haya cerrado el grifo nos es de gran ayuda.

—¿Y qué pasa en Londres y sus alrededores? —preguntó el primer ministro.

—Aquí es donde vienen las malas noticias —respondió Ben—. La situación está empeorando. Es imposible dar una cifra exacta, pero sin duda hay miles de visitantes del Infierno que ya han cruzado. Para intentar perfilar su comportamiento hemos realizado un seguimiento con drones y documentado las actividades de un grupo de hombres elegidos al azar, y diría que al menos un noventa y cinco por ciento de los visitantes del Infierno son hombres. La mayoría de ellos pasan algún tiempo al aire libre, en las calles o los parques, pero prácticamente todos entran en tiendas, oficinas o casas y permanecen allí entre unas horas y un día o más.

—¿Cómo sabéis que son moradores del Infierno?

—No es infalible, pero nos basamos sobre todo en la ropa que visten. Por supuesto, si consiguen ropa moderna no podremos distinguirlos desde el aire. He hablado de un deterioro de la situación. Aunque no hemos podido responder a la gran mayoría de las llamadas al número de emergencias, nuestros analistas han estado monitorizando los mensajes de las redes sociales de muchos ciudadanos que no hicieron caso de las órdenes de evacuación. Se ha producido un dramático aumento relatos, fotos y vídeos de violencia y barbarie perpetrados por moradores del Infierno muy agresivos. Lamento tener que informar de un aluvión de asesinatos, violaciones e incluso actos de canibalismo, esto último obra sin duda de esas bandas de vagabundos.

Ben vio que Lester daba la espalda a la cámara durante varios segundos. Cuando volvió a aparecer su rostro en pantalla, tenía la mandíbula rígida y la mirada encendida.

—Apenas he pensado en otra cosa desde nuestra última videoconferencia —dijo el primer ministro—. Creo que ha llegado el momento de darle la vuelta a la situación. Hasta ahora me he resistido a poner a nuestras fuerzas de seguridad en la difícil y peligrosa situación de patrullar por áreas urbanas donde no pueden distinguir de un modo fiable a los invasores del Infierno de los civiles.

—Por no mencionar el peligro de verse atrapados en la expansión de los puntos calientes —añadió Ben.

—Sí, eso también. Pero no puedo permitir que continúe esta carnicería en nuestra capital. Hay que ponerle fin. La decisión me corresponde a mí, pero he consultado con el presidente Jackson para conocer el punto de vista de los americanos, ya que son nuestros socios en la construcción y funcionamiento del MAAC. El presidente se

ha mostrado de acuerdo con mi planteamiento y me ha asegurado que haría lo mismo si esto estuviese sucediendo en suelo americano. Jeremy, voy a ordenar un contundente despliegue del ejército. Quiero muchas más tropas sobre el terreno, que drones armados sobrevuelen Londres y que el Mando Militar de Drones de la RAF en Waddington presente unas pautas de actuación.

Ben vio que Slaine asentía con vigorosos movimientos de cabeza. El atribulado padre llevaba días proponiendo que se tomaran estas medidas.

—Con el debido respeto, primer ministro. —Ben pidió la palabra—. El deterioro de la situación al que estamos asistiendo era previsible. No quiero parecer inhumano, pero pedimos a la población que evacúese la ciudad. La mayor parte de los aproximadamente dos millones de personas que no obedecieron la orden lo hicieron por voluntad propia. Nuestras advertencias eran muy claras. De todos modos, muchas de esas personas no corren peligro porque están refugiadas en sus casas. Si desplegamos más tropas y drones armados, se van a producir errores terribles. Vamos a matar a nuestros propios ciudadanos. No tengo la menor duda al respecto.

—Tengo entendido —intervino Slaine— que en estos momentos ya disponemos de unos doscientos perros entrenados para detectar el olor de los moradores del Infierno.

—Eso supondrá una ayuda muy limitada —replicó Ben—. Estamos hablando de cubrir un territorio de mil kilómetros cuadrados. Habrá muchas bajas colaterales y la decisión sobre la vida o la muerte de un dron estará en manos de operadores remotos en Linconshire con limitadas habilidades para distinguir entre amigos y enemigos.

—No pretendo cargarles a ellos con la responsabilidad de disparar o no —concluyó el primer ministro—. Quiero que sea el MI5 quien autorice el disparo de cada misil. La responsabilidad estará en tus manos, Ben.

Entraron con sigilo en la habitación de Polly para no despertarla con demasiada brusquedad.

Benona encendió la lámpara de la mesilla de noche. La bombilla de baja potencia rebeló una silueta bajo la colcha.

—¿Polly? Soy mamá.

Una voz surgió desde debajo de las sábanas.

—¿Ha venido Brandon? —La niña asomó la cabeza—. Brandon, ¿eres tú?

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Woodbourne.

—Te he oído, tonto. ¿Dónde has estado?

La niña extendió los brazos pidiendo un abrazo, pero parecía demasiado débil como para levantar la cabeza de la almohada. Él se inclinó sobre ella y dejó que le rodease la enorme cabeza con sus brazos.

—Te he echado de menos —le dijo Polly.

—Yo también a ti.

Benona le tocó la frente a su hija.

—Estás ardiendo. Te he traído la medicina.

—¿Es una medicina asquerosa?

—Son pastillas. Ya eres una niña mayor. Puedes tragarlas.

Benona fue a la cocina y volvió con un vaso de agua. Hizo que la niña se incorporase y le metió dos cápsulas en la boca.

—Ya me las he tragado. —Polly enseñó la boca vacía.

—Buena chica. Y ahora vuelve a dormirte.

—Brandon, ¿estarás aquí cuando me despierte?

—Aquí estaré.

En la sala de estar Benona y Woodbourne se miraron hasta que él dijo:

—Lo sé. Apesto.

—Date un baño y ponte colonia —le propuso ella con una débil sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Casi me matan esos hombres, mi hija está enferma, un hombre vuelve a por mí desde el Infierno, ¿y me preguntas si estoy bien?

—Ya no sé cómo debo hablar a la gente.

—No te preocupes, Brandon. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Date un baño. Te prepararé algo.

Un rato después Brandon salió del lavabo envuelto en una toalla y sosteniendo su ropa sucia con una mano. Benona le dijo que se la lavaría después de cenar, le hizo sentarse en el sofá y le sirvió un plato de pastel de carne con patatas. Lo contempló mientras él lo devoraba.

—¿Tú no comes? —preguntó Woodbourne.

—No tengo hambre. Estoy demasiado preocupada por Polly. Quiero que la vea un médico.

—Llevémosla a uno.

—El centro médico está cerrado. Lo han evacuado.

—¿Por nuestra llegada?

—Sí. Demasiados visitantes del Infierno. Todo el mundo ha huido.

—No todo el mundo. Tú sigues aquí.

—No quería irme a un puto campamento militar en el norte. Alguien podría entrar aquí y llevarse lo poco que tengo. Hubiera vuelto a Polonia de haber tenido dinero para el viaje. Parece que he cometido un error al quedarme. Me paso la vida cometiendo errores.

—Podemos llevar a la niña al hospital.

—Creo que también lo han cerrado. Nadie descuelga el teléfono en ningún sitio. Y las calles ya no son seguras.

—Yo puedo protegerte.

El rostro de Benona se relajó.

—Sé que puedes hacerlo.

—El pastel estaba bueno. ¿Tienes suficiente comida?

—Es lo único que he hecho bien. Llené la despensa antes de que cerrasen las tiendas. —Le retiró el plato y lo dejó en el fregadero. Sin levantar la mirada añadió —: Me alegro de que hayas vuelto.

—Allí no he dejado de pensar en ti ni un solo momento.

Benona mantuvo la mirada clavada en la espuma que estaba haciendo con el jabón lavavajillas.

—Brandon, ¿quieres acostarte conmigo?

La respuesta llegó rápida:

—Sí.

Willie Oakley inspeccionó el pasillo por la mirilla. No vio a nadie, pero eso tampoco era un gran alivio. Podía haber alguien acechando fuera de su campo de visión. Pegó la oreja a la puerta. Antaño tenía un oído tan fino que era capaz de oír el tictac del reloj de pulsera en su mesilla de noche. Ahora sus capacidades auditivas habían mermado. Cosas de la edad.

En cuanto empezó a empujar la puerta suavemente, se lo pensó mejor. ¿De verdad era necesario que sacase la basura? Siempre había sido muy pulcro, un maniático de la limpieza. No le gustaba que su apartamento oliese mal. El triturador que tenía bajo el fregadero había dejado de funcionar hacía semanas y los de mantenimiento le habían dado largas sobre la reparación. Estos días cualquier petición de ese tipo era un problema. Los directores, la gente de mantenimiento, los cuidadores y hasta los demás residentes habían evacuado el complejo residencial para ancianos de Battersea y él se había quedado solo con su apestosa basura. Había llegado el momento de armarse de valor, sacarla y tirarla en los contenedores, o al menos dejarla en la escalera.

Salió al pasillo con las bolsas en una mano y un martillo en la otra. La escalera estaba desierta, y por un momento pensó en tirar las bolsas por el hueco y emprender la retirada, pero su arrojo de otros tiempos y un punto de orgullo insuflaron ánimos a su cuerpo de octogenario. Tenía tempranos recuerdos infantiles de haber sobrevivido al Blitz. Había servido durante quince años en el ejército, en el equipo de Desactivación de Bombas del Comando Sur, retirando viejas bombas alemanas sin estallar en el área de Londres y el valle del Támesis. Se veía capaz de llegar hasta los contenedores, que permanecían perfectamente alineados en la parte trasera del edificio.

No se veía un alma por los alrededores. Podía haber utilizado cualquiera de ellos para tirar la basura, pero era un hombre de costumbres y protocolo, así que se dirigió al que tenía designado. Dentro había basura. Echó un vistazo a los otros; todos estaban vacíos. Miró a su alrededor con suspicacia. Pensaba que era el único

residente que había decidido quedarse, pero tal vez hubiese otros. Quizá fuese cosa de su imaginación, pero tenía la sensación de que unos ojos lo observaban. Miró hacia las ventanas que daban al callejón, pero no vio nada inusual. Había llegado el momento de proclamar su victoria y emprender la retirada a paso ligero.

De vuelta en su planta, se movió con toda la rapidez que sus arqueadas piernas le permitían. Ya estaba sacando las llaves del bolsillo cuando oyó que una puerta se abría a sus espaldas. Se le secó la garganta con una rapidez pasmosa. Podía seguir avanzando hasta llegar a su puerta o podía volverse y encarar el peligro.

—¡Willie Oakley! ¡Joder!

Se volvió. Del Ruddles asomaba su enorme y prácticamente calva cabezota por la puerta de su apartamento.

—¡No sabía que seguías aquí! —exclamó Willie.

—Tampoco yo sabía que también tú te habías quedado. ¿Qué pretendes hacer con este martillo?

—Construir un cobertizo, espero. ¿Quieres una taza de té?

—Sí, ¿por qué no?

Willie vio que Del tenía una pistola.

—Y tú me preguntas por el maldito martillo. ¿Qué vas a hacer tú con eso?

—Matar a uno o dos de esos seres infernales —respondió Del, sacando todo su enorme corpachón al pasillo.

Willie sirvió el té.

—¿Y cómo es que has decidido quedarte? —le preguntó a su vecino.

—Jamás en toda mi vida he huido de nada —repuso Del, con su marcado acento del sur de Londres—. Tengo setenta y ocho años. No voy a empezar a hacerlo a estas alturas. ¿Y tú?

—No estaba dispuesto a refugiarme en una base del ejército. Ya tuve bastante durante mi juventud. ¿Solo nos hemos quedado nosotros dos?

—No tengo ni idea, pero eres la primera persona que veo desde que empezó todo este lío.

—¿De dónde has sacado este tirachinas? —preguntó Willie.

—¿Esto? —Del señaló el revólver que había dejado en el mármol de la cocina—. Herramienta de trabajo. Nunca me deshice de él.

Willie conocía la historia de Del por los chismes de la residencia. Había sido gánster, uno de los de la vieja guardia que había estado metido en un montón de fregados. Un auténtico superviviente que había pasado largas temporadas en el trullo. Ninguno de los dos mostró nunca mucho interés en hacer nuevos amigos, de modo que hasta ahora se habían limitado a saludarse con un gesto de cabeza y un gruñido cuando se cruzaban.

—Bueno, tenemos electricidad, agua y la tele —comentó Willie—. Mientras nos quede comida, todo irá bien.

—Lo comida no nos va a faltar —aseguró Del—. Eché un vistazo a la cafetería

del complejo y hay un montón de cosas en la despensa y los congeladores.

—Qué gran noticia. ¿Crees que ha llegado algún visitante del Infierno a Battersea?

—Me temo que sí. Por la tele dicen que están en todas partes.

—¿Te lo puedes creer? —suspiró Willie—. El Infierno existe de verdad.

—¿Alguna vez lo habías dudado?

—Claro que lo dudaba. Nunca he sido muy de ir a misa. Tendría que habérmelo tomado más en serio.

—Yo siempre di por hecho que existía el Cielo y el Infierno. En mi profesión tiendes a pensar en lo que te espera en el más allá.

—¿Y a qué conclusión llegaste? —preguntó Willie.

—Supuse que estaba jodido. Ahora sé que lo estoy. Nada de puertas nacaradas para Del Ruddles. Quiero agarrar por el pescuezo a uno de esos tipos del Infierno para preguntarle qué me espera. ¿Juegas a las cartas?

—Por supuesto.

—¿Echamos una partida de *gin rummy*?

Estaban agotados después de andar durante kilómetros, pero sobre todo estaban hambrientos. El grupo había mermado y ahora eran unos treinta, pero seguían siendo una banda de cortadores de pescuezos temible. Solían ocultarse durante el día, pero en el último sitio que Heath había elegido para detenerse no había casi comida, ni siquiera la opción caníbal. Su primera elección había sido un edificio enorme en Millbank, que por su aspecto pensaron que era un palacio, pero ni siquiera con sus barras de hierro lograron penetrar en las galerías cerradas de la Tate Britain. Entonces optaron por la cercana Escuela de Bellas Artes de Chelsea, pero no lograron encontrar comida en el oscuro edificio y acabaron durmiendo muertos de hambre en una de las aulas.

Sin embargo, pocas horas después, todavía de noche, la necesidad de comer les impulsó a romper las puertas traseras de un edificio de ladrillo de una planta en el que había un cartel en el que se leía «Entregas de proveedores de alimentos por la puerta trasera».

Unos minutos después, las quejas de los integrantes del grupo se transformaron en alabanzas al líder cuando Heath los condujo a través de una desierta cafetería hasta la gigantesca cocina repleta de provisiones.

—Comed —los invitó el jefe, cogiendo una bolsa de copos de avena.

—¡Hay pollos ya cocinados en la caja fría! —gritó Monk.

Aunque un bocado de copos de avena deshidratada no estaba mal, a Heath le sedujo más lo del pollo y echó a Monk a un lado de un codazo.

—Alguien nos ha cocinado estos pájaros —se maravilló mientras sacaba un pollo entero con ambas manos e inclinaba la cabeza para contemplarlo.

—¿Has oído eso? —dijo Del. El anciano se levantó y se acercó a la ventana para observar.

Él y Willie habían pasado el día entero juntos y hacía apenas unos minutos habían ido al apartamento de Del para beberse un whisky.

—Yo también lo he oído —afirmó Willie—. ¿Ha sido un cristal al romperse? ¿De dónde crees que venía el ruido?

—Del edificio de la cafetería. Estoy seguro.

—Tú oyes mejor que yo.

—¿Por qué no te pones un audífono?

—No lo soporto. Oigo bien la tele con el volumen alto. ¿Para qué necesito ese cacharro?

—Bueno, vamos —decidió Del, que se metió la pistola bajo la pretina de los pantalones.

—¿Adónde vamos?

—A ver qué pasa.

—¿Para qué queremos saberlo?

—Porque vivimos aquí, por eso.

—Si son los visitantes del Infierno, ¿qué podemos hacer? —protestó Willie—. La policía no responde a las llamadas de emergencia de los ciudadanos.

—No seas nenaza. Pensaba que eras exmilitar.

—Lo soy. Pero también soy un anciano, por si no te habías percatado.

—Entonces iré yo solo. Tú quédate aquí, escondido en el armario.

Del cogió las llaves y una linterna de plástico del cajón y se dispuso a salir. Willie maldijo y le siguió.

—Vamos, valiente —le animó Del, abriendo camino.

Se deslizaron por el callejón, dejaron atrás los contenedores y giraron por la esquina del edificio con los servicios de asistencia en el que estaba la cafetería. Todas las ventanas estaban a oscuras. Se detuvieron ante la entrada principal y comprobaron si había algún cristal roto, pero todo estaba intacto.

Del se acercó la mano a la oreja a modo de amplificador.

—¿Has oído eso?

—No he oído nada.

—Me ha parecido oír voces.

—Tal vez esas voces están solo en tu maldita cabeza.

—Hablo en serio. Vamos a dar la vuelta al edificio.

Cerca de la parte trasera, junto a la cafetería, también Willie oyó las voces, interrumpidas por risas.

—Deberíamos largarnos.

—Qué tontería. Echemos una ojeada para ver a qué nos enfrentamos.

Se acercaron a los enormes ventanales de la cafetería. La sala estaba a oscuras, pero se percibía un tenue resplandor procedente de la cocina. Del era incansable.

Avanzó junto a los parterres de flores y dobló la esquina hasta que llegaron a las ventanas de la cocina, mucho más pequeñas. Del le sacaba casi una cabeza a Willie y fue el primero en otear el interior. Willie tuvo que ponerse de puntillas para mirar.

Vieron a Heath y a sus hombres comiendo como animales, iluminados por la luz de las neveras con las puertas abiertas.

Los dos ancianos se agacharon, emprendieron la retirada y no se detuvieron hasta llegar al apartamento de Del.

Solo entonces hablaron.

—¿Crees que son ellos? —preguntó Willie sin aliento.

—Ya has visto la pinta que tenían. Parecían bestias. Desde luego no eran de por aquí, eso te lo aseguro.

—¿Crees que vendrán a nuestro edificio?

—Entra dentro de lo posible.

—¿Qué vamos a hacer?

Del se sacó el revólver de los pantalones y lo dejó en la mesa de la cocina.

—¿Hacer? Estos cabrones han invadido nuestro mundo, nuestra ciudad, nuestras casas. —Las venas del cuello le palpitaban con fuerza—. Debemos hacer lo que cualquiera haría cuando unos tíos invaden su territorio. Utilizar la violencia.

John señaló entre la niebla la fantasmagórica silueta de la oscura y escarpada costa.

—Francia —anunció.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Kyle.

—No es la primera vez que desembarcamos aquí.

—Desde luego que no —confirmó Emily con tono sombrío—. Tengo un montón de malos recuerdos de estas costas.

El sargento O'Malley y el soldado Culpepper se movían por la cubierta del galeón, con los seguros de los rifles quitados, atentos a cualquier posible ataque. El capitán La Rue daba órdenes y la tripulación hizo virar el barco y recogió las velas hasta que dejaron de deslizarse por el agua. Solo entonces el capitán permitió que se lanzaran las anclas de babor y estribor.

La Rue bajó del puente de mando a la cubierta.

—Bien, *monsieur*, parece que nuestra transacción se ha completado. A cambio de no recibir una bala en la cabeza os he traído hasta Calais. Mis hombres os acercarán a la playa con el bote de remos y después pondré rumbo a Brest y haré lo posible por olvidar su cara.

John le tendió la mano y La Rue, después de alzar la vista hacia el cielo y negar con la cabeza, incrédulo ante el gesto, le dio un rápido apretón y le soltó la mano de inmediato.

—Capitán, quisiera hacerle una oferta. Esta travesía ha corrido de su cuenta. ¿Qué le parecería que la próxima corriese de la mía?

—De mi cuenta, de su cuenta... ¿Qué dice? —preguntó La Rue.

—Lo que digo es que, si espera aquí a que regresemos, le llenaré los bolsillos de oro si nos lleva de regreso a Britania.

—¿Dónde está ese oro? ¿Lo tiene enterrado en un cofre? ¿Escondido en el hueco de un árbol? ¿Se lo va a sacar de sus partes posteriores? —preguntó La Rue.

Kyle lanzó un gruñido al francés, pero John le indicó que se calmase.

—¿Por qué no me dice usted cuánto oro nos costaría?

La Rue señaló un cubo con agua sucia.

—Esa cantidad.

—De acuerdo. Volveremos con esa cantidad de oro. Si no lo conseguimos, no nos lleva a Britania.

—*Monsieur* Camp, volverá usted con sus enormes rifles y volverá a amenazarme con una bala en la cabeza.

—Tiene mi palabra de que no lo haré.

—No me fío de su palabra. Sin embargo, me fiaré de la palabra de *mademoiselle*, que me parece una mujer honorable. Y además muy hermosa.

—Gracias, capitán —dijo Emily—. Se lo prometo.

—Muy bien, ¿y cuándo piensan regresar? —preguntó La Rue.

—Lo más pronto que podamos —le aseguró Emily—. Tenemos mucha prisa, pero me temo que nos llevará al menos dos semanas. Por favor, espérenos el tiempo que haga falta.

—Por un cubo de oro puedo esperar un mes. Si pasa un día más, daré por hecho que su aventura ha acabado mal y La Rue zarpará.

El bote de remos se acercó a la misma playa en la que John había luchado contra las tropas galas en su primer desembarco en Francia. Al alzar la mirada hacia los altos acantilados desde los que los soldados le habían lanzado flechas y cañonazos, recordó aquel angustioso viaje en busca de Emily. Habían pasado menos de tres meses desde aquello, pero parecía una eternidad. Añoraba su vida en el laboratorio, una vida desprovista de grandes descargas de adrenalina, pero rebotante del sosiego de los placeres cotidianos. Él tenía su trabajo, Emily el suyo, y cuando no estaban trabajando, se retiraban al mágico espacio de la vida en común, donde el tiempo parecía ralentizarse y dulcificarse. ¿Volvería a poder disfrutar de esa vida alguna vez?

Emily, sentada a su lado, debió de captar el anhelo en su mirada.

—¿Estás bien? —le preguntó por encima del ruido de los remos adentrándose en el agua.

—Estaba pensando.

—Eso siempre es peligroso.

—Dímelo a mí.

—¿Pensando sobre qué?

—Sobre ti. Sobre tú y yo.

Emily acercó la boca a la oreja de John.

—¿Todavía me quieres? —le susurró.

—Más que nunca.

Kyle iba sentado detrás de ellos. Delante tenía a O'Malley y Culpepper. Los marineros franceses remaban. No era el lugar más adecuado para la intimidad. Todo lo que pudo hacer Emily fue pegar su hombro al de él.

—Cuando volvamos a casa —le dijo—, cuando arreglemos esto, vamos a disfrutar de una maravillosa vida juntos.

—Tú eres científica —respondió él—. ¿Qué probabilidades tenemos de que eso suceda?

—Cercanas al cien por cien.

—Solo cercanas. Eso me preocupa.

—Noventa y nueve coma nueve por ciento. La certeza absoluta es difícil de conseguir.

—Sí, supongo que así es.

Los cinco saltaron del bote cerca de la playa y se despidieron de los marineros franceses. Los dos hombres de las SAS se colocaron a la vanguardia y Kyle, a la retaguardia, todos cargados con provisiones y municiones. La arena de la playa era

mullida y sus pies se hundían en ella, lo que le dificultaba el avance sobremanera a Kyle, pero John dejó que siguiera adelante sin ofrecerle su ayuda. No iban a llegar hasta París a pie. Necesitaban caballos y él sabía dónde conseguirlos.

John ya se había acercado a la aldea más próxima a la costa para robar caballos en la anterior travesía. Era un pueblo próspero gracias al contrabando, y allí había encontrado un establo con caballos y arreos. No tenía ganas de perder todo un día esperando a que anocheciera para pasar inadvertidos, así que entraron en el establo empuñando las armas.

Los mozos que atendían a una docena de caballos eran los mismos a los que John tendió una emboscada la vez anterior. Maldijeron su suerte cuando lo vieron aparecer.

—Hola, chicos. Aquí estoy de nuevo —saludó John—. ¿Me habéis echado de menos?

Ellos respondieron en un francés acelerado, señalando una cuerda y ofreciendo sus muñecas.

—No parece que hablen inglés —masculló O'Malley.

—Hablan el lenguaje universal de la rendición —le aclaró John—. Atadlos y elegid los caballos.

Cabalgaron hacia el sur por el camino que llevaba a París hasta que cayó la noche y se toparon con unos pocos caminantes y algún que otro carro. Todos los viajeros mostraban temor y evitaban mirarlos al cruzarse con ellos. Encontraron una zona con pocos árboles junto a una charca donde acamparon para pasar la noche y dar de beber a los caballos. Establecieron los turnos de guardias y por la mañana estaban lo bastante descansados como para plantearse intentar llegar a París antes del anochecer.

A mediodía el camino empezó a serpentear, limitándoles la visión. O'Malley, mejor jinete que Culpepper, se ofreció a actuar como avanzadilla para detectar posibles peligros.

—Buena idea —accedió John.

O'Malley estaba a punto de partir cuando pareció dudar.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro, adelante.

—Cuando esto acabe, ¿podremos contar lo que hemos visto y lo que hemos hecho?

—Eso no me corresponde a mí decidirlo. ¿Os permiten hablar de otras misiones que lleváis a cabo?

—Desde luego que no.

—Era lo mismo cuando yo estaba en los Boinas Verdes. ¿Por qué crees que el ejército va a aplicar un criterio distinto con esta misión?

—No lo sé. Tal vez no lo hagan, pero espero que sí. Nunca antes había sucedido nada parecido. Es como si esto fuese *Star Trek* y estuviéramos en otro planeta.

—¿Por qué le das vueltas a esto precisamente ahora?

—Solo intentaba imaginarme quién me interpretaría en la película, eso es todo.

—¿Tienes alguna preferencia?

—He pensado en Colin Farrell, porque también es irlandés.

—Joder, O'Malley, tú eres más guapo que él.

O'Malley se alejó con una sonrisa en los labios. Los demás desmontaron y bebieron un poco de agua.

—Eh, Jack —llamó Kyle a Culpepper—, ¿cuánto tiempo lleváis vosotros dos sirviendo juntos?

—Cuatro años, más o menos.

—¿Él es bueno en combate?

—El mejor. Siempre te cubre las espaldas.

—Es bueno saberlo.

Pasados unos minutos, O'Malley reapareció al galope y gritando algo.

A John no le hacía falta entender lo que decía. Captó el mensaje y amartilló su mosquetón.

—Emily, coge las riendas y llévate los caballos. Sal del camino y escóndete detrás de esos árboles. Jack, tú y el sargento tenéis los AK. No disparéis si no doy la orden, pero si lo hago, disparad a matar. Kyle, ¿tienes listo tu mosquetón?

—Preparado. ¿Qué crees que está pasando?

—Lo sabremos en unos segundos.

Se oyó un disparo y después otro. El objetivo de los invisibles tiradores era O'Malley, pero no le dieron. Siguió cabalgando hasta el grupo y desmontó rápidamente.

—Hay soldados, montones de ellos —gritó cuando el primero de ellos ya asomaba por la curva del camino.

—Dispersaos —ordenó John—. Manteneos agachados. Sargento, pasadnos los cargadores vacíos a Kyle y a mí, nosotros los recargaremos.

O'Malley gruñó y se estiró en el suelo boca abajo buscando una posición de tiro. Una bala de mosquetón pasó rozándole la mejilla.

Aparecieron un montón de jinetes agrupados.

—¡Fuego!

O'Malley y Culpepper empezaron a disparar. Sus potentes balas desgarraron a los atacantes y penetraron en sus entrañas, provocándoles heridas devastadoras. Ante la cantidad y precisión de disparos procedentes de tan pocos hombres, los desconcertados soldados rompieron la formación. Los jinetes que iban en vanguardia podrían haber frenado y dado media vuelta de no ser por la avalancha de caballos que llegaban detrás de ellos por la curva del camino.

Los dos SAS vaciaron los cargadores de treinta balas y cargaron los de repuesto mientras John y Kyle rellenaban los vacíos.

John estaba con la cabeza inclinada, concentrado en colocar la doble hilera de balas, cuando Kyle alzó la mirada y vio a un soldado que reptaba por el bosque, buscando una posición de francotirador. Estaba a veinte metros de ellos cuando se

detuvo para amartillar su rifle y apuntar.

Kyle dejó el cargador que estaba relleno, cogió el mosquetón y con un movimiento rápido apuntó y disparó.

Al oír el chasquido, John alzó la cabeza a tiempo de ver a un tipo entre los árboles que se llevaba las manos al pecho y caía hacia atrás.

—Dios mío, Kyle, buen disparo —le felicitó.

Los cuerpos se amontonaban en el camino, pero no paraban de aparecer nuevos soldados. Algunos de ellos empezaron a desplegarse por el bosque, lo que hacía más difícil abatirlos.

—¡Cuidado con esos! —gritó John—. Están intentando rodearnos.

—¡Son demasiados! —replicó Culpepper—. Van a romper nuestra defensa.

John se aseguró de no perder de vista a Emily. Si los iban a desbordar, resistiría pegado a ella.

—Toma, un cargador lleno —le dijo a O'Malley—. Quizá una ráfaga automática los atemorice y los haga recular.

—A riesgo de quedarnos sin munición —respondió a gritos el sargento.

Se oyeron nuevos disparos, estos más lejanos. Varios soldados se desplomaron a la retaguardia de los atacantes. Otros se volvieron para responder a una amenaza invisible para John y los suyos, y algunos hicieron girar a sus caballos y se adentraron en el bosque, batiéndose en retirada.

—¿Qué sucede? —gritó Kyle.

—No estoy seguro, pero de momento nos beneficia —respondió John sin dejar de rellenar un cargador vacío.

En menos de un minuto, los atacantes que no habían caído se evaporaron en el bosque y la amenaza desapareció con la misma rapidez con la que había empezado. Y entonces, por la curva del camino hizo su aparición un nuevo peligro, otro ejército, liderado por un tipo con una elegante casaca azul y larga melena rubia. Detuvo su caballo entre un montón de cuerpos desplomados y señaló hacia John y su grupo.

—¡Alto el fuego! —gritó John a los suyos—. Vamos a aclarar esto.

—¿Quiénes sois? —gritó el de la melena rubia en francés.

John levantó las manos y dio unos dubitativos pasos hacia delante.

—¿Hablas inglés?

—Sí, un poco —respondió el rubio—. ¿Quiénes sois?

—Nos dirigimos a París con una importante misión.

—¿Qué misión?

—Es una larga historia.

—¿Cómo habéis aniquilado a tantos perros con tan pocos hombres?

—Poseemos armas poderosas.

—Bajad esas armas y acercaos a mí.

—Mejor nos encontramos a mitad de camino —propuso John.

Kyle le dijo que no bajase la guardia y Emily, desde el bosque, le gritó que

tuviese cuidado.

Al pasar junto a O'Malley y Culpepper, John les pidió que bajasen las armas, pero que las tuviesen preparadas por si acaso.

El rubio, sin duda un oficial, dio varias órdenes a sus hombres y guio a su caballo con paso lento por entre los cuerpos de los caídos, disparando sin compasión con su pistola contra uno de los heridos en el suelo que hizo algún movimiento amenazador.

Cuando los dos hombres estuvieron lo bastante cerca, John vio que su interlocutor llevaba otra pistola en el cinturón, además de una espada.

El oficial tiró de las riendas de su caballo y se detuvo a unos treinta pasos de John.

—Pero si eres tú —exclamó de pronto—. John Camp.

—¿Me conoces?

—Luchamos juntos contra los alemanes en Drancy. Te recuerdo con Garibaldi. Todo el mundo hablaba del general vivo y su nuevo cañón.

—No soy general.

—Pero estás vivo, ¿verdad?

—Así es.

—Encontraste a tu dama. ¿Regresaste a tu mundo?

—Sí, pero he vuelto.

—La misión de la que hablabas.

—Exacto.

El oficial desmontó y tiró de las riendas de su caballo para acercarse a John y ofrecerle la mano.

—Soy Marcel Rougier, capitán del ejército de Francia, o más bien debería decir del ejército de la coalición de Francia, Italia e Iberia. Un cambio importante.

Rougier le explicó que sus hombres iban en persecución de un grupo de desertores franceses que habían robado armas y caballos antes de abandonar sus cuarteles.

—Garibaldi nos ordenó que los detuviésemos y eso he hecho, con vuestra ayuda. Me gustaría ver esas poderosas armas.

John llamó a O'Malley para que le mostrara un AK. El militar la descargó y permitió que el francés la inspeccionara mientras Emily salía de su escondrijo.

—Es la primera vez que veo un mosquetón como este —admitió el capitán, que lo sopesaba con admiración—. Supongo que es una de las maravillas de vuestro mundo. Entonces ¿os dirigís a París?

—Para ver a Garibaldi —confirmó John—. ¿Está allí?

—Sí, allí está, pero el camino es peligroso, *monsieur* Camp. Os protegeré por el camino, si lo deseáis.

Joseph Stalin tenía frío y estaba deprimido. Después de su derrota en Bulogne-sur-

Mer, donde su intento de dar caza a John Camp, Emily Loughy y los niños vivos que codiciaba se vio frustrado por la llegada de los barcos íberos, se había refugiado en uno de los castillos de Barbarroja en Colonia. Edificado sobre un promontorio de piedra calcárea junto al Rin, la fortaleza estaba construida con bloques de piedra caliza con relleno de creta y sílex entre las piedras, lo cual era un aislante pésimo. El viento que soplaba desde el valle del río penetraba por los muros del castillo y se colaba hasta los huesos del zar. Cuando Stalin descubrió que los aposentos del jefe de su policía secreta, Vladimir Bushenkov, aunque más pequeños que los suyos, eran más cálidos y menos húmedos, lo desalojó y se instaló él, y allí se pasaba el día entero sentado junto al fuego, envuelto en una manta.

—¡Nikita! —llamó—. ¡Ven y echa otro tronco a la chimenea! ¿Dónde demonios estás?

Su joven y pecoso secretario apareció corriendo y sin dejar de disculparse.

—Lo siendo, zar Joseph, estaba hablando con el general Kutuzov. ¿Qué necesita?

—¡Necesito más leña en la chimenea!

Nikita se puso manos a la obra y alimentó el fuego.

—¿Qué quería Kutuzov? —gruñó Stalin.

—Preguntaba si querría usted recibir al embajador eslavo esta noche.

—¿Y quiero?

—¿Qué quiere, mi zar?

—¿Quiero recibirlo?

—Eso debe decidirlo usted.

—Estoy esperando a que los esclavos me manden tropas.

Nikita le recolocó a Stalin la manta que tenía sobre el regazo.

—Yo sobre estos asuntos no sé nada.

—Bueno, pues tráeme a los que sí saben. Llama a Bushenkov y Kutuzov. ¿Has visto a Pasha?

—Averiguaré si ya ha regresado.

Kutuzov y Bushenkov formaban una pareja singular. Kutuzov, el mariscal de campo de Stalin, responsable de la planificación de todas las campañas militares, tenía aires de tío gordo y jovial, con la guerrera prieta sobre su voluminosa barriga y una cara fofa, más alegre que amenazante. Bushenkov, en cambio, era tuerto y llevaba un ojo tapado con un parche, escuálido, hirsuto y nervudo, con un rostro inexpresivo siempre enigmático.

—Bueno, caballeros —empezó Stalin—. Me estoy hartando de este maldito castillo. Quiero volver a Moscú victorioso. Alemania me repugna. ¿Cuándo vamos a atacar a ese cerdo de Garibaldi? ¿Tenemos la certeza de que su alianza con los íberos es firme? ¿Quién se unirá a nuestra campaña? Respondedme.

—Permítame que lo haga yo. —Kutuzov se balanceaba adelante y atrás sobre sus talones, un hábito que Stalin no soportaba.

—Deja de moverte. Me mareas.

—Lo siento —se disculpó el mariscal de campo—. Lo que sabemos es lo siguiente: nuestros espías nos han informado de que los íberos ahora están liderados por la reina Mencía. Al rey Pedro le disparó en un ojo uno de los hombres vivos.

Bushenkov se toqueteó el parche de cuero con gesto reflexivo al oír ese comentario.

—Nuestros espías no, camarada general, mis espías.

—También nos ha llegado información —continuó un molesto Kutuzov—, a través de tus espías, que la reina ha tomado como consorte a otro hombre vivo que decidió no regresar a Britania con John Camp y Emily Loughy.

—¿Qué ha sido de ellos? —preguntó Stalin.

—No lo sabemos. Su intención era regresar a la Tierra, pero desconocemos si lo consiguieron.

—Entonces estamos obligados a enfrentarnos a una troika. Italia, Francia e Iberia, todos coaligados contra nosotros.

—Nuestra fuerza —matizó Kutuzov—, combinada con la de Alemania, no debe ser subestimada.

Stalin apartó la manta y se puso en pie, lo que provocó que el general empezase a balancearse nervioso.

—¡El concepto de no ser subestimados no significa nada para mí! —vociferó el zar—. Exijo ganar. Quiero tener la victoria garantizada. Ellos cuentan con más tropas que nosotros. Un oponente con un ejército más numeroso no me garantiza la victoria. Quiero más tropas. ¿Qué hay de los eslavos?

Kutuzov buscó a Nikita con la mirada.

—Justo hace un rato le decía a tu secretario que, en mi opinión, un banquete en honor del embajador eslavo sería una buena maniobra.

—¿Si le llenamos el estómago y lo emborrachamos con vino conseguiremos sellar un acuerdo esta noche? —preguntó Stalin.

—Creo que estamos cerca de conseguirlo.

—¿En qué términos?

—El viejo rey Teodoro quiere oro, por supuesto.

—Por supuesto que lo quiere —se burló Stalin con desdén—. ¿Se lo podemos dar?

—Creo que sí.

—¿Qué más?

—Mujeres.

Al oír esto, el zar resopló.

—Puede disponer de todas las mujeres alemanas que desee. Yo no las quiero. Pero ni una sola rusa. ¿Qué más?

—Quiere que firmemos un pacto comprometiéndonos a no invadir el reino eslavo durante doscientos años.

—Ningún problema. Los pactos siempre pueden romperse.

—Eso es todo.

—¿Y qué obtenemos nosotros a cambio? ¿Cuántos hombres?

—Cinco mil.

Stalin dio una palmada, produciendo un sonido semejante al del martillazo que anuncia que se ha cerrado una subasta.

—De acuerdo, organizad el banquete.

Bushenkov, que había estado escuchando en silencio, con los labios tensos formando una pálida y fina línea, intervino en ese momento.

—Nos irían mejor quince mil hombres —dijo.

—Los eslavos no disponen de tantos —replicó el general con un gesto desdeñoso con el dorso de la mano.

—No hablo de los eslavos.

—Entonces ¿de quién? —preguntó Stalin.

—De Alejandro —añadió Bushenkov—. De Alejandro Magno.

—¿Puedes forjar una alianza con el macedonio?

—Puedo y lo he hecho. Mi enviado, Baburin, acaba de regresar de Roma, donde Alejandro está preparando su próxima campaña. Con Garibaldi lejos de su país e Italia vulnerable, el Magno tenía en mente continuar subiendo hacia Florencia y Milán. Sin embargo, utilizando los incentivos adecuados, lo hemos convencido de que olvide esas pequeñas conquistas y nos ayude a conquistar toda Europa.

Kutuzov lanzó un furibundo alud de críticas, alegando que era intolerable que la policía secreta hubiese mantenido la negociación a sus espaldas, sin informarles a él y al zar.

Stalin escuchó a Kutuzov y respondió por Bushenkov:

—Sí, sí, pero ¿cuáles son las condiciones del acuerdo? ¡A cambio de quince mil hombres!

—Si damos por hecho que salimos victoriosos y te proclamas zar de Europa, en primer lugar, Alejandro debería aceptarte como su zar; en segundo lugar, él seguiría gobernando Macedonia y sus tierras del este como rey; además, se anexionaría Italia e Iberia a su imperio y, por último, reclamaría también el reino eslavo para él.

—¿Y tú has aceptado estas condiciones? —preguntó Stalin.

—Lo he hecho.

Stalin mostró una amplia sonrisa y le dijo a Nikita que trajese una botella de un buen vino.

—Yo también las acepto. El pacto está sellado.

—Pero ya estamos traicionando a los eslavos —protestó Kutuzov.

—Vasily, Vasily —dijo Stalin con condescendencia—. En la Tierra cometimos este tipo de engaños casi a diario, conscientes de lo que podría sucederles a nuestras almas inmortales. En el Infierno podemos hacer lo que nos dé la gana sin ningún tipo de temor. Ya estamos aquí. Es el peor de los escenarios. Y en esto consiste nuestra existencia. Por lo que a mí respecta, dejemos que Alejandro se coma el hígado del rey

Teodoro con cebollitas. Y si el macedonio llega a ser demasiado poderoso, le ofreceremos su hígado a algún otro. El trato está sellado.

Giuseppe Garibaldi intentó levantarse con rapidez de la cama, pero la artrosis siempre se manifestaba de forma especialmente intensa por las mañanas y esta no era diferente. Como rey de un vasto imperio podría haber contado con la ayuda de todos los sirvientes y asistentes que quisiera, pero en el fondo de su corazón no era más que un viejo soldado que necesitaba y deseaba pocas comodidades. Lo que sí ardía en deseos de obtener era algo que elevase su ánimo y el de sus nuevos súbditos. Anhelaba algo que hasta ahora jamás había podido acariciarse en los despiadados dominios del Infierno: humanidad.

—¿No seguimos siendo humanos? —les había preguntado a sus acólitos, que escuchaban con suma atención cada una de sus declaraciones—. Hemos hecho cosas equivocadas. Hemos hecho el mal. Hemos sido justamente castigados y no podemos obtener la redención. Vamos a pasar la eternidad en este lugar terrible y sin duda nos queda mucho por sufrir. Pero ¿debemos aumentar nuestra condena despojándonos a nosotros mismos y a nuestros semejantes de la dignidad? ¿No hay un camino mejor, un camino que conduce a menos miedo, menos degradación, menos guerra y más, digamos, esperanza?

Garibaldi llevaba en el Infierno menos de ciento cincuenta años, poco tiempo comparado con otros muchos. Cuando falleció ya era considerado el padre de la patria, el unificador de la hasta entonces fragmentada Italia. Solo él recordaba el vergonzoso acto de violencia cometido cuando era un joven soldado y que lo había condenado al Infierno. Desde su llegada aquí había estado pensando, sin hablarlo con nadie, en una unificación de los diversos feudos infernales, siempre en guerra entre sí.

Al echar la vista atrás y evocar los importantes acontecimientos de los últimos meses se quedaba sorprendido de lo rápido que sus planes habían tomado forma. Primero Italia quedó bajo su control, después Francia y ahora Iberia. No se engañaba con respecto al destacado papel que un hombre había desempeñado en todos estos logros, un hombre vivo. Y ahora le despertaban con la increíble noticia de que John Camp había regresado. Y que estaba aquí, en París, en su palacio.

Garibaldi se puso la camisa roja y los pantalones negros que constituían su uniforme y se esforzó por superar el dolor de las muñecas para calzarse las botas altas, también negras. Como monarca de este vasto imperio, tal vez se esperase de él que vistiese ropajes acordes con su condición de rey, pero su sensibilidad igualitaria le llevaba a rechazarlos. Del mismo modo, también se negaba a dormir en los aposentos del rey Maximilien, que permanecían vacíos desde que fue derrocado. En lugar de eso, el nuevo soberano había optado por una modesta habitación al fondo del pasillo de los aposentos reales, una habitación que Robespierre utilizaba como uno de sus múltiples vestidores, el dedicado a las prendas para cazar.

Mientras cruzaba el ancho pasillo, Garibaldi oyó que alguien se acercaba corriendo por detrás de él. Se volvió y vio a su amigo y compatriota Michelangelo Amerighi da Caravaggio, con una sonrisa de felicidad dibujada en la cara.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Todavía no los he visto, pero parece que sí, es cierto —respondió Garibaldi.

—¿Los? Solo he oído hablar de John Camp.

—Lady Emily también está aquí, y algunos más.

Caravaggio se puso a la altura de su señor y lo rodeó por la cintura con el brazo.

—¡Emily también! No sé si debo alegrarme de volver a verlos o sentirme triste porque no han logrado regresar a casa.

—Bueno, ahora saldremos de dudas. Nos esperan en una de esas salas para recepciones ridículamente opulentas.

—Giuseppe, que los nobles franceses no te oigan decir eso. Todavía no entienden tu filosofía.

Mientras recorrían otro pasillo se cruzaron con Guy Forneau, el primer ministro de Robespierre, que ahora lo era de Garibaldi.

No hubo necesidad de decirle nada.

—Sí, también ha llegado a mis oídos —reconoció—. Estoy abrumado, tremendamente abrumado.

—¿Se lo habéis dicho a Simon? —preguntó Caravaggio.

—He enviado a alguien a sus aposentos —respondió Forneau—. No tardará en aparecer.

—Querrás decir que no tardarán en aparecer —le corrigió Caravaggio, guiñándole un ojo.

Forneau sonrió.

—Sí, lady Alice también, estoy seguro.

Alice Hart, una de las personas de la Tierra que se vieron atrapadas en el incidente de South Ockendon, sorprendió después a sus compañeros al negarse a regresar a casa con ellos y tomó la firme decisión de permanecer en el Infierno con el hombre del que se había enamorado, Simon Wright, el fabricante de calderas inglés. Desde entonces no se habían separado ni un minuto, ni una sola vez, y los italianos y franceses se burlaban de él sin piedad y lo llamaban *signore* o *monsieur* Hart.

En ese preciso momento, Simon y Alice aparecieron al fondo del pasillo y caminaron con paso apresurado hasta alcanzarlos.

—No sé si es la mejor o la peor noticia que he oído en mi vida —comentó Alice—. ¿No lograron regresar a casa?

—¿Sabemos por qué han venido aquí? —preguntó Simon.

Garibaldi abrió la enorme puerta doble.

—Será mejor que se lo preguntemos a ellos, ¿no os parece?

Los saludos fueron un caos. John y Emily fueron zarandeados como estrellas del rock, saltando de un abrazo a otro, mientras los ametrallaban a preguntas.

—¡Dejadles respirar! —pidió Garibaldi con una sonrisa de oreja a oreja—. Dadles la oportunidad de hablar.

—Giuseppe —exclamó John, dándole una palmada en la espalda—. Qué alegría volver a verte.

—No sé si yo debo estar contento o triste —reconoció Garibaldi—, pero, en cualquier caso, permitidme sentirme feliz de contemplaros de nuevo con mis viejos ojos, a ti y a Emily.

Ella le besó en las mejillas.

—Tienes buen aspecto —le dijo.

—Eres una mentirosa —replicó Garibaldi—. Una mentirosa encantadora. Soy un anciano sin apenas fuerzas.

—Valiente tontería —protestó Emily—. Tienes más energía que todos nosotros juntos.

Caravaggio se acercó a ella por detrás.

—¿Por fin has decidido dejar a John por mí? —le susurró.

—No exactamente —respondió ella entre risas—, pero es estupendo volver a verte.

—Después quiero enseñarte una cosa.

Cuando Emily la abrazó, Alice rompió a llorar.

—He pensado en ti cada día.

—Y yo en ti. ¿No conseguisteis volver a casa?

—Sí, pero hemos vuelto. Ya os explicaremos por qué. ¿Te has arrepentido en algún momento de tu decisión? —le preguntó Emily.

—Por supuesto, cómo no iba a hacerlo. Pero amo a Simon y aquí me necesitan. En casa nadie me amaba ni me necesitaba. De modo que estoy bien, estoy muy bien.

—Atención todos —los interrumpió John—. Quiero presentaros a mi hermano Kyle, y a estos dos grandes soldados ingleses que han arriesgado sus vidas para traernos hasta aquí, el sargento Tom O'Malley y el soldado Jack Culpepper.

—Caballeros —saludó Garibaldi—, me siento orgulloso de conocerlos.

—John me ha hablado mucho de usted, señor —comentó Kyle.

—Si eres hermano de John, entonces también eres mi hermano. He notado que cojeabas. ¿Estás herido?

—Fue algo que pasó hace mucho tiempo.

—Y aquí tenemos a estos valientes y jóvenes soldados —continuó Garibaldi, dirigiéndose a los dos miembros de las SAS—. No he podido evitar fijarme en vuestros rifles. ¿Qué son?

—AK-47, señor —respondió O'Malley—. Con cargadores de treinta balas, capaces de disparar en modo automático o semiautomático.

—¿De dónde los habéis sacado? No he visto jamás nada similar en el Infierno.

—Son obra de Kyle Camp, señor. Es armero. Los ha fabricado aquí, en una fragua de Inglaterra, perdón, de Britania, creo que lo llamáis.

—Bueno, me gustaría ver de lo que son capaces —pidió Garibaldi.

Forneau ordenó que trajesen vino y comida, y todos se sentaron en sillas y sofás para escuchar lo que tenía que contarles John.

—Supongo que será mejor que empiece con lo que sucedió cuando llegamos a Bulogne-sur-Mer —dijo.

—Eso lo sabemos —le interrumpió Simon—. Brian Kilmeade vino a París y nos lo contó.

—¿Dónde está? —preguntó John.

—Regresó a Iberia con la reina Mencía —informó Forneau—. La reina ha reunido un gran ejército para ayudar a nuestra coalición. Esperamos su llegada a París en cualquier momento.

—Brian nos salvó —les contó John—. De no ser por él, estaríamos todos aprendiendo ruso en una de las prisiones de Stalin. Pero lograr salir de Francia no supuso el final de nuestras aventuras. Tuvimos que afrontar nuevos peligros cuando llegamos a Britania.

Les explicó el regreso a Dartford, donde sufrieron una emboscada del rey Enrique y Thomas Cromwell, y les contó cómo tomaron a Enrique como rehén momentos antes de ser transportados de regreso a la Tierra; siguió por cómo se enteraron de que el personal técnico del MAAC, una clase entera de colegiales y un número indeterminado de londinenses se habían extraviado en el Infierno, y que se habían abierto de forma espontánea pasajes entre los dos mundos que habían desencadenado la llegada de una auténtica riada de moradores del Infierno a la Tierra, entre ellos bandas de vagabundos.

—Nos han llegado rumores sobre la existencia de pasadizos que llevan a la Tierra —dijo Simon—. No le daba crédito, pero ¿resulta que es cierto?

—Es cierto —ratificó Emily.

—¿Os lo podéis imaginar? —intervino Caravaggio—. ¿Quién no querría regresar al mundo de los vivos, aunque solo fuese por un día, por una hora?

—Quítatelo de la cabeza —le ordenó Garibaldi—. Ahora este es nuestro hogar y tenemos mucho por hacer.

—Por supuesto, maestro —respondió el pintor haciendo una reverencia.

—¿Qué pasó con Trevor, Arabel y los niños, y con todos mis amigos de South Ockendon? —preguntó Alice.

—Todos regresaron sanos y salvos —le aseguró John—. Trevor ha vuelto aquí con nosotros y con un escuadrón de las fuerzas especiales británicas, colegas de Tom O'Malley y Jack Culpepper. Está intentando localizar a los escolares. Los soldados se han desplegado con los rifles de Kyle alrededor de los cuatro pasadizos de los que tenemos noticia para impedir que sigan llegando a la Tierra más moradores del Infierno.

Trajeron el vino y la comida. Kyle alzó su copa y buscó a John con la mirada. Su hermano hizo un gesto de asentimiento y sonrió, dándole el permiso fraterno para

echar un trago.

—¿Y cuál es vuestra misión actual? —se interesó Garibaldi.

—Es la misión de Emily. Los demás estamos aquí para prestarle apoyo.

—Tenemos que encontrar a un antiguo colega mío, Paul Loomis —explicó—. Está con Stalin, que lo tiene retenido como asesor científico. Cuando vimos a Paul en Alemania, me dijo que sabía cómo cerrar los pasadizos. No hay ninguna persona en la Tierra que sepa cómo hacerlo. Debemos localizarlo, pedirle que nos explique el método y regresar a casa para ponerlo en práctica.

Simon tragó un bocado de faisán y preguntó:

—¿Qué sucederá si no lográis, como decís, cerrar los pasadizos?

—Que podrían agrandarse de forma espontánea —argumentó Emily—. No hay modo de predecir adónde podría llevarnos eso. ¿A una conexión entre los dos mundos del tamaño de Londres? ¿De toda Inglaterra? ¿De toda Europa? Nos llevaría al caos y la destrucción totales.

—Una marea de almas condenadas contaminando vuestras costas —imaginó Caravaggio.

—Necesitamos saber dónde está Stalin —intervino John—. Si encontramos a Stalin, encontraremos a Loomis.

—Sabemos dónde está exactamente —les aseguró Forneau—. En Colonia, preparando un ataque coordinado contra nosotros. Nuestros espías nos informan de que está buscando alianzas para superar en número a nuestros ejércitos.

—Es probable que consiga un pacto con el reino eslavo —dijo Garibaldi.

—¿Y eso qué significaría? —preguntó John.

—No sería nada bueno para nosotros —respondió Garibaldi—. Pero me preocupan más las informaciones que sugieren que está negociando con Alejandro, el macedonio. Ahora estoy en Francia. Si me fuera al sur para enfrentarme a él en Italia, los rusos y los germanos aprovecharían para atacar Francia. Pero si permanezco aquí, Alejandro continuará hostigando mi reino.

—Entonces quizá sea mejor que se una a Stalin, porque de este modo les podrás patear el culo a los dos —dijo John.

Garibaldi casi se cae de la silla del ataque de risa que le dio.

—¡Patearles el culo! Los americanos tenéis unas expresiones increíbles.

—No sé qué ganaríamos azotando en el culo a los enemigos —musitó Forneau con el ceño fruncido—, pero si entiendo lo que plantea John, una victoria decisiva sobre todos nuestros enemigos sería un gran paso adelante para nosotros.

—Y con este fin —siguió Garibaldi—, Simon ha reunido a un equipo de franceses e italianos, algunos de ellos hombres modernos, que han trabajado sin descanso en nuestra principal fragua en París para poner en práctica los conocimientos de los libros que nos regaló John sobre la construcción de armas más potentes.

—¿Y qué tal les va? —preguntó John.

Simon empezó a hablar con la boca llena, pero Alice le regañó con tono cariñoso.

—Me está intentando enseñar buenos modales, que es como tratar de enseñarle a un cerdo a volar —se rio Simon—. Si te soy sincero, John, nos llevará tiempo, creo que un año largo, modificar la chimenea de la fragua y construir una máquina de vapor para lograr la intensidad de calor que los altos hornos requieren. Solo entonces podremos empezar a fabricar ese maravilloso acero Bessemer y llegar a alguna parte.

—Eso no es una solución a corto plazo.

—Desde luego que no.

—Stalin también tiene los libros —dijo John—. Pero debemos pensar que tampoco habrá llegado mucho más lejos.

—No veo el modo de que pueda ir más rápido que nosotros —recapitó Simon—. Y él no dispone de nuestra arma secreta: Simon el fabricante de calderas.

Alice le acarició el rizado cabello.

—Si este melón crece más, no le pasará la camiseta —dijo con una sonrisa.

—Si Stalin tiene a Paul Loomis trabajando en el mismo proyecto, estoy segura de que le lleváis la delantera —meditó Emily—. Apostaría todo mi dinero por un fabricante de calderas antes que por un físico de partículas sin dudarlo un segundo.

—Bueno, ¿y cómo llegamos hasta Paul Loomis en Colonia? —preguntó John.

—Primero acabemos de comer —insistió Garibaldi—. Después me gustaría ver esos nuevos rifles vuestros en acción. Mi viejo cerebro está empezando a maquinarse un plan.

Cuando dieron buena cuenta de todo lo que les habían servido, el viejo soldado los condujo hacia uno de los patios. Por el camino, Caravaggio le preguntó a Emily si en lugar de ir con los demás podía acompañarlo un momento. Ella aceptó, sobre todo porque no tenía especial interés en ver a unos hombres disparando.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Ven, no está lejos.

El destino era una habitación en la parte trasera del palacio, no lejos de la bulliciosa cocina. Caravaggio le pidió que esperase en el pasillo, él entró y cuando salió a buscarla, Emily vio que se trataba del estudio del pintor. Había botes con brillantes colores y varias paletas encima de una mesa. Una tela sobre el caballete ocultaba un lienzo de grandes dimensiones.

—Esto es lo que quería enseñarte —dijo Caravaggio retirando la tela.

Emily lanzó un grito ahogado al ver el cuadro casi acabado.

Era un retrato de ella, posando de pie junto al ventanal del torreón de un castillo, su cabello rubio mecido por la brisa, contemplando un paisaje verde y soleado. Caravaggio la había imaginado con un vestido renacentista rojo y verde que le ceñía la cintura y le resaltaba los pechos, las mejillas sonrosadas de alborozo y los ojos vivaces mirando a lo lejos.

—¿Así es como me ves? —le preguntó en voz baja.

—Sí, en la Tierra, no en el Infierno, con pájaros piando, el sol resplandeciente y

el amor flotando en el aire.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida. Gracias.

—Soy yo quien debe darte las gracias. Tú me lo has inspirado. Me ha hecho recordar cómo me sentía cuando estaba vivo y rodeado de hermosas mujeres.

Oyeron el estruendo de disparos.

—Los soldados con sus juegos —comentó ella.

Caravaggio le tocó la muñeca.

—Emily, no olvides mi oferta.

—La recuerdo y me siento halagada, pero John Camp es el amor de mi vida.

El pintor suspiró y volvió a cubrir el lienzo.

—Y él no desprende el hedor de un artista muerto. Vamos a ver los juegos de los soldados.

Llegaron al patio cuando la demostración de tiro ya había terminado. Había astillas de la pequeña mesa redonda que habían utilizado como diana dispersas por la hierba.

—Michelangelo —llamó Garibaldi—. Tienes que ver estos increíbles rifles de repetición. Vamos, mostradle cómo funcionan.

El soldado Culpepper colocó un cargador nuevo y destrozó lo que quedaba de la mesa con varios disparos ensordecedores.

—¡Bravo! —gritó Caravaggio—. ¿Puedo cogerlo?

John hizo un gesto de asentimiento a Culpepper, que le puso el seguro al rifle.

El artista lo sopesó y exclamó:

—Este dispensador de muerte es más ligero que el arcabuz que llevo yo. ¿Cuántos de estos tenéis, John?

—Solo estos dos.

Garibaldi no podía contener su entusiasmo. Sacudía las manos como un joven mientras reflexionaba.

—Pues necesitamos docenas iguales, cientos, miles. No habrá nada que no podamos conseguir si los tenemos.

—Para el carro, Giuseppe —dijo John—. Fabricar más no va a ser tan sencillo. En primer lugar, nosotros vamos a necesitar estos dos por si tenemos que abrir fuego para llegar hasta Paul Loomis. Cuando regresemos, si es que logramos regresar, te entregaremos uno para que lo desmontéis y saquéis los moldes. Pero lo más difícil va a ser fabricar las balas y los iniciadores para dispararlos.

—Pero debéis haber transmitido los conocimientos para fabricar nuevos rifles a varios herreros ingleses.

—Pusimos mucho cuidado en que no fuese así para evitar que esta tecnología pueda caer en las manos inadecuadas. Cuando abandonamos la fragua echamos al fuego los moldes de caucho y rompimos los de yeso.

Kyle levantó la mano como un chaval al fondo de la clase.

—Disculpa. Tengo que confesar algo. —Abrió su mochila y sacó un bulto

envuelto en una tela—. Supongo que debería habértelo dicho, pero me guardé un juego de moldes de caucho.

John le lanzó una mirada furibunda.

—¿Por qué lo has hecho?

Kyle se encogió de hombros.

—No lo sé, por si nos metíamos en más líos y los necesitábamos. Supongo que debería habértelo consultado.

—Hablemos —exigió John—. Tú y yo a solas.

Se llevó a Kyle hasta una de las puertas arqueadas.

—Escucha —le espetó, furioso—, si estos moldes hubieran caído en las manos equivocadas, Garibaldi habría acabado aplastado como una nuez.

—Pero eso no ha sucedido, ¿no?

—Esa no es la cuestión —sentenció John.

—Sí, sí lo es. Si estos son los buenos, entonces pondremos los AK en las manos correctas. ¿Son los buenos?

—Sí, creo que lo son. Pero ¿lo serán siempre? Ya sabes aquello que dicen de que el poder absoluto corrompe absolutamente.

—Me temo que es un riesgo que vamos a tener que correr.

—¿También has guardado el molde de las balas?

—Sí.

—Bueno, sin iniciadores no va a servir de nada.

—También he guardado un bote de la mezcla química.

John alzó las manos al cielo.

—Joder, Kyle, suerte que estamos en el mismo equipo. Si hubieses formado parte de mi unidad en los Boinas Verdes te habría llevado ante un consejo de guerra.

Kyle se encaró con su hermano, plantando su cara a escasos centímetros de la de John.

—Bueno, resulta que soy un puto voluntario, así que a tomar por culo.

—¿También llevas al profesor Nightingale metido en la mochila? Sin él, en cuanto se acabe la mezcla del bote, se acabaron los iniciadores y las balas.

—Emily ha aprendido a elaborar el proceso químico.

John negó con la cabeza y se alejó para apaciguar su ira. Un minuto después regresó junto a su hermano.

—Bueno, ¿sabes lo que vas a tener que hacer?

—¿Qué?

John sonrió.

—Vamos a fabricarle a Giuseppe rifles y munición.

Kyle asintió.

—Es lo que esperaba que dijese.

La luz matinal que penetraba por la ventana despertó a Benona de golpe. No estaba acostumbrada a dormir de un tirón toda la noche. Desde la invasión de los moradores del Infierno se despertaba cada pocas horas y oteaba la calle a través de las ventanas, escuchaba las noticias de la radio y vigilaba a su hija.

Woodbourne dormía como un tronco bajo las sábanas y todavía desprendía un intenso olor a la colonia que se había echado por encima antes de meterse en el sofá cama. El hedor infernal era muy tenue. Por primera vez en mucho tiempo Benona se sentía protegida y amada. En su rostro se dibujaba una leve sonrisa, pero de pronto recordó algo.

Polly.

No había comprobado ni una sola vez en toda la noche cómo estaba su hija.

Al principio se sintió aliviada al ver que la niña seguía durmiendo plácidamente bajo la colcha.

Pero de pronto la invadió el pánico.

La zarandeo.

—¿Polly? ¿Polly?

La niña no respondía, al tocarla notó que estaba ardiendo y se dio cuenta de que respiraba con dificultad.

—¡Brandon, ven, rápido! ¡Es Polly!

El hombretón se levantó a toda prisa. En un instante estaba en la habitación de la niña.

—Está enferma —gimoteó Benona—, está muy enferma.

—Pero anoche le diste la nueva medicina, ¿no?

—Sí, pero quizá fuese una medicina equivocada. Creo que se está muriendo. Polly, por favor, despierta, soy mamá.

—Voy a buscar a un médico —propuso él.

—Todos los dispensarios están cerrados.

—¿Puedes llamar a una ambulancia?

—Nadie responde en el número de emergencias. No paran de decirlo en la radio.

—Entonces la llevaremos al hospital. ¿Cuál es el más cercano?

—El de Homerton. Voy a comprobar si descuelgan el teléfono.

Le temblaban las manos mientras pasaba las páginas del directorio de asistencia sanitaria buscando el número. Lo marcó. El teléfono sonó una y otra vez. Colgó y lo intentó con los números de otros departamentos. Al final colgó y rompió a llorar.

—Dime dónde está ese hospital. Iré allí e intentaré encontrar a un médico.

—Es peligroso, Brandon.

—Puedo cuidar de mí mismo.

Woodbourne dejó a Benona en la habitación de Polly, se puso sus raídas ropas y

salió a la calle. La avenida Glebe estaba desierta, igual que la carretera de Richmond. Corrió a lo largo de los tres kilómetros que lo separaban del hospital. Era extraño, pero estaba más en forma muerto que vivo. En las décadas de 1930 y 1940 fumaba como un cosaco y evitaba caminar siempre que podía ir en coche. En el Infierno no había cigarrillos y le tocaba correr con frecuencia para escapar de soldados, vagabundos o aldeanos a los que acababa de robar. Ahora sus piernas se movían con rapidez y el abrigo ondeaba tras él mientras corría por el centro de la calzada de una calle por la que no circulaba ni un solo coche.

Ben estaba en el lavabo de las oficinas centrales del MI5 cuando le sonó el móvil. Lo rebuscó en los pantalones que tenía enrollados a la altura de los tobillos y vio que la llamada procedía del Mando Militar de Drones de la RAF en Waddington.

—Wellington al habla.

—Soy el comandante Garabedian, señor. Estamos siguiendo a un objetivo y queremos su autorización para disparar.

—Ahora mismo no estoy en el centro de operaciones. Le devuelvo la llamada en dos minutos. ¿El objetivo es una amenaza inminente para algún civil?

—Creo que podemos esperar un par de minutos, señor.

Ben se lavó las manos y se apresuró hacia los ascensores. No había abandonado la oficina desde que el primer ministro lo hizo responsable de autorizar los disparos de los drones. Cada vez que había dado su consentimiento se había sentido incómodo, agobiado por las dudas. ¿Podía haber matado a algún civil? ¿Alguna vez lo sabría a ciencia cierta? No disponían de soldados suficientes desplegados por Londres como para hacer las pertinentes comprobaciones después de cada misil disparado.

—¿Qué nos han enviado? —preguntó Ben nada más entrar en la sala de operaciones.

—Ahora mismo lo paso a la pantalla grande —respondió uno de los técnicos—. Tiene usted conexión con la RAF en Waddington.

—Wellington al habla —saludó—. ¿Es solo un hombre?

La imagen ampliada con el zum mostraba una figura solitaria que corría, con el abrigo abombado por el aire, por el centro de la calle desierta.

—Un único individuo, sí —confirmó el comandante.

—No sé si merece la pena tanto alboroto por uno solo.

—Nos ha inquietado porque se puede estar acercando a un hospital. Parece que va en esa dirección.

—¿De qué hospital se trata?

—Del Universitario de Homerton.

—¿Dónde lo han localizado? —preguntó Ben.

—Hemos empezado a seguirlo en la carretera de Richmond, en Hackney.

—Kip, ¿sabemos si queda alguien del equipo médico en ese hospital?

El joven analista dijo que iba a comprobarlo y volvió enseguida asegurando que nadie descolgaba el teléfono en urgencias.

—Puede que lo hayan evacuado por completo —consideró Ben.

—La decisión es suya, señor —insistió el comandante Garabedian—. Por su ropa tenemos claro que es un morador del Infierno.

—Sí, gracias por la información —comentó Ben con sequedad—. ¿Por qué calle avanza?

—Por Fenn Street —informó Kip—. Si gira a la derecha llegará a la avenida Homerton, donde está el hospital.

—Esperen —ordenó Ben—. Todavía no tienen mi autorización.

Woodbourne siguió corriendo hasta el final de Fenn Street. A su derecha vio el edificio bajo de ladrillo marrón del hospital y una señal que indicaba la entrada de urgencias. Giró por la desierta avenida Homerton; los pulmones le ardían por el esfuerzo.

—Parece que va a entrar en el hospital —avisaron desde el Mando Militar de Drones—. ¿Tenemos permiso para disparar?

Ben estudió la imagen del hombre que corría. ¿Por qué se dirigía al hospital? ¿Qué podía llevar a un morador del Infierno a correr como un desesperado por Hackney hacia un hospital, sin perseguir a nadie y sin que nadie lo persiguiese?

—¿Tenemos permiso para disparar?

Ben contempló como el individuo se acercaba a la entrada de urgencias y desaparecía de la vista, presumiblemente en el interior.

—Blanco perdido —anunció Garabedian. Se oyó un chisporroteo por el altavoz y después de nuevo al militar con un tono diferente, menos profesional—: Joder, espero que no mate a ninguna persona inocente.

El personal del centro de operaciones, incómodo, apartó la mirada de Ben.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ben.

Se produjo un breve silencio, durante el cual Garabedian cayó en la cuenta de que no había pulsado bien el botón para cortar la comunicación.

—Disculpe, señor. Me he ido de la lengua.

—No vuelva a cuestionar mis decisiones, comandante. No sería bueno para su carrera. Mantengan los ojos bien abiertos en esa zona y veamos si sucede algo.

Woodbourne llegó ante las puertas acristaladas automáticas de urgencias e intentó abrirlas empujando. Cuando eso no dio resultado, trató de romperlas. Sus puñetazos no atrajeron la atención de nadie. Desesperado, golpeó las puertas con el hombro una, dos, tres veces y para la cuarta tomó impulso y se lanzó contra el cristal de seguridad, que se rompió en mil pedazos.

Entró y se dirigió al mostrador de recepción.

—¿Hola? —llamó—. Necesito un médico.

Sus palabras resonaron en la sala.

—¿Hay alguien?

Se paseó por la zona de urgencias, por los cubículos vacíos y la sala de trauma; todo estaba impoluto, ordenado y vacío. El sol, que se filtraba por los ventanales del

pasillo que llevaba a las habitaciones de los pacientes, hizo mella en sus sensibles ojos. Tuvo que parpadear y fijar la vista para leer el directorio. La unidad de pediatría estaba en la primera planta.

Al salir de la escalera pensó que la unidad estaba tan desierta como el resto del hospital, pero entonces oyó un zumbido y trató de localizar su procedencia. El rastro lo llevó hasta las puertas acristaladas de la unidad de cuidados intensivos pediátricos. En la primera habitación vio a un niño pequeño inmóvil en una cuna, intubado por la nariz y con un respirador que subía y bajaba.

—Disculpe, ¿puedo ayudarlo?

Era una voz de mujer, inquisitiva, severa, retadora.

—¿Ayudarme? Sí, necesito un médico.

—No puede entrar aquí —le recriminó la enfermera—. El hospital está cerrado. ¿Cómo ha accedido al edificio?

—Hay una niña. Está muy enferma.

La enfermera reparó de pronto en los detalles de su aspecto: la ropa, la mirada furtiva, el hedor corporal.

Empezó a recular, dando titubeantes pasos hacia atrás.

—¿Es usted...?

—Necesito un médico —insistió él, avanzando a medida que ella retrocedía.

—¡George! —gritó la enfermera—. ¡George, necesito tu ayuda!

Apareció desde una habitación un hombre alto y desgarbado, con barba de varios días y un estetoscopio colgado del cuello.

—¿Qué...?

No terminó la frase. Cuando vio a Woodbourne también él se percató de la naturaleza de la amenaza.

—Escuche —dijo el médico—. No queremos problemas. Estamos cuidando a tres niños que están demasiado enfermos como para trasladarlos. Somos las únicas personas que quedan en el hospital. Si lo que quiere es comida, podemos darle una parte de la nuestra. Pero después queremos que se marche.

—¿Es usted médico?

—Sí. Soy el doctor Murray.

—Hay una niña enferma no muy lejos de aquí. Estoy ayudando a su madre. Necesito que venga conmigo.

—Estoy desconcertado —reconoció Murray—. Usted no parece... —Se detuvo, buscando el modo correcto de decirlo—. Usted no parece ser de por aquí.

—No lo soy. Pero lo fui.

—¿Cómo se llama?

—Brandon. Brandon Woodbourne.

El médico adoptó un tono tranquilizador, pero que sonaba falso.

—Brandon, ¿puedo llamarte por tu nombre?

—Me da igual.

—Brandon, por lo que hemos oído en los informativos, no hay niños allí de donde tú vienes.

—Puede llamarlo por su nombre. Vamos, dígalo.

—Sí, bueno, supongo que es el Infierno. Es difícil de asimilar.

—La niña es de aquí. Y su madre también.

—Pero no creíamos que... —empezó a decir la enfermera.

Woodbourne la interrumpió.

—¿No creían que los moradores del Infierno pudiesen hacer nada bueno? No somos animales. La niña y su madre... significan mucho para mí.

—En Londres están pasando cosas terribles —insistió la mujer—. Todos tenemos miedo.

—Deben tener miedo —admitió Woodbourne—. Deben tenerme miedo. Fui un asesino. Soy un asesino. Pero necesito su ayuda y no les haré daño, se lo prometo.

—¿Qué le sucede a esa niña? —preguntó Murray.

—Tenía un fuerte dolor de oído. Anoche su madre le dio una medicina, pero no ha servido de nada. Esta mañana tenía fiebre y no se ha despertado.

—¿Qué edad tiene?

—No sé nada sobre las edades de los niños. Es de esta altura.

Colocó la mano a la altura de su cintura.

—De acuerdo. ¿Sabes qué medicina le han dado?

Le mostró la cápsula que le había dado Benona.

—Últimamente nos estamos encontrando con muchas resistencias a la amoxicilina —comentó el médico, devolviéndole la pastilla—. Es posible que la infección se haya extendido al cerebro y la médula espinal. Puede tener una meningitis.

—¿Eso es malo?

—Puede ser muy malo —intervino la enfermera—. Probablemente necesite un antibiótico diferente que habrá que administrarle con un gotero.

—Estoy de acuerdo —convino Murray—. Tienes que traerla aquí.

—No, quiero que venga usted conmigo.

—Ninguno de nosotros dos puede abandonar su puesto —negó Murray con firmeza, a pesar del leve temblor de su voz—. Estos tres niños están demasiado graves como para dejarlos al cuidado de una sola persona.

El tono de Woodbourne se volvió amenazador.

—Puedo obligarle a acompañarme.

—Te voy a explicar la situación. Aunque te acompañase, aunque los dos te acompañásemos, por lo que me dices la niña está demasiado grave como para poder atenderla en casa. Es muy probable que necesite más de un medicamento. Puede que tengamos que conectarla a un respirador y a un monitor de signos vitales como estos. En casa puede morir. En cambio, si la traes aquí, es posible que logremos salvarle la vida.

—Si lo hago, ¿me promete que la atenderán?

—Lo prometo —aseguró Murray.

—Si no lo hace, sabe que lo mataré.

—Te creo.

Woodbourne se frotó la cara mientras reflexionaba.

—De acuerdo, la traeré.

—¿A qué distancia está? —preguntó la enfermera.

—A unos tres kilómetros.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—Corriendo.

—No vas a poder traer a una niña inconsciente a pie —reflexionó la mujer.

—Robaré un coche.

La enfermera sacó un juego de llaves del bolsillo de su bata.

—El Vauxhall rojo aparcado delante de urgencias, en una de las plazas para las ambulancias, es el mío.

A Woodbourne le sorprendió la desconocida sensación de notar una lágrima descendiendo por su mejilla. Se la secó y contempló la humedad en las yemas de sus dedos antes de coger las llaves.

—Gracias.

La cámara del dron Predator captó la imagen del hombre saliendo del hospital.

—Aquí lo tenemos de nuevo —anunció Garabedian por el micrófono.

—Lo veo —replicó Ben, que lo observó mientras se acercaba a un coche.

—Va a robar un vehículo —dijo Garabedian.

—¿En serio? —preguntó Ben—. Más bien parece que ha utilizado una llave.

El coche salió a toda velocidad por la avenida Homerton y giró a la izquierda en dirección contraria por Fenn Street, seguido por la cámara.

—En cualquier caso, en nuestra opinión se trata de un morador del Infierno y acaba de apropiarse de un vehículo. ¿Tenemos permiso para disparar?

Ben se mantuvo en silencio, observando con atención el coche que iba hacia el oeste por Hackney.

—¿Tenemos permiso?

—Ahí abajo hay algo que no cuadra —murmuró Ben en voz tan baja que Garabedian no pudo oírlo.

—Disculpe, ¿qué ha dicho?

Ben bajó la mirada del monitor y clavó la mirada en el micrófono Polycom como si fuese un ser animado.

—No tienen, repito, no tienen permiso para disparar. Continúen con el seguimiento del coche. Quiero ver adónde se dirige.

Desde el otro extremo de la línea llegó un malhumorado «Afirmativo».

Ben volvió a concentrarse en el monitor. El coche parecía moverse por el barrio con un destino claro. En la extensa y recta carretera de Richmond el vehículo alcanzó

una velocidad que Ben estimó en como mínimo cien kilómetros por hora.

—Parece que se dirige a Kingsland —comentó Kip, el analista.

—Tal vez —respondió Ben.

El coche cruzó el puente sobre la vía férrea y giró a la izquierda por la avenida Glebe, pero en lugar de volver a girar enseguida a la derecha por Kingland siguió por Glebe y frenó en seco. El conductor se apeó y entró en un edificio.

—Dios mío —murmuró Ben—. Dios mío.

—¿Qué sucede? —preguntó Kip.

—Conozco ese edificio. He estado allí. Ahí vive una mujer polaca con su hija. Hace dos meses un morador del Infierno la retuvo como rehén. Lo capturamos y lo enviamos de vuelta a su mundo. Conozco el nombre de este tipo al que hemos estado siguiendo. Es Brandon Woodbourne.

Se oyó la voz de Garabedian por el altavoz:

—Pues en ese caso hemos perdido la ocasión de matar a esa escoria.

Ben no le respondió.

—Ha ido al hospital y ha vuelto. Creo que acaba de hacer algo noble. Kip, busca en mis archivos el número de teléfono de esa mujer polaca. Necesito telefonar de inmediato.

—¿Cuántas balas tienes? —le preguntó Willie a Del cuando llegaron al apartamento del primero.

—Solo las cinco que hay en el cargador de la pistola.

—Es ridículo. Pensaba que eras un gánster.

—¿Quién te ha dicho que era un gánster?

—Es lo que comenta todo el mundo —le explicó Willie mientras servía el té recién hecho—. ¿Es una patraña?

—Bueno, puede que sí lo fuese. Es solo que no me gusta que la gente hable a mis espaldas.

—¿Y qué esperabas? No hay muchos más alicientes en una residencia de ancianos.

—Bueno, pues es todo lo que tengo. Cinco balas.

—Con eso no vamos a causar estragos, ¿no te parece?

Del aceptó el té y preguntó de qué marca era.

—¿PG Tips? Está delicioso. Y dime, Willie, ¿tú a qué te dedicabas?

—A esto y a lo otro. De joven, justo después de la guerra, formé parte de una unidad de desactivación de bombas en Londres. Solíamos recibir diez, veinte llamadas diarias para desactivar bombas alemanas que no habían explotado. Un trabajo peliagudo, pero salí de allí sin perder ni un solo dedo de las manos o los pies. Después de eso, me saqué el título de electricista y empecé a trabajar para...

—Tu trabajo como electricista me importa un pito —le interrumpió Del, con un

súbito interés—. Háblame de tu trabajo desactivando bombas.

—¿Qué quieres que te cuente? Alguien localizaba una bomba. Nosotros le quitábamos el detonador. Punto final.

—Vale, pero ¿sabes fabricarlas?

—¿Fabricar una bomba? ¿Yo?

—No, tú no, la reina de Inglaterra.

—Nunca he fabricado una, pero sé cómo se fabrican. ¿Por qué me lo preguntas?

—Para hacer saltar por los aires a esos putos visitantes del Infierno de la cafetería, claro está. ¿Eres duro de mollera o qué?

—¿Quieres que fabrique una bomba?

—Sí, ¿por qué no? ¿Qué necesitaríamos para devolverlos al Infierno de un bombazo?

Willie recorrió con la mirada su apartamento de un dormitorio.

—Bueno, veamos. Tengo pólvora en el armario, varios metros de tubos de hierro en el cajón de los calcetines, cable para el detonador en el lavabo...

—No seas sarcástico conmigo —gruñó Del—. Nunca he soportado a los graciosillos.

—Escucha, Del, no sé qué decirte. Soy un anciano con posesiones de anciano, ninguna de ellas mortífera, salvo mi ropa interior sucia. Ni siquiera MacGyver dispondría de todo el material necesario para fabricar lo que me pides.

—No, hablo en serio. El tuyo no es el único apartamento del edificio. ¿Qué elementos de uso cotidiano que cualquiera podría tener en su casa necesitarías para fabricar una bomba?

Willie se levantó y empezó a pasearse alrededor del sofá.

Murmuraba para sí mismo y Del fue oyendo cosas del tipo: «pólvora no vamos a encontrar, ¿verdad que no?» y «fertilizante no vamos a encontrar» y «tal vez sí un depósito de propano» y «necesitaremos algo jodidamente eficaz que no ocupe mucho» y por fin, en voz más alta, «el óxido de hierro no es un problema, vinagre, garantizado, tengo un montón de tornillos y tuercas, pero falta eso, ¿no?».

Del ya no aguantaba más.

—¿En qué estás pensando?

—Si pudiésemos entrar en una juguetería, creo que podría fabricar algo capaz de hacer saltar por los aires una habitación repleta de esos cabrones.

Del cogió su pistola de la mesa de la cocina y agarró a Willie de la manga.

—Ven a mi casa. Tengo un baúl lleno de juguetes.

Willie contempló el enorme baúl de madera repleto de muñecas, instrumentos musicales de plástico, juguetes de construcción, vídeos y juegos de mesa.

—¿Qué coño haces con todas estas cosas?

—Son para mis nietos, claro. Me los dejan los fines de semana y se van a tomar un curry y unas pintas. Sin el baúl mágico acabaría volviéndome loco.

—¿Te importa si hurgo un poco?

—Toquetea todo lo que quieras.

—Entonces dame una almohada.

—¿Para qué? ¿Necesitas echar una cabezada?

—Es para mis jodidas rodillas.

Willie se arrodilló y empezó a rebuscar en el baúl y a sacar cosas para comprobar qué había debajo. Le interesó sobre todo un coche de plástico con ruedas de caucho.

—¿Tienes el control remoto de esto?

—Si está en el baúl, lo tendremos. Si no, no.

Willie lo encontró metido dentro de una marioneta.

—Esto podría servir —murmuró, mientras seguía rebuscando en las profundidades del baúl. Cuando ya empezaba a asomar la madera del fondo, estiró el brazo y exclamó—: ¡Bingo!

Lo sacó con gesto triunfante. Un telesketch rojo.

—¿Qué pretendes hacer con esto? —preguntó Del señalando la vieja pizarra magnética—. ¿Dibujar el esquema de la bomba?

—Hombre de poca fe —respondió Willie—. Vamos a mi apartamento y pongámonos manos a la obra.

Trabajaron hasta bien entrada la noche. Willie utilizaba la mesa de la cocina como banco de trabajo. Del montaba guardia, hacía periódicas incursiones por el pasillo y la escalera armado con la pistola y vigilaba por las ventanas cualquier movimiento de los moradores del Infierno.

Willie tenía varias herramientas desplegadas ante él, el telesketch despanzurrado y el mando a distancia desmontado en piezas a un lado, y el extintor de la cocina desenroscado y vacío. Con las gafas de leer en la punta de la nariz y sus nudosas manos practicando agujeros y abriendo cables, los años parecían dejar de pesar como una losa. Incluso empezó a canturrear como si ninguna preocupación le rondase por la cabeza. De vez en cuando iba añadiendo alguna nueva información sobre las cualidades de la termita.

—La clave es el polvo de aluminio que hay en el interior del telesketch, amigo mío. Ahora tenemos que añadir óxido de hierro, para lo cual entran en acción el estropajo de acero y el vinagre, y cuando se mezcla todo, aparece la termita. Genera un montón de calor y energía cuando se enciende, digamos que mediante el chispazo eléctrico de una pila.

—¿Por qué no te tapas la boca con un calcetín, colega? —farfulló Del mientras se servía un poco más de whisky—. Estoy harto de tus peroratas. Mientras haga bum, seré el hombre más feliz del mundo.

Un rato después, Willie levantó la vista de la mesa de trabajo para descansar los ojos.

—¿Así que eras un gánster? —preguntó.

—Ya he dicho que lo fui, ¿no? —respondió Del—. ¿Por qué te interesa tanto?

—Me ronda una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Sí... bueno, si te cargaste a alguien.

Del negó con la cabeza.

—Que tenga una pistola no significa que haya matado a alguien. Para mí no era más que una herramienta de trabajo.

—Mi herramienta de trabajo era un destornillador y lo utilizaba a todas horas.

—Escucha, en mi época cometíamos muchos atracos y llevaba la pistola por si acaso, pero nunca tuve que utilizarla. La gente ve toda esa mierda en la tele y se cree que los gánsteres de antaño iban por ahí en plan Dillinger. No era así. A veces, cuando robábamos una joyería o un banco, les ofrecíamos a los rehenes cigarrillos para que se tranquilizasen mientras nosotros íbamos a lo nuestro.

—Así que eras muy humanitario —dijo Willie riendo.

Del lo miró con una mueca de mofa.

—Sí, exacto.

A las cuatro de la madrugada Willie cantó victoria, despertó a un desorientado Del, que se había quedado frito, y le mostró su obra acabada.

El extintor estaba montado de nuevo. Había cargado en su interior la termita casera, envuelta con tiras de algodón recortadas de un par de calzoncillos, y todos los tornillos, tuercas, pernos y clavos que los dos amigos habían encontrado en sus respectivos apartamentos. De un pequeño agujero perforado en el metal emergía un cable eléctrico, que estaba conectado al receptor del control remoto del coche de juguete y a varias pilas, todo sujeto al extintor con cinta aislante.

—No estallará aquí de repente, ¿verdad? —preguntó Del.

Willie alzó la mano en la que sostenía el mando del control remoto.

—No, a menos que pulse este botón.

—Bueno, pues no lo hagas.

—¿Estás listo? —preguntó Willie.

—Sí, vamos a mandar a esos capullos de vuelta al Infierno.

Temían utilizar una linterna por miedo a atraer la atención de los moradores del Infierno mientras se acercaban a ellos, de modo que optaron por avanzar a oscuras con suma cautela por los edificios de la residencia de ancianos hasta llegar a la cafetería. El plan era muy sencillo. Los dos se deslizarían por el interior lo suficiente para que Del pudiese colocar la bomba. Después, Willie pulsaría el botón, se produciría una enorme explosión que haría saltar por los aires a esos seres del Infierno y los dos se irían a dormir a sus camas.

Del se puso de puntillas sobre el parterre para poder echar un vistazo por una de las ventanas de la cafetería. Una nevera abierta en la cocina repartía algo de luz por la sala.

El anciano se agachó.

—¿Y bien? —susurró Willie.

—Esos cabrones están tumbados en el suelo.

—¿Dormidos?

—Bueno, muertos no están, ¿no crees?

—¿Preparado? —preguntó Willie.

—Nací preparado —gruñó Del alzando el revólver.

Se dirigieron a la puerta lateral de la cafetería e intentaron abrirla. El pomo se movió y tras unos pasos arrastrando los pies ya estaban dentro.

Monk dormía al lado de Heath.

Tenía el sueño ligero incluso cuando estaba borracho, una aptitud para la supervivencia desarrollada después de dos siglos como vagabundo. Oyó algo y le dio un golpecito a su jefe.

Heath, tumbado con la cabeza sobre el codo plegado, murmuró algo ininteligible.

—Despierta. Ha entrado alguien.

Heath levantó la cabeza, todavía medio dormido.

—¿Qué sucede? Nunca estoy tan agotado como para no tener ganas de despanzurrar a alguien.

El caballo de Trevor estaba escuálido y era incapaz de mantener el galope. Mientras cabalgaban hacia el oeste por un camino lleno de socavones que conducía a Devon, se acordó de que hacía solo dos meses que había montado a caballo por primera vez. Recordó el entrenamiento que recibió de Brian Kilmeade. Ahora que Brian había renunciado a estar bajos los focos, quizá él podría postularse ante la BBC para sustituirlo como presentador del programa sobre armamento medieval. Siempre y cuando lograra regresar a casa.

Con todas estas ideas rondándole por la cabeza, comenzó a pensar en Arabel. Se preguntaba dónde estaría, cómo le iría, cómo estarían digiriendo los niños sus traumáticos recuerdos. Eran unos críos encantadores. Esperaba que la experiencia no les marcara de por vida. Si salía de esta, le propondría a Arabel formar parte de su vida de forma permanente. Sería un buen padre para esos niños. Y quizá les dieran algunos hermanitos y hermanitas más.

Estaba tan concentrado en sus pensamientos e hipnotizado por el ritmo del trote, que no avistó el peligro con la anticipación que le hubiera gustado. Pero los soldados de Cornualles que iban al frente de la patrulla sí vieron venir a Trevor, primero una simple mancha a lo lejos, después la silueta de un hombre a caballo. Los soldados avanzaban hacia el este, atraídos por las historias de mágicos canales en Leatherhead y Sevenoaks que podían trasladarlos del Infierno a la Tierra.

Cuando Trevor los vio, los soldados de la vanguardia ya se le acercaban al galope. Maldijo, desmontó y ató las riendas del caballo a la rama de un arbusto junto al camino. Preparó el AK-47, se agachó buscando una buena posición de tiro y abrió la mochila para poder coger la munición que necesitaría. Era difícil distinguir cuántos soldados se acercaban porque llegaban envueltos en una nube de polvo. Pensó que una treintena de disparos desde larga distancia serían más que suficientes para neutralizar la amenaza. No trató de ponerse a cubierto. Su capacidad de disparo era diez veces más rápida que la de los mosquetones de pólvora a los que podía tener que enfrentarse.

Controló la respiración y apuntó. El jinete que iba en cabeza estaba a unos doscientos metros. Trevor era un tirador experto, pero las miras estaban fijadas y no se podían calibrar. No era culpa de Kyle. Ya era un milagro haber logrado fabricar estos rifles. Si lograba derribar al primer jinete sería un golpe de suerte, pero merecía la pena intentarlo para convencer al resto de que reculasen.

Contuvo el aliento y apretó el gatillo. El jinete siguió avanzando. No vio que se levantase polvo en ningún punto del suelo y tampoco había tocado al caballo, así que dedujo que el disparo había ido alto. Apuntó bajando el rifle y volvió a disparar.

El jinete se desplomó y un pie se le quedó atrapado en el estribo. El caballo giró y se adentró en el bosque. Desde esa distancia no podía distinguir la expresión de

desconcierto de los demás soldados, incapaces de entender cómo podían haber derribado a su capitán desde tan lejos.

Siguieron avanzando.

Trevor continuó disparando; cada tres tiros derribaba a un par de hombres y un caballo.

Pese al aumento de las bajas, el resto de los jinetes no se detenían.

—¿Cuántos son? —se preguntó en voz alta.

Estaban a cien metros cuando se le vació el cargador; lo sacó y buscó otro en la mochila. Desde esta distancia no parecía que quedasen más de seis u ocho soldados, de modo que le bastaría con el cargador de repuesto. Pero no quería correr ningún riesgo, sino recargar rápidamente el agotado antes de colocar el de repuesto. Pero la mano que había metido en la mochila no lograba encontrar el cargador. Tampoco las balas sueltas. Lo que la mano palpaba eran piedras.

—¿Qué cojones es esto?

Apartó los ojos de la amenaza que tenía delante y miró el interior de la mochila, pero no sirvió de nada. Le habían robado el contenido y estaba metido en un buen lío.

Uno de los soldados debió de pensar que Trevor ya estaba lo bastante cerca y disparó el mosquetón desde la silla de montar. La bala de plomo se quedó corta, pero impactó en el camino, inquietantemente cerca. Trevor valoró por un momento la posibilidad de montar en su caballo e intentar huir, pero el animal era demasiado lento. Y si huía a pie por el bosque lo atraparían tarde o temprano.

Tomó una decisión. Haría algo irracional. Se lanzó en una carrera en zigzag hacia sus enemigos, mostrando el rifle y gritando como un poseso.

A cincuenta metros sonó otro disparo. Oyó el zumbido pasando junto a él. Esperó el siguiente. Y esperó. Pero no llegó. Vio que los soldados desenvainaban sus espadas y entendió lo que sucedía; ninguno tenía armas de fuego cargadas.

Dejó de zigzaguear y corrió directo hacia ellos.

—¡Es vuestra última oportunidad! —gritó—. ¡Os voy a disparar!

Uno de los jinetes se detuvo y dio media vuelta a su caballo. Otros tres le siguieron. Los tres últimos que quedaban volvieron la cabeza para mirar a sus camaradas que huían y eso fue suficiente. También ellos decidieron dar media vuelta y se alejaron galopando por donde habían venido.

Trevor se dejó caer de rodillas, repentinamente agotado. Se sorprendió a sí mismo hablándole a Arabel.

—Espérame, ¿de acuerdo? Estoy esforzándome al máximo para regresar contigo.

Tiró de su caballo hacia los soldados caídos y los caballos muertos y recogió todas las armas que encontró. Ahora llevaba una espada en el cinturón y otras tres sujetas en la silla de montar, junto con una ballesta y un puñado de flechas. En su mochila, en lugar de piedras, cargaba una pistola, pólvora y balas. Odió tener que desembarazarse del AK-47, pero ahora no era más que un peso muerto. Utilizó la espada para enterrarlo en un hoyo poco profundo junto al camino y continuó su viaje

hacia Devon.

Fue Danny el que levantó un tablón del suelo suelto bajo su colchón relleno de paja y descubrió que la tierra que había debajo de la cabaña en la que los tenían recluidos era húmeda y blanda. Mientras los chavales ingerían su escasa y asquerosa ración de gachas, debatieron la posibilidad de fugarse.

Se dividieron en dos bandos. Los chicos más fuertes, Glynn, Boris, Nigel y Danny, eran partidarios de escapar. Los más débiles, Kevin, Stuart, Andrew y, con una actitud más vehemente, Harry, opinaban que era una locura. Solo Angus se mantuvo en silencio, tal vez intuyendo que su voto sería el decisivo.

—Si nos quedamos aquí, moriremos —afirmó Nigel—. Enfermaremos, o nos aplastará un caballo o... o... no sé qué sucederá, pero moriremos.

—Esto es una tontería —le cortó Kevin.

—¿Por qué es una tontería? —preguntó Boris.

—Porque lo es, por eso. Moriremos si intentamos volver a Sevenoaks. Nos perderemos y nos devorarán los vagabundos.

—Si seguimos aquí acabaremos envenenados con esta comida —replicó Danny—. O Ardmore nos pegará hasta matarnos por trabajar demasiado lento.

—Si nos quedamos, no regresaremos jamás a nuestras casas —intervino Boris—. ¿De verdad deseáis esto?

Angus seguía callado, y escuchó cómo iban y venían los argumentos. Cuando ya no lo soportó más, se levantó de su colchón y dijo con tono enojado:

—Ya basta. Callaos todos. Estáis empatados cuatro contra cuatro, así que mi voto es decisivo. Vamos a optar por la idea de Danny. Cavaremos un túnel para salir de aquí. Vamos a escaparnos. Prefiero morir intentándolo que palmarla en este agujero de mierda.

Eso zanjó la discusión. Ya no solo eran los chicos más fuertes; ahora había una mayoría, e incluso los que se oponían entendieron que era lo justo.

Se pusieron manos a la obra esa misma noche. Cavaron con cucharas de madera, trabajando por turnos durante toda la madrugada. Todos participaron, incluido Harry. Fue al siempre práctico Stuart a quien se le ocurrió cómo esconder la tierra extraída. Hizo un agujero en la arpillera de su colchón y empezó a rellenarlo de tierra. En pocos días los colchones contenían más tierra que paja.

Por fin el túnel bajo los tablones alcanzó el metro y medio de largo, lo bastante como para pasar por debajo de la pared de la choza, y era lo bastante ancho para que incluso Boris, el más grande de todos, pudiera deslizarse por él. La noche acordada para la fuga ninguno de los chavales durmió. Pegaron la oreja a las paredes, atentos a los ruidos hasta que dejaron de oír las risas y conversaciones de los trabajadores de la granja. Decidieron esperar un par de horas más para asegurarse de que todos se habían dormido. Retiraron el pesado colchón lleno de tierra de Danny y levantaron

los tablones.

—Yo entraré primero —se ofreció Danny—. Esperad aquí hasta que vuelva y os avise de que no hay moros en la costa.

Esperaron lo que les pareció una eternidad, con los nervios de punta. Angus les tranquilizó asegurándoles que todo iba bien, pero incluso él pareció aliviado cuando la cabeza de Danny asomó por el suelo.

—No he visto a nadie —contó—. Está muy oscuro. Vamos a tener que avanzar a tientas, guiándonos por las vallas de los corrales hasta que lleguemos al bosque de detrás del establo.

—El camino no está lejos de allí —apuntó Angus.

Harry no había abierto la boca en toda la noche. Había permanecido sentado, apoyado contra la pared, con las rodillas flexionadas y los ojos clavados en el suelo.

—Y después ¿qué? —preguntó.

—Ya sabes qué —respondió Nigel—. Sé que no eres idiota, así que solo estás poniendo problemas. Como hemos planeado, recorreremos el máximo trecho de camino que podamos y cuando amanezca nos esconderemos en el bosque por si salen a buscarnos.

—Entonces nos moveremos por la noche, igual que los vagabundos —siguió Harry—. Brillante.

—En ningún momento has propuesto un plan mejor —dijo Glynn.

—Porque no lo hay. Al menos aquí estamos a salvo de los vagabundos.

Nigel se acercó a la pared y tiró de Harry cogiéndolo por los brazos para levantarlo.

—¿Sabes quién es el único que está a salvo aquí, Harry? Tú. Nosotros hemos estado trabajando hasta la extenuación como esclavos mientras tú te escondías bajo las faldas de Bess contándole historias y comiendo mejor que nosotros. —Cerró el puño y cogió impulso para arrearle un puñetazo—. Estoy harto de ti.

Angus se interpuso y lo apartó del enclenque muchacho. Aunque Glynn, buen luchador, podría haberlos golpeado a los dos, no quiso pelearse con su amigo. Optó por liberarse de la presa y se alejó enfurruñado.

—Vamos a seguir todos juntos —dijo Angus—. Y no nos vamos a pelear. ¿Alguien quiere cambiar su voto?

Todos negaron con la cabeza.

—Entonces seguimos cinco a cuatro. La mayoría gana. Hemos trabajado muy duro para cavar el túnel. Hoy es la gran noche.

Danny volvió a pasar el primero, seguido por Kevin. Fueron alternando uno de los chicos fuertes y uno de los débiles hasta que solo quedaron Andrew, Angus, Harry y Boris.

—Adelante, Andrew —le animó Angus—. Tú eres el siguiente.

El chico empezó a gimotear.

—No me gustan los espacios cerrados.

—Adelante —insistió Angus—. Cuanto antes te metas, antes saldrás al otro lado.

—No quiero.

Angus tenía planeado pasar el último, pero tuvo que cambiar de opinión después de un rápido intercambio de impresiones con Boris.

—Te propongo una cosa. Yo pasaré detrás de ti y te iré empujando para que no te detengas.

—¿Irás pegado a mí? —resolló Andrew.

—Sí, notarás mi mano en los tobillos.

Angus convenció a Andrew de que se metiera en el túnel y antes de unirse a él les dijo a Harry y Boris que no se entretuviesen. Acto seguido desapareció.

—Vamos —le dijo Boris a Harry—. Es tu turno.

—No.

—¿Qué quieres decir con este no?

—Que no voy a ir —repitió Harry con firmeza—. Me lo he estado pensando mucho y he decidido quedarme con Bess. Ella es buena conmigo y tengo miedo, así que me quedo.

—Oh, no, de eso nada, mierdecilla —gruñó Boris, agarrando al menudo chaval con sus musculosos brazos y cargándolo como si fuese una alfombra enrollada.

—¡Suéltame! —gritó Harry.

—Cierra el pico —le ordenó Boris—. ¿Quieres que nos oigan?

—¡Sí, eso quiero!

Boris embutió al chaval en el túnel de cabeza y lo empujó como si estuviese cargando un cañón. Las protestas del chico quedaron amortiguadas y Boris siguió empujándolo hasta que tuvo espacio suficiente para meterse y gatear detrás de él. Harry intentaba recular mientras Boris lo empujaba hacia delante, pero la fuerza y mayor corpulencia de Boris se impusieron a los esfuerzos del muchacho y ambos fueron avanzando hacia el orificio de salida.

Angus oyó el jaleo y volvió a meterse en el túnel para comprobar qué sucedía. Notó que Harry tenía las manos pegadas a las paredes, bloqueando el movimiento en lugar de avanzar a gatas, de modo que lo agarró por las muñecas y tiró de él.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurró Angus.

Angus oyó a Boris pidiéndole que tirase de Harry, y así lo hizo con todas sus fuerzas. Por fin la cabeza de Harry asomó por el agujero de salida, pero el chico seguía pateando con rabia.

Angus notó una vibración y se oyó un ruido sordo.

El túnel se desplomó, dejando a Harry semienterrado.

Boris lanzó un amortiguado y angustioso alarido y después se hizo el silencio.

Harry empezó a gritar.

Una y otra vez.

Angus le arreó dos puñetazos en la boca y el chico se calló.

—Ayudadme a sacarlo —les pidió a los demás.

Danny y Glynn tiraron de los flácidos brazos de Harry y lograron liberarlo. Una vez despejado el camino, Angus empezó a cavar con las manos a toda velocidad, sacando la tierra que se había desplomado.

Se oyeron gritos procedentes de la casa de Bess y Ardmore.

Glynn tiró con fuerza de Angus para apartarlo de la boca del túnel.

—¡Es inútil! ¡Tenemos que marcharnos!

—¡No podemos dejar a Boris!

—Ha quedado sepultado. ¡Está muerto! Vámonos, por favor.

Angus se puso en pie. Oyó más gritos. Parecían de Ardmore.

—¡Corred!

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Glynn señalando a Harry.

—Dejad aquí a este cabrón.

—No podemos hacerlo —se negó Glynn—. Ayúdame a levantarlo.

Angus cedió y Glynn se cargó a Harry sobre el hombro y siguió a los demás hasta la valla.

Ahora la voz de Ardmore ya resultaba inteligible.

—¡Detenedlos! ¡Rápido!

—Nos van a atrapar —gritó Danny.

Stuart corría junto a la valla cuando empezó a oír los balidos cada vez más numerosos de las ovejas del nervioso rebaño. Después le adjudicarían a él el mérito de la idea, pero lo cierto es que apenas recordaba haber abierto la puerta del cercado y empezar a correr entre el rebaño hasta que las doscientas ovejas salieron en estampida del redil.

Mientras los chicos se diluían en la oscuridad de la noche, Angus oyó la estridente voz de Bess alzándose por encima de los berridos de las asustadas ovejas, ordenando a sus hombres que atraparan a todos los animales. Y oyó una última frase que le heló la sangre.

—¡Angus! ¿Me oyes? —gritó Bess—. Vas a pagar por esto, pequeño bastardo. Más te vale que te pillen los vagabundos y no yo.

Una vez más se metieron en una fragua con un trabajo que les iba a llevar toda la noche, aunque en esta ocasión la forja estaba dentro de los muros de la ciudad de París, en la orilla norte del Sena.

El maestro herrero, un hombre del siglo XVIII llamado Jean, tenía hábitos y maneras similares a los de William. Jean tenía una prominente panza y mirada penetrante, y se dirigía a sus trabajadores como si fuera un severo sargento, bramando las órdenes, criticando y abofeteando con sus manos llenas de marcas de quemaduras a los que se retrasaban. Su inglés era rudimentario, pero él y Kyle lograron comunicarse con el lenguaje del hierro.

En cuanto Jean vio cómo un AK-47 reventaba una calabaza a cincuenta pasos de distancia comprendió la relevancia del proyecto y canceló todos los demás trabajos para empezar a forjar las numerosas piezas del rifle. Su hierro era de menor calidad que el escandinavo que Kyle había utilizado en Richmond, pero tendrían que apañarse con lo que tenían. Los rifles serían más frágiles y propensos a romperse al ser sometidos al estrés del fuego automático, pero aunque fuera así, estarían a años luz de cualquier arma con la que contarán las tropas de Stalin.

Cuando Kyle le mostró a Jean los pequeños moldes de caucho para los tornillos de los rifles, este se mostró perplejo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Tornillos.

Kyle hizo el gesto universal de enroscar un tornillo con un destornillador y a Jean se le iluminó la cara.

—¡Ah, *vis!*

—Sí, tornillo.

—¡Ah, tornillo! Sí.

Emily montó su improvisado laboratorio en la zona más fresca de la fragua y trató de recordar cada detalle del proceso de síntesis del estifnato de plomo llevado a cabo por el profesor Nightingale. Echó de menos haber tomado notas, pero lo cierto es que siguió los pasos casi a la perfección y no tardó en comenzar a moler, mezclar y verter los componentes como una aventajada aprendiz de química.

Metido ya en faena, John apareció con varios italianos que cargaban con unos pesados arcones del palacio real.

—¿Qué traes, hermano? —le preguntó Kyle, limpiándose las manos en el delantal.

—Giuseppe ha hecho inventario y ha decidido donar esto a la fábrica armamentística de Kyle Camp.

Al abrirlos descubrieron que los arcones estaban llenos de piezas ornamentales de metal, un botín acumulado en el palacio durante siglos por Robespierre.

—Con esto tienes para hacer el revestimiento de suficientes balas como para una guerra entera —bromeó John—. ¿Cómo se siente uno al ser un mercader de la muerte?

Kyle sonrió avergonzado.

—En casa, en Oregón, sería políticamente incorrecto si dijese que disfruto con lo que hago, pero joder, es la verdad. Siempre te envidié por ser un Boina Verde de los cojones. Formabas parte de algo. Yo, en cambio, no.

—Hasta ahora.

—Exacto, hasta ahora.

—Te estás convirtiendo en un soldado estupendo.

—¿Aunque tenga una rodilla jodida?

—Aunque tengas una rodilla jodida. Y también eres un tío estupendo.

Kyle no sabía cómo responder a ese cumplido. Parpadeó, tragó saliva y apartó la mirada antes de indicarle a John el trabajador de la fragua que se encargaría de fundir el metal.

John se acercó a hurtadillas a Emily, que tenía la cabeza inclinada, y le besó la nuca.

Ella ni se inmutó.

—Eh, hola.

—¿Cómo sabías que no era un obeso trabajador de la forja dándote un beso furtivo? —preguntó John.

—Porque a diferencia de cualquier morador del Infierno, tú solo hueles a sudor.

—Qué detalle. ¿Cómo te va?

—La verdad es que estoy muy satisfecha de mí misma. Creo que el proceso químico está desarrollándose correctamente, pero tendremos que esperar para ver si el iniciador estalla. ¿Has vuelto a hablar con Giuseppe para que nos ayude a encontrar a Paul?

—Me ha dicho que está trabajando en un plan. Si no nos propone algo en una semana, tendremos rifles y munición suficientes para asaltar el castillo de Stalin.

—La idea no me gusta. ¿Y si Paul muere en la refriega? Bueno, muerto no, pero...

—Ya lo sé. A mí tampoco me entusiasma.

Alguien los llamó desde la entrada de la fragua.

—¡Aquí estáis!

Era Garibaldi, acompañado de un séquito que incluía a Caravaggio, Simon y Forneau, que asomaban por la puerta.

—Quiero presentaros a un nuevo amigo. —Garibaldi se acercó a la mesa de trabajo de Emily—. Y también a un viejo amigo.

Con un gesto teatral señaló la puerta y apareció Brian Kilmeade, meneándose sobre sus fornidas piernas. La luz anaranjada de la fragua daba a su enorme cabeza afeitada y su resplandeciente sonrisa el aire de una calabaza de Halloween.

—¿Me habéis echado de menos? —gritó, extendiendo los brazos.

Hubo abrazos, besos y lágrimas.

—Creo que no ha pasado un minuto desde que nos separamos en que no me haya preguntado cómo te iría —dijo John.

—Estábamos preocupados por ti —añadió Emily.

—¿Lo bastante preocupados como para venir a hacerme una visita? —preguntó Brian—. No es como cruzar la ciudad para ir a comer con un amigo y charlar con él.

—¿No te han contado lo que ha sucedido y por qué estamos aquí? —se extrañó Emily.

—Por supuesto que sí. Solo estaba bromeando. Parece un maldito caos. Los moradores del Infierno pertenecen al Infierno. Atención, no es que tenga prejuicios. Algunos de mis mejores amigos son moradores del Infierno, pero los dos mundos no están preparados para conectarse, ¿verdad que no?

—¿Todavía no te has hartado de la reina Mencía? —preguntó John.

—*Au contraire, mon frère* —respondió Brian, provocando una sonrisa en Forneau, que estaba escuchando—. Nos va como la seda. ¿Sabes qué me ha regalado?

—¿Una correa para atarte corto? —bromeó John.

—Vete a la mierda. Me ha nombrado general del ejército íbero. Imagínatelo, yo, el modesto Brian Kilmeade de la BBC convertido en un puto general.

—Pues estamos perdidos —intervino Simon.

—Entonces ¿no te arrepientes de haberte quedado? —le preguntó Emily.

—Mira, seré honesto. Hay un montón de cosas que echo de menos, pero me lo estoy pasando bomba. —Dio una palmada a la funda de su espada—. Yo he nacido para llevar esto. Para llevar una espada, redactar planes de batalla, beber cerveza con guerreros sudorosos. Nací en la época equivocada. Siempre lo dije. Bueno, ¿y dónde está mi colega Trevor?

—En algún lugar de Britania con los SAS buscando a un grupo de escolares que han acabado aquí. Permíteme presentarte a un par de personas.

John hizo un altavoz con sus manos y llamó a O'Malley y Culpepper, que estaban trabajando en unos moldes de yeso en la otra punta de la fragua.

—A usted le he visto por la tele —sonrió Culpepper cuando le presentaron a Brian—. Resulta que tengo que venir hasta el Infierno para conocer a una celebridad.

—Reconozco vuestro uniforme —dijo Brian—. 22 SAS. Tíos, sois unas fieras.

—Nos limitamos a hacer nuestro trabajo —sentenció O'Malley.

—Sé que es así —añadió Brian, estrechándole la mano—. Me alegro de teneros en nuestro equipo. Bueno, he oído que estáis fabricando AK-47. Una idea genial.

—Te presento al responsable. Brian, este es mi hermano, Kyle Camp, el mejor armero de Estados Unidos.

Los dos hombres comenzaron a charlar, pero Brian perdió el hilo de la conversación mientras observaba los moldes, las carcassas y el producto acabado que

llevaba O'Malley.

Garibaldi empujó hacia delante a un desconocido, un hombre de ojos azules y rostro sobrio, alargado por una perilla. Otro hombre con una larga cicatriz apenas disimulada bajo una barba pelirroja se mantuvo detrás de él.

—Este es el nuevo amigo al que quiero que conozcáis —les dijo Garibaldi a John y a Emily—. Os presento a Valeri Ostrov, que se ha ofrecido a ayudaros a encontrar a Loomis. Y este hombre que no habla ni una palabra de inglés, francés o italiano es su compatriota, Pavel Antonov. Ostrov y yo hemos orquestado un plan.

La mayoría de los miembros del séquito salieron en busca de aire fresco y se sentaron en la hierba a la orilla del Sena mientras Garibaldi les explicaba su idea a John y Emily. Ostrov, aunque ahora vestía toscas ropas de campesino, era un oficial de alto rango del ejército de Stalin hasta que desertó hacía quince días y cruzó las líneas francesas, donde ofreció unirse a Garibaldi y desvelar los planes militares de Stalin.

John quería saber por qué Garibaldi se fiaba de él, pero en lugar de preguntárselo al italiano, se lo planteó directamente a Ostrov.

El ruso, un hombre de espalda recta y porte militar, hablaba un inglés excelente con un denso y lúgubre acento.

—¿Saben?, mi historia con Stalin es larga. Fui coronel del Ejército Rojo, leal por completo a Stalin, y servía en el Octavo Ejército bajo las órdenes del coronel general Grigori Mihailovich Shtern cuando él y otros muchos oficiales fuimos detenidos en una purga. Cumpliendo las órdenes de Stalin, Beria nos fusiló. ¿Qué crímenes habíamos cometido? Ninguno. Y resulta que cuando llego al Infierno pagando por mis propios pecados, acabo sirviendo otra vez bajo las órdenes de Stalin. Una ironía, ¿no les parece?

»Cuando lo reencontré aquí, le pregunté por qué me había purgado. No, tenía miedo de acabar en un pudridero. Eso es mucho peor que ser purgado. De modo que hice lo que tenía que hacer para sobrevivir, como mi silencioso amigo Antonov, aquí presente, y volví a convertirme en un soldado. Hasta que oí a unos hombres hablando del nuevo rey de Italia, el rey Giuseppe. Conocía la figura de Garibaldi desde el colegio. Y oí que quería construir aquí un mundo mejor. Me gustan estas ideas y Antonov también las comparte. De modo que, en cuanto se presentó la ocasión, desertamos. Ahora que hemos conocido al gran hombre y hablado con él, quiero ayudar a su causa con todo mi corazón.

Garibaldi le dio una palmada en la espalda con un gesto paternal.

—El plan que hemos preparado no es perfecto. Ningún plan lo es. Siempre hay riesgos, pero con la ayuda de Ostrov y uno de vuestros AK-47 creo que os podremos infiltrar en el castillo de Stalin en Colonia.

El esquema básico del plan era el siguiente: Ostrov reaparecería en el castillo de Colonia contando la historia de que había sido capturado por las fuerzas de Garibaldi mientras patrullaba cerca de la frontera con Francia. Diría que lo trasladaron a París,

donde sufrió torturas, pero no confesó nada, y que logró escapar de la prisión con la ayuda de un carcelero con el que trabó amistad y asaltar a un guardia que llevaba esta arma. Le presentaría el trofeo a Stalin como prueba de que no había sido reclutado como espía de Garibaldi. Sin embargo, su verdadera misión consistiría en entregarle a Paul Loomis una carta de Emily, sacarlo del castillo y llevarlo a algún lugar donde John y Emily podrían interrogarlo.

—Tenéis razón —dijo John cuando Garibaldi y Ostrov terminaron su exposición—. No es perfecto. Tiene tantas lagunas que casi no sé por dónde empezar. No, lo retiro, sí sé por dónde empezar. Vais a entregar nuestro mayor activo estratégico. Stalin podrá guardarse el rifle y forjar cada una de sus piezas. No tardará en ser capaz de fabricarlo en gran número y entonces, como mucho, estaréis empatados.

—Nosotros dispondremos del iniciador químico —matizó Garibaldi—. Él no.

—Entre Rusia y Alemania —intervino Emily— seguro que encontrará a alguien con los conocimientos de química suficientes para fabricar el estifnato de plomo o algún otro explosivo que sirva como iniciador.

Garibaldi prometió pensar en ello.

—Pero, aun así, dispondremos de la ventaja del tiempo. Estamos en condiciones de fabricar grandes cantidades de rifles, balas y material iniciador. Si atacamos en breve y los machacamos con cañones convencionales, cañones estriados y una infantería armada con estos rifles, sin duda aplastaremos a Stalin y a su coalición. Tal vez alcancemos el sueño de unificar Europa. Y, con los conocimientos que os transmitirá Loomis, vosotros podréis cortar las conexiones entre nuestro triste mundo y el vuestro.

—Creo que lo que plantea Giuseppe puede funcionar —reconoció Emily—. Es mejor que intentar la conquista del castillo por la fuerza.

John siguió poniendo objeciones al plan del caballo de Troya, pero los demás lo retaron a proponer una alternativa mejor.

Al final admitió que no la tenía. Miró a los ojos al imperturbable Ostrov y le preguntó:

—Hay algo que no entiendo. Dígame: ¿qué saca usted de esto?

Ostrov respondió sin perder la compostura.

—La satisfacción de ayudar a la noble causa del rey Giuseppe y de enviar al carnicero de Stalin a un pudridero.

—¿Eso es todo? —insistió John.

—Y tal vez, si todo sale bien, el rey me ofrezca un buen palacio en Moscú y oro suficiente para comprar hermosas mujeres con las que llenar todas las habitaciones.

Emily se encogió al oír esto último, pero John asintió.

—¿Sabes? —le dijo a Garibaldi—, es la primera cosa creíble que le he oído decir a este tío. Partamos hacia Alemania.

El rey Enrique estaba harto, igual que Malcolm Gough. El resumen de la situación era que ambos querían volver a sus respectivos hogares. A Enrique ya habían dejado de fascinarle los misterios de la televisión y el día anterior había lanzado el mando contra la pared.

—No pienso mirarla más —vociferó—. Me pone la cabeza como un bombo y ya no me divierte. Llévósla.

También estaba hasta las narices de las nuevas comidas que al principio al menos probaba, y empezó a pedir siempre la misma carne rustida y los pasteles salados que comía en su mundo.

Y a todo ello se añadían sus constantes peticiones de salir de los confines de su habitación y poder ir a cabalgar y cazar por la verde campiña que veía a través de las ventanas. El grupo de escoltas del MI5 que lo acompañaban en la mansión campestre le denegaban de forma sumaria todas las peticiones y él despotricaba por el ultraje que suponía mantener preso al rey de Inglaterra.

—¿La actual reina está informada del trato que recibo? —le preguntó a Gough.

—Por supuesto que sí.

—Me deja pasmado que permita semejante injusticia. —Enrique había utilizado sus averiguaciones sobre el árbol genealógico de la reina para aseverar que no le sorprendía que lo tratase de este modo, ya que era el producto patrilineal de la realeza germana, de la casa de Wettin.

Gough hizo un comentario sobre la comodidad de sus actuales aposentos en relación con la Torre de Londres, lo que provocó la reacción airada de Enrique.

—¡Sangre teutónica! —vociferó—. La reina de Inglaterra tiene sangre teutónica. ¿A alguien le extraña que trate de un modo tan humillante a un Tudor de pura sangre? Y tú, Gough, ¿qué me dices de ti? —gritó el rey con una jarra de cerveza en la mano.

—Mi padre es inglés; mi madre, italiana.

—¡Otro con mezcla de sangre! —chilló Enrique, lanzando la jarra, que por poco le da a Gough en la cabeza.

—Volveré cuando su majestad se haya tranquilizado.

Gough cogió su americana deportiva del respaldo de la silla y se mantuvo alejado varias horas, hasta que el rey se calmó.

Hoy el problema volvían a ser las mujeres. Enrique insistió en su petición diaria de que le llevaran a sus aposentos mujeres atractivas, y en esta ocasión Gough perdió la paciencia. El profesor estaba ya sometido a mucha tensión por su propio confinamiento y la separación de su familia durante ese periodo de emergencia nacional sin precedentes. Quizá si le hubiesen permitido explicarle a su esposa que le habían encargado hacer de niñera de Enrique VIII y ofrecerle alguna evidencia documental de la veracidad de esa estrafalaria misión, ella lo habría entendido. Pero

lo único que él podía repetir una y otra vez, cuando ella se dignaba responder a sus llamadas, era que el MI5 le había encargado una misión secreta de la que no podía hablarle, dado que tenía la certeza de que se grababan las llamadas. Cuando su mujer le preguntaba qué demonios podían necesitar los servicios secretos de un profesor especialista en la historia de la dinastía Tudor, Gough echaba pelotas fuera, lo que a ella la irritaba todavía más.

Tal vez la gota que colmó el vaso fue la conversación que Gough había mantenido esa mañana con Ben Wellington. Uno de los alicientes del profesor para seguir metido en esta historia eran las conversaciones con el rey grabadas con un dispositivo digital que le facilitaron. La cantidad de detalles sobre el reinado de Enrique que había ido recopilando en sus sucesivos encuentros era impresionante. Había empezado a estructurar el libro que escribiría con ese material. Sería el libro definitivo sobre el rey, el libro definitivo sobre los Tudor, el libro de historia definitivo. Se titularía algo así como *La vida y la época de Enrique VIII contada por el propio rey*. Ascendería al primer puesto de las listas de los más vendidos, algo que no había conseguido ni remotamente con ninguno de sus trabajos anteriores, y se mantendría durante años. Tendría una agenda de conferencias cerrada para toda una década. Sus más acérrimos enemigos en del mundillo académico se morirían de envidia. Sería un hito, convertiría a un profesor más bien tímido en una institución nacional. Pero cuando le pidió a uno de los agentes del MI5 de más rango poder revisar la transcripción de una de las conversaciones, centrada en Ana Bolena y grabada unos días antes, este le denegó el acceso.

—Señor Wellington —dijo cuando pudo hablar por teléfono con Ben—, ¿me está diciendo que no piensa revocar la prohibición de transcribir las grabaciones?

—Me temo que así es, profesor. Ha sido el propio primer ministro quien ha tomado la decisión de limitar el acceso a esos documentos al personal gubernamental con el máximo nivel de seguridad.

—Pero ¿cómo voy a poder escribir mi libro si no tengo acceso a estas fuentes?

—¿Libro? ¿Qué libro?

—¿Qué libro? El que va a cambiar por completo nuestra perspectiva sobre el reinado de Enrique. Sin duda sabrá usted que pretendo escribir una obra a partir de las asombrosas revelaciones a las que he tenido acceso gracias a mis conversaciones con el monarca.

—Escuche, no sé cómo decírselo más claro —le expuso Ben—, pero no va a haber jamás ningún libro, ni artículo, ni entrevista, ni mención de ningún tipo a partir de su relación con el rey mientras el gobierno considere este material alto secreto.

—¿Y esa consideración cuánto tiempo va a durar?

—Hasta que el Infierno se congele, y perdone por lo inapropiado de la expresión.

Tras una larguísima pausa, Gough anunció que, dadas las circunstancias, se marcharía de inmediato. Al percatarse de que tenía un problema que le podía estallar en las manos, Ben trató de apaciguarlo prometiéndole revisar el asunto en cuanto se

hubiera restablecido la normalidad y a continuación le soltó un sermón sobre el deber patriótico. Al final, Gough aceptó quedarse.

Pero ese mismo día perdió los nervios ante las quejas del rey, que permanecía tumbado en la cama mordisqueando una pata de pollo.

—Por última vez, no puedo traerle mujeres. No soy un proxeneta. Y por si le interesa, los dos estamos prisioneros aquí, ¡y a ninguno se nos permiten las visitas conyugales!

Enrique apartó las sábanas, saltó de la cama y se dirigió hacia el profesor, que por primera vez pulsó el botón del pánico. De inmediato aparecieron dos agentes del MI5 con pistolas Taser.

Enrique se detuvo en seco y miró furioso las extrañas armas que empuñaban los agentes.

—Quiero hablar de inmediato con la reina —exigió—. Y díganle que no es una petición, es una exigencia.

Para sorpresa de Gough, al cabo de una hora les anunciaron una llamada de la reina. Trajeron un teléfono a la habitación y conectaron el altavoz.

Al principio el rey se negó a creer que la voz que salía de ahí fuese la de la reina, pero ella le aseguró que en efecto era ella.

La reina le preguntó qué tal estaba y Enrique respondió con una letanía de quejas, incluida la falta de placeres carnales. Ella contestó que le habían garantizado que sus necesidades básicas de seguridad y confort estaban bien atendidas, pero que los detalles acerca de su confinamiento estaban en manos de los servicios de seguridad.

Lejos de darse por satisfecho con la respuesta, Enrique todavía se puso más furioso. Lanzó una diatriba insultante y sacó a relucir a los ancestros germánicos de la reina, comparándola con la dueña de una granja de animales.

De pronto se oyó desde el otro lado de la línea una voz masculina:

—Eh, cuidado. ¿Cómo se atreve usted a hablarle a la reina con este tono despectivo? La llamada ha terminado.

Y colgaron.

—¿Y ese quién era? —preguntó Enrique, contemplando el ahora mudo teléfono.

Gough negó con la cabeza y respondió:

—Creo que era el marido de la reina.

Woodbourne subió a toda velocidad por la escalera hasta el apartamento de Benona y llamó a la puerta con los nudillos. Al no obtener respuesta, golpeó con más fuerza.

—Soy yo —gritó a través de la puerta—. He estado en el hospital, he visto a un médico. Tengo un coche para llevar allí a Polly.

Oyó que se abría el cerrojo y la puerta se abrió.

Benona estaba lívida. Se apartó de la puerta arrastrando los pies.

—¿Has oído lo que te he dicho? He encontrado un médico para ella. Tengo un

coche abajo para llevarla al hospital.

—Nada de hospital.

Benona se sentó en el sofá.

—¿Qué quieres decir con nada de hospital?

—Que no va a ir al hospital. —Empezó a gimotear.

Woodbourne se precipitó hacia la habitación de Polly. La cortina estaba echada. La niña tenía la colcha subida hasta el cuello.

—Polly, soy Brandon. Despierta. ¿Qué te pasa? Despierta.

Se sentó a su lado y le puso la mano en la frente. Cuando se marchó estaba ardiendo. Ahora estaba fría. La zarandeó.

—¡Polly, despierta!

Salió dando tumbos de la habitación.

—No se va a despertar. Mi niña está muerta.

—No puede ser.

Benona emitió un sonido animal, entre el gemido y el chillido.

—Está muerta, Brandon. Se ha acabado. Mi vida se ha acabado. Mi niña está muerta.

A Woodbourne se le hizo un nudo en la garganta.

—No sé qué decir. Lo siento, yo...

—¿Tú qué?

—Yo la quería. Y te quiero.

Benona lo miró. Intentó secarse las lágrimas.

—¿Me quieres? —le preguntó.

—Sí.

—¿Estás seguro de que iré al Infierno cuando muera?

—Me dijiste que hiciste que mataran a tu marido —recordó él—. ¿Era verdad?

—Sí, es cierto.

—En ese caso acabarás allí.

—Quiero que me mates.

Él retrocedió como si le estirasen con una cuerda.

—¿Qué?

—Mátame.

—No puedo. No pienso hacerlo.

—Creía que eras un asesino.

—Lo soy, pero no voy a matarte.

Benona se levantó, fue a la cocina y sacó un cuchillo del cajón.

—Me dijiste que cuando llegase al Infierno, si me encontrabas, cuidarías de mí. Si voy a ir allí, quiero ir ahora. No puedo seguir viviendo un minuto más sin Polly. Ven tú también. Allí podremos estar juntos y tú podrás cuidar de mí. Vamos, hazlo.

A cada paso que ella daba hacia delante Woodbourne daba otro hacia atrás, hasta que topó con la pared. Benona siguió acercándose hasta situarse a escasos

centímetros de él. Con la mirada clavada en sus ojos horrorizados, le puso el mango del cuchillo en la palma de la mano.

—Hazlo. No me importa si duele.

Él miró el cuchillo.

—No te dolerá.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Prometes venir conmigo?

—Te lo prometo.

A Woodbourne siempre le habían gustado los cuchillos. Sabía cómo matar a sus víctimas lentamente y también sabía cómo acabar con la vida de alguien muy rápido. Su mano se movió con tal rapidez que Benona ni la vio venir. El chorro de sangre de la carótida impactó en el pecho del asesino y después en su rostro, cuando se inclinó para sostener el cuerpo inerte de ella. Notó que su vida se apagaba y dejó el cadáver en el suelo.

No había llorado jamás desde que tenía cinco o seis años, pero ahora empezó a sentir sacudidas en el pecho. Se recompuso, no era momento de lamentos. Benona ya estaría allí, asustada, esperándole. Quién sabía qué tipo de escoria andaría merodeando por Londres, rastreando recién llegados al Infierno para saltarles encima. Cogió el cuchillo, manchado con la sangre de ella y con un movimiento preciso se cortó el cuello de oreja a oreja.

Ben y sus hombres llegaron frente al apartamento de Benona. El coche rojo que Woodbourne se había llevado del hospital seguía allí estacionado con el motor en marcha. Los agentes insistieron en que Ben permaneciese en la calle mientras ellos subían al piso. Había interrogado allí a Benona hacía dos meses, después de que Woodbourne liberase a madre e hija y huyese del lugar; después lo capturaron y lo mandaron de vuelta al Infierno. Mientras esperaba, Ben se preguntó por qué Woodbourne había regresado y por qué había ido corriendo hasta el hospital. Le rondaban muchas preguntas por la cabeza. Habían enviado también a un par de agentes al hospital de Homerton después de que nadie atendiese las llamadas desde el cuartel general del MI5.

Apareció uno de los agentes.

—Están todos muertos —le anunció.

Ben subió corriendo las escaleras y al entrar en el pequeño apartamento se topó con la terrible escena.

—Parece que él ha matado a la niña —aventuró uno de los agentes—, quizá asfixiándola. Después ha matado a la mujer y se ha suicidado.

—Yo no lo veo tan claro —musitó Ben.

Su móvil comenzó a sonar. Era uno de los suyos que llamaba desde el hospital. Escuchó y colgó.

—No, no ha sido así —le dijo Ben al agente—. Lo que ha sucedido aquí ha sido

algo completamente distinto.

Del y Willie abrieron la puerta de la cafetería muy poco a poco y se sintieron aliviados al comprobar que no chirriaba ni crujía. Una vez dentro, la cerraron con el mismo cuidado.

En el vestíbulo de la cafetería estaban las oficinas administrativas y una gran sala en la que los residentes se congregaban antes de pasar al comedor. La única luz procedía del resplandor de las señales de las salidas de emergencia en caso de incendio. La doble puerta batiente que daba acceso al comedor estaba cerrada.

Del llevaba el extintor convertido en bomba como si fuese un bebé y la pistola en el cinturón. Willie empuñaba el mando a distancia.

—Yo abro la puerta de la derecha y tú lo deslizas dentro —le susurró Willie—. No lo hagas rodar. Fastidiaría el detonador.

—Lo sé, lo sé —susurró Del—. No soy idiota.

Willie se acercó de puntillas a las puertas y apoyó la mano en la de la derecha. Del estaba un paso por detrás de él.

Movió los labios vocalizando «uno, dos, tres» y empujó la puerta.

Del dio un paso adelante y parpadeó tratando de distinguir algo en ese espacio apenas iluminado. No había ni rastro de los moradores del Infierno dormidos que había visto por la ventana.

—¿Por qué no lo metes de una vez? —susurró Willie nervioso.

—Porque aquí no veo a nadie —respondió Del—. Quizá se lo han olido. Voy a entrar.

—¿Estás seguro?

—Sí, creo que se han ido.

Del entró primero y Willie le siguió. El suelo de la cafetería estaba lleno de basura, pero allí no había nadie.

—Voy a encender las luces.

—Primero deberíamos comprobar la cocina —protestó Del, pero ya era demasiado tarde. Willie había pulsado el interruptor.

Heath y el nutrido grupo de moradores del Infierno salieron en tromba de la cocina. Willie y Del se dieron la vuelta para huir, pero Monk y otro vagabundo les bloquearon el camino hasta las puertas batientes. Los dos tipos se habían escondido en el vestíbulo.

—¡Lánzalo! —gritó Willie.

Debido al nerviosismo, Del olvidó deslizarlo. En lugar de eso lo lanzó rodando como un bolo de bolera cilíndrico y fue rebotando con gran estrépito hasta detenerse a un par de metros de Heath.

—¡Hazlo estallar! —gritó Del.

—¡Estamos demasiado cerca! —replicó Willie.

—¡Hazlo estallar! —insistió Del.

Willie pulsó el botón del detonador.

No sucedió nada.

Willie volvió a pulsarlo una y otra vez. Gritó que el cable debía de haberse soltado y corrió hacia la bomba, pero se topó con Heath, que le clavó un cuchillo de cocina en el estómago y el anciano cayó de rodillas.

—¿Estás intentando hacernos daño, viejo? —gruñó el vagabundo con una mueca de maniaco.

—Dispara —graznó Willie lo más alto que pudo.

—Atrápalo, tiene una pistola —le gritó Heath a Monk.

Del ya tenía el revólver en la mano. Se volvió y le disparó a Monk en el pecho y al otro vagabundo en la cara.

—¡Hazlo estallar! —volvió a graznar Willie antes de que Heath le rebanase la garganta.

Del dio un paso adelante y apuntó al extintor, empuñando la pistola con ambas manos.

Disparó.

Erró y la bala rebotó en una baldosa. Todos los vagabundos excepto Heath se dispersaron por la cafetería.

—Eres hombre muerto, viejo —masculló Heath, que avanzaba con paso tranquilo hacia él—, pero antes te despellejaré vivo.

—Me quedan dos —dijo para sí. Le temblaban las manos.

—¿Qué dices, viejo?

Del volvió a disparar. Saltaron por los aires fragmentos de baldosa, pero la bomba no se movió.

—Me queda una.

Heath ya no caminaba. Recorrió la distancia que lo separaba de Del a la carrera.

Del se mantuvo firme y apretó el gatillo por última vez.

La bala impactó en la parte inferior del cilindro y lo perforó.

La termita estalló con un resplandor amarillo.

La bola de fuego abrasó a Heath una fracción de segundo antes de alcanzar a Del y al resto de los moradores del Infierno, los aniquiló a todos y mandó a los vagabundos de vuelta al Infierno.

Campbell Bates no lo admitiría jamás, pero lo cierto es que había momentos en los que parecía disfrutar de la situación. Sentado ante una improvisada mesa de dibujo instalada en un prado en el exterior de la fragua de Richmond, tarareaba una canción de Gilbert y Sullivan mientras copiaba los dibujos del libro sobre los altos hornos en unas hojas de pergamino. No había vuelto a dibujar desde su época de estudiante de ingeniería y, aunque hacía años que no pensaba en ello, en algunas ocasiones en la facultad de Derecho llegó a desear no haber abandonado la vocación inicial.

Después de estudiar el diseño de la fragua de William, Bates había decidido intentar modificarla en lugar de construir un horno nuevo desde cero. Les mostró su primer dibujo a sus compañeros de la Tierra acampados en el exterior de la fragua.

—No puedo aportar gran cosa, Campbell —se lamentó Leroy Bitterman—. Ni siquiera sé muy bien por qué estoy aquí. Debería volver a Londres con los demás.

Les habían dividido en dos grupos. Los científicos varones y Trotter habían acabado en la fragua, mientras que las científicas y los que trabajaban en otras áreas como Karen Smithwick, Stuart Binford y George Lawrence, se habían quedado en el palacio de Whitehall. En opinión de Cromwell, las mujeres resultarían demasiado vulnerables en la fragua, rodeadas por lascivos obreros y soldados. Pero a ellas les asustaba igual quedarse en el palacio, donde el lujurioso Suffolk había violado a Brenda Mitchell. Karen Smithwick pidió audiencia con Cromwell para que este le garantizase que las mujeres estarían a salvo. Más tarde, el regente en funciones le diría a uno de sus ministros que esa mujer tenía más valor que el que Suffolk había mostrado jamás. El mandatario le prometió a Smithwick por su honor que nadie molestaría a las féminas del grupo.

Los hombres desplazados a la forja se mostraron de acuerdo con Bitterman sobre el sinsentido de su presencia allí. Los físicos de partículas, los científicos computacionales y los ingenieros eléctricos según ellos poco podían aportar a la tarea de diseñar y construir altos hornos decimonónicos. Pero Cromwell no se había dejado convencer y los había mandado a todos allí.

Bates intentó ganárselos para la causa.

—Escuchad —les dijo—. Con suerte aparecerá la caballería en forma de comando de las SAS con rifles automáticos. Pero hasta que eso suceda, tenemos que mostrar algunos progresos o de lo contrario Cromwell y Suffolk pueden decidir matar a uno o más de nosotros para dar ejemplo. Ninguno sabe muy bien qué tenemos entre manos, pero disponemos de este libro con esquemas y contamos con algunos matemáticos de primer nivel, de modo que lo que necesito es que calculéis la temperatura, la presión y la termodinámica necesarios para modificar la chimenea de esta fragua y acercarnos lo más posible al modelo del libro.

—Haremos lo que podamos —respondió Henry Quint. Bates le estrechó la mano

como muestra de gratitud.

Bates no intentó convencer a Anthony Trotter de su utilidad, porque la consideraba nula. Trotter estaba molesto por haber tenido que marcharse de Londres, porque prefería la comodidad de sus aposentos y la comida decente del palacio, pero ya que lo habían enviado allí, trató de pensar en los pros y los contras de escapar o cooperar. Si la operación de rescate entraba dentro del abanico de posibilidades, tendría que asegurarse de que ninguno de sus compañeros de cautiverio hablase mal de él y le destrozase la carrera cuando regresasen a la Tierra. Pero ¿era eso posible? Todos lo detestaban por haber buscado privilegios especiales, y algunos incluso sospechaban que había jugado algún papel en la muerte de Brenda Mitchell. En cambio, si permanecían prisioneros tendría que ganarse la confianza de Cromwell, convertirse en alguien imprescindible. Mientras los demás trabajaban, él se echaba una siesta en la hierba o paseaba alrededor de la fragua, siempre observado por los soldados de Cromwell que custodiaban el lugar.

Cuando se enfrió por completo, llegó el momento de empezar a desmontar el enladrillado de la chimenea. A William le dolía en el alma tener que dismantelar su preciosa fragua, aunque fuese para construir una mejor. Se quejó, porque sus trabajadores eran herreros, no albañiles, pero el trabajo empezó a pesar de todo. Ordenó a sus subalternos más jóvenes que se subieran a las escaleras con martillos y sacasen los ladrillos uno a uno y lanzándolos sobre la hierba para después amontonarlos y poder reutilizarlos. Otros comenzaron a llenar carretillas con fango del río para mezclarlo con paja y echarlo en los moldes de madera para fabricar ladrillos nuevos. William se acercó a Trotter cuando lo vio sentado en actitud ociosa.

—Y bien, señor Trotter, ¿va usted a participar en el desmontaje de la chimenea o en la fabricación de ladrillos nuevos?

El aludido frunció el ceño.

—Ni en una cosa ni en otra —respondió—. Lárgate.

William escupió al suelo.

—¿Sabe que es usted un completo inútil?

—William, eres el tipo de persona que cree que solo los trabajos manuales son útiles. Yo trabajo con la cabeza. Soy alguien que piensa, algo que tú seguramente jamás comprendiste durante tu miserable vida, ni ahora que estás muerto. Te queda mucho por aprender. Lárgate. Flexiona tus músculos y carga algo muy pesado. Yo tengo cosas importantes en las que pensar.

El comando D del capitán Greene había establecido turnos de vigilancia en la defensa del punto caliente de Upminster. Habían despejado la zona de las hordas de moradores del Infierno que confluían en ella con poco derramamiento de sangre y sin un gran gasto de municiones. A medida que pasaban los días, eran conscientes de la presencia de moradores del Infierno en los bosques de los alrededores, pero los

intentos de romper su barrera defensiva eran muy esporádicos y en su mayoría llevados a cabo por hombres mal armados que buscaban desesperados una segunda oportunidad en sus vidas. La misión, sin embargo, no había carecido de giros dramáticos.

Una vez establecido el perímetro, Greene había ordenado que una patrulla de tres hombres se adentrara en el bosque para cazar. Uno de los soldados construyó un rudimentario ahumadero con ramas y hojas y Greene decidió hacer acopio de reservas de carne ahumada. Mientras acechaba a un ciervo, un soldado llamado Finch disparó contra lo que creía que era la silueta del animal semioculta entre los matorrales.

—¡Basta, no dispaes! —gritó una suplicante voz de mujer.

Los otros soldados de la patrulla estaban cerca.

—Sal con las manos en alto —ordenó Finch.

—Le has dado. No puede levantar las manos —dijo otra voz femenina.

—Salid las dos lentamente —repitió Finch.

—Por favor, no nos hagis daño.

Las dos mujeres iban solo parcialmente vestidas, les faltaban varias piezas de ropa. Una parecía cuarentona, y la otra, a la que le sangraba el antebrazo, era veinte años más joven. Ambas parecían petrificadas y débiles.

—Venid hacia aquí —les indicó otro soldado—. Mantened las manos donde podamos verlas.

La mujer de más edad se quedó mirando los uniformes.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Somos SAS —dijo Finch.

—¿Nuestros SAS? ¿De casa? ¿De Inglaterra?

—Dios mío —exclamó uno de los soldados, y dirigiéndose a sus colegas dijo—: No son del Infierno.

—Acercaos —les instó Finch a las dos mujeres—. Tenemos que someteros al test del olfato, queridas.

Las dos mujeres trabajaban en una tienda de costura y arreglos de ropa en Upminster y habían formado parte de la primera oleada transportada hasta aquí cuando se abrió el punto caliente. Se habían unido a varios cientos de sus compañeros de viaje, y vagaron aturridos y desconcertados por los alrededores de un pueblo de aspecto medieval hasta que los moradores del Infierno de esa aldea se toparon con ellos. Al principio los aldeanos creyeron que eran muertos recientes y que podrían sacar por ellos unas monedas si se los entregaban a los rastreadores que pasaban con frecuencia. Cuando vieron que se les acercaban, el grupo procedente de la Tierra se dispersó hacia el bosque cercano entre gritos aterrorizados. A la mayoría de ellos los atraparon enseguida.

Los moradores del Infierno no tardaron en darse cuenta de que esa gente no estaba muerta. Y después uno de los aldeanos comentó que había visto cómo uno de

sus vecinos, mientras caminaba entre la hierba alta buscando a más recién llegados, desaparecía de golpe. Algunos de los individuos más inteligentes conectaron ambos hechos y conjeturaron que había ocurrido un milagro, que se había abierto un pasaje, y los más osados no tardaron en dirigirse al punto caliente, porque casi cualquier cosa era mejor que seguir con su desalentadora existencia.

Las dos costureras, la propietaria y su empleada, lograron llegar al bosque, donde habían permanecido escondidas desde entonces, subsistiendo a base de agua del arroyo, setas y larvas. Oyeron los gritos de otras personas de la Tierra cuando las atrapaban, y algo peor: los alaridos de dolor y terror cuando una noche un grupo de vagabundos, a los que ellas no llegaron a ver, encontraron a varios recién llegados que se escondían por allí cerca. También oyeron los disparos de los SAS cuando el comando C estableció el perímetro, pero temieron que se tratase de más salvajes dispuestos a cazarlas.

—Sí, sois de los nuestros —afirmó Finch—. Ahora ya estáis a salvo. Somos los buenos. Vamos a mirarte este brazo, cariño. Parece que la bala solo te ha rozado. Enseguida te curaremos la herida.

—Pero ¿dónde estamos? —preguntó la mujer de más edad, tratando de cubrirse con las pocas piezas de ropa no sintética que llevaba encima—. No entendemos qué está sucediendo. Ha sido una pesadilla.

—Venid con nosotros —las invitó Finch—. El capitán os lo explicará todo y después creo que podremos enviaros de vuelta a casa.

—¿A casa? —preguntó la más joven—. ¿De verdad?

Greene ofreció una explicación básica a las dos mujeres mientras el médico del comando le vendaba la herida a la joven. No le quedó muy claro si las traumatizadas mujeres entendieron lo que les contó, pero tampoco importaba mucho.

Señaló el centro del extenso prado rodeado por sus hombres.

—Escuchad, chicas, quiero que caminéis hacia allí. No os podemos acompañar. Antes de que os deis cuenta estaréis de vuelta en Upminster. Por lo que sabemos, no hay riesgo de que volváis otra vez aquí, pero no os lo puedo garantizar, de modo que alejaos de la ciudad lo más rápido que podáis. El ejército tiene rodeada la zona. Identificaos como víctimas. Decidles que habéis hablado con el capitán Greene, del regimiento 22 de las SAS. Decidles que nuestra misión va según lo previsto y que vamos armados con AK-47. ¿Os acordaréis de decirles esto?

A continuación, los soldados observaron cómo las mujeres se acercaban al punto caliente; las jalearon con gritos de ánimo y lo celebraron cuando las vieron desaparecer.

Unos días después el comando vivió otro incidente. Un par de soldados patrullaban el perímetro de la zona por el cuadrante este cuando uno de ellos, llamado Kendrick, dio un paso y desapareció, dejando el rifle, el cargador de repuesto y un cuchillo.

Avisaron a Greene, que se acercó corriendo al lugar y dio órdenes de que todo el

mundo se retirase un centenar de metros. A continuación, sometió a un severo interrogatorio al compañero del desaparecido.

¿Kendrick se había ausentado sin permiso? ¿Había hecho algún comentario sobre la posibilidad de abandonar la misión? ¿Había dado alguna muestra de inestabilidad?

Pero Kendrick era un recluta modélico, no alguien que dejaría en la estacada a sus compañeros, de modo que Greene llegó a la conclusión que el punto caliente en expansión lo había absorbido. Ordenó ampliar el perímetro y que nadie intentase recoger el rifle abandonado de Kendrick.

La brumosa mañana siguiente, a Greene le despertaron los gritos de uno de los centinelas del perímetro.

Era el soldado Finch.

—Capitán, venga. No se lo va a creer.

Greene corrió entre la niebla, frenó en seco y se echó a reír al ver al soldado Kendrick caminando hacia él, con el recuperado AK-47 en la mano.

—¿Me ha echado de menos, capitán? —saludó Kendrick con una gran sonrisa.

—Por el amor de Dios —exclamó Greene—. Cuéntame qué ha sucedido.

—Le traigo saludos del mismísimo primer ministro —empezó Kendrick—. Por difícil que resulte de creer, el hijo de Hazel Kendrick, el pequeño Kenny Kendrick, ayer tomó el té con el primer ministro Lester, el secretario de defensa y un montón de generales que llenaban la sala, y les expliqué todo lo sucedido desde que llegamos aquí. Querían mandarme a Balmoral para ver nada menos que a la reina, pero les dije que ni hablar, que quería reunirme con mi unidad porque echaba de menos la horrible comida basada en carne de ciervo.

Finch negó con la cabeza.

—Kenny, siempre he pensado que eras gilipollas. Y resulta que tenía razón.

Greene iba a pedirle a Kendrick un informe completo cuando se oyeron disparos a lo lejos en el cuadrante norte y un único disparo de AK-47, la señal convenida de que se estaba produciendo un ataque. El capitán ordenó a Kendrick que le siguiese y juntos bordearon el perímetro en el sentido de las agujas del reloj, mientras Finch y el otro soldado lo hicieron en el sentido inverso, recogiendo a las otras patrullas por el camino.

Cuando Greene y Kendrick se acercaban al cuadrante norte, la niebla ya se había disipado lo suficiente como para vislumbrar la naturaleza de la amenaza.

—Joder —maldijo Kendrick.

—¿Te alegras de haber vuelto? —le preguntó Greene a la vez que le quitaba el seguro del rifle y apuntaba.

Se aproximaban cientos de hombres a pie y a caballo, y los primeros ya estaban a menos de cien metros. Greene no podía saberlo, pero tres barones rivales de la región de East Anglia, los de Colchester, Ipswich y Bury St. Edmunds, habían enterrado el hacha de guerra para organizar un ataque conjunto sobre el pasaje de Upminster.

—¡Desplegaos, dejad veinte metros entre uno y otro! —gritó Greene a sus

hombres—. ¡Un disparo cada vez! ¡No malgastéis munición! ¡Los que van a caballo son los líderes! ¡Liquidadlos primero! ¡Vamos a intentar contenerlos! ¡A mi orden, empezad a disparar!

El duque de Suffolk reptó sobre su estómago y extendió por completo los tubos metálicos del catalejo. Estaba en el montículo desde el que se dominaba el pueblo de Leatherhead y los prados de los alrededores. Era mediodía, y aunque no brillaba el sol en el sentido convencional, era un día resplandeciente como pocos en el Infierno. Los primeros hombres que vio a través del catalejo estaban sentados en el exterior de una estructura semejante a un tipi construida con ramas largas. Estaban cocinando algo en el fuego del campamento. No estaba seguro, pero le pareció que uno de los soldados llevaba bigote y quizá fuese el capitán del que William el herrero le había hablado. Dirigió el catalejo hacia un par de hombres con rifles colgados del hombro que patrullaban por un prado en el que no había nada y después barrió un amplio perímetro circular vigilado por parejas de soldados distanciadas unas de otras.

Cuando terminó, le pasó el catalejo al duque de Oxford y le pidió su opinión.

Oxford era subordinado de Suffolk, pero siempre mostraba de forma ostensible su desacuerdo con la situación. Suffolk pertenecía a la nobleza por nacimiento y el rey Enrique tenía muy en cuenta el pedigrí a la hora de repartir cargos. Por eso el monarca le había confiado el mando de sus fuerzas terrestres y navales tras la reciente eliminación del duque de Norfolk a manos de John Camp.

Muerto, el duque de Oxford había logrado la relevancia que en vida se le resistió. Sin un origen noble, durante la guerra de Crimea fue un simple comandante en el 17 regimiento de lanceros y participó en la tristemente célebre carga de la Brigada Ligera. En el Infierno, su pericia militar había llamado la atención de Enrique, que lo fue ascendiendo una y otra vez hasta concederle el ducado de Oxford y nombrarlo comandante de campaña. Suffolk vio al belicoso Oxford como un rival en potencia y desconfió de él desde el primer momento, pero no tenía más remedio que admitir que era un buen oficial de caballería. Suffolk era un hombre de mar, y en tierra firme evidenciaba su inseguridad sobre las tácticas al pedirle a Oxford su opinión.

La nariz chata y rota de Oxford y su prominente mentón le conferían un aire amenazador. Concluyó su observación del terreno con el catalejo y ofreció su opinión con su habitual arrogancia.

—Si esas armas que llevan son tan poderosas como nos han contado, sería una locura intentar un ataque con infantería o a caballo. Desplegaré mis cañones de gran calibre y de calibre medio y apuntaremos con ellos a cada uno de los grupos de dos o más enemigos. Cuando los hayamos diezmado podremos valorar la posibilidad de lanzar un ataque con infantería.

—Muy bien —accedió Suffolk—. Puedes proceder.

El capitán Gatti estaba masticando un trozo de conejo cuando oyó el primer

disparo de artillería. Se incorporó, escupió la carne marrón y gritó «¡Nos atacan!» justo antes de que el impacto del cañonazo cargado con balas de mosquetón desatase una lluvia de metal sobre el tipi. El soldado que tenía al lado se desplomó al volarle por los aires la pierna derecha desde la rodilla.

Gatti reclamó la presencia del médico, recordó que estaba patrullando por el perímetro. El capitán ordenó a sus hombres que se mantuviesen agachados, se arrancó la manga de la guerrera y la utilizó como torniquete.

—Mantente despierto —le dijo al soldado, que tenía la mirada perdida.

—Capitán, yo...

—No hables. Te vamos a sacar de aquí.

Cuando sonó otro cañonazo, Gatti se echó encima del herido para cubrirlo. La metralla pasó por encima de sus cabezas.

Gatti llamó a los tres soldados aplastados contra el suelo que tenía cerca.

—Hay que evacuar a Everly. Maxwell, te encargas tú.

El soldado protestó, pero Gatti repitió la orden.

—Volveré —aseguró Maxwell.

—Ahora no te preocupes por eso —gritó el capitán—. Vosotros dos, llevadlo hasta las proximidades del punto caliente, y tú, Maxwell, lo acompañas a casa.

Antes de desplegarse en el Infierno, el escuadrón había ensayado planes de evacuación.

—Esta no es una misión suicida —les había asegurado su oficial al mando, el comandante Gus Parker-Burns—. Los heridos graves serán evacuados siempre que sea posible. Los cerebritos me han dicho que parece factible volver a pasar al otro lado desde el punto caliente sin ser reenviado al punto de partida de inmediato con un efecto boomerang. La verdad es que no lo entiendo, pero tampoco me hace ninguna falta.

Maxwell y los otros dos soldados recogieron del suelo al herido y corrieron hacia el punto caliente. Gatti hizo un único disparo con su rifle, la señal convenida para que el comando se preparase a repeler un ataque, y sus hombres empezaron a tomar posiciones alrededor del perímetro exterior mientras otros corrieron hacia el destrozado tipi manteniendo la cabeza gacha.

Los cañones de Oxford siguieron escupiendo metralla sobre los SAS. Gatti ordenó a sus tropas que se mantuvieran bien desplegadas. El capitán localizó a su sargento y se acercó hasta él gateando.

—Tienen los cañones en lo alto de esa colina. Está a medio kilómetro. No podemos permanecer todos aquí o estamos acabados. Coge a tres hombres y avanza hacia allí dando un rodeo por el oeste. Yo me quedaré aquí con el resto para responder a su fuego. Cuando nos aviséis de que estáis en posición, los freiremos con fuego cruzado. En marcha.

Gatti miró hacia el punto caliente. Los dos soldados habían ayudado a Maxwell a cargarse a Everly sobre el hombro y ya se adentraban en el punto caliente.

—¡Adelante, adelante! —gritó.

Un cañonazo les estalló muy cerca. Maxwell se desplomó y soltó a Everly.

—Vamos, levántate —suplicó Gatti. Maxwell lo hizo y volvió a cargar al herido.

Avanzó dando tumbos y, de pronto, cuando habían recorrido veinte metros dentro del punto caliente, desaparecieron.

Gatti alzó la mirada hacia el cielo plumizo y dijo gracias.

Suffolk empezaba a ponerse furioso. Había permanecido apoyado contra un árbol, utilizando el catalejo para controlar los resultados de los cañonazos, pero le costaba distinguir a los soldados enemigos, agachados entre la densa hierba del prado. De vez en cuando veía asomar una cabeza y exhortaba a Oxford a cambiar la posición de tiro de los cañones.

—La hierba los oculta y nos complica mucho el trabajo —se lamentó Oxford—. Puede que estemos haciendo diana, o puede que no. En cualquier caso, debemos insistir. Ellos esperarán que nosotros...

Se oyó un disparo y la mitad de la cabeza de Oxford saltó por los aires. Le siguió una ráfaga de AK-47 que obligó a Suffolk a tirarse al suelo. Gateó, pero no sabía muy bien hacia dónde dirigirse para buscar refugio. Los disparos parecían proceder de todas partes.

—¡Traedme mi caballo! —gritó—. ¡Mi caballo!

Los soldados y artilleros de Suffolk, aterrorizados, corrían como locos, tratando de escapar de la avasalladora lluvia de balas. Los SAS avanzaban lenta pero metódicamente, estrechando la pinza.

El duque oyó un relincho y levantó la cabeza, sorprendido de que en efecto uno de sus hombres le hubiera traído el caballo. Cuando el soldado estaba a punto de pasarle las riendas, recibió como pago a su lealtad una bala en el estómago.

—Ayudadme —aulló, pero el duque agarró las riendas y montó.

Suffolk espoléó con fuerza al animal y cabalgó sorteando los árboles, pisoteando a los soldados heridos y sin volver la vista atrás hasta llegar a los pies de la colina, desde donde huyó de Leatherhead al galope.

—Qué desastre —murmuró para sí mismo cuando por fin se sintió a salvo—. Qué completo desastre. Salvo por el hecho de haber perdido a Oxford. Eso es perfecto.

El convoy fuertemente armado de Ben estaba llegando a la sede del MI5 por las desiertas calles de Londres cuando empezó a recibir llamadas urgentes. No se quitaba de la cabeza la imagen de Polly, inmóvil y fría bajo la colcha. Pero una llamada del centro de control de drones seguida unos segundos después por otra del primer ministro, le arrancaron esos pensamientos de la cabeza.

—Sí, señor, justo ahora los tengo en espera —dijo Ben—. ¿Los incorporo a nuestra conversación?

Cuando tuvo a sus dos interlocutores en línea, escuchó las alarmantes noticias. Un

minuto después, su coche entró en el cuartel general del MI5 y mantuvo la línea abierta mientras se dirigía a toda prisa al centro de operaciones para ver con sus propios ojos aquello de lo que todo el mundo hablaba.

La vista aérea de Upminster mostraba a cientos de hombres caminando y corriendo por Station Road y St. Marys Lane.

—Voy a rebobinar y le mostraré cómo ha empezado esto —informó el comandante Garabedian.

Ben contempló cómo primero un hombre, después tres, después una docena y luego más, se iban materializando en el centro de la ciudad.

—¿Puede darme datos concretos? —pidió el primer ministro.

Los primeros planos mostraban a hombres con ropajes de otras épocas que escudriñaban los escaparates y los coches aparcados; otros caminaban en círculo de forma errática y otros se protegían los ojos del resplandor del sol.

—Diría que son moradores del Infierno —respondió Garabedian—. Para mí está clarísimo.

De pronto entró en línea una voz que Ben no reconoció de inmediato.

—Estoy de acuerdo. —Era Jeremy Slaine, que estaba en Manchester con el primer ministro.

—Hasta ahora controlábamos Upminster —reflexionó Ben—. ¿Qué está sucediendo en los otros puntos calientes?

—Todo estaba tranquilo. Vamos a comprobarlo —respondió Garabedian—. Voy a pinchar las imágenes en tiempo real.

Dartford y Sevenoaks estaban desiertos. Pero Ben vislumbró algo en las imágenes de Leatherhead.

—Un momento, ¿pueden hacer zoom en Leatherhead, cerca de la furgoneta blanca y el coche rojo? —pidió—. Sí, ahí.

Un hombre avanzaba cargando con otro sobre el hombro. Al ampliar más la imagen descubrieron que vestían los uniformes de camuflaje de las SAS designados para esta misión. El hombre al que el otro cargaba parecía haber pedido parte de la pierna derecha.

—Parece que es un herido al que están evacuando —dijo Slaine—. Informaré a la Brigada 3 estacionada a las afueras de Leatherhead de que van hacia ellos.

—Muy bien, no perdamos de vista esto —insistió el primer ministro—, pero volvamos a Upminster. Creo que tiene que tratarse de muy malas noticias para el comando D del capitán Greene. No se me ocurre otra cosa que no sea pensar que han roto sus defensas.

—Opino lo mismo —lamentó Ben.

—Señores, ¿cuáles son las órdenes? —preguntó Garabedian.

—¿De qué medios disponemos sobre Upminster? —inquirió Lester.

—Tenemos un Predator encima y un Reaper a dos minutos.

—Ben —dijo el primer ministro—. Tengo clara mi decisión, pero quiero escuchar

tu opinión.

Ben pensó en Woodbourne en el suelo, entre un charco de sangre junto a la chica polaca. Sabía que había sido un asesino, pero había intentado ayudar a la niña. Tenía que haber un fondo de bondad en él. Y qué decir sobre estos moradores del Infierno de Upminster. ¿Cuántos de ellos eran absolutamente malvados e irrecuperables? ¿Todos ellos se merecían lo que estaba a punto de sucederles?

Ben se humedeció los labios con la lengua y tragó saliva para que su voz no sonase demasiado débil.

—Me preocupa cuántos superarán nuestro cordón de seguridad. Temo que sean demasiados para poder contenerlos. Creo que debemos actuar antes de que se dispersen.

—Estoy de acuerdo, y Jeremy Slaine está asintiendo —confirmó el primer ministro—. Comandante Garabedian, tiene permiso para abrir fuego.

Unos segundos después el centro de Upminster se convirtió en una bola de fuego que obligó a Ben a cerrar los ojos. Cuando lo hizo volvió a ver la imagen de Woodbourne tirado en el suelo y su sangre mezclada con la de la chica polaca formando un gran charco. Ben no lograba quitarse de la cabeza que los ojos muertos de Woodbourne parecían mirarla directamente a ella.

A Angus y los chicos les aterrizzaba la oscuridad del bosque, pero también les daba miedo el camino. En uno debían enfrentarse al peligro de los vagabundos y los animales salvajes; en el otro, a la posible aparición de Bess y Ardmore. Stuart propuso la idea de mantenerse en el bosque, pero siempre a menos de veinte metros del camino para evitar perderse. Sin embargo, moviéndose en la oscuridad, por un terreno desigual y repleto de obstáculos, conseguirlo era muy difícil. Cuando amaneció, los chavales estaban rodeados de árboles y no había ni rastro del camino.

Por suerte para Glynn, Harry había recuperado la conciencia poco después de que Angus lo tumbase de un puñetazo, y aunque se pasó toda la noche quejándose de que le dolía la cara, al menos no tuvo que cargar con él mucho rato.

Bajo la escasa luz del amanecer, rodeados de altos pinos, reflexionaron sobre la situación. Todos estaban llenos de arañazos y rasguños por las rozaduras de raíces, matorrales y ramas, pero Harry se quejaba más que ninguno, masajeándose la tumefacta mandíbula y el labio partido con sangre reseca.

Angus ya no lo soportaba más.

—Cierra el pico si no quieres que te lo vuelva a cerrar yo —gritó. Danny le rogó que no levantara la voz y señaló el bosque a su alrededor para recordarle que Bess podía estar rondando en las proximidades. Bajó la voz, pero siguió hablando furioso —: Boris ha muerto por tu culpa y tú no haces otra cosa que quejarte y lloriquear como un marica.

—No ha sido culpa mía —se lamentó Harry—. Yo no quería ir. Si me hubiese dejado quedarme, no habría sucedido nada de todo esto.

—Harry, creo que será mejor que te calles —le aconsejó Kevin—. Estás jugando con fuego.

—Tengo sed —comentó Andrew—. Tenemos que encontrar agua.

—Necesitamos tres cosas: agua, comida y encontrar el camino —enumeró Stuart.

—Cuatro —añadió Danny—. También necesitamos armas. —Cogió del suelo una rama larga y la partió en dos sobre la rodilla—. Yo me encargo de eso.

—Tenemos que seguir juntos —dijo Angus—. Si nos separamos, no volveremos a encontrarnos.

Stuart examinó los árboles que tenían alrededor.

—¿Creéis que en estos árboles el musgo crece igual que en los de casa?

Harry no tenía claro si podía hablar, de modo que optó por levantar primero la mano.

—Aquí no hay sol directo por la permanente capa de nubes, pero como la geografía parece ser idéntica a la de la Tierra, intuyo que el sistema solar en este mundo paralelo tendrá la misma configuración que en el nuestro. Después de todo aquí hay unos ciclos de luz y oscuridad muy similares. Dado que estamos en el

hemisferio norte, tiene que haber sutiles diferencias de temperatura entre los dos lados de los árboles.

—¿Alguien ha entendido lo que acaba de decir el mierdecilla? —preguntó Nigel.

—Dice que el musgo debería crecer en la cara norte de los árboles —descodificó Stuart—, lo que significa que el norte está en esa dirección.

—La granja estaba al norte del camino —añadió Angus—, y esta noche está claro que no lo hemos cruzado en ningún momento. Londres está al noreste de Devon, de manera que el camino tiene que quedar hacia el sureste.

—En esa dirección —señaló Stuart.

—De acuerdo —siguió Angus—. Danny, tú te encargas de proporcionarle a todo el mundo un palo para caminar y defenderse. Stuart, tú eres el más aficionado al campo, así que busca setas, bayas comestibles y cosas por el estilo. Todos tenemos que aguzar el oído en cuanto nos pongamos en marcha para intentar localizar algún arroyo; el primero que vislumbre el camino se gana una estrella dorada. No, retiro esto último. Stuart se ha ganado la estrella dorada por haber tenido anoche la idea de soltar a las ovejas.

Entre risas y silbidos de los demás, Stuart hizo una reverencia de agradecimiento.

Caminaron durante horas sin encontrar agua ni nada remotamente comestible, pese a que Stuart hizo un tímido intento de golpear bajo unos matorrales algo que le pareció que podía ser una serpiente o un conejo. Todos los chicos iban armados con un palo grueso y el bolsillo lleno de piedras excepto Harry, que se negó. Y fue un sonriente Andrew quien al final reclamó el premio por localizar el camino.

Estaba desierto.

Los chavales estaban tan hartos de caminar por terrenos cenagosos e irregulares, serpenteando entre árboles y arbustos espinosos que se permitieron el lujo de recorrer un trecho pisando suelo firme y plano. Parecía que la suerte les empezaba a sonreír, porque poco después Glynn oyó un tenue borboteo y siguieron adentrándose de nuevo en el bosque; cuando lo localizaron, se tiraron al suelo para beber el agua maravillosamente fría de un pequeño arroyo.

Saciada la sed, Harry provocó que todo el mundo estallara en carcajadas cuando se le ocurrió preguntar si creían que esa agua era potable.

Descansaron unos minutos, hasta que Angus los exhortó a ponerse en marcha de nuevo.

—Deberíamos volver a avanzar por el bosque —propuso.

—Oh, vamos —protestó Glynn—. Solo un rato más por el camino. Yo vigilaré la retaguardia si tú te encargas de controlar lo que tenemos por delante.

—De acuerdo —aceptó Angus—, pero lo último que nos conviene es toparnos con Bess.

—Quizá ni siquiera nos está persiguiendo —sugirió Nigel.

—Seguro que nos está buscando —dijo Kevin—. ¿Sabes por qué lo sé?

—¿Por qué? —preguntó Danny.

—Porque sin duda echa de menos las historias para dormir que le cuenta Harry.

—¿Ya le has contado tus favoritas? —preguntó Nigel—. *¿Buenas noches, luna? ¿La hormiga y la abeja?*

—No, no son este tipo de historias —intervino Glynn—. Probablemente fuesen rollos sobre el universo con la voz computarizada de Stephen Hawking.

—Dejadme en paz —protestó Harry—. ¡Lo único que os pido es que me dejéis en paz!

Se marchó corriendo en dirección al camino, recibiendo en la cara los golpes de las ramas que no logró esquivar en su huida.

—Vamos, Harry, no lo decíamos en serio —gritó Nigel. Y dirigiéndose a los otros con una risita, añadió—: Bueno, sí.

—Vamos a buscarlo —ordenó Angus.

Harry siguió corriendo, ignorando las llamadas de Angus para que se detuviese. Gritó una vez más que parase cuando estaba a punto de llegar al camino. Harry se volvió y respondió:

—¡Dejadme en paz!

El enorme caballo negro golpeó al chico, lo lanzó por los aires y, cuando cayó al suelo, lo aplastó con las patas delanteras y traseras hasta matarlo.

Angus y los demás salieron del bosque y se quedaron petrificados y mudos al contemplar la horrible escena. Era imposible decidir qué era peor: la visión del cuerpecillo quebrado y ensangrentado de Harry o la de Ardmore desmontando del caballo y sacándose una pistola del cinturón.

Bess saltó del carro, corrió hasta donde yacía Harry y se arrodilló junto a él.

—Está muerto —farfulló. El tono no era de pesar, sino de ira. Señaló con un huesudo dedo a Angus y gritó—: Esto es culpa tuya, Angus. Y vas a pagar por ello. Ardmore, dispárale. Métele una bala en esa cara detestable.

Angus se quedó inmóvil. Ardmore levantó el brazo y lo encañonó para disparar a quemarropa. Los demás chicos también permanecieron clavados donde estaban.

Se oyó un sonido agudo, un silbido creciente que parecía cortar el aire. Ardmore soltó la pistola. A pesar de que estaba amartillada, no se disparó.

—¡Ardmore! —gritó Bess, corriendo hacia él e intentando sostenerlo mientras el hombre se desplomaba sobre el camino. Los dedos de Bess agarraron la flecha que sobresalía del pecho de su lugarteniente, pero estaba clavada con demasiada fuerza para poder extraerla.

Ardmore escupió e intentó hablar, pero de su boca solo salió una espuma rojiza.

Bess lanzó un «¡No!» que helaba la sangre y miró al solitario jinete plantado en el camino que ya estaba cargando otra flecha en su ballesta y espoleaba al reacio caballo para que galopase.

—¡Atrapadlo! —gritó Bess a sus jinetes.

Ninguno de sus tres hombres tenía un arma de fuego, pero sí disponían de espadas, y aunque Trevor les apuntaba con la ballesta, cargaron contra él. Trevor se

movía demasiado sobre la silla de montar como para poder apuntar otra vez con precisión. Eligió al caballo que se le acercaba más rápido y disparó a la enorme masa marrón. La yegua tropezó, cayó de costado y aplastó la pelvis del jinete.

Trevor tiró la ballesta y, sosteniendo las riendas con una mano, sacó la pistola cargada de la mochila y la amartilló. Tenía ya casi encima a los otros dos jinetes. Apretó el gatillo, pero la pólvora debía de estar húmeda, porque la pistola no disparó.

Uno de sus enemigos rasgó el cuello de su caballo con la espada. El animal herido brincó con tal fuerza que Trevor salió despedido. Se incorporó y desenvainó su espada justo a tiempo para repeler el ataque del jinete que tenía más cerca, mientras el otro desmontaba para lanzarse contra él a pie.

Los chicos estaban a quince metros del lugar en el que los tres hombres entrechocaban sus espadas.

—¿Quién es este? —preguntó Glynn.

—No lo sé, pero está intentando ayudarnos —respondió Angus.

Bess había estado acunando la cabeza de Ardmore en su regazo, pero ahora la dejó con suavidad en el suelo y sacó su pistola.

Angus advirtió lo que estaba haciendo a la vez que sus compañeros. Empezaron a dispersarse, pero se detuvieron al comprobar que no los perseguía. En lugar de eso, se encaminó con paso lento hacia los espadachines que luchaban.

Trevor, de espaldas, no la vio venir. Ella extendió el brazo con absoluta firmeza, como si la pistola no pesase nada.

Glynn estaba junto a Angus.

—Tenemos que detenerla —susurró Angus.

Ambos llevaban todavía sus palos. Glynn fue el primero en alcanzar a Bess y la golpeó en la espalda, partiendo el palo en dos. La mujer no se desplomó, no gritó. Se limitó a volverse hacia Glynn y, sin perder en ningún momento la calma, le descerrajó un tiro en la frente.

Angus dejó escapar un grito, un agónico grito gutural, y se abalanzó sobre Bess blandiendo el palo. Ella se protegió la cara con un brazo y se llevó la otra mano a los pantalones. Un segundo después Angus vio que amartillaba otra pistola, pero lo único que podía hacer era seguir golpeándola, aunque ella parecía inmune al dolor. Era una mujer demasiado fuerte.

Angus oyó pasos acercándose a sus espaldas y, de reojo, vio a los otros chicos —Nigel, Danny, Stuart, Kevin e incluso el enclenque Andrew— lanzándose con sus palos sobre Bess para impedirle levantar la mano con la que empuñaba la pistola. De pronto, Danny le arreó un golpe contundente en el esternón y ella dejó caer el arma.

Angus la recogió.

El disparo le perforó la mandíbula a Bess y le arrancó una parte del hueso.

El hombre que peleaba con Trevor se volvió un instante hacia donde había sonado el disparo y le concedió a su oponente un valiosísimo segundo. Le desgarró el hombro con un certero y contundente golpe con la espada. El tipo dio varios pasos

hacia atrás y huyó tambaleándose hacia el bosque. El último jinete vio a Bess en el suelo, rodeada de un charco de sangre, y decidió que había llegado el momento de largarse. Hizo girar al caballo en dirección a Devon y un momento después el único rastro que quedaba de él era una nube de polvo.

Trevor se inclinó y apoyó, las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Pocos segundos después empezó a caminar hacia los chicos.

—¿Alguno de vosotros es Angus Slaine? —preguntó.

Angus soltó la pistola todavía humeante.

—Soy yo.

Trevor vio a dos chicos inmóviles en el camino. Y contabilizó seis de pie.

—Erais diez —dijo Trevor.

Angus apenas podía hablar entre las lágrimas.

—Glynn, muerto. Harry, muerto. Boris, muerto. Craig, muerto.

—Lo siento.

—¿Quién eres?

—Me llamo Trevor. Tu padre me ha enviado a buscarte. He venido para llevaros a casa.

Recorrieron la distancia entre París y Colonia en un día, mostrando su verdadera identidad mientras estaban en Francia, pero camuflándose como una caravana de soldados rusos en cuanto cruzaron la frontera con Alemania. Iban repartidos entre dos carros sólidos y cubiertos tirados cada uno por un enganche de excelentes caballos. Durante el recorrido por territorio francés Brian y John condujeron uno de los carros en cuyo interior viajaban Emily, el sargento O'Malley y el soldado Culpepper. Simon y Caravaggio llevaban las riendas del otro y al ruso Ostrov bajo la lona. Después Ostrov cogió las riendas para conducir él y dirigirse a los soldados en los puestos de control rusos, y Simon y Caravaggio se ocultaron en el interior.

Llegaron a Colonia por la mañana. Localizaron el castillo de piedra caliza acechando desde las alturas, alzado sobre un promontorio rocoso, y encontraron un pequeño claro en el bosque en la orilla oeste del Rin. Instalaron un campamento protegido por los SAS, que montaron guardia con el último rifle AK que les quedaba. Ostrov desató uno de los caballos y provisto del otro AK-47 colgado del hombro, se despidió de los demás y les prometió volver lo antes posible con Paul Loomis.

—Me parece que este tío no te gusta nada —le dijo Brian a John mientras lo veían partir.

—Se nota, ¿verdad? Hay algo en él... Dice lo que queremos oír, pero parece poco sincero. Odio tener que fiarme de un desconocido.

—Estoy de acuerdo contigo. Me horroriza ver cómo desaparece uno de nuestros dos preciosos rifles.

—Cuando regresemos, Kyle ya habrá fabricado un montón de los nuevos.

—Es un buen elemento, tu hermano —comentó Brian—. ¿Cómo es que nunca me habías hablado de él?

—Es un buen tipo, tengo que reconocerlo. Tuvimos nuestras diferencias, aunque eso ya ha quedado olvidado. En este viaje ha hecho méritos de sobra, eso está claro. Así que estoy muy orgulloso de él.

Las noches en París siempre eran oscuras, pero esta era especialmente negra. Si había una luna orbitando alrededor del planeta, siempre tapada por la densa capa de nubes, esta noche debía estar en un incipiente cuarto creciente. La fragua real abrasaba de calor, pero había algo casi alegre en la forma en que en su resplandor se desparramaba por las puertas abiertas, haciendo recular a la oscuridad. En el interior, Kyle y el maestro herrero, el panzudo y belicoso Jean, llevaban más de veinticuatro horas trabajando sin tomarse un verdadero descanso para ingerir una comida decente. Los trabajadores disponían de un pequeño horno en una esquina y uno de ellos sabía hacer pan, de modo que disponían de hogazas recién horneadas que les ayudaban a

recuperar las fuerzas a todos.

Mientras Kyle enfriaba una pieza del gatillo en agua, Jean miró por encima del hombro y mostró su aprobación con un gruñido. La pieza recién forjada tenía un uniforme color negro. Cuando estuvo lo bastante fría como para poder tocarla, Jean la cogió y la observó más de cerca.

—Buen hierro —comentó el francés.

—Sí, no es un zurullo —respondió Kyle.

—¿Qué quiere decir zurullo?

—Ya sabes, algo que apesta, que no está bien. Como el Infierno. El Infierno es un zurullo.

—Ah, *oui*, el Infierno es un zurullo.

Kyle estiró el brazo para coger su *baguette* a medio comer y preguntó:

—Jean, ¿tú por qué estás aquí?

—¿Yo? ¿En el Infierno?

—Sí.

—Maté a mi hermano.

—¿En serio?

—*Oui, c'est vrai*.

—¿Era un capullo?

—¿Qué es un capullo?

—Alguien que apesta, como un zurullo.

—Sí, un capullo.

—Creo que alguna que otra vez he tenido ganas de matar a mi hermano —reconoció Kyle—. Por suerte, no lo he hecho.

Jean se encogió de hombros. No pareció entender de qué le hablaba Kyle.

—Hablando de capullos. Creo que ese tío es un capullo.

Kyle miraba a Pavel Antonov, el ruso mudo que Ostrov había dejado allí y que ahora estaba en la otra punta de la fragua.

—Ostrov nos ha pedido que le demos trabajo —le había dicho Simon antes de partir hacia Colonia—. Dice que tiene algunas nociones de cómo fabricar balas de plomo.

De modo que lo habían puesto a forjar munición en un banco de trabajo lleno de franceses. Pero el ruso no se comunicaba con los demás y los mantenía a todos a raya con sus miradas fulminantes, su ceño fruncido y la enorme cicatriz de la cara.

—*Oui*, capullo —se mostró de acuerdo Jean.

Ya entrada la noche, Kyle se adormiló en su banco de trabajo, aunque se despertaba sobresaltado cada poco rato sin saber muy bien cuánto tiempo había dormido.

Esta vez dedujo que habían sido varios minutos, porque la pieza de metal con la que había estado trabajando ya se había enfriado.

Parpadeó varias veces y vio que Jean también se había quedado traspuesto,

echado sobre un montón de paja en un rincón. De hecho, la mitad de los trabajadores de la fragua parecían dormidos. Distinguió a Pavel Antonov junto a la puerta. El ruso se volvió para mirar algo y sus miradas se cruzaron un instante antes de desaparecer. Kyle no estaba seguro, pero le pareció que su expresión había cambiado.

¿Había visto una leve sonrisa en sus labios?

La situación le desconcertó y decidió levantarse para comprobar qué miraba Antonov.

Lo vio demasiado tarde.

Había una mecha en llamas, una fina hilera de ceniza que partía del horno del pan, pasaba por encima de varios tablones del suelo y llegaba a un enorme barril colocado en vertical en una esquina.

El barril de pólvora que utilizaban para fabricar las balas.

Las llamas de la mecha estaban ya a solo treinta centímetros del barril cuando Kyle atravesó corriendo la nave, gritando a todos que saliesen. Jean se despertó, quejándose por el jaleo.

Cuando el barril de pólvora estalló, reventó el techo y las paredes. La bola de fuego que iluminó el cielo de París emitió un resplandor equivalente al del sol de mediodía, que ninguno de los moradores del Infierno había vuelto a ver desde que abandonaron la Tierra.

Joseph Stalin esperaba a su visitante sentado en el trono de Barbarroja. El salón de recepciones era lúgubre y arcaico y reflejaba el gusto del antiguo rey por la caza. Las paredes estaban repletas de trofeos amasados a lo largo de varios siglos: jabalíes, ciervos, venados y osos. Stalin había ordenado que abriesen las ventanas para ventilar el recargado ambiente y ahuyentar a las miles de moscas, pero la dirección del viento no era favorable para sus propósitos. El hedor del pudridero que había en los sótanos del castillo penetraba en el salón, de modo que hubo que cerrar las ventanas y las moscas siguieron zumbando.

—Nikita —llamó Stalin con brusquedad—, tráeme algo para matarlas.

El joven secretario salió a toda prisa para encontrar algo que pudiese servirle.

El general Kutuzov, el mariscal de campo de Stalin, acababa de zamparse un estofado y tenía la guerrera manchada de salsa. Se percató del lamparón y se lo frotó a la altura de la panza con un dedo humedecido. El jefe de la policía secreta, Vladimir Bushenkov, permanecía sentado sin mover un músculo, con la mirada de su ojo sano fija en las puertas cerradas del fondo del salón.

Cuando se abrieron, entró Ostrov acompañado por guardias armados, uno de los cuales portaba un objeto envuelto en una tela. Al ver a Ostrov, Stalin frunció el ceño de un modo aterrador.

—De modo que el traidor ha decidido regresar. ¿Qué tienes que decir en tu defensa, Valeri Aleksandrovich?

Ostrov se detuvo a tres metros del trono e inclinó la cabeza.

A continuación, la alzó y mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Digo que es maravilloso estar de vuelta entre mis camaradas.

Stalin se puso en pie, se acercó al visitante con los brazos abiertos, lo abrazó dándole palmadas en la espalda y después le plantó un beso en cada mejilla.

—Entonces ¿nuestra jugada estratégica ha funcionado? —preguntó mientras aplastaba a una mosca que se le había posado en una pierna con la correa de cuero que le había traído Nikita.

—Ha funcionado de maravilla, mi zar. Garibaldi y sus secuaces se lo han tragado todo. Nos aceptaron al camarada Antonov y a mí como los desertores que proclamamos ser. Garibaldi es como un niño ansioso que desea que lo adoren. Yo mostré entusiasmo por sus ideas y el resto vino solo. Nos aceptó enseguida en su círculo más íntimo.

—Queremos un informe completo —ordenó Bushenkov.

—Y lo tendréis, camarada —repuso Ostrov—. He aprendido mucho sobre su capacidad militar y sobre el estado de sus alianzas. Pero permitidme empezar con la noticia más sorprendente. John Camp y Emily Loughy han vuelto.

Les contó a sus asombrados oyentes que ellos y su grupo de adultos y niños vivos procedentes de la Tierra habían logrado volver a casa. Pero la situación en su mundo se había deteriorado. Los portales entre ambos mundos se habían multiplicado y permanecían abiertos. Había tres puntos en Britania por los que los moradores del Infierno pasaban a la Tierra. Camp y Loughy se habían visto obligados a regresar al Infierno para localizar al único hombre que, según ellos, posee los conocimientos necesarios para cerrar esos portales.

—Quieren a Paul Loomis —anunció Ostrov.

—A Pasha —repitió Stalin en voz baja—. Quieren al bueno de Pasha.

—Me han enviado aquí para que se lo lleve —continuó Ostrov, buscando algo en su chaqueta—. Traigo esta carta de la mujer.

Stalin la desdobló, la leyó y se la pasó a Kutuzov, sin recordar que no sabía leer en inglés. Después la cogió Bushenkov y la escrutó con su ojo bueno.

—¿Se lo tienes que llevar a París? —preguntó este último.

—No —dijo Ostrov—. A Colonia. Están aquí. A menos de un kilómetro.

—¿Camp y Loughy aquí? —exclamó Stalin, dando palmadas para celebrarlo.

—No solo ellos. También dos hombres del círculo de Garibaldi, a los que conoció usted cuando vinieron al castillo de Marksburgo como emisarios del italiano: el inglés, Wright, y el pintor, Caravaggio. Además, también han venido dos soldados ingleses que viajaron al Infierno con Camp y Loughy para protegerlos. Y por último, el inglés llamado Brian Kilmeade.

—¿El bastardo que hizo aparecer a la armada íbera de entre la niebla? —preguntó Stalin—. Entonces, él también ha vuelto.

—No llegó a marcharse —le corrigió Ostrov—. Decidió quedarse y convertirse

en el consorte de la reina Mencía.

—Vaya chiflado —se burló Stalin, pataleando entusiasmado contra el suelo—. Se queda en el Infierno para acostarse con un cadáver. Esto es demasiado. De modo que los tenemos a todos al alcance de la mano. Has hecho un buen trabajo, Valeri Aleksandrovich.

—Hay más, mi zar. —Ostrov pidió que le acercaran el objeto envuelto en una tela y se lo ofreció a Stalin.

—¿Qué es esto? —preguntó el zar, sorprendido por el peso del objeto. Cuando lo destapó puso los ojos como platos y se quedó boquiabierto. Pasó los dedos por el arma como si no creyese lo que estaba viendo.

Kutuzov no sabía qué era, pero Bushenkov sí. Se levantó para verlo más de cerca.

—Un AK-47 —murmuró Stalin con un susurro reverencial—. Recuerdo como si fuera ayer otorgarle la Orden de la Estrella Roja al joven Mikhail Timofeyevich Kalashnikov por inventar esta hermosa arma. Pero ¿quién la ha fabricado? Jamás habíamos visto un arma tan avanzada en el Infierno. Llevo tiempo pidiendo algo que nos impulse más allá de las primitivas pistolas de pólvora, pero hasta ahora nadie había sabido hacer realidad mis plegarias.

—John Camp y su hermano, Kyle Camp, que es armero, la han traído desde la Tierra.

—Imposible —negó Bushenkov—. ¿Nos tomas por idiotas? Los metales no pasan.

—Pero el caucho sí —respondió Ostrov—. Moldes de caucho. Un centenar, uno para cada pieza del arma, el cargador y las balas.

—Genial —murmuró Stalin.

—Acudieron a una fragua en Britania, forjaron las piezas y montaron las armas. Las han fabricado para que los soldados ingleses puedan defender los portales en el Infierno y así evitar que los condenados crucen al otro lado. Es una solución temporal, hasta encontrar a Pasha.

—¿Podemos conseguir estos moldes? —preguntó Bushenkov.

Ostrov negó con la cabeza y respondió:

—Tendremos que desmotar este fusil y encargarnos a nuestros herreros en Rusia o Alemania que fabriquen sus propios moldes. Lo más complicado es producir el explosivo que hace de iniciador de las balas. Eso no lo he podido conseguir.

—Encontraremos a algún químico en Rusia —aseguró Stalin—. Solventaremos el problema.

Ostrov estaba a punto de decir algo, pero Bushenkov le cortó.

—Dime, ¿les has robado este rifle en las narices? ¿Y qué me dices de Garibaldi? ¿No está interesado en fabricar su propio arsenal de AK-47?

—¿Robarlo? No, ha sido mucho mejor que eso. Me lo han entregado y me han deseado suerte. Les conté que simularía haber tenido dudas sobre mi desertión y os entregaría el rifle como muestra de mi lealtad al zar. Todo esto sería un ardid para

poder entregarle la carta a Pasha, sacarlo de aquí discretamente y llevarlo a un encuentro con esa mujer, Loughy.

—¿Veis lo inteligente que es nuestro Valeri Aleksandrovich? —aplaudió Stalin—. Muchacho, serás premiado por tu heroísmo.

—Tengo más cosas que contar —continuó Ostrov—. El hermano de John Camp le ha entregado a Garibaldi un juego completo de moldes y ha comenzado a trabajar en la fragua real de París para fabricar un gran número de rifles y munición. Loughy conoce la fórmula del iniciador químico.

El humor de Stalin se ensombreció de inmediato. Se levantó del trono sin soltar el rifle.

—Entonces estamos acabados —espetó—. Un ejército con estas armas ganará cualquier batalla.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Ostrov—. Y por este motivo la victoria será nuestra.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Kutuzov—. Estoy confundido.

—Dejé a Pavel Antonov en París para ayudar al hermano de John Camp. Pavel es muy hábil con la pólvora, como bien sabéis. A esta hora Kyle Camp ya estará muerto, la fragua habrá saltado por los aires con todos los trabajadores dentro, y no quedará ni rastro de los moldes, las piezas de las armas y del iniciador químico. Tenemos uno de los dos AK-47 que hay en Europa. El otro está a menos de tres kilómetros de aquí.

Stalin le ordenó a Nikita que trajese vino. Se volvió a sentar en el trono y apoyó el rifle contra la rodilla.

—¿Sabéis? Soy demasiado viejo para tantas emociones. ¿Ya hemos terminado el recorrido por la montaña rusa, Valeri Aleksandrovich? ¿O pretendes revolverme las tripas con más subidas y bajadas?

—Lo siento, mi zar —se disculpó Ostrov—. Quizá me dejo llevar en exceso por mi gusto por el dramatismo. Sí, esto es todo.

Stalin cogió una copa de vino y le ordenó a Nikita que sirviese a los demás, empezando por Ostrov.

—Entonces, lo único que tenemos que hacer es atrapar a Emily Loughy y obligarla a crear para nosotros esta fórmula química —reflexionó Stalin—. Y cuando poseamos cientos, o tal vez miles de estos rifles y carretadas de munición, tendremos que construir el pudridero más grande del Infierno para meter allí los cuerpos de Giuseppe Garibaldi y sus repugnantes aliados. Nikita, tráeme a Pasha.

La habitación de Loomis estaba en la otra punta del castillo. Cuando Nikita por fin lo trajo al salón, los allí reunidos ya se habían terminado la botella de vino y empezaron otra.

—Ah, Pasha, adelante —lo invitó Stalin, con la lengua un poco trabada por el alcohol.

Paul, Pasha; le daba igual cómo le llamasen. Su rostro era una permanente y grotesca máscara de tristeza. Aquellas miradas cargadas de malicia que Emily todavía

recordaba cuando evocaba los años que pasaron juntos en su época de estudiantes, hacía ya mucho que habían desaparecido durante su estancia en el Infierno. En sus mejores días parecía viejo y marchito; en los peores, catatónico, incapaz de levantarse de la cama o comer.

—Tienes un aspecto horroroso —comentó Stalin cuando lo vio entrar.

Loomis se encogió de hombros.

—¿Acabas de levantarte de la cama? —le preguntó el zar—. No te afeitas. No te bañas. Hueles incluso peor que yo.

—¿Me has hecho llamar para esto? —inquirió Loomis—. ¿Para decirme lo mal que huelo?

—No, no. ¿Conoces a este hombre, Ostrov?

Loomis lo miró y negó con la cabeza.

—Bueno, pues ahora ya lo conoces. Trae noticias excelentes. Sé lo mucho que añoras la compañía de alguien que hable tu idioma.

—Me da igual hablar inglés o no. Mi ruso está mejorando mucho.

—No, Pasha, no me refiero a este idioma. Me refiero al idioma de la ciencia. Ostrov te ha traído a alguien, a alguien a quien conoces muy bien, una científica. Muéstrale la carta.

Ostrov hizo una reverencia y le entregó el pergamino.

Paul, he regresado para encontrarte. La situación de los túneles de strangelets-gravitones ha empeorado. Ahora hay cuatro, abiertos de forma permanente, sin actividad del MAAC. Nadie sabe qué hacer. Me dijiste que tenías la respuesta. Este hombre, Ostrov, es un amigo. Él te llevará hasta mí. Debes apresurarte,

EMILY

A Loomis le fallaron las rodillas y, de no ser por el solícito Nikita, se hubiera caído. El joven secretario lo llevó hasta una silla.

—¿Dónde está? —preguntó Loomis.

—Muy cerca de aquí, en el bosque, al inicio del camino que lleva a Aquisgrán —le explicó Ostrov—. Está escondida con su amigo John Camp y unos cuantos hombres de Garibaldi.

Loomis estaba desconcertado.

—En la carta dice que eres un amigo.

—Eso es lo que ella cree.

—Ostrov es un muchacho muy listo —añadió Stalin—. Quizá algún día se convierta en un excelente policía secreto, como Bushenkov, aquí presente. Tal vez incluso algún día lo reemplace, ¿qué te parece, Vladimir Dmitriyevich?

Bushenkov, al que el comentario no le hizo ninguna gracia, optó por guardar silencio.

—Ostrov ha creado un plan muy elaborado —le explicó Stalin a Loomis—, pero esto no es asunto tuyo. Prepárate para partir con él y con un escuadrón de soldados en

cuanto anochezca. Tienen un arma muy poderosa, de modo que debes andar con ojo. —Stalin le mostró el AK-47—. Es como este, pero por desgracia ellos disponen de balas y nosotros no. Te vamos a llevar hasta la doctora Loughy. Nuestros hombres la atraparán antes de que los suyos se den cuenta de que están rodeados. No dispararán si creen que ella puede resultar herida. Son demasiado sentimentales.

—¿Qué haréis con Emily cuando la tengáis en vuestro poder? —preguntó Loomis.

—Se unirá a ti en el nuevo instituto que construiré para vosotros en Moscú. Juntos fabricaréis armas muy potentes. Puedes tomarla como tu mujer si quieres. Muchos hombres se sentirán celosos, incluso yo un poco. Ese será mi premio para ti, mi científico inglés.

—No pienso a tomar parte en esta jugarreta para engañarla.

—No lo veas de este modo —replicó Stalin—. La ayudarás a mantenerse a salvo. No querrás que resulte herida o incluso muerta.

—¿Por qué tanta obsesión con todo esto? —masculló Loomis, negando con la cabeza.

—¿Con qué?

—Estas guerras, estas luchas intestinas. Si lo que dice Emily es cierto, ¿por qué no navegáis hasta Britania y volvéis a la Tierra? ¿No te gustaría una segunda oportunidad? A mí sí, sin duda.

—Una pregunta muy interesante, Pasha —respondió Stalin, y dio un sorbo al vino—. Quizá para alguien como tú pueda tener sentido. Pero no para mí. He hablado con recién llegados de Europa. Sé lo que se dice sobre Stalin. Me consideran un asesino de masas. Dicen que Stalin mató a diez millones de sus propios conciudadanos. Olvidan lo que Stalin tuvo que hacer para impedir que los reaccionarios traicionasen los principios de la revolución. Olvidan lo que hizo Stalin para salvar a Rusia de los nazis. Si vuelvo, me meterían en una jaula y me mostrarían como a un animal de circo. —La cara se le enrojecía cada vez más y elevó la voz hasta gritar—. ¿Me gusta el Infierno? No. ¿Me gustaría regresar a la Tierra? No. No. No. Me quedaré aquí y tú harás lo mismo, y métetelo en la cabeza, me ayudarás a convertirme en el soberano de todos y cada uno de los putos habitantes del Infierno.

A medida que la mañana daba paso al mediodía y esta a la tarde, aumentaba el nerviosismo de John, Emily y los demás. En el claro, una pequeña depresión llena de agua de lluvia mantuvo a los caballos tranquilos. El único modo de calmarse era dar vueltas alrededor de los carros, pero caminar en círculos resultaba cada vez más aburrido.

John le ofreció a Emily un pedazo de carne en salazón.

Ella hizo una mueca y declinó la oferta.

—¿Cuánto tiempo vamos a esperar? —preguntó.

—Todo el que haga falta.

—¿Y si no vuelve?

John masticó un trozo de carne y lo escupió.

—Buena pregunta —admitió.

—Lo que daría por una pizza —comentó ella antes de repetir la pregunta.

—Sabemos desde el principio que esta es una misión de alto riesgo. Si Loomis no aparece, tendremos que volver a París y regresar aquí con unos cuantos cientos de AK-47. No subestimes la fuerza bruta como táctica de batalla.

—Paul podría morir en el ataque.

—Por eso estamos intentando primero esta opción.

—Lo sé. Creo que tengo los nervios al límite.

—Ya somos dos.

Creían que Brian estaba dormido en uno de los carros, pero asomó la cabeza y se unió a la conversación.

—Ya somos tres.

—Suerte que no estábamos hablando de ti —bromeó John—. ¿Quieres un poco de esta repugnante carne en salazón?

Brian saltó del carro.

—¿Por qué no?

La probó, maldijo y dijo que era deliciosa, provocando las carcajadas de sus compañeros.

—Me alegra haceros pasar un buen rato. Bueno, John, nunca te lo he preguntado. ¿Pudiste contactar con Ronnie, mi agente, y darle mi mensaje?

—Sí, lo hice. Le dije lo que acordamos, que te habían reclutado para una misión secreta del gobierno y estarías fuera del país sin posibilidad de contactarte hasta nuevo aviso.

—¿Cómo se lo tomó?

—No parecía muy contento. Pero te gustará saber esto: me preguntó si te pagaban.

—¡El muy cabrón! Siempre pensando en su diez por ciento. Si me hicieran un trasplante de riñón, Ronnie exigiría un pedazo del órgano.

Caravaggio y Simon habían ido a ver cómo llevaban O'Malley y Culpepper sus guardias. Volvieron al claro y se sentaron junto al carro.

—¿Alguna novedad? —preguntó John.

—Todo tranquilo —respondió Simon—. Tus dos soldados dicen que hace una hora han visto pasar a unos jinetes que se dirigían hacia el castillo, pero eso es todo.

Caravaggio se sacó del bolsillo el cuaderno que siempre llevaba encima y continuó trabajando con el lápiz en el boceto que había empezado un rato antes.

—¿Sigues dibujando a mi novia? —quiso saber John.

—Por supuesto. ¿A quién si no iba a dibujar de nuestro grupo? Solo hay una rosa.

—Es precioso —reconoció Emily después de echar un vistazo al dibujo—. Y no

le hagas caso, está celoso.

—Entonces quizá le pintaré como Ptono, el dios griego de la envidia y los celos. Te pondré la piel verde y las orejas rojas. Estarás estupendo.

John se rio.

—Inténtalo y acabarás pintando el autorretrato de un italiano con un ojo morado.

Todos reaccionaron agarrando sus armas al oír que alguien se acercaba corriendo. John amartilló su mosquetón, mientras que Brian sacó una flecha del carcaj. Se relajaron solo en parte cuando vieron aparecer a Culpepper.

—El sargento ha retenido a un hombre junto al camino. Venía a pie desde el castillo, gritando el nombre de Emily.

—¿Ha dicho quién es? —preguntó ella.

—Si lo ha hecho, yo no lo he oído. El sargento me ha dicho que viniera a avisaros. No quería traer a ese tío hasta el campamento.

Cruzaron el bosque y llegaron hasta O'Malley, que retenía a un hombre arrodillado, al que encañonaba con el AK-47.

Emily se acercó corriendo.

—¡Paul!

Loomis intentó ponerse en pie, pero O'Malley no se lo permitió.

—No pasa nada —dijo John—. Es nuestro hombre.

Loomis se levantó y aceptó el abrazo de Emily.

—No me lo podía creer cuando ese hombre ha dicho que habías vuelto. Eres la mujer más valiente y loca que he conocido jamás.

—Paul, es maravilloso volver a verte.

—¿Dónde está Ostrov? —preguntó John.

—Os ha engañado. Está del lado de Stalin, siempre lo ha estado. Lo enviaron a París para espiar.

—Joder, ya decía yo que había algo en él que no me gustaba —masculló John—. ¿Cuál era su plan?

—Van a venir cuando anochezca para capturaros. Tienen vuestro rifle. Stalin quiere que Emily fabrique para él el iniciador de las balas y que yo le construya los rifles. Al resto de vosotros os quiere muertos. He logrado escabullirme para avisaros.

—Tenemos que coger los caballos y largarnos de aquí —ordenó John—. Emily, haz lo que tengas que hacer y vámonos.

Culpepper y O'Malley se quedaron vigilando el camino. Los demás regresaron al claro. Emily llevaba a Loomis cogido de la mano.

—¿Te ha entregado mi nota? —le preguntó.

—Sí.

—Entonces ya sabes cuál es la situación. Después del último reinicio del MAAC quedaron abiertos los cuatro canales, incluso después de apagar el acelerador, y desde entonces se han ido expandiendo de forma espontánea.

—¿Dónde están situados?

—En Dartford, Upminster, Sevenoaks y Leatherhead.

—Todos a lo largo del túnel del MAAC —constató Loomis—. Los strangelets se están autopropagando.

Mientras hablaban, John ordenó que enganchasen a todos los caballos a un único carro.

—Tiene que tratarse de esto —dijo Emily.

—Llegados a este punto, el fenómeno no se va a detener de manera espontánea —explicó Loomis—. Los puntos activos seguirán expandiéndose. Y se pueden formar nuevos puntos a lo largo del túnel. Al final, toda la zona circunvalada por el túnel se convertirá en un portal abierto.

—Todo Londres.

—Eso para empezar. Después, esa zona se expandirá. Al final, la Tierra y el Infierno podrían acabar fusionándose en una única y horripilante dimensión.

Emily tembló de manera ostensible.

—En lo más profundo de mi mente pensé que eso podía suceder, pero no quería creérmelo. Paul, hemos consultado a los mejores físicos del mundo. A nadie se le ocurre una solución factible. Tú dijiste que sabías qué hacer.

—Así es. Bueno, obviamente no puedo tener la certeza absoluta, pero apostaría mi vida si tuviera una que apostar. Hay que destruir los strangelets. Es el único modo de acabar con esto.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hacemos?

—Te lo explicaré, pero no ahora.

Emily le clavó la mirada.

—Por el amor de Dios, Paul, ¿por qué no?

—Necesito largarme de aquí. Stalin me va a machacar por esto y después me lanzará al pudridero. Llévame contigo a Britania. Te lo contaré allí.

—Paul, te prometo que te llevaremos con nosotros, pero tienes que explicármelo ahora por si te sucede algo por el camino. El destino del mundo está en tus manos.

A Loomis le cambió el semblante. Su mirada se endureció, su tono de voz también:

—Tienes que entender una cosa. El destino del mundo a estas alturas me importa un carajo. Solo hablaré cuando esté en Britania.

—¿Cómo puede no importante el destino del mundo? —exclamó Emily, alzando la voz indignada—. Tus hijos viven en ese mundo. ¿Ellos no te importan?

No logró romper su coraza. Él la miró furioso.

—Te tenía por una mujer inteligente. Te lo diré por última vez. Llévame contigo. Este es el trato y no hay más que hablar.

Emily lo dejó allí plantado y fue a explicarle la situación a John.

—¿Quieres que se lo saque por la fuerza? —preguntó él.

—Lo dices de broma, ¿verdad?

—Solo a medias. Dile que suba al carro. Vamos a ir todos en uno para ganar

velocidad. Viajaremos un poco apretados.

Nikita entró en los aposentos de Stalin después de llamar con unos golpecitos a la puerta. El zar estaba en la cama, con el precioso AK-47 junto a él.

—¿Qué sucede? ¿No ves que estoy acostado junto a mi hermoso rifle nuevo? No es tan suave como una mujer, pero me resulta más atractivo que la mayoría de ellas, ¿no opinas lo mismo?

—Lo siento, mi zar, pero Pasha ha desaparecido.

Stalin se levantó en un segundo.

—¿Adónde ha ido?

—No está en su habitación. Ostrov y los soldados se estaban preparando para partir a la caza de los llegados desde la Tierra, y me han enviado a buscarlo.

—¿Has informado a Kutuzov y a Bushenkov?

Nikita asintió de inmediato.

—Pues díles que vengan a mi despacho.

Cuando llegaron, Stalin, furioso, les exigió una explicación.

Kutuzov estaba borracho. Cuando balbució una imprecisa respuesta, Stalin lo llamó asno inepto y lo echó de la habitación. Bushenkov había venido mejor preparado.

—Me han informado de que la guardia del puente levadizo vio salir a Pasha hace una hora. No le preguntaron adónde iba.

—¡Por el amor de Dios! ¿Ni Ostrov ni tú lo teníais vigilado? ¿Habéis dejado que se largue sin que nadie haga nada?

—Esta operación no la dirijo yo. Ostrov ha elegido la hora de partida y ha seleccionado a los soldados que debían acompañarlo. A mí ni siquiera me han invitado a participar.

—Pues ahora estás invitado, imbécil. Id a buscarlos. Traédmelos esta misma noche. Dile a Ostrov que, si falláis, vuestras cabezas cortadas pasarán la eternidad contemplando vuestros cuerpos asados y lanzados en el peor pudridero de Moscú. ¿Por qué Moscú? Porque así podré visitaros siempre que quiera y mearme sobre vuestras caras.

Empezaba a oscurecer cuando iniciaron su huida por el camino a toda velocidad, con ocho caballos descansados tirando del carro cubierto. Brian y John flanqueaban a Simon, los tres apretados en el banco del conductor; Simon llevaba las riendas y los otros dos iban armados con mosquetes y arcos. En la parte trasera, los SAS mantenían los ojos bien abiertos para detectar a posibles perseguidores y Loomis permanecía sentado sin abrir la boca y con los brazos cruzados sobre el pecho. Al ver a Emily tan consternada, Caravaggio miró a Loomis con el ceño fruncido como un

león protector. La cantidad de baches y a la pésima suspensión hizo que todos pasaran más tiempo dando botes en el aire que cómodamente sentados en los bancos.

Sesenta kilómetros separaban Colonia de la frontera francesa. Cruzar a suelo galo no era garantía de seguridad absoluta, pero la amenaza de toparse con una patrulla enemiga podía disuadir a sus perseguidores rusos. Al menos John lo veía así. Cuando la oscuridad ya era completa, Simon estudió con mucha atención el camino, tratando de calcular lo que veían los caballos; la visibilidad no superaba los cinco metros. La lluvia torrencial que empezó a caer tampoco ayudaba. Por suerte, los caballos tenían mejor visión nocturna. Incluso galopando a esa velocidad conseguían mantenerse en el camino y tomaban bien las curvas.

Después de casi tres horas de viaje, Brian se dirigió a John por encima del repiqueteo del carro.

—¿Cuánto queda para llegar a Francia?

—Calculo que unos quince kilómetros.

—Ya casi estamos a salvo.

—No lo gafemos.

No habían pasado ni diez segundos cuando oyeron a alguien gritar desde el interior de carro. Parecía la voz de O'Malley.

Emily apartó la lona que daba a la parte delantera.

—El sargento cree que nos están siguiendo.

—¿Ha visto a alguien? —preguntó John.

—Dice que le ha parecido ver una antorcha subiendo y bajando como si la portase un jinete. Después ha desaparecido.

—Mantened las cabezas gachas. Voy a pasar a la parte de atrás.

John entró y sorteó a los demás hasta llegar a la parte trasera, donde O'Malley apuntaba con el rifle hacia la oscuridad.

—¿Estás seguro? —le preguntó John.

—Yo también lo he visto —ratificó Culpepper.

—No disponemos de toda la munición del mundo —les recordó John—, pero si quieres disparar unos cuantos tiros de advertencia, no me opondré. De esa dirección no puede venir nadie con intenciones amigables.

O'Malley opinaba lo mismo, así que John avisó a Simon y Brian de la acción inminente y cuando el camino volvió a avanzar en línea recta, el sargento apuntó al centro y disparó dos veces.

En cuanto desapareció el zumbido en sus oídos, oyeron unos disparos inquietantemente próximos. Varias balas de mosquetón perforaron la oscuridad.

—¡Agachad la cabeza! —gritó John, tirando a Loomis al suelo y cubriendo a Emily.

Culpepper lanzó un gruñido.

—Sargento, yo...

Fue todo lo que pudo decir antes de desplomarse.

Caravaggio pasó por encima de John para sacar a Culpepper de la parte trasera.

Loomis estaba aterrorizado, pero Emily, acostumbrada a mantener la calma bajo el fuego, le aseguró que todo iría bien.

O'Malley disparó tres tiros más. Oyeron el relincho de un caballo, o tal vez fuese un grito humano.

—¡Jack! —gritó O'Malley, mirando hacia atrás—. ¿Cómo está? ¡Jack!

—¿Qué pasa ahí atrás? —preguntó Brian.

John se apartó de Emily lo suficiente como para echar un vistazo al pecho de Culpepper. Estaba empapado de sangre. Le tomó el pulso en el cuello, detectó un par de débiles pulsaciones y después nada.

—Se está desangrando —murmuró John en voz baja—. No podemos hacer nada.

—¿Qué has dicho? —preguntó O'Malley—. ¿Cómo está?

—Sigue disparando —le ordenó John—. Aunque no le des a nadie, les obligaré a mantenerse a distancia.

Fue como si el animal y el jinete apareciesen de la nada. La oscuridad detrás del carro de pronto escupió a un caballo blanco al galope y resoplando, montado por un soldado ruso que cabalgaba muy seguro con las dos manos ocupadas en el manejo de un arco. Lanzó la flecha en el momento en que O'Malley lo taladró con un disparo del rifle. La flecha resultó igualmente mortífera. La afilada punta de acero golpeó contra la hilera superior de dientes de O'Malley y se abrió camino hasta su cerebro. Murió en el acto, antes de caer de espaldas sobre las piernas de Culpepper.

El rifle quedó en precario equilibrio en la parte trasera del carro y John lo cogió antes de que cayese al camino.

—¡Brian, te necesito aquí atrás! —gritó.

Brian pasó como pudo por encima de los vivos y los muertos, se acuclilló junto al cadáver de O'Malley y oteó la oscuridad.

—¿Qué necesitas?

—Dispara ante cualquier atisbo de movimiento.

Brian preparó una flecha.

—Michelangelo, tú tienes tres pistolas cargadas y un mosquetón. Cualquier blanco que Brian falle, lo rematas tú.

John estaba acuclillado junto a Brian, observando el camino e intentando calcular la velocidad del bamboleante carro. Cogió dos de los cargadores de repuesto de O'Malley, se los guardó en los bolsillos de los pantalones y pasó una pierna por encima de la portezuela baja de la parte trasera del carro.

—¿Qué pretendes? —gritó Emily al ver lo que hacía.

—Salvar nuestras vidas. Seguid hasta llegar a la frontera. Te quiero.

—¡John, no! —aulló Emily mientras él saltaba y desaparecía de la vista.

Una flecha pasó siseando junto al carro y otra se clavó en la portezuela trasera. Brian entrevió una silueta y lanzó una flecha. Se oyó un grito agudo, seguido de un golpe seco. Antes de que pudiese preparar otra flecha, apareció un jinete empuñando

una pistola, pero Caravaggio ya estaba apuntando. Apretó el gatillo y le hizo un agujero en el estómago al soldado.

John rodó por el suelo, maldiciendo cada vez que se golpeaba con una piedra, pero sin soltar por nada del mundo el rifle que llevaba agarrado y pegado al cuerpo. Cuando por fin dejó de dar vueltas, se recompuso y se escondió junto al camino, donde buscó una buena posición de tiro con una rodilla plantada en el suelo. Movié el selector de modo de disparo y lo puso en posición automática.

Las tropas rusas que se aproximaban cabalgaban muy compactadas y se acercaron al galope. John abrió fuego contra el primer jinete y se giró poco a poco para barrer a los demás con una ráfaga.

Mientras los caballos relinchaban y se desplomaban y los cuerpos caían sobre el camino, John puso un nuevo cargador y cambió el selector a semiautomático. Se levantó y en dos zancadas se situó en mitad del camino. Desde allí siguió disparando a cualquier soldado que se moviese con cierta rapidez.

No vio la pistola que se alzaba desde detrás de un caballo caído, pero sí oyó y notó el disparo. Impactó directamente en el AK-47, que se le cayó de las manos. Una cabeza asomó desde detrás del caballo. A menos que el tirador dispusiese de otra pistola ya cargada, no volvería a disparar. John se lanzó contra él, saltó por encima del animal y aterrizó encima del tirador. La emprendió a puñetazos con él y cuando el tipo rodó sobre su espalda, pudo verle la cara; lo reconoció de inmediato.

Ostrov.

—¡Maldito hijo de puta! —masculló John aplastándole la nariz de un puñetazo. El cartílago se quebró y el tipo empezó a chorrear sangre, que le caía sobre la boca.

Una mano armada con un cuchillo se acercó hacia su costado, y estaba a punto de clavárselo en la zona de la cicatriz de la operación cuando John logró impedirlo con una llave de Krav Maga, un movimiento de bloqueo lateral con el brazo izquierdo, acompañado por un golpe con el canto de la mano derecha directo a la nariz rota de Ostrov. La fuerza del impacto le hundió los huesos nasales en el cerebro.

Ostrov se quedó mirando perplejo, pero sus labios se curvaron en una mueca semejante a una sonrisa.

—Quien ríe el último...

Se le pusieron los ojos en blanco y el resto de la frase resultó ininteligible.

John lo sacudió.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir?

Pero pese a que Ostrov movía los labios, de su boca solo salía un gorjeo.

Escuchó el relincho de un caballo y cuando alzó la mirada se topó con el cañón de una pistola. Oyó como el percutor hacía clic. Pero el arma no se disparó. Entonces miró al jinete que la empuñaba. Los dos hombres se reconocieron después de su último encuentro en Marksburgo unas semanas atrás.

—John Camp —dijo Bushenkov.

—Primera regla de oro: mantén siempre la pólvora seca —respondió John,

mientras se ponía en pie y miraba a su alrededor en busca de un arma.

Desde su posición elevada sobre el caballo, Bushenkov vio que toda la patrulla había sido aniquilada y Ostrov yacía destrozado.

—¿Quieres descabalar y luchar conmigo? Mantendré un ojo cerrado para no jugar con ventaja.

—Está noche no, señor Camp, pero quizá en breve. Creo que no tardaremos en volver a vernos las caras.

Y dicho esto, hizo girar a su caballo y desapareció en la húmeda oscuridad nocturna.

John buscó su rifle y lo encontró entre la hierba, junto al camino. Había un buen agujero justo encima del gatillo. El metal de alrededor estaba hundido. Había tenido suerte de que el tiro no le diera en la mano. Lanzó el rifle hacia el bosque. Tendría a su disposición muchos más en París.

El carro había avanzado medio kilómetro cuando Emily le gritó a Simon que diera media vuelta.

Todos habían oído el estruendo del arma automática y después varios disparos aislados.

—Pero él ha dicho que siguiéramos adelante —protestó Loomis, aterrorizado.

—Yo estoy con Emily —dijo Caravaggio—, debemos volver.

—Hazlo, Simon —gritó Brian.

El inglés tiró de las riendas hasta que los caballos se detuvieron y bajó para ayudar a los caballos que encabezaban el tiro a girar en el estrecho camino. Brian se colocó en el asiento del conductor y preparó una flecha. No tardaron mucho en toparse con el trabajo de John.

Cuando los caballos se detuvieron, Brian y Simon se pusieron en pie con las armas listas.

—Creía haberos dicho que no os detuviérais hasta llegar a la frontera.

John emergió del bosque con una sonrisa adusta.

En cuanto oyó su voz, Emily saltó de la parte trasera del carro, corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos.

—No vuelvas a hacer una cosa así.

Él la abrazó con fuerza.

—Créeme si te digo que no tengo ninguna intención. Es la cosa más estúpida que he hecho en mi vida.

A última hora de la tarde Forneau llegó sin aliento después de recorrer el enorme palacio a toda velocidad.

—Han vuelto.

Garibaldi levantó la vista del escritorio.

—¿Todos?

—Los dos soldados han muerto.

Garibaldi trató de ponerse en pie, pero sus artríticas caderas no le respondieron y cayó de nuevo sobre la silla. En un gesto inusual, aceptó la ayuda de Forneau para el segundo intento.

—Me parece que no ha dormido ni comido, ¿verdad? —le preguntó el ministro.

—No me acuerdo —respondió el monarca, metiéndose bajo el pantalón los faldones de la camisa—. ¿Han encontrado al hombre que buscaba Emily?

—Está aquí.

—Ese no era el plan.

—Ha habido algunas complicaciones.

—¿Estás seguro de que nadie les ha contado lo que ha pasado?

—Toda la corte ha recibido instrucciones estrictas, pero será mejor que hable usted con John Camp cuanto antes.

Garibaldi le respondió con severidad.

—Bueno, Forneau, eso es justo lo que pretendo hacer.

—Lo sé, lo sé —reconoció el ministro—. Me resulta difícil de soportar, eso es todo.

—Lo siento, amigo mío. Todos estamos sometidos a mucha presión.

Garibaldi entró en el salón en el que John y los demás estaban devorando un banquete y bebiendo el mejor vino de las bodegas del viejo Robespierre.

—Me alegro de volver a veros —saludó Garibaldi— y siento la muerte de los dos soldados ingleses.

—Murieron como héroes —respondió John—. Me gustaría llevarme sus cadáveres de vuelta a Inglaterra, pero no creo que sea factible.

—Los enterraremos con todos los honores y gran solemnidad —prometió Forneau.

—Giuseppe, te presento a Paul Loomis, mi antiguo mentor —intervino Emily.

—Es un placer —saludó Garibaldi.

—He oído hablar mucho de usted.

Caravaggio y Loomis se acercaron al rey para darle un abrazo.

—Deduzco por las bajas que ha habido complicaciones —comentó Garibaldi.

John asintió.

—Las ha habido. Grandes complicaciones. Resulta que Ostrov era desde luego un

traidor, pero no a Stalin.

El rostro de Garibaldi se contrajo en una mueca de rabia.

—¡Maldito sea! ¡Y maldito sea yo por haberme fiado de él! —gritó—. Esto lo explica todo.

—Disculpa, ¿a qué te refieres? —preguntó John. Sintió un repentino escalofrío, como si un viento frío le hubiera atravesado el cuerpo—. ¿Dónde está Kyle? ¿Segue en la fragua?

No le gustó la respuesta de Garibaldi.

—John, ven y siéntate conmigo.

Emily permanecía echada a su lado. John estaba borracho, desconsolado y tan deprimido que Emily no sabía si lograría sacarlo de ese estado.

—Lo sé, cariño, lo sé —repetía ella una y otra vez.

—Ha sido culpa mía, culpa mía —balbuceaba él—. No debería... No debería haberle dejado venir.

—No ha sido culpa tuya —repuso Emily—. Kyle tomó sus propias decisiones. Conocía los riesgos.

John se giró y quedó boca abajo, con la cabeza hundida entre los brazos.

—Suerte que están muertos.

—¿Quiénes? ¿Suerte que están muertos quiénes?

—Mis padres. Sería incapaz de contarles esto.

Sintió un picor en los ojos mientras evocaba la imagen de dos niños jugando sobre una alfombra, a los pies de sus padres, un momento hermoso y feliz del pasado lejano.

—Duérmete —le susurró Emily, acariciándole la espalda—. Estaré aquí, a tu lado.

El rotor del Black Hawk ocultó el cielo nocturno. Unos instantes antes, mientras esperaban a que el pájaro aterrizase, John se permitió buscar, durante uno o tal vez dos segundos, la Estrella Polar en el firmamento.

Le costaba entender cómo en un instante tan fugaz la mente podía comprimir un recuerdo mucho más extenso. Pero en cuanto localizó el objeto celeste, John evocó una escena en el dormitorio de su infancia, echado en la cama superior de la litera mientras su madre estaba sentada en la cama inferior con su hermano pequeño Kyle. Recordó la voz cantarina de su madre diciendo: «Luz de estrella, brilla con fuerza, eres la primera estrella que veo esta noche...».

El helicóptero aterrizó golpeando contra el suelo.

—Meted primero a Mike —ordenó John, y sus hombres deslizaron la bolsa con el cadáver de Mike Entwistle en el Black Hawk.

—Ahora a él.

Fazal Toofan estaba inconsciente, con la mandíbula rota y hundida por el puñetazo que le había dado John. Al comandante talibán, maniatado con las esposas de plástico, lo lanzaron al suelo metálico del helicóptero como si fuese una bolsa de basura y aterrizó junto al cadáver.

Los restantes miembros del comando de los Boinas Verdes subieron al aparato. John hizo un último recuento, descontando las bajas que ya habían sido evacuadas. Echó un vistazo a las ruinas todavía en llamas de la granja y miró después en el suelo del helicóptero a Toofan, considerado como un objetivo de alto valor.

¿Cuánto valor podía tener?

¿Lo bastante como para compensar las vidas de los hombres que había perdido?

Escupió en el suelo reseco y subió al helicóptero mientras sus hombres, sin decir una palabra, le hacían un hueco en el banco metálico. Una de sus botas tocaba el cuerpo sin vida de Mike. La otra, el cuerpo con vida de Toofan.

—Sácanos de este puto sitio —le gritó al piloto.

A la mañana siguiente Emily se despertó pronto y le sorprendió comprobar que John ya estaba levantado, vestido y lavándose en la jofaina. No quería hablar de la desquiciada borrachera de la noche anterior ni de ninguna otra cosa, y ella no le presionó. Sabía adónde quería ir.

Ya estaba todo preparado.

Encabezada por Garibaldi y Forneau y flanqueada por una compañía de soldados, la procesión salió del palacio y recorrió la orilla del Sena hasta la derruida fragua real. John y Emily iban solos en un coche de caballos. Simon, Brian, Alice, Loomis y Caravaggio viajaban en otro.

Bajo la luz mortecina y gris de la mañana la todavía humeante montaña de ladrillos era una visión desoladora. Un pequeño ejército de obreros franceses e italianos ya había empezado a trabajar en la escrupulosa tarea de retirar ladrillos y vigas y amontonarlos en un terreno adyacente para su eventual reutilización. Inmediatamente después de enterarse de la explosión, Garibaldi dejó clara su intención de reconstruir y ampliar la fragua como alto horno y fundición para producir el acero Bessemer que necesitarían para hacer realidad su nuevo mundo feliz.

—Saldremos fortalecidos de este desastre —había dicho—. Este pesar será el germen de nuestro triunfo.

John saltó del coche de caballos y ayudó a Emily a bajar. Se quedó contemplando a los hombres que sacaban los escombros y contuvo un sollozo.

Emily le susurró algo, pero él le aseguró que estaba bien. Ambos se dirigieron al encuentro de Garibaldi.

—John, pueden pasar días hasta que encontremos los restos de Kyle —dijo

Garibaldi.

—Debería quedarme, pero no puedo.

—Lo trataré como si fuese mi propio hermano —le aseguró Garibaldi—. Le haremos un funeral de héroe. ¿Era un hombre religioso? Quizá podamos encontrar a un hombre o una mujer que recuerde qué se decía en estos casos.

—Diría que no era religioso —explicó John—. Pero, en cambio, sí podrías enterrarlo con una jarra de cerveza.

—Se merece un barril entero. Debes saber que encontramos al asesino, el ruso Antonov. Bueno, los franceses lo encontraron oculto en una posada, esperando la ocasión propicia para escapar. Vengaron a los trabajadores de la forja cortándolo en pedazos y tirándolos al río. Hubiera preferido poder interrogarlo, pero creo que ya conocemos sus motivos y para quién trabajaba.

—Giuseppe, tienes que afrontar el tema que has estado esquivando.

—Ah, el tema. —Una sonrisa incómoda se dibujó en la cara del italiano.

John negó con la cabeza.

—Has perdido todos los AK-47. Has perdido los moldes. Has perdido el iniciador. Y le hemos entregado un rifle a Stalin. Nos ha salido el tiro por la culata.

—No del todo —rechazó Garibaldi señalando a Loomis—. Habéis encontrado a vuestro hombre.

—Dejé un AK-47 roto en algún punto del bosque, junto al camino, cerca del lado alemán de la frontera. No sé si sería capaz de encontrarlo.

—No te preocupes, John.

—A Stalin le llevará algún tiempo poder fabricar de forma masiva los rifles y resolver el problema del iniciador de las balas, pero cuando lo logre, tendrá una ventaja enorme sobre ti.

—Encontraremos otro modo de vencerle. John, tú tienes tus propias batallas que combatir. Deja de pensar en nuestros aprietos. Forneau y yo debemos regresar al palacio. Nos esperan la reina Mencía y sus generales para una reunión de estrategia bélica. Haremos bien en atacar a Stalin antes de que disponga de sus nuevos rifles. Se avecina una gran batalla.

—Giuseppe, me gustaría poder quedarme un poco más —le aseguró John antes de darle un abrazo—. Pasaré después a despedirme.

Emily se retiró unos pasos y dejó a John a solas con los recuerdos de su hermano. Cuando oyó las conmovedoras palabras que le dirigía a Kyle se alejó todavía más, para no importunarlo con su incontrolable llanto.

—No pensaba que tendría una segunda oportunidad para intentar hacerte cambiar de opinión —reconoció John.

Estaban en el patio principal del palacio de Robespierre y le soltó a Brian un discurso que sabía de antemano que no serviría de nada.

—Bueno, aprecio el esfuerzo y todo lo demás, pero no he cambiado de parecer —aseguró Brian—. Me quedaré aquí para participar en batallas gloriosas.

—Tu respuesta no me sorprende —admitió John—, pero tenía que intentarlo.

Emily estaba manteniendo la misma conversación con Alice, pero también ella se mostraba inamovible.

—Estamos enamorados, ¿sabes? He tenido que recorrer un largo camino, pero ahora que he encontrado el amor, no pienso dejarlo. He visto cómo miras a John. Ya sabes de lo que hablo.

—Lo sé —dijo, y la abrazó.

Caravaggio se acercó a Emily y consiguió un furtivo beso cuando John les daba la espalda.

—Vuelvo a perderte —se lamentó el pintor—. Ojalá pudieras ver tu retrato cuando lo acabe.

—Por favor, cuídate —respondió ella—, y nunca dejes de pintar.

—¿Cómo iba a hacerlo? Forma parte de mí como la belleza forma parte de ti. Y recuerda, si alguna vez regresas a nuestro triste mundo sin el *signore* Camp, yo cuidaré de ti como si fueses una delicada flor o un precioso pajarillo cantor. Reverenciaré el suelo que pises. Serás mi princesa y yo, tu esclavo.

—Eres todo un seductor —se rio.

—No le cuentes a John que digo estas cosas. Me pegaría un puñetazo en la cara y me haría parecer un nabo.

Forneau reunió a su guardia de élite para que los acompañase hasta Calais y cargó en uno de los carros el oro que John necesitaría para pagar el pasaje de vuelta a Britania.

Antes de que Loomis subiera al carro, Emily le detuvo para hablar con él.

—Paul, no voy a incumplir mi promesa. Te vamos a llevar a Britania, pero, por favor, dime lo que sabes por si te sucede algo por el camino.

Él se disculpó, pero insistió en mantener su postura.

—¿No confías en mí? —le preguntó ella.

Él subió al carro.

—Emily, no te lo tomes como algo personal. Ya ni siquiera recuerdo qué es la confianza.

John se acercó a ella.

—¿Lista?

—Lista.

—Mira. —Señaló hacia un balcón del palacio en el que Garibaldi, ataviado con su camisa roja, les decía adiós con la mano—. Casi desearía poder quedarme para echarle una mano.

Al carro se le rompió un eje a primera hora de la mañana y no les quedó otro remedio que recorrer los últimos kilómetros a pie. Mientras avanzaban, Trevor vigilaba el bosque con la ballesta cargada. Todos los chicos, incluido Andrew, empuñaban una espada y Angus, armado hasta los dientes, blandía una espada en una mano y la pistola de Bess en la otra.

Ya estaban cerca de Sevenoaks y de poder considerarse por fin a salvo. Trevor no quería perder a ningún chico más. Ojalá los hubiera podido rescatar a todos con vida. Pero cuatro habían muerto. Quedaban seis, ahora protegidos por él.

El curso de agua que vieron al norte correspondía con el río Darent del mapa impreso en seda.

—Ya casi estamos —murmuró Trevor para sí mismo—. Ahora que no se me pierda ninguno.

Angus aceleró el paso y se puso a su altura. Caminaron en silencio, pero estaba claro que el chaval tenía ganas de hablar.

—¿Todo bien? —le preguntó Trevor.

—Sí.

—Ya casi hemos llegado.

—Estupendo.

—Escucha, Angus, sé por lo que habéis pasado y va a llevaros tiempo superarlo, pero si te inquieta algo, puedes contármelo.

El chico alzó la mano con la que empuñaba la pistola.

—Es solo que...

—¿Solo qué?

—Yo, ya sabes, la he matado.

—Fue en defensa propia. Ella mató a tu compañero; después te hubiera disparado a ti.

—Le pegué un tiro en la cara —insistió para sí mismo con un tono mecánico.

—Hiciste lo que tenías que hacer —repitió Trevor con firmeza, pero sin perder la amabilidad en el tono—. Hiciste lo correcto. Cuando llegaste aquí eras un niño, pero te marchas convertido en un hombre. Le contaré a tu padre lo valiente que has sido.

—¿Hablaste con él?

—Sí, justo antes de partir.

—¿Estaba preocupado?

—Yo diría que más que preocupado. No es que me lo dijese de forma explícita, pero me pareció más que evidente.

—En realidad no lo conozco demasiado. Solo lo veo durante las vacaciones escolares y en verano, pero siempre está fuera.

—¿Y tu madre?

—Supongo que a ella tampoco la conozco mucho. Siempre me han cuidado las niñeras.

—¿Tienes algún hermano o hermana?

—Soy hijo único.

—Yo tenía el problema contrario. Tuve a mi padre y a mi madre encima hasta que me alisté en el ejército. No podía hablar por teléfono con una chica o salir de juerga con mis colegas sin que ellos quisieran conocer todos los detalles.

—Pero al final te has convertido en un tío fenomenal —le dijo Angus con timidez.

Trevor sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Yo creo que al final cada cual encuentra su propia senda. —Giró la cabeza para volver a mirar el camino. De pronto su tono de voz se tornó autoritario—. Mete a los chicos en el bosque. Por ahí. Ahora mismo.

Delante de ellos, a algo menos de un kilómetro, había un enorme grupo de moradores del Infierno que les daban la espalda.

Angus ordenó a sus compañeros que se internasen en el bosque y Trevor se acercó con sigilo al grupo avanzando entre los árboles del borde del camino. Resultaba difícil calcular cuántos eran, pero había al menos un centenar, posiblemente muchos más. Algunos iban en carros, otros a caballo. Se habían detenido en mitad del camino, como si se hubieran topado con algún tipo de barrera.

Trevor se reunió con los chicos y les dijo que tendrían que hacer el resto del trayecto a través del bosque.

Andrew empezó a gimotear.

—¿Vamos a morir?

Trevor se disponía a tranquilizarlo, pero Angus se le adelantó.

—Escúchame, Andrew, no vamos a morir. Vamos a cruzar el bosque, eso es pan comido, y después encontraremos a los SAS y volveremos a casa.

—¿Estás seguro? —preguntó el enclenque muchacho.

—Sí, estoy seguro. Tú concéntrate en el pedazo de espada que llevas en la mano. Danny, no te separes de Andrew, ¿de acuerdo?

Danny asintió.

—¿Por qué no yo? —preguntó Nigel.

Angus sonrió.

—Porque tú me vas a proteger a mí, tarugo.

—Eres un líder nato, ¿lo sabías? —le susurró Trevor a Angus cuando se pusieron en camino.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy convencido.

Dieron un rodeo cuando se acercaron a los moradores del Infierno concentrados en el camino, adentrándose más en el bosque hacia el sur para pasar a una buena distancia de ellos. Pero Trevor no quería alejarse en exceso del camino. Después de

recorrer un kilómetro y medio les pidió que lo esperasen junto a un enorme roble y se adelantó hacia el norte para reconocer el terreno.

Avanzó con sigilo hasta el borde del camino y se mantuvo agachado. Hacia el oeste distinguió el otro lado de la multitud de moradores del Infierno. Su cálculo de que había unos centenares se quedó corto. Hacia el este vio algo mucho más atractivo. Dos SAS del comando A de Marsh montaban guardia en el camino y contenían a la multitud con sus AK-47.

Trevor empezó a recular para recoger a los chicos. Su plan era seguir avanzando por el bosque hasta que estuviesen dentro del perímetro vigilado por los SAS.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kevin.

—Yo no he oído nada —respondió Nigel.

—Aquí está otra vez —insistió Kevin.

—Yo también lo he oído —dijo Danny.

—Sonaba como un llanto lejano, como el de un bebé, áspero y agudo.

Kevin, el amante de la naturaleza, se mostró de pronto muy inquieto.

—Joder, ya sé lo que es. Es un osezo.

La madre, del tamaño de un coche pequeño, apareció moviéndose pesadamente y lanzó un rugido.

Danny empezó a mover la espada de un lado a otro, pero Kevin le susurró que dejase de hacerlo.

—Que nadie mueva un músculo.

Oyeron el lamento de otro osezo detrás del roble.

La osa parda se alzó sobre sus patas traseras y alcanzó los dos metros y medio.

Andrew salió corriendo.

Kevin le gritó que se detuviera.

La osa volvió a apoyarse en sus cuatro patas y salió en su persecución. Era una carrera que iba a ganar el animal.

¡Boom!

Trevor lo oyó.

Los moradores del Infierno lo oyeron.

Los SAS lo oyeron.

Trevor llegó allí el primero.

La osa estaba a un metro de Andrew, yacía de lado y sangraba por una herida en el costado. Angus sostenía la pistola humeante en la mano.

Trevor no disponía de tiempo para elogiar su hazaña ni para dar instrucciones complicadas. Oían a los moradores del Infierno avanzando por el bosque hacia ellos.

—¡Seguidme! —gritó.

Echaron a correr todo lo rápido que pudieron, saltando por encima de raíces y matorrales, esquivando arbustos y ramas. Trevor se desorientó. Ya no estaba seguro de a qué altura quedaba la línea defensiva de los SAS; no quería quedarse corto. Cuando tuvo la sensación de que ya habían avanzado lo suficiente, giró hacia el

norte.

Salieron al camino en una curva. Trevor no veía por ningún sitio a los SAS, pero al otro lado del camino, hacia el norte, distinguió la familiar silueta del pudridero de Sevenoaks.

Se oyó un disparo de rifle. Una bala se incrustó en el tronco de un árbol, justo a la izquierda de la cabeza de Trevor.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego, maldita sea!

Era la voz del capitán Marsh.

Varios miembros del comando A, sucios y con barba de varios días, emergieron de su escondite entre unos matorrales.

Marsh se acercó corriendo a Trevor. Habría resultado irreconocible de no ser por su resplandeciente calva, porque tenía la cara cubierta por una barba digna de un leñador.

—Joder, Jones —masculló Marsh—. Al final has conseguido encontrarlos.

—Acercaos, chicos —les pidió Trevor a los chavales—. Venid a conocer a los buenos de la película.

Se oyeron más disparos de rifle hacia el oeste.

El sargento del comando de Marsh, que era uno de los centinelas del camino, apareció corriendo por la curva.

—Están penetrando en el perímetro —gritó.

—Estableced un nuevo perímetro —les ordenó Marsh a sus hombres—. ¡Jones, trae a los chicos!

Corrieron hacia el punto caliente. Marsh alcanzó a Trevor.

—Pensaba que eran diez.

—Eran diez.

—Mierda.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí? —preguntó Trevor.

—Hemos tenido tres bajas. Y nos estamos quedando sin munición. Pero hemos logrado contener a esos tíos. Al menos hasta ahora.

Trevor echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que los chavales seguían su ritmo. Andrew y Kevin había dejado las espadas y movían los brazos como si el profesor de gimnasia les estuviera gritando que esprintaran hasta llegar a la meta.

—Tengo que pasar a los chicos al otro lado —dijo Trevor—. ¿El punto caliente se ha expandido?

—Desde luego que sí. Hace un par de días se nos coló uno de esos moradores del Infierno y desapareció en una zona que creíamos segura. ¿Sabes cuánto tiempo más vamos a tener que aguantar aquí hasta que nos ordenen replegarnos?

—Ni idea, lo siento.

—Mantendremos la posición aunque tengamos que utilizar los rifles como cachiporras —le aseguró Marsh—. Yo me quedo aquí para cubrirte. Tú sigue en esa

dirección.

Trevor se detuvo un momento para estrecharle la mano y entregarle la ballesta y las flechas. Los chicos también se pararon.

—Chavales, este es el capitán Marsh, del regimiento 22 de las SAS, la mejor fuerza de combate de Gran Bretaña.

—Me alegro de que lo hayáis logrado —les dijo Marsh.

Casi sin aliento, Angus se presentó.

—Capitán Marsh, soy Angus Slaine. Mi padre es...

—Sé quién es. Dile que nos estamos quedando sin munición. ¡Y ahora marchaos!

Trevor indicó a los chicos que todavía llevaban armas que las dejaran y les conminó a correr lo más deprisa posible.

Oyó que Marsh y algunos soldados les gritaban que no se detuviesen, que siguieran adelante, y de pronto todo quedó en silencio.

Los prados de hierba alta desaparecieron y fueron reemplazados por la hierba un poco crecida pero regular de un césped. A lo lejos distinguieron edificios de ladrillo rojo con tejados de pizarra y un terreno para jugar al fútbol.

Oyó voces a sus espaldas.

Los seis chicos parpadeaban desconcertados y señalaban.

—Es Belmeade —dijo Kevin—. Hemos regresado.

Trevor no bajó la guardia. Estaban en un punto caliente. Podía haber moradores del Infierno merodeando. Las leyes físicas podían haber cambiado durante estos últimos días, quizá corrían peligro de volver atrás por el canal interdimensional.

—Sigamos avanzando hasta que encontremos a las autoridades —ordenó Trevor—. No os separéis. Y manteneos alerta.

—Señor Jones —dijo Nigel—, nuestro dormitorio está justo allí. ¿Cree que podemos pasar un momento para cambiarnos los calzoncillos?

Todos rompieron a reír por primera vez en mucho tiempo.

El secretario personal de Jeremy Slaine entró en su despacho en el ayuntamiento de Manchester.

Slaine levantó la mirada, molesto con su subalterno porque no había llamado a la puerta.

—Han vuelto —anunció el secretario.

—¿Quién? ¿Quién ha vuelto?

—Los chicos. Y Trevor Jones.

Slaine se quitó las gafas de leer y aspiró con fuerza.

—¿Todos?

—Señor, Trevor Jones ha llegado a la zona de Sevenoaks con solo seis de ellos.

—¿Y Angus?

El secretario cerró los ojos y asintió.

—Sí, gracias a Dios, Angus está a salvo.

Slaine se puso en pie, pero un repentino mareo le obligó a volver a sentarse.

—Voy a llamar a su madre. Dame los nombres de los otros cinco chicos que están a salvo y de los cuatro que no han aparecido. Necesito los números de teléfono de sus padres. Mantén esto fuera del alcance de la prensa y dame un poco de tiempo. Una cosa más, ¿le puedes pedir al ejército que traiga al señor Jones y a mi hijo a Manchester de inmediato?

Jeremy Slaine había alquilado una casa para él y su esposa en Hale Burns, una zona residencial próxima a Manchester. Aunque Jeremy procedía de una familia de abolengo, era su mujer, Elena, la que aportaba la mayor parte de su fortuna, y se habían instalado en Manchester procedentes de Londres con todo el personal doméstico. Le ordenó a la cocinera que preparase la comida favorita de su hijo, una lasaña, y sin mucho más que hacer, se plantó ante las ventanas de la sala de estar para contemplar el amplio jardín delantero mientras se recortaba las cutículas.

El Jaguar ministerial de su marido apareció escoltado por un convoy de todoterrenos negros y policías motorizados, y se detuvo en el camino de acceso haciendo crujir las piedrecillas que lo cubrían.

—Jeremy —anunció Elena—. Ya está aquí.

Angus y Trevor salieron del Jaguar vestidos con la mugrienta ropa del Infierno.

—Bonito sitio —comentó Trevor al ver la casa.

—Pero pequeño para lo que estamos acostumbrados —respondió Angus.

—Estás de guasa, ¿no?

—La verdad es que no.

Trevor esperaba que los padres de Angus saliesen corriendo a recibirlo, pero fue el secretario personal de Slaine el que apareció por la puerta.

—Bienvenido a casa, Angus, tus padres te esperan dentro —anunció el secretario—. Señor Jones, le felicito por su éxito.

Ni Angus ni sus padres corrieron a abrazarse. El chico tuvo que acercarse hasta donde estaban ellos plantados en la sala de estar.

Su madre se echó a llorar.

—Oh, Angus, mírate.

El chico se contempló en el espejo.

—He perdido un poco de peso.

Ella le dio un rápido abrazo y se apartó, incapaz de soportar el hedor.

—Bienvenido a casa, hijo —dijo su padre, tendiéndole la mano—. Estábamos muy preocupados.

—Cuatro de mis compañeros no han regresado —comentó Angus.

—Eso tengo entendido. He contactado a los padres de los chicos. Necesitaré que me cuentes lo que ha sucedido, claro está.

Trevor decidió intervenir en la conversación.

—Creo que es un poco pronto para eso.

—Sí, cuando esté en condiciones —aceptó Slaine—. Señor Jones, estoy seguro de que su misión no ha resultado sencilla.

—Desde luego no ha sido un paseo —respondió Trevor—, pero Angus y los chicos han pasado por experiencias peores que las mías. Peores de lo que se pueda usted imaginar.

—Bueno —le dijo la madre a su hijo, incómoda—, ¿por qué no subes a tu habitación? En la primera planta, a la derecha. Date un buen baño y ponte ropa limpia. Cuando bajas, la cocinera te ha preparado tu plato favorito, lasaña de ternera.

Angus parpadeó varias veces y rompió a llorar.

—No tiene por qué ser lasaña —balbuceó la madre.

Trevor le pasó la mano por el hombro.

—Todo irá bien. Date tiempo. Mucho tiempo. Estoy seguro de que contarás con personas con las que hablar de todo esto.

Jeremy Slaine contempló impotente cómo otro hombre consolaba a su propio hijo.

—¿Te volveré a ver? —le preguntó a Trevor.

—Por supuesto que sí. Te daré mis señas y cuando regrese podemos contactar por WhatsApp.

—¿Cuándo regreses?

—Sí, voy a volver allí otra vez. La verdad es que ya echo de menos su comida.

El llanto se transformó en risa y Angus imitó el gesto de su padre y le tendió la mano a Trevor.

—Nada de la mano —protestó el hombre, y le dio un cariñoso abrazo.

El encuentro de Trevor con el primer ministro y Jeremy Slaine estaba llegando a su fin. Se sintió incómodo por apestar como un cerdo que se hubiera revolcado en estiércol mientras engullía unos bocaditos sabrosos, pero ridículamente finolis, y ahora lo único que quería era poder marcharse cuanto antes de vuelta al sur.

—Así que está decidido a volver —le dijo el primer ministro—. Ni una sola persona en Inglaterra le recriminaría quedarse y descansar. El éxito de la misión no depende de nadie en concreto.

—Ya sabe cómo es esto, señor —replicó Trevor—. Cuando estás en el ejército y ves problemas, no piensas tanto en la misión como en tus compañeros; John Camp, Emily Loughy y los demás siguen allí y sus vidas corren peligro.

—Bueno, es una actitud admirable —admitió Lester.

—¿Sabe si la doctora Loughy ha logrado encontrar al doctor Loomis? —preguntó Slaine.

—No tengo ni idea. Como les he contado, la última vez que los vi iban de camino

al continente.

—Bien, no hace falta que se lo recuerde —añadió Lester—, pero aquí estamos en serios apuros. Siguen llegando visitantes del Infierno, sobre todo a través de Upminster; Londres es zona restringida bajo control militar, nuestra economía se va al garete y la moral de la gente está por los suelos. En cuanto encuentre a Loughy y a Camp, si es que los encuentra, por favor, díales que nos urge una solución.

Trevor utilizó este último comentario para excusarse y asegurar que tenía que marcharse de inmediato.

—Y gracias por traer de vuelta al hijo de Jeremy —concluyó el primer ministro.

Slaine pareció sorprendido por el comentario y añadió:

—Sí, gracias, señor Jones. Quizá no le he expresado mi gratitud lo suficiente.

Cuando subió al helicóptero que le esperaba en el tejado del ayuntamiento, Trevor le preguntó a uno de los pilotos si podía utilizar su móvil. Un miembro del equipo del primer ministro le había localizado el número y lo tecleó con impaciencia.

Arabel descolgó.

—Hola, soy yo, Trevor.

—Oh, Dios mío, estás a salvo.

—Sí, ¿y tú cómo estás?

—Sigo en Edimburgo con mis padres y los niños. Estoy bien.

—¿Qué tal están los niños?

—Siguen teniendo pesadillas, pero durante el día se los ve bien. ¿Dónde estás?
¿Está Emily contigo?

Trevor le explicó la situación y le hubiera gustado poder tranquilizarla más sobre Emily.

—Voy a volver allí por Dartford. Espero que ella y John regresen pronto. Solo quería oír tu voz antes de partir.

—Te echo de menos.

—Yo también a ti.

—Por favor, vuelve.

—Pensar en eso es lo único que me permite seguir adelante.

Los vientos eran favorables y el mar estaba en calma, lo que permitió al galeón francés atravesar el canal en menos de dos días.

El capitán La Rue llamó a la puerta de su propio camarote.

—¿Están despiertos? —preguntó desde el otro lado.

John abrió.

—Ya hemos llegado al estuario —le informó el capitán.

—Ya lo veo.

—Pueden subir a cubierta cuando estén listos.

—Sé que está ansioso por recuperar su camarote.

—Y mi barco —añadió La Rue—. No sabe usted hasta qué punto, *monsieur*.

John se sintió aliviado al encontrar el barco de La Rue todavía fondeado en Calais, pero no sorprendido. Un cubo lleno de oro era algo demasiado succulento como para que un bretón renunciase a ello. Era suficiente como para convertirlo en una de las personas más ricas de Brest. Al capitán se le iluminaron los ojos mientras contaba las monedas y solo después de haberlo hecho preguntó sobre la ausencia de Kyle y los dos soldados de las SAS.

—Siento lo de su hermano —dijo—, pero el Infierno es una amante muy cruel.

Loomis seguía dormido. A John no le había entusiasmado la idea de compartir el camarote con él, pero no querían perderlo de vista.

—Dile que vamos a desembarcar en breve —le pidió a Emily.

Ella asintió y zarandó a Loomis por el hombro.

—Paul, ya casi hemos llegado.

Loomis abrió los ojos.

—Gracias a Dios —suspiró—. Inglaterra.

El cabo Scarlet fue el primero en avistar los mástiles. Corrió bordeando el perímetro del punto caliente hasta el cobertizo del capitán Yates.

—¿Estás seguro de que son ellos?

—No puedo asegurarlo todavía, pero es un barco de cuatro mástiles con la misma bandera.

—Llama a los hombres a formar —ordenó Yates, poniéndose los andrajosos pantalones—. Si son ellos, van a necesitar una escolta.

—Mientras bajaban el bote de remos, John se puso tenso al oír un disparo, pero enseguida se tranquilizó.

—Qué vista tan preciosa —le comentó a Emily.

Los miembros del comando B habían asegurado la ribera del río y los pocos moradores del Infierno que había cerca huyeron al oír el disparo de advertencia.

Los marineros franceses llevaron el bote hasta la orilla y permanecieron allí solo el tiempo necesario para que John, Emily y Loomis saltaran a tierra; acto seguido empezaron a remar de vuelta al barco.

A Yates se le ensombreció la mirada cuando comprobó que faltaban varios hombres.

John se adelantó a su pregunta.

—Lo siento, capitán. Culpepper y O'Malley no han sobrevivido.

—¿Y tu hermano? —preguntó Yates.

—Tampoco.

—¿Este es Loomis?

—Sí, logramos encontrarlo.

Emily fue la primera en verlo. Estaba detrás de un soldado más alto.

—¡Trevor!

El aludido sonrió, saludó con la mano y su expresión se ensombreció cuando contó a los recién llegados.

Se acercó con paso rápido a ellos y preguntó:

—¿Y Kyle?

John tragó saliva.

—Lo siento, jefe. Lo siento de verdad.

—¿Cómo es que estás aquí? —le preguntó Emily mientras lo abrazaba.

—Rescaté a los escolares que seguían con vida y los llevé de vuelta a casa en Sevenoaks. Volví al Infierno por Dartford ayer y aquí estoy.

—Estás loco volviendo aquí —le recriminó Emily.

—Bueno, os echaba mucho de menos y no me contestabais los emails —ironizó él.

—Trevor, quiero presentarte a mi antiguo jefe, Paul Loomis.

Loomis saludó con un movimiento de cabeza.

—Emily me ha hablado mucho de usted —reconoció Trevor.

—Vamos a llevaros al campamento, amigos —interrumpió Yates—. No me gusta dejar el punto caliente desprotegido.

Durante el camino de vuelta, John caminó al lado de Yates y Trevor. Le preguntó al primero qué tal le había ido al comando.

—No parece que hayas perdido a ningún hombre —comentó.

—Hemos tenido suerte. Hay dos heridos leves, pero eso es todo. Aunque ya no nos queda mucha munición.

—¿Han estado atacando?

—Al principio, sí. Eran muchos e intentaban abrir brecha por aquí y por allá. Pudimos eliminar a los que llevaban armas de fuego, aunque han sido los arcos y flechas lo que más quebraderos de cabeza nos ha dado. Las ballestas son lo peor. Lo gracioso es que la solución que hemos encontrado ha sido tirar de un recurso nada moderno. Escudos de madera, lo creáis o no.

—Ya os dije que tendríais que improvisar.

—Bueno, y entonces ¿cuándo podremos acabar con esto y volver a casa? —preguntó el capitán.

—Espero que muy pronto. Emily va a regresar para implementar la solución de Loomis. Le preguntaremos a ella cuánto tiempo le llevará en cuanto Loomis le explique los detalles técnicos.

—¿Quieres decir que todavía no se los ha explicado? —preguntó Trevor.

—Se está haciendo rogar.

Emily caminaba junto a Loomis.

—Bueno, pues ya estamos aquí —le dijo.

Loomis miró a su alrededor.

—Fue por aquí donde me atraparon los rastreadores y me entregaron a ese tipo

repugnante, Solomon Wisdom, que me vendió al embajador ruso.

—Sí, bueno, Paul, me parece muy bien que compartas tus recuerdos, pero ha llegado el momento de que me cuentes lo que tienes que contarme.

—Emily, he estado dándole vueltas a eso.

—¿Qué vueltas tienes que darle? Aceptamos traerte a Britania. Hemos cumplido nuestra parte del trato.

—He decidido no decirte...

—¿Qué? —exclamó Emily, lo bastante alto para que John se diera la vuelta para ver qué sucedía.

—Sí —añadió Loomis—. Te ayudaré, pero todavía no.

Emily le indicó a John que no se acercase e intentó mantener la calma.

—Escucha, Paul, tengo que volver a la Tierra hoy. Tengo que solucionar esto.

—Iré contigo.

—Oh, no, no vas a venir conmigo.

—Me temo que sí. Escúchame, Emily, quiero ver a mis hijos una última vez. El día que maté a su madre y después me suicidé los convertí en huérfanos. Ahora ya son lo bastante mayores como para poder hablar con ellos. Para pedirles perdón. Para ver cómo les ha ido en la vida.

A Emily se le enrojeció la cara de ira.

—Te comprendo, Paul, te lo aseguro, pero es simplemente inaceptable. Teníamos un trato.

—Y el trato ha cambiado de condiciones.

—¿De verdad sabes cómo cerrar los portales? —le preguntó ella—. ¿O es todo una burda mentira?

—Te juro que sé cómo hacerlo y me pondré a trabajar contigo en cuanto crucemos a la Tierra. Si miento, mándame de vuelta aquí de inmediato.

—Paul...

—Lo siento, Emily. Estoy jugando mis cartas.

—Ojalá vineras tú también —suspiró Emily.

John y ella estaban apartados de los demás, fundidos en un abrazo.

—Estarás tan ocupada que ni me echarás de menos.

—Al menos tendrás aquí a Trevor cubriéndote las espaldas. Estoy muy inquieta, pero de no ser por Trevor lo estaría aún más.

—Recogeremos al profesor Nightingale en Richmond, intentaremos localizar a la gente del MAAC y regresaremos con o sin ellos.

—Siento mucha lástima por Matthew, David y todo mi equipo, pero los dos sabemos que pueden estar muertos. Por favor, no dediquéis demasiado tiempo a buscarlos. En cuanto seamos capaces de sellar los portales, si damos con el modo, recibiremos una enorme presión para cerrarlos cuanto antes. Quedarán moradores del

Infierno atrapados en la Tierra. Y gente de la Tierra atrapada aquí. No quiero que tú y Trevor estéis entre los desaparecidos. No podría soportarlo.

—Nos moveremos rápido. Al menos Loomis te ha dicho cuánto tiempo llevará el misterioso proceso.

—Una semana, tal vez un poco más, si le creemos. A estas alturas su credibilidad es escasa.

—Si intenta alguna nueva treta, dale una patada en el culo de mi parte.

—Créeme que lo haré.

Se besaron tiernamente.

John la soltó y añadió:

—Porque sé que eres la mejor pateadora de culos de ambos universos.

Yates y sus hombres los acercaron al punto seguro del perímetro y a partir de ahí continuarían solos.

Emily y John se miraron por última vez. Después, ella y Loomis empezaron a caminar hacia Dartford. Cuando desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, John dejó escapar un profundo y melodioso suspiro y le dijo a Trevor que tenían que ponerse en marcha.

Mientras contemplaba la enorme chimenea nueva, Cromwell admitió que estaba sorprendido.

—Has hecho unos progresos impresionantes, maestro William.

—No me mire a mí, mire a ese hombre.

Campbell Bates agradeció el cumplido. Durante el proceso le habían puesto el mote de Alec Guinness del Infierno, por aquel papel del actor como retorcido coronel constructor de puentes en *El puente sobre el río Kwai*.

—¿Cuándo estará listo el alto horno para producir acero? —preguntó Cromwell.

—Es difícil decirlo —respondió Bates—. Todavía nos queda mucho trabajo por delante.

—Bueno, seguid así, muchachos —los animó el mariscal—. La próxima vez que venga veré grandes planchas de metal fundido emergiendo de las llamas.

Bates se aclaró la garganta antes de hablar.

—Mis colegas me han pedido que pregunte por la salud y bienestar de las mujeres que se han quedado en Londres. Estamos deseosos de volver a verlas.

Cromwell frunció los labios.

—Diles a tus colegas que las mujeres están bien.

Bates perseveró.

—Pedimos respetuosamente poder regresar al palacio unos días, tal vez una semana, para comprobarlo nosotros mismos.

—Podréis volver cuando terminéis vuestro trabajo aquí, no antes.

—En ese caso, le preguntaré si han visto a los hombres que enviaron para llevarnos de vuelta a casa. Lo hemos hablado entre nosotros y queremos asegurarle que nos quedaremos hasta terminar el alto horno. Después le pediremos poder reunirnos con los soldados que han venido a buscarnos.

Cromwell se dio la vuelta y le dio la espalda al americano.

—¿Me tomas por idiota? —gritó—. Vuelve al trabajo.

Trotter había estado escuchando la conversación y aprovechó la oportunidad para volver a congraciarse con Cromwell.

—Ha hecho bien en no fiarse de ellos —le felicitó Trotter.

Cromwell lo ignoró como quien desdeña a un insecto que revolotea.

—Han estado maquinando, maquinando, maquinando —continuó Trotter—. Cuando no trabajan, dedican todo el tiempo a pensar en la forma de escapar, pero no son precisamente hombres de acción. Temen a los soldados. Me han pedido que les ayude, porque saben que soy un hombre de acción, pero no pienso ayudarles en nada.

Cromwell se detuvo.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó.

—Porque yo he aceptado lo que ellos no son capaces de aceptar. Que no nos van a

rescatar. Que nos quedaremos aquí para el resto de nuestras vidas. Tenemos que asumirlo, adaptarnos e intentar ser útiles.

—¿Eso es lo que piensas?

—Así es. Aventuro que sus soldados ya han derrotado a los soldados que enviaron aquí. ¿Me equivoco? ¿Suffolk dio con ellos en Leatherhead?

—Suffolk es más bocazas que guerrero —masculló Cromwell—. Acabó batiéndose en retirada, sin ganar ni perder la batalla, pero sí dejó atrás al mejor oficial sobre el terreno de nuestro ejército, el duque de Oxford. Si Suffolk no gozase de los apoyos que tiene en la corte, ya lo habría reemplazado. Pero este desastre no significa nada. Sitiaremos a esos soldados. La munición de que disponen empezará a menguar y cuando se queden sin balas, los aplastaremos. He recibido informes que indican que eso ya ha sucedido en Upminster, donde hay otro pelotón de soldados de la Tierra.

Trotter arqueó las cejas al oír la noticia.

—¿En serio? ¿En Upminster?

—Que tengas un buen día —se despidió Cromwell y se alejó hacia el río.

Trotter lo siguió hasta ponerse a su altura.

—Me necesita —le espetó.

—¿Para qué te necesito?

—Puedo eliminar a Suffolk por usted.

Cromwell volvió a detenerse. Su expresión de curiosidad le pareció una invitación a continuar hablando.

—Enrique lleva mucho tiempo desaparecido, pero usted todavía no se ha proclamado nuevo rey. ¿Por qué?, me he preguntado a mí mismo.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —inquirió Cromwell con una sonrisa de suficiencia.

—Suffolk no es ni la mitad de inteligente que usted —respondió Trotter—, pero tiene amigos, muchos amigos entre la nobleza. Mi conclusión es que en estos momentos la partida está en tablas. A usted le gustaría deshacerse de él y a él hacer lo mismo con usted. Pero si uno de los dos toma la iniciativa y ataca al otro, se producirá una guerra civil. ¿Estoy en lo cierto?

—Continúa.

El hecho de que Cromwell no desmintiese su teoría le infundió ánimos para seguir.

—Yo haré el trabajo sucio. Lléveme de vuelta al palacio. Le diré a los míos que me ha permitido volver para comprobar la situación de las mujeres, para que ninguno sospeche que estoy maquinando algo. Cuando esté instalado en palacio, pediré ver a Suffolk y le diré que puedo ayudarlo a derrotarlo a usted. Jugaré a dos bandas. Créame, soy un maestro. Es lo que hago para ganarme la vida.

Aunque no tenían a nadie cerca, Cromwell bajó la voz, un detalle conspirativo que hizo sonreír a Trotter.

—Y cuando te hayas ganado su confianza, ¿qué?

—Lo neutralizaré.

—No conozco esta palabra.

—¿Cómo se dice aquí? ¿Destruir? Lo destruiré.

—¿Cómo?

—Todavía no lo sé. Quizá con un veneno. ¿Dispone de venenos?

—Por supuesto, pero Suffolk utiliza catadores para la comida y la bebida, igual que yo.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Y cuando hayas cumplido con tu parte, ¿qué me impedirá declararte culpable y... neutralizarte? Ya sabes que uno no puede fiarse de la gente de la Tierra. La corte verá que tengo las manos limpias. Seguro que alguien que pretende ser tan listo ya ha pensado en esta posibilidad.

—No lo hará, porque le resultaré útil —contraatacó Trotter—. Cuando se proclame rey, necesitará un canciller. Yo no tengo ninguna otra lealtad. Soy un recién llegado. No tengo ninguna deuda pendiente. Le serviré a usted y a nadie más. Y no tardará en comprobar que soy un hijo de perra despiadado.

Cromwell soltó una carcajada.

—Eso creo que ya lo tengo claro.

Les había llevado un día entero localizar una barca que poder robar, pero en cuanto lo lograron, el viaje hasta Richmond fue rápido. La barca fluvial de un solo mástil y casco plano olía tan fuerte a pescado que cuando se toparon por azar con otra embarcación cerca de Londres la cosa no acabó en desastre. La barcaza con la que se cruzaron iba cargada de soldados y navegaba en dirección contraria a gran velocidad, empujada por la corriente. Al verlos, se les acercó y se colocó en paralelo. Los ocupantes lanzaron un cabo y uno de ellos les gritó que lo atasen.

Yates les había entregado a John y Trevor uno de los AK del comando y un valioso cargador lleno de munición. John deslizó la mano bajo el saco de arpillera que lo ocultaba. Los dos iban disfrazados con toscas ropas que habían cogido de unas víctimas del comando A antes de partir.

—Habla tú —le pidió a Trevor—. Tú tienes el acento correcto.

Los soldados del rey estaban hambrientos y querían confiscarles las capturas. Los asaltantes arrugaron la nariz, pero debido al olor pútrido de las tripas de pescado descompuestas, no a su peculiar olor de personas procedentes de la Tierra. Trevor les dijo que lo sentía, pero que acababan de vender toda la pesca del día. Los soldados gruñeron y les dejaron seguir.

Llegaron a los alrededores de Richmond a media tarde, pero esperaron a que anocheciese para desembarcar en la orilla del pueblo. John cogió el rifle, guio a Trevor hasta la pequeña cabaña de la señora Eugenia Smith y llamó a la puerta.

—¿Quién anda ahí? —respondió una voz temerosa.

—Señora Smith, soy John Camp. He venido a buscar al señor Nightingale.

La puerta se abrió lentamente. Gesticulando con un dedo, los invitó a entrar.

La única luz provenía de un solitario tronco que ardía en la chimenea, pero era suficiente para comprobar que el profesor no estaba.

—¿Dónde está? —preguntó John.

—Se lo mostraré.

Utilizó un palito para llevar la llama hasta una vela y los condujo fuera, a la parte trasera de la cabaña. Había un montículo de tierra recién removida.

—Murió no hace ni una semana —les dijo—. Estaba tan enfermo que no podía hacer nada por él, salvo hacerle compañía y tratar de animarlo. Era un hombre encantador y todo un caballero. Me daba las gracias todo el rato y no paraba de repetir que ojalá pudiese pagarme. Yo me sentía feliz de escuchar las historias sobre el mundo moderno que me contaba y de poder acompañarlo en este trance doloroso. Hacía muchísimo tiempo que no veía morir a un hombre, ya creía que no volvería a verlo jamás. Antes de que falleciese le dije que no recordaba ninguna oración, pero él me dijo que de todos modos no quería oír ninguna. Cavé una tumba para enterrarlo. Era lo mínimo que podía hacer.

John se había guardado algunas monedas de oro de Forneau y le entregó una a la anciana.

Ella acercó la vela a la moneda.

—¡Cielo santo! Soy rica —exclamó.

—Has sido bondadosa —le dijo John.

—¿Lo he sido? —preguntó ella—. Bueno, supongo que sí.

Salieron de la cabaña y subieron por la colina hacia la fragua. John sentía que debía contarle a William lo de la muerte de su hermano.

No había mucha luz, pero sí la suficiente como para darse cuenta de que la fragua estaba muy cambiada. Una nueva chimenea de enormes dimensiones se elevaba en el cielo nocturno gris oscuro.

—Aquí ha pasado algo importante —murmuró John.

—¿Seguro que debemos seguir adelante? —preguntó Trevor.

—Tal vez no.

Oyeron una voz ronca que preguntaba:

—¿Quién anda ahí?

Entre la oscuridad apareció un soldado armado con un mosquetón que los descubrió. Cuando amatilló el arma y les apuntó, John le disparó un tiro a quemarropa. La fuerza de la bala del AK-47 levantó al soldado un par de centímetros del suelo antes de que se desplomase con un ruido sordo.

Una bala disparada desde la oscuridad pasó zumbando junto a la oreja de Trevor.

—Al suelo —susurró John—. Dejemos que vengan hacia nosotros.

Tumbado sobre la hierba, John apuntó hacia la oscuridad buscando dianas a las que disparar.

Unas voces les desvelaron la táctica del enemigo.

—¿Cuántos son?

—He visto a dos.

—¿Solo dos?

—Solo dos.

—Entonces les superamos. ¡Todos conmigo, a la carga! Los que llevéis armas de fuego, disparad a discreción.

Los soldados bajaron corriendo por la colina, estúpidamente agrupados. El horno de la fragua no estaba encendido, pero unas cuantas hogueras en el exterior proyectaban sus sombras. John vio difusas siluetas moviéndose antes de distinguir con claridad a los soldados y disparó a cada una de las borrosas masas grises, juzgando su puntería en función de los gruñidos y gritos de dolor. Los soldados les dispararon media docena de tiros, pero debían hacerlo a ciegas, porque todos pasaron muy por encima y lejos de ellos. En cuanto apretó el gatillo por primera vez, John empezó una cuenta atrás partiendo de treinta para calcular cuántas balas le quedaban en el cargador. Cuando llegó a dieciocho dejó de disparar.

—¿Ves a alguno más? —le preguntó a Trevor.

—No.

Lo único que se oía eran los lamentos de los heridos.

John se incorporó con sigilo y le hizo una señal a Trevor para que le siguiera. Se toparon con los soldados heridos desparramados por el suelo y les apartaron las armas a patadas. El último con el que se encontraron, ya en lo alto de la colina, llevaba un uniforme de oficial. Yacía de costado. Cuando John lo volteó con el pie vio que el tipo empuñaba una pistola. John apretó el gatillo y neutralizó la amenaza. Trevor cogió la pistola.

Oyeron la voz familiar de William procedente de la entrada de la fragua.

—No estamos armados. Quienquiera que seáis, dejadnos en paz.

—¡Soy John Camp! —gritó—. ¿Hay más soldados?

—No —dijo William—. Podéis acercaros, no hay peligro.

Avanzaron hacia la fragua sin bajar la guardia hasta que vieron aparecer el sonriente rostro de William.

—Qué grata sorpresa, John el que no es de aquí —saludó William—. ¿Os habéis cargado a los soldados del rey?

—A los que nos han disparado, sí.

—Se aburrían y estaban ansiosos por entrar en acción, y parece que al final lo han conseguido.

—Te presento a un amigo mío que tampoco es de aquí, Trevor Jones.

—Últimamente he conocido a un montón de gente sorprendente —les aseguró el herrero—. ¿Dónde está Kyle Camp?

John inclinó la cabeza.

—No ha sobrevivido.

—Una triste noticia, una noticia muy triste. Era un hombre excelente. Bueno, voy a darte mejores noticias. Pasad. Este edificio era una fragua. Ahora lo llaman alto horno. Creo que te gustará conocer a los que nos han ayudado a construirlo.

Entraron y a la luz de las velas John descubrió un grupo de rostros familiares, los flacuchos trabajadores de William. Y cuando estos se hicieron a un lado vio a un segundo grupo de hombres, que se habían puesto a cubierto de los disparos.

John y Trevor contemplaron sus caras de sorpresa.

Campbell Bates, Henry Quint, Matthew Coppens, David Laurent, Leroy Bitterman y varios jóvenes científicos a los que solo conocían de vista.

Bitterman dio un paso hacia delante.

—Gracias a Dios, estamos salvados —exclamó.

John sonrió, pero negó con la cabeza.

—Nos alegramos de haberos encontrado, pero todavía no estáis salvados.

—¿Cuántos habéis venido? —preguntó Quint.

—¿Hasta aquí? Solo nosotros dos —respondió Trevor.

—¿Solo dos? ¿Y qué ha pasado con los guardias? —inquirió Bates.

—Creo que los hemos neutralizado a todos, o al menos eso espero. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Dónde están los demás?

—Los tienen retenidos en Londres. Hace tiempo que no sabemos nada de ellos. Aquí nos han hecho trabajar como mulas —les informó Bates.

Bitterman les dedicó una sonrisa irónica.

—¿Habéis oído hablar de la mano de obra esclava?

El fornido duque de Suffolk se desabotonó la guerrera y se acomodó en la silla de respaldo alto de la mesa del comedor. De no hacerlo, al sentarse y comer los botones hubieran sufrido tal presión que amenazarían con saltar.

—Siéntate, Trotter, siéntate —le invitó, señalándole la silla frente a él—. ¿Vino?

—Por supuesto —aceptó Trotter. Un joven sirviente le llenó la copa de clarete con un decantador.

—¿Ya lo han probado? —le preguntó Suffolk al sirviente.

—Por supuesto, señor —respondió el joven.

—Adelante, Trotter, dime qué te parece.

Trotter olió el vino, lo removió en la copa y lo probó, siguiendo todos los pasos del ritual de un experto.

—¿Te gusta? —le preguntó Suffolk.

—Es muy bueno. He oído decir que tiene usted una excelente bodega.

—Así es, pero no está aquí. Esto viene de la bodega del rey Enrique. Espero que no le moleste que le haya cogido algunas botellas.

—Eso significa que cree usted que volverá.

—No tengo ni idea. Vivimos en unos tiempos muy extraños. Yo mismo estoy

cenando con un hombre vivo. —Suffolk probó el vino y dijo que era aceptable—. Dime, Trotter, ¿por qué estamos cenando juntos?

—Quería tener la oportunidad de hablar con usted a solas.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la fragua, el alto horno o como se llame?

—No, sobre eso no. —Se inclinó sobre la mesa y susurró—: ¿Puedo hablar con libertad en presencia de sus sirvientes?

Suffolk los hizo salir y les ordenó que volvieran para servir las codornices.

—Me fío de muy poca gente en la corte —confesó Suffolk—. He logrado mantenerme con buena salud gracias al ejercicio de la prudencia. Dispongo de algunos sirvientes fieles, mis catadores y algunos subalternos militares, pero estos no se cuentan entre ellos.

Trotter bebió un poco más de vino.

—Pues bien, yo creo que Enrique no regresará.

—¿No? ¿Por qué?

—Mi gobierno querrá mantenerlo en la Tierra. No estoy seguro de que vayan a hacer pública su presencia, aunque tal vez sí. Se convertiría en la mayor celebridad de la historia. Batiría todos los récords de internet.

—¿Perdón?

—Nada, nada. Lo que quiero decir es que, dado que es el más célebre de todos los monarcas ingleses, generará una intensa fascinación y será objeto de estudio. Valdrá una fortuna. Por no mencionar que, si le dan a elegir a él, probablemente preferirá quedarse allí.

—No puedo prever lo que sucederá o dejará de suceder en un mundo que no comprendo —comentó Suffolk con tono irritado—. Explícame qué tiene que ver conmigo todo esto.

—Yo no me hago ilusiones sobre mi situación. Doy por hecho que no podré volver a casa. No lograremos escapar de aquí. Yo soy el único que es un guerrero, no un cerebritito. Están buscando el modo de clausurar la conexión entre los dos mundos. Me quedaré aquí atrapado hasta el día de mi muerte. —Hizo una mueca y añadió—: Y tal vez para siempre.

Suffolk pareció entender el comentario y se rio entre dientes.

—De manera que en mi propio beneficio —continuó Trotter— debo apoyar al hombre que creo que sucederá a Enrique. Para mí está muy claro que se trata de una carrera con solo dos caballos.

Llamaron a la puerta y un sirviente asomó la cabeza. Suffolk le dijo que sirviera la comida y cuando los platos estuvieron llenos y volvieron a quedarse a solas, le pidió a Trotter que continuase.

—Tal como yo lo veo, Cromwell es un buen político. Es inteligente, pero es un hombre de ideas, no de acción. Un rey tiene que ser alguien resolutivo, y en vuestro mundo eso quiere decir un militar. Usted es un soldado. Usted es alguien capaz de ser determinante. Es evidente que cuenta con el apoyo de la corte. Eso le convierte en el

hombre que debe llevar la corona. Y yo quiero ayudarle a conseguirla.

Suffolk pinchó un ave entera y se la llevó a la boca clavada en la punta del cuchillo para comérsela de un bocado. La grasa que rezumaba le manchó la canosa barba.

No dejó de hablar mientras masticaba.

—Pensaba que eras más partidario de Cromwell. ¿Por qué debería fiarme de ti?

—No tiene que fiarse de mí. Solo tiene que comprobar si cumplo mi promesa.

—¿Y qué promesa es esa?

—Mandar a Cromwell al pudridero.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Si usted me facilita un veneno, haré que suceda.

—Tiene catadores. No es fácil de llevar a cabo un plan como ese. Créeme, yo mismo lo he intentado.

—Déjelo en mis manos. Encontraré el modo de hacerlo sin implicarlo a usted. Parecerá que es cosa de una enfermedad, y cuando lo haya aniquilado, bueno...

Volvieron a llamar a la puerta. Esta vez el joven sirviente no traía nada en las manos.

—El canciller Cromwell pide veros por un asunto de la máxima importancia.

—¿Está aquí? —preguntó Suffolk.

—Os espera en sus aposentos —respondió el criado.

—¡Estoy cenando! ¿Sabes por qué es tan urgente?

—Su ayuda de cámara me ha dicho que está en la cama, muy enfermo.

Suffolk retiró la silla y empezó a abotonarse la guerrera.

—Trotter, quédate aquí, volveré. Nuestra conversación quizá ha resultado profética. Después de todo puede que no necesite tus servicios.

Cuando Suffolk se marchó, el criado permaneció en el comedor, apoyado en la pared con las manos entrelazadas a la altura de la cintura.

—No te necesito —le dijo Trotter—. Ve a hacer tus cosas y déjame comer en paz.

Cuando el sirviente se marchó, Trotter se sacó del bolsillo un frasquito que contenía un líquido transparente y lo vertió en la copa de vino de Suffolk. Y siguió comiendo las deliciosas codornices.

Trotter estaba desvestiéndose en su habitación cuando se abrió la puerta y apareció Cromwell sin anunciarse.

—Dime —le preguntó—. ¿Ya está hecho?

Trotter volvió a ponerse los pantalones.

—Le he echado el veneno en la copa y se la ha bebido entera. Ahora hay que esperar. ¿Se ha creído la historia que le ha contado usted?

—No tenía ningún motivo para ponerla en duda. Le he dicho que me dolía todo el cuerpo y que me notaba febril, y le he rogado que no me enviara a un pudridero,

donde mi salud se deterioraría aún más. Apenas podía disimular su felicidad. ¿Cuándo veremos los efectos del veneno que le has administrado?

No era un veneno del arsenal de Cromwell. Trotter le había dado instrucciones a un boticario sobre cómo fabricarlo. El producto era una mezcla de metanol y destilado de virutas de madera fermentadas.

—Se encontrará bien durante un par de días, después empezarán a aparecer los síntomas —le explicó Trotter—. Dolor abdominal, dolores de cabeza, vómitos, ceguera, fallo de varios órganos y el coma. Ya está acabado, pero todavía no lo sabe. —Trotter añadió una palabra que borró del rostro de Cromwell su inamovible expresión adusta—: Majestad.

Dos días después, sin previo aviso, varios guardias armados entraron en el dormitorio de las mujeres y se llevaron a una de las jóvenes científicas, Kelly Jenkins, y nadie volvió a verla durante un par de días.

Ya atardecía cuando un sirviente llamó a la puerta de los nuevos y más elegantes aposentos de Trotter y le comunicó que una de las mujeres de la Tierra, Karen Smithwick, pedía ser recibida de inmediato. Él aceptó y al poco rato la acompañaron hasta sus habitaciones.

—Siéntate, Karen —le ofreció Trotter—. Supongo que ya habrás comido. ¿Un poco de vino?

Smithwick contempló las paredes forradas de madera, el elegante mobiliario y las pieles de animales que cubrían el sofá. Apenas podía contener su indignación.

—Oímos que habías vuelto, Anthony. Ha sido todo un detalle por tu parte pasar a ver cómo estábamos.

—He estado muy ocupado. ¿Por qué no te sientas y te tranquilizas?

—Prefiero seguir de pie. ¿Dónde están los hombres?

—Siguen en Richmond, trabajando como hormiguitas.

—Y tú, en cambio, andas por aquí.

—Me han dado un tipo de trabajo distinto.

—¿De verdad?

—Parece que he ascendido bastante rápido en esta organización. Cromwell me ha nombrado canciller.

—Pensaba que el canciller era él.

—Supongo que no os han llegado las últimas noticias —dijo Trotter—. Suffolk se puso enfermo y acabó en el pudridero. Ahora Cromwell es el nuevo rey. Y a mí me ha promocionado para asumir su anterior cargo.

—Siempre has sido un títere y ahora te has convertido en un títere aún mayor.

—Qué comentario más desagradable.

—Te has convertido en el Quisling del Infierno, el traidor supremo, ¿verdad?

Trotter cortó el juego.

—¿Qué quieres, Karen?

—Se han llevado a Kelly Jenkins. ¿Sabes dónde está?

—Refréscame la memoria. ¿Quién es?

—Cabello negro, guapa, pero seguro que ya lo sabes.

—Ah, esa. ¿Quién se la ha llevado?

—Unos guardias del palacio. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea.

—No te creo. Estás demasiado metido en todo esto.

—Siento que no me creas. Te diré lo que haremos. Haré algunas averiguaciones mañana por la mañana.

Smithwick no se dio por vencida.

—Quiero que me digas qué le ha pasado a Kelly.

—Te haré saber lo que averigüe. Es todo lo que puedo hacer.

Smithwick le señaló con un dedo acusador.

—Tony, juro por Dios que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para hundirte.

Trotter abrió la puerta, llamó a uno de los guardias que esperaban en el pasillo y le susurró algo al oído.

—Buenas noches, Karen —se despidió—. Por cierto, cambia la actitud. Ya no eres ministra del gabinete.

Trotter entró en su dormitorio y abrió la puerta que comunicaba con otra habitación.

La joven de cabello negro atada a la cama lo miró con odio. Una de sus mejillas estaba hinchada y amoratada.

—Hola, Kelly —saludó Trotter—. ¿Me has echado de menos?

Lo más raro era lo familiar que les resultaba.

Desde su punto de observación al otro lado del aparcamiento vacío, el complejo del MAAC tenía el mismo aspecto que cualquier domingo. Emily había venido a trabajar muchos festivos, sola o casi sola en su cubículo, y por un instante pensó que era uno de esos días. Loomis rompió el hechizo.

—Así que hemos vuelto —dijo, cubriéndose los sensibles ojos del sol—, realmente estamos aquí.

—Vamos —le instó ella, observando con atención los alrededores—, podría haber moradores del Infierno merodeando por aquí.

—Estás al lado de uno.

Cruzaron el aparcamiento y se dirigieron a la entrada principal, donde se encontraron con las puertas cerradas. Emily no logró encontrar nada por los alrededores para romper el cristal y declinó la propuesta de Loomis de abrirse paso a patadas porque no quería que se cortase. Decidieron intentarlo por alguna otra puerta.

Encontraron todas las puertas cerradas, pero cuando estaban ya pensando en lanzar una piedra descubrieron que el cristal de la parte inferior de la puerta junto a la pista de tenis estaba roto.

—Puede haber alguien dentro —susurró Emily, mientras se agachaba para entrar como un cangrejo—. Mantente alerta.

La luz del sol penetraba a través de las ventanas de los pasillos. A Loomis le costaba acostumbrarse a una luz tan intensa. Siguió a Emily por el complejo en apariencia desierto hasta que llegaron a su despacho, un espacio interior sin ventanas. Emily encendió las luces del techo.

—¿Puedes apagarlas? —pidió él, cerrando los ojos con un gesto de dolor.

—Perdona, quería comprobar que no hubieran cortado la electricidad.

Encendió su portátil y comprobó si el teléfono tenía línea.

—Me alegra que hayas ocupado mi antiguo despacho —dijo Loomis, mientras se sentaba y contemplaba las paredes, repletas de recuerdos de ella, no de él.

Emily suspiró.

—¿Y ahora qué? —preguntó Loomis.

—Ahora, Paul, empiezas a hablar.

—Primero me gustaría ver a mis hijos.

La furiosa reacción de ella lo dejó petrificado. Emily se levantó de un salto y se abalanzó sobre él con los puños cerrados, gritando a pleno pulmón.

—¡Ni se te ocurra! ¡No te atrevas a jugármela! Han muerto varios hombres para conseguir tu información. Llevas días dándome largas. No vas a seguir haciéndolo ni un minuto más. —Emily agarró un abrecartas metálico—. Te voy a hacer daño, Paul, te juro que te voy a hacer daño.

Emily oyó cómo empezaba a respirar con dificultad y la respiración entrecortada dio paso a un imparable ataque de tos. Había una botella de agua medio llena sobre el escritorio, que dejó allí la última vez que estuvo en el despacho. Se la ofreció a Paul y este se la bebió con ansia.

Paul le sonrió y ella bajó el abrecartas.

—En serio, Paul —continuó Emily, ya más tranquila—, por favor, empieza a hablar.

Él se acabó el agua.

—Así es como yo lo veo, Emily. En cuanto te cuente lo que quieres oír, habré perdido mi as en la manga. Antes de empezar necesito ciertas garantías.

Emily volvió a sentarse tras el escritorio, repentinamente exhausta.

—¿Qué garantías?

—Primero, como ya he dicho, quiero ver a mis hijos.

—Paul, ya sabes cómo funciona esto. Ya hemos hablado del tema. Una vez en el interior del punto caliente, permanecemos en nuestra dimensión. Si lo abandonamos, no podremos volver al MAAC. Pasaremos al otro lado. Dime si me equivoco, pero supongo que vamos a tener que hacer alguna cosa en el interior del colisionador.

—No te equivocas.

—Y por el mismo motivo tus hijos no pueden venir aquí.

—Claro. Pero aquí hay una sala para videoconferencias —insistió Loomis—. Quiero que lleven a mis hijos a una sala similar para poder verlos. Después de asearme un poco.

—Podemos hacerlo cuando ya tengamos en marcha el trabajo que nos ha traído aquí —le suplicó Emily.

—Quiero que lo hagamos ahora —insistió él.

—De acuerdo —aceptó ella—. Hay un invento nuevo que apareció después de tu muerte. Se llama Skype. Permite mantener una videoconferencia con cualquier aparato. Seguro que tus hijos lo tienen en sus móviles o tabletas. Haré la llamada e intentaré establecer la conexión, pero va a ser traumático para ellos.

—Soy consciente de ello, pero aun así quiero hacerlo.

—De acuerdo, ¿eso es todo?

—Una cosa más, quiero quedarme aquí hasta que vuelva a morir. No pondré ningún problema a pasar todo ese tiempo en la cárcel, siempre y cuando pueda ver a mis hijos periódicamente.

Emily empezó a encenderse otra vez, pero se contuvo y se las arregló para hablar con tono sereno.

—Esta no es una decisión que pueda tomar yo.

—Ya lo sé. Lo quiero por escrito y firmado por el primer ministro, quienquiera que sea en estos momentos.

—Una carta del primer ministro —murmuró Emily—. ¿Algo más?

Loomis negó con la cabeza.

—No, esto es todo.

Emily intentó pasarse la mano por el cabello, pero lo tenía demasiado enredado. Buscó por el escritorio, encontró la tarjeta de visita de Ben Wellington y marcó el número de su móvil.

—Wellington al habla.

—Señor Wellington, soy Emily Loughy.

Se produjo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Dios mío —dijo por fin Ben—. Está llamando desde un teléfono del MAAC, ¿verdad?

—Sí.

—¿Encontró al doctor Loomis?

—Lo tengo delante.

Llevó una hora, pero Ben logró el pequeño milagro de convencer a los abuelos de los niños, o más en concreto, a los padres de la mujer a la que Loomis asesinó, de que les permitiesen mantener una conversación con él vía Skype desde su casa en las Midlands. La historia que les contó mantenía la coherencia con la que Loomis iba a explicarles a sus hijos adolescentes: ese terrible día no se había suicidado. Lo habían encerrado en una cárcel estatal, donde lo mantuvieron incomunicado debido a los importantísimos secretos oficiales que sabía y a sus preciados conocimientos. Y como ahora le habían pedido su colaboración para solucionar la actual crisis, él había insistido en su reiterada petición de hablar con sus hijos. Por el bien del país, ¿podían los chicos acceder a su petición?

Paul se había metido en el lavabo y había utilizado todas las toallitas de papel para limpiarse la mugre de la cara y el cuello y lavarse el cabello. Utilizó un peine de Emily para completar la labor y regresó al despacho.

Mientras Loomis se adecentaba, Emily había aprovechado para hacer su propia llamada personal a sus padres y a Arabel. Les dijo que estaba bien y que había vuelto a Dartford, pero esquivó las preguntas sobre sus intenciones.

—Todavía no puedo ir a Escocia —les había dicho—. Primero tengo que solucionar algunas cosas aquí.

—¿Puedes mejorar la situación? —le preguntó su padre.

—Espero que sí, papá, de verdad que lo espero.

—Estamos muy preocupados, pero también muy orgullosos de ti. Siempre nos hemos sentido orgullosos de ti.

Arabel estaba en el parque con Sam y Bess. Emily les pidió a sus padres que le dijiesen que había visto a Trevor hacía poco y que estaba bien.

—Os volveré a llamar en cuanto pueda —prometió—. Os quiero mucho a los dos.

Paul volvió del lavabo y se sentó frente al ordenador.

—¿Qué pinta tengo? —preguntó.

—Se te ve bien.

En realidad no era así. Parecía un viejo de mejillas hundidas y espalda encorvada. Desde la última vez que se había sentado en este despacho había perdido un montón de dientes. Su cabello era ahora estropajoso y gris. Había sido un hombre robusto y en forma. Ahora estaba esquelético.

Emily consultó el reloj de la pared.

—Voy a conectar —le anunció, se inclinó sobre el ordenador y clicó con el ratón.

Dos adolescentes asustados, un chico y una chica, miraban a la cámara de su ordenador. Resultaba evidente que no reconocían al hombre que aparecía en su pantalla, y también era obvio que Loomis libraba una batalla interior intentando casar sus recuerdos de dos niños pequeños a los que dejó siete años atrás con la imagen de los dos adolescentes que aparecían en la pantalla del ordenador de Emily.

—¿Sois vosotros? —preguntó Loomis, mientras le caían las lágrimas—. ¿Harry? ¿Mary?

El chico fue el primero en hablar con un tono cortante y neutro.

—Nos han dicho que eres nuestro padre. Pero nuestro padre está muerto.

Loomis oyó a sus suegros sollozando al fondo.

—Eso es lo que os contaron. Fue por vuestro propio bien. Hice algo terrible y he recibido mi castigo. Pero quería volver a veros, para saber cómo estáis.

—¿Quieres saber cómo estamos? —preguntó el chico. Mostró el dedo corazón—. Así es como estamos. Vete a tomar por culo y vuelve a estar muerto.

La cara del chico desapareció de la pantalla, pero la niña no se movió.

—Mataste a nuestra madre —susurró.

Loomis apenas podía hablar.

—Ojalá pudiera volver atrás. Fue un instante de locura. Lo siento, cariño.

—No me llames así —protestó ella, enfadada—. No soy tu cariño. No significo nada para ti y tú no significas nada para mí.

La niña volvió la cabeza para mirar a sus abuelos, que permanecían fuera de pantalla.

—Mary, por favor, ¿podemos hablar un poco más? —pidió Loomis—. Quiero que me cuentes cosas sobre ti, sobre el colegio, lo que te gusta hacer...

La mano de la chica se acercó al teclado y la imagen desapareció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Loomis.

—Ha colgado.

—¿Puedes volver a conectar?

—Quizá más tarde, Paul. Ya has visto lo duro que les ha resultado. Seguro que lo entiendes. No los atosigues.

Loomis se levantó, dio varios pasos inseguros y sin rumbo fijo hasta que Emily lo tomó del brazo y le ayudó a sentarse en la mesa de reuniones.

La doctora tenía en el despacho un pequeño hervidor en la mesita auxiliar y lo llenó con agua del grifo del lavabo de señoras.

—Creo que a los dos nos vendrá bien una taza de té.

—¿Té? —preguntó Loomis parpadeando—. Sí, eso sería maravilloso. Cuando el agua se calentó, la vertió en dos tazas y añadió las bolsitas.

—Lo siento, pero no me queda leche. Puedo buscar por ahí.

—No, no te preocupes.

—¿Azúcar?

Loomis asintió entusiasmado, secándose las lágrimas.

Emily observó cómo cerraba los ojos para saborear el té dulce.

—Ya entrarán en razón.

—¿Perdón?

—Con el tiempo querrán verme.

En el ordenador de Emily sonó la campanita de un nuevo email en la bandeja. Lo abrió y envió el documento a imprimir.

—Aquí la tienes —le dijo a Loomis, tendiéndole el papel—. La carta del primer ministro Lester.

Él la leyó y la dejó para concentrarse en la taza de té.

—Uranio.

Emily levantó la mirada.

—¿Qué has dicho?

—Uranio. Diría que el isótopo U-238. Lo que tenemos que hacer es producir energías de colisión mucho más elevadas que las que producen los iones de plomo.

Emily ya estaba plantada ante su pizarra escribiendo ecuaciones lo más rápido que su mano le permitía.

—Exacto, muy bien —aprobó Loomis—. Creaste strangelets a treinta TeV. Siguen en el colisionador, interaccionando con los gravitones. Para destruirlos, vamos a necesitar subir mucho más allá de los treinta TeV.

—El uranio es más pesado que el plomo —afirmó Emily, entusiasmada—, no había caído en esto. No se le ocurrió a nadie. No pensamos en la posibilidad de destruir energías.

—No se trata solo de la masa del uranio, también es importante la forma de los iones —añadió Loomis—. Los U-238 tienen forma de pelota de rugby. Las colisiones de uranio-uranio deberían generar un plasma de quark-gluones más denso que ningún otro ion. Por supuesto es una teoría, pero debería funcionar.

—No, Paul, es algo más que una teoría. El colisionador RHIC de Brookhaven utilizó iones de uranio en 2012 y consiguió una colisión de energías impresionante.

—Solo que ha sido ampliamente superado, el colisionador de Brookhaven es un pigmeo comparado con el MAAC —afirmó Loomis—. Deberíamos poder superar ampliamente aquí lo que ellos consiguieron.

Emily asintió y continuó escribiendo ecuaciones en la pizarra. Varios minutos después, dejó el rotulador y los dos revisaron el trabajo.

—A pleno rendimiento podemos alcanzar los trescientos TeV —aseguró Emily—.

¿Crees que será suficiente?

—Con ese nivel de energía, los strangelets se romperán en los quarks que los componen, y los compuestos de gravitones-strangelets se descompondrán. Eso debería cerrar de golpe las puertas del Infierno.

—¿Estás listo para empezar a trabajar? —preguntó Emily.

Loomis pulsó el botón para calentar el hervidor.

—Creo que ya hemos empezado, ¿no te parece?

Emily y Loomis estaban tan concentrados en sus ecuaciones que se sobresaltaron cuando sonó el teléfono del despacho.

—Doctora Loughy, soy Ben Wellington. La tensión del momento ha hecho que antes olvidara comentarle una cosa.

Emily se llevó a Loomis con ella; no quería perderlo de vista y, además, era más seguro ir en grupo. Por el camino, Emily abrió una caja antincendios y cogió el hacha de metal.

—Pareces asustada —murmuró Loomis.

—No sabes hasta qué punto, Paul.

Avanzaron con sigilo por el pasillo; Emily iba delante, blandiendo el hacha. Los primeros sonidos que oyó eran tan incongruentes que al principio no podía creer lo que estaba escuchando. Le pareció reconocer a unos personajes de dibujos animados. Cuanto más se acercaban a la puerta abierta, más claro se oía.

Tom y Jerry.

Y a continuación, carcajadas.

—¿Has visto cómo ha aplastado el coche el ratoncito?

—Lo ha dejado planchado.

Emily se plantó ante la puerta, mirando a los dos jóvenes tumbados juntos en la cama. La pequeña habitación estaba llena de cajas de cereales, envoltorios de caramelos y tarrinas de helado vacías.

Dirk fue el primero en verla y se cayó de la cama del susto.

—¡Duck, mira! ¿No es la señorita Emily?

La última vez que la habían visto fue cuando apareció en Dartford durante el último reinicio del MAAC.

—Dirk, lleva un hacha.

—No se enfade con nosotros —rogó Dirk—. Solo hemos robado comida porque teníamos hambre.

—No estoy enfadada con vosotros —les aseguró Emily—. Pero decidme una cosa, ¿habéis visto a alguien más en el edificio desde que estáis aquí? ¿A algún otro morador del Infierno?

—Solo estamos nosotros —le aseguró Duck—. Solo contamos el uno con el otro para hacernos compañía. Bueno, también tenemos los vídeos de dibujos animados, si cuentan como compañía. A Dirk le gustan tanto como a mí.

—Desde luego que sí —asintió su hermano—. El favorito de Duck es el de la sirenita Ariel. Yo prefiero este del gato y el ratón.

—¿Y os habéis pasado todos estos días metidos en esta habitación mirando dibujos? —les preguntó Emily.

—No solo en esta habitación, señorita Emily —le aclaró Dirk—. Hay otra

habitación repleta de comida. Si tienen hambre, todavía queda un montón.

—Y también vamos a la habitación en la que se puede apretar una palanca metálica y hacer que tu caca desaparezca —añadió Duck.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Dirk, señalando a Loomis—. Parece uno de los nuestros.

—Soy uno de los vuestros —reconoció Loomis—. Con un coeficiente de inteligencia más elevado, pero aun así uno de los vuestros.

—Es un amigo —aclaró Emily.

—¿Va a venir a vernos la señorita Delia? —preguntó Dirk—. La echo mucho de menos. Era muy cariñosa conmigo.

—No creo que de momento vaya a venir. Os vamos a dejar con vuestros dibujos animados. Mi amigo y yo tenemos trabajo. Quizá pasemos después a saludaros y a buscar un poco de comida.

—Si quieren, pueden ver los vídeos con nosotros —les propuso Dirk—. Les dejaremos sentarse en la cama y nosotros nos sentaremos en el suelo.

—Es una oferta muy tentadora —respondió Emily con una sonrisa—. La mejor que me han hecho en mucho tiempo.

En ciertos momentos parecía como en los viejos tiempos. Emily y Loomis trabajaban codo con codo, verificando ecuaciones y analizando simulaciones por ordenador, conectando cables y descendiendo a los túneles del MAAC de la planta subterránea, cerca de la antigua sala de control para comprobar y modificar el hardware de los cañones de partículas.

Desde el principio contaron con la colaboración del equipo técnico del Gran Colisionador de Hadrones de Ginebra para realizar las modificaciones del software y el hardware necesarias para que el MAAC pasase de ser un acelerador de partículas de plomo a funcionar como acelerador de protones de uranio. Todos eran colegas de Emily y algunos incluso buenos amigos. La mayoría conoció su situación cuando se levantó el velo de secretismo y habían intentado encontrar alguna solución. Verla por primera vez a través de videoconferencia fue toda una experiencia emocional. Pero muchos de los científicos de Ginebra también habían sido amigos y colegas de Paul Loomis y, pese a que habían sido advertidos con anticipación, el impacto al verlo fue visceral.

Loomis había ensayado un breve discurso, pero cuando llegó el momento de pronunciarlo rompió a llorar y Emily tuvo que suplirlo. Dijo que sin duda era un momento extraño y cargado de emociones para todos, pero que no podían permitir que sus corazones interfirieran en la importante tarea que tenían por delante.

El Laboratorio Nacional de Brookhaven en Long Island era la única instalación del mundo que disponía de una amplia reserva del tipo de gas de uranio que necesitaban. El equipo de Ginebra contactó con Brookhaven y les pidió que

preparasen un gran contenedor de gas U-238. Cuando estuvo listo, lo enviaron a la base de la Fuerza Aérea Estadounidense de Hanscom, en Massachusetts, y trasladado en avión hasta la base de la RAF en High Wycombe, donde permanecería custodiado hasta que llegase el momento de utilizarlo.

Tras varios días trabajando veinticuatro horas, una agotada Emily indicó que estaban listos para recibir el gas y llenar con él los cañones de partículas. Se habían mantenido interminables discusiones sobre el mejor modo de transportar el contenedor del gas hasta el MAAC. Las opciones eran limitadas; de hecho, tan limitadas que el consenso fue que solo existía una solución imperfecta. El gas no se podía transportar por tierra o por aire hasta el complejo del MAAC sin que el personal que lo llevaba fuera absorbido hacia el Infierno. Transportarlo con un dron también quedó descartado porque el contenedor pesaba demasiado, por no hablar del peligro de que se produjese un accidente.

Por lo tanto, solo quedaban los túneles.

Fuera del complejo de Dartford, el túnel del MAAC estaba sellado. No había ni un solo acceso de emergencia a lo largo de los ciento ochenta kilómetros que recorría bajo la autopista M25.

Los trabajos preparatorios empezaron a cinco kilómetros al suroeste de Dartford, en un tramo de la M25, que ya estaba cerrada al tráfico. Una compañía del cuerpo de zapadores excavó un pozo de ciento cincuenta metros de profundidad por debajo de la autopista. Cuando llegaron al recubrimiento de cemento del túnel, un equipo de expertos de Ginebra supervisó la perforación para abrir un acceso al interior.

El día señalado, Emily y Loomis bajaron al túnel y utilizaron toda la información disponible para acercarse lo más posible, pero no demasiado, a los límites del punto caliente de Dartford.

Provistos de cascos de minero, avanzaron hacia el oeste unos cien metros desde la antigua sala de control.

—Esto es lo más lejos que me atrevo a avanzar —reconoció Emily, que se detuvo y enfocó el túnel con una linterna—. Si damos un paso más quizá no podamos volver.

—Sería el peor error que podrían cometer los hombres que vienen en la otra dirección —comentó Loomis.

Para ellos, la posibilidad de acabar en el Infierno no era el peor de sus problemas. Su recorrido por las profundidades era una carrera contrarreloj ante el peligro de morir aplastados o asfixiados.

La radio que llevaba Emily crepitó.

—Doctora Loughy, ¿me recibe? Aquí el equipo de entrega —anunció un zapador.

—Le recibo. ¿Cómo se llama, por favor?

—Soy el cabo Kessel. ¿Están en posición?

—Sí, lo más cerca posible del límite —respondió ella—. ¿Cuál es su posición?

—Hemos avanzado unos cinco kilómetros desde el punto de entrada en Darent.

—De acuerdo, tengan cuidado, por favor —le pidió Emily—. No se acerquen demasiado al punto caliente.

—No hace falta que me lo recuerde. Ojalá el GPS funcionase aquí abajo.

—Desde luego. ¿Cuántos son?

—Otro zapador, además de mí, y un científico francés de Ginebra que se encarga de vigilar que no rompamos nada. Vamos a necesitar una luz para guiarnos.

—Tengo la linterna encendida. ¿No la ven?

—Negativo. Le diré lo que vamos a hacer, ¿puede apagar un momento la radio y gritar a pleno pulmón?

Emily gritó «hola». Un momento después oyó la respuesta desde el otro lado.

De nuevo a través del radiotransmisor, el zapador le dijo que le parecía que estaban a menos de un kilómetro.

—¿Hasta qué distancia necesitan acercarse? —preguntó Emily.

—Podemos lanzar una cuerda a quinientos metros. Vamos allá.

—Por favor, tengan cuidado —le imploró ella.

Unos minutos después vieron una tenue luz que se aproximaba.

—Veo su luz —anunció Emily moviendo la linterna—. ¿Ven la nuestra?

—Sí, ahora sí.

—¿Están ya lo bastante cerca como para lanzar la cuerda?

—Todavía no. No queremos quedarnos cortos, ¿verdad? Prefiero tener una buena referencia visual de su posición.

Emily se volvió hacia Loomis y le confesó que estaba muy nerviosa.

—Ya somos dos —replicó él.

—¡Ahora los veo bien! —exclamó el zapador por radio—. Los veo a los dos. Cierren los ojos, les voy a enfocar con un láser para calcular la distancia. —Unos segundos después añadió—: Quinientos cincuenta metros. Voy a acercarme un poco más.

—Por favor, tenga cuidado.

—No se preocupe.

Emily se sintió aliviada cuando el zapador le dijo que ya estaba en posición y les pidió que retrocediesen veinte o treinta metros para evitar que les golpease el proyectil. El zapador se quitó el auricular de la radio y gritó el resto de sus instrucciones.

—Muy bien. Estoy listo para disparar la cuerda. Preparados en tres, dos, uno, ¡fuego!

El pequeño cañón produjo un estallido que retumbó en el túnel. Oyeron cómo el proyectil metálico rozaba el suelo de cemento y quedó a poca distancia de donde se habían situado.

Emily se agachó para recogerlo. La vara de metal llevaba atada una cuerda de nailon.

—¡La tengo! —gritó Emily.

Se oyó una nueva voz que chillaba.

—¡No!

—¿Qué ha pasado? —preguntó a gritos Emily.

—¡Kessel ha avanzado un paso y ha desaparecido! ¡Joder, ha desaparecido!

Emily se arrodilló, muy afectada.

—¡Dios mío, Paul, es horrible!

Loomis le cogió la vara metálica que tenía agarrada con una mano y respondió con frialdad.

—A todas horas muere gente. En el lugar del que vengo, eso sería considerado una bendición inimaginable. —Y dirigiéndose hacia el oscuro túnel, gritó—: ¿La cuerda ya está atada al carrito del contenedor?

—¡Sí!

Loomis empezó a tirar.

Los soldados que vigilaban la entrada del palacio de Whitehall se quedaron pasmados por lo que vieron y comenzaron a gritar cuando el grupo empezó a acercarse.

Campbell Bates y los demás levantaron las manos para que los guardias vieran que no iban armados.

—¿Tendréis la amabilidad de informar al canciller Cromwell de que tiene visita? —les gritó Bates.

—Ya no es canciller —respondió uno de los soldados—. Ahora es el rey.

La brigada del alto horno al completo estaba allí: Bates, Quint, Bitterman, Laurent, Coppens y el resto de los científicos varones que habían sido envidios a Richmond para convertir la fragua en un coloso para fabricar acero. Pero camuflados entre ellos también estaban John y Trevor, intentando no llamar la atención.

—No establezcas contacto visual —le advirtió John a Trevor. Llevaba el AK-47 colgado del cuello y escondido bajo la capa que le había prestado William el herrero.

—Me estoy mirando los pies, jefe —respondió Trevor.

Al final apareció en la entrada uno de los ayudantes de Cromwell, le hizo varias preguntas a Bates y los dejó pasar a todos. Según lo planeado, durante el recorrido por el enorme palacio hasta la sala de recepciones, Matthew Coppens se desvió sigilosamente con John y Trevor y se metió por un pasillo diferente al que tomó el resto del grupo.

Bates y los demás esperaron en el salón de recepciones, nerviosos y vigilados por varios soldados, la llegada de Cromwell, que no entró con la actitud pomposa y altiva propia de un rey, sino los mismos andares afeminados de siempre. Sus gestos y actitudes eran los del burócrata que había sido durante siglos, no los del monarca de un gran estado. El único guiño a su elevado estatus era un pesado collar de oro que lucía alrededor del cuello.

Evitó sentarse en el trono y permaneció de pie ante ellos.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó.

—Usted ha ordenado que nos trajesen —explicó Bates, asumiendo el papel de portavoz.

Cromwell se quedó perplejo.

—Yo no he hecho semejante cosa.

—Bueno, pues eso es lo que nos dijeron.

—¿Quién os lo dijo?

Bates continuó con la sarta de mentiras. Le había explicado a John que por su experiencia como abogado y director del FBI era la persona perfecta para el papel.

—El tipo, supongo que era un soldado, que vino a la fragua.

Cromwell paseó la mirada por la gran sala.

—¿Cómo se llamaba? ¿Dónde está ahora? —preguntó.

—No recuerdo su nombre. Nos ha traído a Londres por el río. Nos ha dejado en el muelle y nos ha dicho que nos dirigiésemos al palacio, cosa que hemos hecho.

—¿Os han acompañado los guardias de la fragua?

—Ese tipo les dijo que no se moviesen de allí.

Cromwell ordenó a uno de sus ministros que pusiera en marcha de inmediato una investigación.

—Ve al muelle. Encuentra a ese hombre y tráemelo.

Ante la puerta del dormitorio del grupo procedente de la Tierra había, como de costumbre, dos guardias. Se pusieron firmes cuando vieron aproximarse a varias personas, pero se relajaron un poco cuando reconocieron a Matthew. John sorprendió a su hombre con un bloqueo rapidísimo y le partió el cuello. Trevor optó por un puñetazo directo a la sien menos elaborado. Matthew abrió la puerta y mientras los prisioneros se congregaban alrededor de la puerta, John y Trevor metieron a los soldados en la habitación.

George Lawrence se les acercó, envuelto en una manta y débil como un gatito por la disentería.

—Dios mío, ¿habéis venido a rescatarnos?

—Sí, señor, así es —confirmó John mientras contaba rápidamente al grupo—. Falta gente.

Stuart Binford también había estado enfermo. La ropa le quedaba muy holgada y tenía el aspecto de un espantapájaros barbudo.

—Brenda Mitchell ha muerto —les dijo con tono fatigado—. Suicidio. Y Kelly Jenkins ha desaparecido. Sospechamos que se la han llevado por las mismas razones que a Brenda.

John y Trevor se miraron con la indignación dibujada en sus rostros.

—Karen Smithwick también desapareció hace unos días —añadió Binford.

—Y ya solo queda Anthony Trotter —intervino Lawrence—. A él las cosas le han ido muy bien. Los guardias nos han contado que Cromwell se ha autoproclamado rey después de que el duque de Suffolk enfermase. ¿Y sabéis quién es el nuevo canciller?

—Increíble —masculló John—. Muy bien, atención todo el mundo, poneos los zapatos. Os vamos a sacar de aquí.

—¿Solo habéis venido vosotros dos? —preguntó Chris Cowles.

—Hasta aquí solo nosotros —respondió Trevor—. Pero un comando de SAS nos espera en Dartford.

—¿Has dicho los SAS? —Binford parecía animado por primera vez en semanas.

—Sí —ratificó Trevor—. La caballería.

Mathew había estado vigilando junto a la puerta.

Entró en la habitación y susurró:

—Viene alguien.

John y Trevor arrastraron los cuerpos de los guardias detrás del biombo de la

letrina y se escondieron allí con ellos. Oyeron entrar al grupo de la fragua y cómo saludaban a sus compañeros, y después escucharon que uno de los soldados que los había escoltado hasta allí preguntaba por los guardias de la puerta.

—¿Por qué nos lo preguntas a nosotros? —le respondió Chris, desafiante—. Nosotros somos los prisioneros. Vosotros sois los jodidos carceleros. Estoy hasta las narices de vuestra incompetencia...

Continuó con su arenga mientras Binford se acercaba al biombo y mostraba tres dedos.

Los tres guardias, distraídos y desconcertados por el discurso de Chris, no vieron venir a John y Trevor. Un ataque brutal los dejó gimiendo en el suelo. El más joven de ellos salió mejor parado que los otros dos, sin ninguna herida grave, y pidió clemencia cuando vio los cuerpos destrozados de sus compañeros.

—Por favor, no me destrocéis más —rogó.

John se plantó junto a él y le ordenó que no se moviese.

—Si no quieres que te rompa el cuello, ayúdanos a encontrar a las mujeres que han desaparecido.

—Una está en las mazmorras —graznó el soldado.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Chris.

—La vieja.

—¿Puedes llevarnos allí? —preguntó John.

—Si prometes no hacerme más daño.

—Trato hecho.

—¿Y dónde está la joven? —preguntó Chris—. Se llama Kelly.

El soldado hizo una mueca de dolor y se llevó la mano a las costillas rotas.

—De la joven no sé nada.

John ayudó al soldado a ponerse en pie.

—¿Hay una salida del palacio desde las mazmorras? —le preguntó.

—Sí, lleva directa al río.

Sin previo aviso, Trotter abrió la puerta del dormitorio, que nadie vigiaba, dio un paso para entrar en la habitación y se quedó petrificado.

—Pero si es el canciller —saludó Lawrence con desdén.

Trotter recorrió la habitación con la mirada intentando entender lo que estaba pasando allí. A John le vino a la cabeza una imagen de esos viejos ordenadores que parpadeaban durante un buen rato para dar la solución de un cálculo complejo.

—¿Has venido solo? —le preguntó John.

—Sí.

—Pues cierra la puta puerta.

Trotter hizo lo que le ordenaban y se pasó la lengua por los labios.

—He oído que habíais venido desde la fragua. No esperaba encontraros aquí.

—¿Decepcionado? —le preguntó John.

—Para nada —respondió Trotter—. ¿Nos puedes llevar de vuelta a la Tierra?

—Ese es el plan —intervino Trevor.

Campbell Bates dio un paso adelante.

—No estamos seguros de si eres uno de los nuestros o si estás con ellos —le espetó.

Un ataque de tos interrumpió lo que fuera que Lawrence quería decir.

—Pregúntame lo que opino yo —masculló cuando se recuperó.

—No seáis ridículos —se defendió Trotter—. Claro que soy uno de los vuestros. He trabajado de forma incansable entre bambalinas para mejorar la situación de todos. He sido vuestro canal de comunicación con Cromwell. Sé que ha habido algunos malentendidos sobre mi papel, pero nadie tiene más ganas que yo de largarse de aquí.

Chris se plantó ante Trotter y le golpeó con un dedo en el pecho.

—¿Dónde está Kelly Jenkins?

—No tengo ni idea. He hecho múltiples indagaciones y la única conclusión que he sacado es que Cromwell tiene algo que ver con su desaparición. Es un hombre lascivo.

—¿Cómo sabías que había desaparecido? —le preguntó Binford—. Últimamente ni siquiera has pasado por aquí.

Trotter no perdió la calma.

—Me lo contó Karen Smithwick. ¿Dónde está Karen?

—¿No lo sabes? —inquirió Lawrence.

—No —aseguró Trotter—. Vino a verme hace unos días para pedirme que la ayudara a encontrar a Kelly. Le dije que haría todo lo que estuviese en mi mano y se marchó acompañada por un guardia. Fue la última vez que la vi. ¿No volvió aquí?

—Sabemos dónde está —intervino John— y vamos a rescatarla antes de largarnos de aquí.

—¿Dónde está? —preguntó Trotter.

El joven soldado volvió a hacer una mueca de dolor al hablar:

—En las mazmorras.

John se abrió la capa y mostró el rifle.

—Un AK-47 —exclamó Trotter—. Una jugada brillante. Bravo, Camp.

—Gracias por el elogio —respondió John impávido—. Muy bien, atención todos, manteneos juntos, como si estuvieseis pegados con cola. —Y a continuación, dirigiéndose al joven soldado, añadió—: Nos vas a conducir a las mazmorras por caminos que nos permitan evitar a tus compañeros. Si no, la primera bala que salga de este rifle negro y enorme irá directa a tu cerebro. —Y por último le susurró a Trevor—: No le quites el ojo a Trotter. No me fío de él.

El soldado los guio por una escalera trasera hasta la planta baja y después, a través de varias despensas, llegaron a una escalera de caracol de piedra que estaba tan oscura que era difícil avanzar por ella sin tropezar. El aire en el sótano del palacio era fétido y muy húmedo. Las piedras de las paredes del pasillo estaban frías y viscosas.

—Están a la vuelta de la esquina —le susurró el soldado a John.

—¿Cuántos guardias habrá? —preguntó John.

El soldado se encogió de hombros y el gesto le provocó un intenso dolor por las costillas rotas.

—No lo sé.

—Ve tu primero —le ordenó John—. Yo iré justo detrás de ti. Los demás, esperad aquí.

Trevor se aseguró de que Trotter viera que empuñaba una pistola de pólvora.

—Pórtate bien —le amenazó Trevor.

—No te preocupes, estamos en el mismo equipo —replicó Trotter.

Hacia la mitad del siguiente pasillo cuatro fornidos soldados jugaban a los dados encorvados. Saludaron al joven soldado con la mano y lo llamaron por su nombre, pero cuando descubrieron a John detrás de él desenvainaron las espadas y se lanzaron al ataque.

John se regañó a sí mismo por necesitar seis balas para dejar fuera de combate a cuatro soldados. Cogió el juego de llaves del cinturón de uno de los aniquilados. El joven soldado se sacó los dedos de los oídos. John le preguntó cuál era la celda y el chico lo condujo hasta allí. El resto del grupo los siguió.

Todas las celdas estaban llenas de hombres famélicos en un estado lamentable, demasiado débiles incluso para agarrarse a los barrotes y pedir ayuda. Excepto una con un único ocupante, una mujer aovillada en posición fetal sobre un lecho de paja mugrienta.

—Es ella —aseguró el soldado.

John empezó a probar las llaves. Mientras lo hacía, les dijo a los demás que echasen un vistazo en las demás celdas para intentar encontrar a Kelly. Cuando la llave giró, John llamó con un gesto a Chris para que le ayudase.

Le pasó el rifle a Trevor y entró en la celda con Chris.

La mujer se acuclilló junto a Smithwick.

—Karen, soy Chris. Hemos venido a sacarte de aquí. Nos vamos a casa. Volvemos a la Tierra.

Smithwick volvió la cabeza hacia ellos y Chris se cayó al suelo al verla. La parte inferior de la cara y todo el cuello presentaban una hinchazón inimaginable y estaban cubiertos de sangre reseca.

John se arrodilló junto a ella para observarla más de cerca.

—Karen, soy John Camp. ¿Qué te han hecho?

Smithwick intentó hablar, pero solo logró emitir sonidos guturales. John le pidió a Chris que trajese una vela que había en la mesa del puesto de guardia e, iluminándose con ella, le abrió con sumo cuidado la boca a Smithwick.

—Dios mío —murmuró John.

—¿Qué pasa? —preguntó Chris.

—Le han cortado la lengua.

Chris contuvo las lágrimas mientras John le decía a Smithwick que la iba a ayudar a levantarse. Era obvio que estaba demasiado débil para caminar, de modo que se la cargó con cuidado sobre el hombro.

En el pasillo, el resto del grupo se quedó horrorizado cuando Chris les contó lo que había sucedido.

—Trevor, tú abres camino —ordenó John—. Quedan once balas en el cargador.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó el joven soldado.

—¿Por dónde se sale? —inquirió John.

—Por allí.

—Te puedo encerrar en la celda —le propuso John.

—Cuando me encuentren, me torturarán. Odio decirlo, pero os agradecería que me disparaseis en un brazo y me dejaseis aquí tirado con estos guardias. Por la pinta que tienen, no van a poder explicar su versión.

Trevor le indicó al soldado que se tumbase encima de los cuerpos que se retorcían en el suelo y le disparó en el tríceps. El joven lanzó un grito de dolor y después le dio las gracias con un gesto.

—Vámonos.

—Pero no hemos encontrado a Kelly —protestó Chris.

—Lo siento —dijo John—. Podría estar muerta. Podría estar en cualquier parte. Este palacio es enorme. Incluso la podrían haber vendido a alguien del exterior. Tenemos que largarnos de aquí. Y después tendremos que encontrar una barca lo bastante grande para que quepamos todos.

—Cromwell tiene su barcaza en el muelle —intervino Trotter.

En cuanto se oyó la voz de Trotter, John notó que Smithwick se retorció sobre su hombro. John se aseguró de tenerla bien agarrada y empezó a caminar. Nadie excepto Trotter vio los ojos desorbitados con los que Smithwick lo miraba y nadie logró entender los sonidos guturales que surgieron de su hinchada boca.

Trevor avanzó de puntillas por el muelle. Lo que vio le hizo volver corriendo protegido por las sombras al almacén en el que esperaban los demás.

—La barcaza está llena de soldados.

—¿Qué hacen? —preguntó John.

—Beber como cosacos.

—¿Podemos eliminarlos?

—No sin sufrir bajas. Son demasiados.

Se oyeron gritos en los alrededores del palacio.

—¡Peinad la zona!

—¡Encontradlos!

Con toda la calma posible, John les dijo a sus aterrorizados compañeros que tenían que encontrar un sitio donde esconderse. Había dejado a Karen Smithwick en el suelo, donde la mujer volvió a adoptar la posición fetal, y ahora se la cargó de nuevo al hombro.

—Deberías dejarla —le susurró Trotter.

—Ni hablar.

—Nos vas a retrasar.

—Vete a tomar por saco.

Con Trevor abriendo camino, el grupo de hombres y mujeres avanzaron moviéndose deprisa por un oscuro callejón que los condujo al laberinto de callejuelas londinenses. Era tarde y las calles estaban desiertas. Trevor buscaba algún sitio en el que refugiarse y los condujo lejos del río, adentrándose en la ciudad medieval. George Lawrence estaba débil y tenía problemas para mantener el ritmo, pero Matthew Coppens y David Laurent le echaron un cable. Las voces de los soldados no se alejaban. Sus perseguidores seguían tras ellos.

Pasaron junto a un edificio alargado y bajo. Trevor se detuvo para intentar abrir una enorme puerta doble. Crujió y se abrió. En el interior, un hombre empezó a gritar.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Tengo una pistola!

Trevor cerró rápidamente y siguieron adelante.

Giró al azar por un callejón muy estrecho y comprobó si los demás le seguían. El grupo avanzaba en fila india detrás de él. Un olor fétido y acre les invadió las fosas nasales. Por cómo se sacudía Smithwick sobre su hombro, John supo que la mujer estaba inquieta y lo cierto era que él también. Se preguntó si habría algún pudridero cerca, pero a medida que el hedor se intensificaba estaba más claro que era diferente al de la carne pútrida. En cierto modo era peor, más punzante y agresivo.

A mitad del callejón se toparon con una puerta abierta de par en par. El edificio era una desvencijada estructura de madera. Parecía que habían dejado la puerta abierta para ventilar, porque el hedor salía de allí como gases de una ciénaga.

Trevor se detuvo y, conteniendo el aliento, echó un vistazo.

—¡No nos vamos a meter aquí! —protestó Stuart Binford.

Oyeron a un soldado que se dirigía a gritos a otro. Las voces sonaban demasiado cerca como para sentirse tranquilos.

—Me temo que sí —respondió Trevor—. Diles a los demás que se cubran la cara lo mejor que puedan.

—No creo que haga falta especificárselo —replicó Binford.

Mientras se metían en el oscuro edificio, Leroy Bitterman sintió una arcada.

—¿Qué es este sitio? —preguntó.

—No es un pudridero —respondió John.

—Gracias a Dios.

—Me temo que es algo peor —concluyó Trevor, señalando con el rifle el entorno completamente a oscuras, excepto por un leve resplandor al otro lado de lo que parecía un espacio muy grande.

—No podemos quedarnos aquí —insistió Campbell Bates.

John dejó a Smithwick en el suelo con la máxima delicadeza y la apoyó contra una pared. La mujer se atragantó y escupió.

—¿Alguien tiene una tela con la que cubrirle la cara? —preguntó John.

Chris ofreció un pañuelo que llevaba y se lo ataron alrededor de la boca y la nariz a modo de máscara.

John movió un poco el hombro para desentumecerlo.

—Creo que gracias al hedor es un buen sitio para esconderse. Si yo fuese uno de los soldados de Cromwell, pagado con un salario de esclavo, no metería las narices aquí.

—Os persiguen los soldados del rey, ¿verdad?

La voz surgió de la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Trevor.

—¿No debería ser yo quien os lo preguntase a vosotros?

—Muéstrate —ordenó Trevor—. Vamos armados y dispararé si no lo haces.

—Cálmate, colega. Si no sois vagabundos ni soldados, entonces ni yo soy vuestro enemigo ni vosotros sois mis enemigos.

El leve resplandor se fue acercando hasta que vieron que procedía de una vela sostenida por un hombre bajito ataviado con un delantal de cuero que colgaba sobre el musculoso pecho desnudo. Cuando llegó a unos diez metros de ellos, Trevor le ordenó que se detuviese. Entonces descubrieron que detrás de él había media docena de hombres más.

—No tenemos armas —dijo el de la vela—. Esta es mi casa. Estos son mis hombres. Trabajamos aquí. Vivimos aquí. ¿Sois recién llegados?

—Podríamos considerarnos como tales —respondió John.

—¿Podríais consideraros? —preguntó el tipo—. ¿Qué otra cosa podéis ser?

—¿No nos hueles?

—Vaya broma. Nosotros hace mucho que hemos perdido el olfato, lo cual es una bendición.

—No estamos muertos —le explicó John.

Los desconocidos murmuraron entre ellos.

—Han corrido todo tipo de rumores sobre una puerta que conecta con el otro lado y que al abrirse ha permitido la llegada de habitantes de la Tierra a nuestro infecto mundo —comentó el jefe.

—Los rumores son ciertos. Nosotros estamos intentando regresar a casa.

—Y los soldados del rey no están dispuestos a dejaros marchar —añadió el desconocido.

—Algo así —dijo John—. ¿Qué es este lugar?

—Una curtiduría.

—Eso explica el olor —jadeó Lawrence—. Me había parecido reconocerlo. Es como el de las curtidurías que visité una vez en Marruecos. Piel pútrida, amoníaco y mierda de paloma.

Oyeron a los soldados acercándose por el callejón.

—Será mejor que paséis a la parte trasera —los invitó el curtidor—. Christopher, coge la vela y acompáñalos. ¿Esta mujer está enferma? —preguntó señalando a Smithwick.

—Le han cortado la lengua —dijo Chris.

—Me temo que son sus métodos —sentenció el hombre.

John cargó a Smithwick y siguió al de la vela a través de un laberinto de tinajas para teñir distribuidas por el suelo. El curtidor se plantó ante la puerta abierta y esperó.

—¿Crees que nos va a delatar? —le susurró Trevor a John en la parte trasera de la curtiduría, ocultos detrás de unos barriles.

—No tardaremos en averiguarlo.

Una patrulla militar pasó tapándose la nariz por delante de la puerta.

—¿Haciendo la ronda nocturna? —les preguntó el curtidor.

—¿Has visto a alguien huyendo de nosotros? —inquirió uno de los soldados.

—¿Por qué iba alguien a querer huir de vosotros?

El soldado era lerdo y le aclaró:

—Están vivos.

—Si yo estuviese vivo, también huiría de vosotros. Lo tengo bastante claro.

—¿No has visto a nadie?

—Solo a mi propia sombra, pero si queréis podéis entrar en mis dominios a echar un vistazo.

El soldado arrugó la nariz.

—Antes me iría a cenar a un pudridero —masculló, y continuaron su búsqueda por el callejón.

El curtidor se dirigió a la parte trasera y encendió otra vela.

—Gracias —le dijo John—. ¿Cómo te llamas?

—Soy John. John el curtidor.

—Yo también me llamo John.

—Pero tú no eres curtidor.

—¿Por qué nos has ayudado? —le preguntó con una sonrisa.

—Odio a los soldados del rey. Nos roban, nos golpean, me amenazan con ahogarme en una de mis cubas. Son despreciables.

John se metió la mano en el bolsillo y sacó una de las monedas de oro de Garibaldi.

—Como ya te he dicho, gracias.

El curtidor cogió la moneda y la mordió.

—Bueno, ahora soy yo quien te da las gracias. Esto es una buena pieza de metal.

—Necesitamos quedarnos aquí hasta mañana por la noche.

—Entonces querréis algo de comer.

John olfateó el aire.

—Creo que la comida no está de momento entre nuestras prioridades.

El curtidor se rio entre dientes.

—Dentro de un rato ya ni notaréis el olor. Creeréis que estáis en un jardín lleno de flores. Nosotros vamos a volver a la cama. Por la mañana os traeremos un poco de pan. Este precioso barril contiene cerveza. Nos os recomiendo que bebáis el agua de aquí. Hay una letrina ahí detrás.

—¿Qué más se puede pedir? —ironizó John.

—Sí, ¿qué más?

La mayoría de ellos durmieron a trompicones entre la miasma de nauseabundos vapores, pero John y Trevor decidieron montar guardia. Para no amodorrarse, se pasaron la noche conversando.

—Si logramos salir de aquí, ¿qué vas a hacer con tu vida? —preguntó Trevor.

—Cuando salgamos, no si salimos.

—Bueno, de acuerdo, vamos a mantener la moral alta.

—Emily y yo ya lo hemos hablado. Ella dice que quiere hacer algo diferente, quizá dar clases de física en una universidad.

—¿Y tú?

—Beber cerveza, ver deportes por la tele y despertarme cada mañana a su lado, con eso me conformo. De hecho, he pensado en abrir una escuela de artes marciales, ya sabes, defensa personal.

—Seguro que lo haces de maravilla.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó John.

Trevor contuvo un bostezo.

—No soy de los que hacen muchos planes, jefe, nunca he funcionado así. Tiendo a dejarme guiar por el instinto. Así es como empecé a trabajar contigo, si no recuerdo mal. Pero ahora el instinto me conduce hacia Arabel y los niños. Intuyo una próxima

evolución hacia la vida doméstica.

John se tapó la cara con las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Trevor.

—¿Esto nos va a convertir en cuñados?

Trevor hizo una irónica mueca de horror.

—Eso no funciona así, ¿no?

—Sea como sea, podremos organizar comidas dominicales y banquetes navideños conjuntos.

—Llevo una cuarenta y dos —dijo Trevor.

—¿Qué?

—Mi talla de camisa. Si aciertas al comprármelas, no tendré que cambiar el regalo.

Cuando amaneció, los trabajadores de la curtiduría comenzaron a trabajar. Al remover las cubetas expandieron unos olores que revolvían las tripas. Los visitantes que habían logrado ingerir sus trozos de pan tuvieron que esforzarse por mantener la comida en el estómago.

Pasaron el día escondidos detrás de los barriles, bebiendo cerveza para no deshidratarse.

—¿Puedes comer, jefa? —le preguntó Chris a Smithwick.

La destrozada mujer apenas respondía a ningún estímulo.

—¿Puedes beber un poco? Tienes que beber. Estás deshidratada.

Chris detectó una mínima respuesta y se pasó el resto del día dándole pequeños sorbos de cerveza.

Como la mitad del grupo llevaba semanas en la fragua, tenían un montón de cosas que contarse los unos a los otros para ponerse al día. Todo el mundo participó en las charlas excepto Trotter, que se sentó lo más apartado del resto que pudo, simulando no oírlo cuando se pronunciaba su nombre.

Por la tarde, John se despertó de una siesta y se sentó cerca de Bates y Lawrence, que estaban enfrascados en una acalorada discusión sobre Trotter. Acabaron elevando tanto el tono que Trotter se levantó, se alejó y se sentó apoyado contra la pared cerca de la entrada de la curtiduría.

—¿Quieres ayudar? —le preguntó John el curtidor, ofreciéndole la pala para remover las pieles en las cubetas.

—No, no quiero —respondió Trotter, cruzándose de brazos.

John se acercó a los dos jefes de inteligencia y se sentó a su lado.

—Bueno, ¿qué pasa con él? —preguntó.

—¿Con Trotter? Es una víbora de primer nivel —le aseguró Bates—. Antes de que nos mandaran a la fragua, se congració con Cromwell y el duque de Suffolk, actuando como un verdadero cretino, y consiguió una habitación para él solo, mejor

comida y Dios sabe qué más. Cuando nos enviaron a construir el alto horno, él no pegó ni golpe. Consideraba que trabajar era degradante para él. No soporto a este tío.

Lawrence asintió.

—Karen lo llamó el Quisling del Infierno, por el famoso traidor —añadió—, y desde luego tenía toda la razón. Sospechamos que había estado involucrado en el suicidio de Brenda Mitchell, una joven encantadora secuestrada por Suffolk para su disfrute personal, ya sabes a qué me refiero. Después, cuando Kelly, otra chica encantadora, desapareció, todos sospechamos de Anthony.

—¿Tenéis alguna prueba? —preguntó John, lanzando una mirada fulminante a Trotter, que seguía sentado en la otra punta de la curtiduría.

—Bueno, no exactamente —admitió Lawrence—. Pero Karen estaba convencida. La noche en que Kelly desapareció ella fue a encararse con él. Según él, nunca llegaron a hablar. La verdad es que resulta poco verosímil y la pobre Karen no nos puede decir lo que le pasó. Si sobrevivo, voy a destrozarlo.

—Y yo te ayudaré, George —le aseguró Bates.

Al anoecer, John el curtidor aceptó salir a dar un breve paseo para detectar la posible presencia de patrullas de soldados. Cuando les informó de que las calles estaban tranquilas, John y Trevor corrieron hasta el río para echar un vistazo a la barcaza de Cromwell.

Regresaron al poco rato, desalentados. La embarcación seguía repleta de soldados.

John sacó otra moneda de oro y se la ofreció al curtidor.

—¿Podemos disfrutar de tu hospitalidad un día más?

—Si me pagas a este ritmo, podéis quedaros un año —respondió el curtidor, guardándose el botín.

—¿Vivías en Londres? Quiero decir, antes de llegar aquí —le preguntó John.

—Sí. No lejos de aquí.

—¿En qué época?

—Oh, fallecí más o menos en 1820. Por la plaga.

—Entonces ¿eras curtidor?

—Sí. Es lo único que sé hacer, aparte de beber e imitar a Caín, motivo por el cual acabé aquí.

—Lo siento.

—No hay por qué. Resulta gracioso, pero desde que era un chaval mi madre siempre me decía que iría al Infierno, así que de algún modo ya me lo esperaba. Aunque no creí que fuese así, la verdad. Me esperaba fuego y azufre, y en lugar de eso me he encontrado con una eternidad llena de mierda de paloma.

Trevor se acercó a John y se ofreció a hacer el primer turno de guardia. John no rechazó la propuesta. Estaba más que agotado. En cuanto se echó en una esquina, se

quedó dormido como un tronco.

La llanura de la provincia de Helmand quedaba en alguna parte por debajo de ellos, oculta por la oscuridad de la noche. Mirando por la puerta abierta del Black Hawk MH-60, John sentía el viento en la cara. La vibración del rotor pasaba a través de su cuerpo.

Desde que despegaron, todos los miembros del comando permanecían mudos. La mayoría de ellos luchaban por contener las lágrimas. John, no. Estaba demasiado furioso.

—Diez minutos para aterrizar en Leatherneck —anunció el piloto.

Era imposible contemplar la bolsa con el cadáver de Mike Entwistle sin fijarse en la cara hinchada del tipo que lo había matado. Fazal Toofan estaba tumbado de costado, con las muñecas y los tobillos esposados, gimoteando por el dolor. Poco a poco volvió en sí, abrió los ojos y parpadeó. Intentó levantar la cabeza y uno de los sargentos le obligó a bajarla con la suela de la bota.

—Mantén la cabeza pegada al suelo, cabronazo —gritó el sargento.

Los gritos parecieron espabilar al comandante talibán, que habló con tono chulesco:

—¿Me lo decías a mí?

—No hables con él —ordenó John con sequedad.

—¿Tú eres el que está al mando? —preguntó Toofan.

John no respondió.

—¿Qué sois? ¿Seals? ¿Marines?

—Boinas Verdes, hijo de puta —dijo el sargento.

—¡Por última vez, te he dicho que no hables con él, joder! —gritó John—. ¡Y tú cierra el puto pico!

Pero Toofan no estaba dispuesto a callarse.

—Este de la bolsa, ¿es el capullo al que he matado? ¿Son los sesos de este capullo lo que tengo pegado a los pantalones?

John se incorporó todo lo que le permitía el techo del helicóptero.

No dijo ni una palabra mientras agarraba a Toofan por el pelo.

No dijo ni una palabra mientras tiraba de él y lo obligaba a ponerse de rodillas.

Y no dijo ni una palabra mientras lo lanzaba por la puerta abierta a la oscuridad de la noche afgana.

El piloto y el copiloto se volvieron al oír los gritos cada vez más lejanos de Toofan.

John se volvió a sentar y respiró hondo.

—Girad el culo —les gritó el sargento a los pilotos—. Nadie ha visto nada, ¿entendido? ¿Entendido? Ese tío no ha subido nunca a este helicóptero. Fin de la historia. Puto punto final.

Y fue entonces cuando John empezó a llorar.

John se despertó bañado en un sudor frío y descubrió a Trotter sentado cerca, mirándole.

—Hablabas en sueños —dijo Trotter.

—¿Ah, sí?

—Parecía una pesadilla.

John se incorporó.

—Nunca recuerdo lo que sueño.

—Todo el mundo tiene sus propios demonios.

John tenía media jarra de cerveza al lado. Se bebió lo que quedaba.

—¿Y cuáles son los tuyos?

—No creo que seamos tan íntimos como para desnudar mi alma contigo. Tal vez cuando hayamos vuelto a Londres, al Londres de verdad, podríamos tomarnos unas copas.

—Eso no va a suceder.

Trotter simuló ofenderse.

—¿En serio? ¿Tienes algo contra mí?

—Sí, tal vez. Como poco eres un pedazo de mierda. Y quizá, poniéndose en lo peor, seas, bueno...

Trotter no le dejó terminar la frase. Se puso en pie.

—Permíteme decirte una cosa, Camp. No me gustan los estadounidenses. Nunca me han gustado. Colaboro con frecuencia con la CIA y diría que es la peor parte de mi trabajo. Prefiero a los alemanes, a los polacos, a quien sea, incluso a los putos turcos. Cuando salgo de una reunión con los americanos siento ganas de vomitar. Odio vuestra rectitud de *boy scouts*, vuestra simplista visión del mundo en blanco o negro, vuestra desesperante falta de sutileza y clase. Me voy a sentar entre los recipientes de la curtiduría. Allí el aire es más fresco.

Trevor avanzó hacia el fondo de la enorme sala y le pasó el rifle a John.

—¿Os estabais peleando? —preguntó.

—No exactamente, pero tengo la intuición de que algún día ese tío y yo vamos a ajustar las cuentas.

La noche siguiente John y Trevor volvieron a intentarlo. Se acercaron con sigilo a la barcaza y vieron que solo había unos pocos soldados abordo.

—No lo vamos a tener nunca mejor que esta noche —susurró John.

—Estoy de acuerdo, jefe.

John sacó el cuchillo.

—Usa la culata del rifle para golpearlos, pero no dispaes.

El grueso del grupo estaba cerca de la puerta de la curtiduría, esperando ansiosos el regreso de John y Trevor. Leroy Bitterman echó un vistazo a su alrededor y se percató de que no había ni rastro de Trotter.

Stuart Binford y Matthew Coppens fueron a buscarlo, recorriendo la fábrica en direcciones opuestas. Fue Matthew quien lo encontró, plantado frente a Smithwick.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Trotter escondió el cuchillo.

—Me ha parecido oír que se ahogaba. No había nadie cerca e intentaba ayudarla.

—A mí me parece que está perfectamente bien.

Se produjo un pequeño alboroto cerca de la puerta cuando John anunció que ya tenían lista la barcaza. Fue al fondo de la curtiduría para recoger a Smithwick y por el camino le pidió a John el curtidor que saliese de su dormitorio.

—Nos vamos —le anunció—. Eres un buen hombre.

—Ni la mitad de bueno que tú —respondió el curtidor.

John le ofreció su última moneda.

—Esta no me la he ganado —dijo el curtidor, aunque se la guardó rápidamente en el bolsillo.

—Por supuesto que sí. Nos hemos bebido toda tu cerveza.

Emily revisó la última simulación por ordenador enviada desde Ginebra y apartó la mirada.

—Creo que estaremos listos para empezar mañana por la mañana.

Loomis dio un sorbo a su té. Aunque llevaba una semana repitiéndolo, insistió en que cada sorbo era una maravilla, algo digno de paladearse.

—No parece muy contenta —le dijo a Emily.

—Ya sabes por qué.

El científico asintió.

—Me preocupan las modificaciones que hemos hecho en los cañones de partículas —reconoció—. Ha sido un trabajillo tipo pegar con un chicle y un poco de celofán.

—Ya lo sé —asintió ella—, pero si utilizásemos gas de uranio para hacerlo habríamos tardado un año o más en diseñarlos y retocarlos con la participación de docenas de expertos.

Loomis cerró los puños y rápidamente abrió los dedos mientras giraba las palmas hacia arriba. Era un gesto de mago. *Presto!* Emily había olvidado que solía hacerlo a todas horas.

—Tendremos que apretar el botón y ver qué pasa —propuso Loomis.

Emily se levantó de la mesa de trabajo. Estaban en la nueva e improvisada sala de control montada en la cafetería.

—Tal vez deberíamos esperar hasta hacer más pruebas.

—Emily, entiendo que estés preocupada por John, pero ya has oído lo que dicen los mandamases en las videoconferencias que hemos mantenido. Quieren que lo hagamos y que lo hagamos ya.

—Sí, pero soy yo la que va a tener que apretar el botón, como dices tú. Si me niego a hacerlo, ellos no pueden hacer nada.

—¿Es así como quieres afrontar esto? —le preguntó Loomis—. ¿El bien personal por encima del bien colectivo?

—Paul, ese comentario es intolerable viniendo de ti, por el amor de Dios.

Emily salió furiosa y entró en el lavabo, se echó agua en la cara, se miró al espejo e intentó calmarse.

Cuando volvió, Paul tenía algo en la mano.

—¿Qué hace esto aquí? Las he encontrado en el suelo —dijo.

—Algunas personas iban armadas en la sala de control el día del último reinicio. Los escoltas del MI5 y creo que Anthony Trotter también. Hay cosas de metal y sintéticas por todas partes, todo lo que no pasó al otro lado.

Emily cogió las pistolas y las metió debajo de una mesa pegada a la esquina.

Después se disculpó con él, pero Loomis admitió que tenía razón al echarle en

cara su hipocresía.

—El egoísmo se ha convertido para mí en un modo de vida —explicó—. No siempre he sido así. Espero que puedas recordar al hombre que era antes. Supongo que cambié en el instante en que, desbordado por la locura y el egoísmo, asesiné a mi mujer, privando a mis hijos de su madre y a sus padres de su hija. Y lo acabé de arreglar con el nuevo gesto de egoísmo de quitarme la vida.

—Paul, por favor...

—No, déjame terminar. Por desgracia, me he convertido en un experto en este tema. Es imposible sobrevivir en el Infierno si no pones toda tu atención en tu supervivencia y tus necesidades físicas. Yo tuve más suerte que la mayoría. Me entregaron enseguida a Stalin y, aunque básicamente era un esclavo, era uno que disfrutaba de ciertas comodidades, porque lo que tenía en mi cabeza no se valoraba como una mera mercancía. Hubiera podido negarme a trabajar para ese monstruo que quería que le fabricase armas que causarían destrucción y dolor a gran escala. Hubiera podido intentar escapar. Pero no lo hice. Opté por garantizarme un estatus protegido allí. ¿Por qué te cuento esto? Porque tú no eres como yo. Tú eres una persona maravillosa y altruista sin un ápice de egoísmo en tu cuerpo. Pulsarás el botón para salvar al mundo de un destino funesto, aunque eso signifique dejar a tu amado atrapado en el Infierno.

—Tienes razón cuando dices que haré lo correcto. Pero te equivocas cuando te refieres al egoísmo universal que reina en el Infierno. Allí he conocido a personas capaces de trascender las estrechas miras de la propia supervivencia para pensar en un bien mayor. Durante mi primera estancia allí, me rescató un grupo de mujeres que sobrevivían gracias a cuidar las unas de las otras. Y siento el mayor respeto por Garibaldi y quienes se han unido a él para intentar traer un poco de humanidad al Infierno. Sí, también hay gente terrible que hace cosas terribles, y sí, puede que eso sea el pan de cada día, pero me gusta confiar en la bondad que puede anidar incluso en las personas que han hecho cosas atroces. ¿Me estás escuchando, Paul? Todavía queda mucha bondad en tu interior.

Loomis se desmoronó y se cubrió la cara con las manos, tratando de ocultar su llanto. Emily se acercó a él, lo rodeó con sus brazos y lo abrazó largo rato.

—Voy a hacer lo posible para que te sientas orgulloso de mí —le aseguró Loomis—, para que mis hijos se sientan orgullosos de mí. Sé que con ellos no va a resultar fácil. Con un poco de suerte, tengo por delante veinte o tal vez treinta años de vida antes de morir y tener que volver allí. Aunque pase todo este tiempo en la cárcel, intentaré hacer el bien, con mi trabajo, con lo que pueda escribir. Ya pensaré cómo hacerlo.

—Sé que lo harás.

Ya se había convertido en costumbre que se reunieran con Dirk y Duck para comer en su celda abierta. Les prepararon unos platos congelados en el microondas y se sentaron en unas sillas colocadas junto a la cama con un vídeo de Disney sin

sonido en la tele.

Emily sacó el tema que más les preocupaba.

—He hablado con el señor Wellington sobre vuestra petición de quedaros aquí.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Dirk mientras olfateaba su plato de pasta rellena horneada.

—Ha dicho que la política del gobierno es repatriar a todos los moradores del Infierno que sea posible antes de cerrar las puertas que conectan los dos mundos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Me temo que quiere decir que no os podéis quedar.

—¡Pero no queremos volver! —protestó Duck—. Nos gusta estar aquí. ¿Has hablado con Delia?

—No, directamente, no —admitió Emily—, pero según el señor Wellington, ha hablado muy bien de ti.

Dirk señaló a Loomis con su cuchara de plástico.

—Pero tú no tienes que volver, ¿verdad que no?

—No —respondió Loomis—. He hecho un trato.

—Paul posee ciertas habilidades especiales que le han permitido negociar —les explicó Emily.

—Nosotros también poseemos habilidades —protestó Duck—. Dirk hace la mejor cerveza de Dartford y yo, bueno, yo le ayudo a hacerla.

Emily sonrió.

—Escuchadme, no os prometo nada, pero mañana vamos a estar muy ocupados, tan ocupados que quizá no tengamos tiempo de asegurarnos de que salís del edificio y os entregáis a los soldados que hay al borde del punto caliente.

—Siempre me cuesta entender lo que quiere decir, señorita Emily —admitió Dirk.

Duck le dio un codazo con su huesudo codo y se lo aclaró.

—¡Está diciendo que nos podemos quedar!

Esa noche Emily no durmió; no quería hacerlo. Para permitirle a su cuerpo descansar un poco, se echó un rato en uno de los colchones que ella y Paul habían traído a la sala de control desde las celdas, pero permaneció despierta, atenta a cualquier señal que le indicase que John había vuelto.

A las seis despertó a Paul, preparó té y comprobó el nivel de enfriamiento de los veinticinco mil imanes colocados a lo largo del túnel del MAAC como un collar de perlas gigante. El helio líquido superenfriado había bajado la temperatura de los imanes durante la noche hasta los 4,5 K o -268,7 grados centígrados. Si seguían el plan previsto, en el plazo de dos horas ella y Paul tendrían que iniciar el protocolo de enfriamiento final para llegar a los 1,7 K, muy cerca de la temperatura de cero absoluto necesaria para acelerar los protones de uranio hasta alcanzar su máxima

energía de colisión.

—No hay ni rastro de él —comentó Loomis, inclinándose sobre la mesa de trabajo.

Emily negó con la cabeza y empezó a recitar el listado de pasos necesarios para implementar el proceso.

A las siete se restableció la conexión por vídeo con Ginebra y todo el equipo del Gran Colisionador de Hadrones empezó a monitorizar las actividades del MAAC y a ofrecerles la ayuda de un montón de pares de manos virtuales.

A las ocho Emily contactó por videoconferencia con el primer ministro Lester y su comité de crisis Cobra en Manchester, Ben Wellington y su equipo del MI5, el personal del cuartel general de las SAS en Credenhill y el Mando Militar de Drones de la RAF en Waddington.

—Doctora Loughy, ¿todo va según el horario previsto? —preguntó el primer ministro.

—Podemos cumplirlo —respondió Emily—. Si recibimos la orden, podemos disparar los cañones de partículas en dos horas.

—¿Funcionará?

—No lo sé —respondió ella con voz cansada—. Como ya les he explicado, no podemos tener la absoluta certeza de que las modificaciones que hemos hecho a toda prisa en el sistema de inyección y en los cañones de partículas vayan a funcionar con el gas de uranio. Y si funciona, no podemos tener la certeza absoluta de que seamos capaces de destruir los strangelets. Todo se basa en modelos hipotéticos.

Lester asintió con una sonrisa amable.

—Sus explicaciones son congruentes, aunque yo esperaba una respuesta del tipo «Sí, primer ministro».

—Ojalá pudiera ser más optimista.

El primer ministro miró a los miembros de su gabinete.

—Bien, ¿alguien tiene alguna objeción a que dé luz verde a esto? ¿No? ¿MI5? ¿No? ¿Qué dicen en Credenhill? ¿Están en posición?

—Sí, estamos en posición, primer ministro —informó el comandante Gus Parker-Burns, del regimiento 22 de las SAS—. Tenemos tres equipos de evacuación de tres hombres cada uno al borde de los puntos calientes de Leatherhead, Dartford y Sevenoaks. Según nuestras informaciones, el comando desplegado en Upminster fue sobrepasado por los moradores del Infierno hace tres semanas y enviar a un equipo de evacuación allí, por desgracia, no sería seguro ni productivo.

—RAF en Waddington, ¿qué dicen ustedes? —preguntó Lester.

—Tenemos el área del Gran Londres cubierta con todo nuestro contingente de Reapers y Predators —informó el general al mando—, reforzados por los veinte aparatos que nos ha prestado Estados Unidos. Estamos monitorizando los puntos calientes conocidos.

—En caso de que el reinicio del MAAC no proporcione los resultados previstos

—continuó Lester—, sino que, de hecho, agrave el problema, ¿todos los drones están armados?

—Sí, señor —respondió el general—. Los Reapers llevan misiles Brimstone y los Predators, Hellfires.

—Señor Wellington —llamó el primer ministro—. Sé que ha tenido usted sobre sus espaldas el peso de autorizar ataques con misiles. Si llegamos a la situación límite, creo que esta vez me toca a mí cargar con la responsabilidad.

Ben parecía aliviado al responder.

—Por supuesto, primer ministro.

—Señor Wellington, ¿su paquete ha sido ya entregado en Leatherhead?

—Sí, señor. Está en manos del equipo de evacuación de las SAS.

—Y por último —añadió Lester—, todos somos conscientes de que aun en el caso de que el proceso de hoy sea exitoso y logremos sellar las conexiones entre nuestro mundo y el de ellos, quedarán cientos, tal vez miles de moradores del Infierno atrapados en Londres. Tendremos que capturarlos a todos y cada uno y decidir qué hacemos con ellos. En cualquier caso, este va a ser un problema que nos plantearemos otro día. Muy bien, ¿alguien tiene algo que añadir?

Emily asintió varias veces.

—Solo me gustaría señalar que no tenemos noticias de John Camp, ni de Trevor Jones, ni de ninguno de los miembros del equipo del MAAC, ni de otras personas desaparecidas durante la actual crisis.

El primer ministro se quedó mirando el monitor con expresión seria, el operador de la cámara de Manchester lo enfocó tan de cerca que Emily distinguió el azul luminoso de sus ojos.

—Desconocemos el destino de los demás, pero somos muy conscientes del heroísmo del señor Camp y el señor Jones. Conozco las implicaciones de la decisión que hemos tomado esta mañana, y usted también. De modo que se lo voy a preguntar, doctora Loughy, ¿tiene alguna objeción a que iniciemos la cuenta atrás de dos horas?

Emily cerró los ojos.

—No —respondió—. Iniciaremos la secuencia de inmediato.

En las afueras de Leatherhead el sargento al mando del equipo de evacuación golpeó con los nudillos el cristal de la ventanilla del Land Rover.

Malcolm Gough bajó y dio la vuelta al vehículo para abrir la otra puerta trasera. La patrulla del SAS conocía la naturaleza del paquete que les iban a entregar, pero aun así se quedaron anonadados cuando vieron aparecer al rey Enrique con su jubón y su capa.

—Majestad, estos hombres serán su escolta —le explicó el historiador.

Enrique observó con atención la escena. Hacia el oeste, una multitud de soldados y equipos de emergencia con sus vehículos. Hacia el este, la ciudad.

Volviéndose hacia el río Mole, Enrique comentó:

—Así que esta es la ciudad actual.

—Sí —respondió Gough—. Creo que le llevarán por el puente.

—Así es, señor —ratificó el sargento, mirando a Enrique con los ojos como platos.

—Me preguntó qué encontraré al otro lado del puente —musitó el monarca.

—Lleva bastante tiempo fuera.

—De hecho, ni siquiera creo que siga siendo rey. Sospecho que Cromwell y Suffolk se habrán peleado por mi corona como dos ratas. Lo que no sé es si el que haya salido victorioso me plantará cara cuando yo reclame mi corona o se limitará a colocármela sobre la cabeza.

—Me encantaría conocer las respuestas a sus preguntas —le aseguró el profesor. Sonrió y añadió—: Pero mi curiosidad no es tan fuerte como para acompañarle.

—Creo que me va a echar de menos, Gough —bromeó Enrique.

—Ya lo creo, majestad. Más de lo que se imagina. Ha sido el mayor privilegio de mi vida poder pasar esta temporada con usted.

—Si alguna vez te desvías de la recta vida de académico, entonces tal vez volvamos a encontrarnos cuando fallezcas.

—Espero que eso no suceda, majestad.

La patrulla de tres hombres de las SAS interrumpió la conversación y acompañó al rey hacia el puente.

El profesor grabó la escena con la cámara de su móvil y siguió grabando hasta que los soldados y el rey llegaron al puente y se desvanecieron mientras lo cruzaban.

Después telefoneó a su mujer.

—Vuelvo a casa —le anunció.

John señaló hacia un punto en la orilla del río.

—Allí. Ese es el punto en el que debemos desembarcar.

John había nombrado a Campbell Bates capitán al enterarse de que el jefe del FBI era un marino entusiasta y tenía un velero de quince metros de eslora en la bahía de Chesapeake. Pero John conocía bien el río y sumando esfuerzos lograron navegar sin incidentes en la oscuridad hasta que despuntó el alba.

La barcaza, impulsada por el viento, topó con la orilla con brusquedad y todos se tambalearon. John y Bates arriaron rápidamente las velas, mientras Trevor saltaba a tierra y tiraba de un cabo.

Al desembarcar, John pidió ayuda a varios compañeros para bajar a la débil Smithwick. Antes de proseguir el viaje, contempló cómo la barcaza descendía a la deriva río abajo.

—No era una mala embarcación —comentó Bates—. Espero que no la volvamos a necesitar.

—Eso espero yo también —replicó John. Con Smithwick cargada de nuevo sobre el hombro, gritó—: Atención todo el mundo, seguidnos a Trevor y a mí.

Estaban a poco menos de un kilómetro del punto caliente, pero a John le inquietaba algo que se veía a lo lejos. Era un día resplandeciente para lo que era habitual en el Infierno, y entrecerró los ojos para poder distinguir con más claridad lo que veía entre las marismas y los juncos.

—¿Eso es una multitud? —le preguntó a Trevor.

—Eso parece, jefe.

John maldijo.

—Puede que estemos jodidos.

—¿La temperatura es estable? —preguntó Emily.

Uno de los científicos de Ginebra que monitorizaba desde allí la temperatura de los imanes del MAAC apareció en la pantalla.

—Se mantiene a 1,7 K —le aseguró.

—¿Todos los imanes están conectados? —prosiguió ella.

Ginebra informó de que todo parecía correcto.

—Estamos listos para iniciar la inyección de los cañones de partículas. Paul, inicio la cuenta atrás de un minuto.

Loomis, inclinado sobre la mesa de trabajo, replicó:

—Preparado.

Mientras el reloj iba devorando los segundos, Emily parecía cada vez más agobiada.

—Inicia la inyección —le ordenó a Loomis.

El científico comprobó la presión de inyección.

—El gas de uranio está circulando —anunció—, los elevadores de potencia funcionan, el sincrotrón parece llenarse correctamente.

—Por favor, avísame cuando la inyección se haya completado —pidió Emily.

Un minuto después Loomis dio la señal y Ginebra lo corroboró.

Emily miró las puertas de la sala de control, esperando contra toda esperanza que se abriesen, pero no sucedió.

—Paul, dispara los cañones de partículas.

Trevor observaba a los moradores del Infierno que les bloqueaban el paso.

—Quizá podamos dar un rodeo —propuso.

—Quizá —gruñó John—. Vamos a echar un vistazo más de cerca.

Matthew Coppens había encontrado una larga palanca en la barcaza y la sostenía con ambas manos. Se acercó a John y le preguntó si tendrían que abrirse camino luchando.

—Ya veremos.

Matthew siguió caminando a su lado, acoplándose a su paso.

—Si tenemos que hacerlo, estoy preparado —aseguró.

—¿Has peleado con alguien alguna vez en tu vida? —le preguntó John, sonriendo ante la palanca.

—Nunca, pero este parece el momento idóneo para empezar. —Y a continuación añadió con un tono desesperado—: Tengo que volver con mi mujer y mi hijo.

—De acuerdo, valiente. No te separes.

Docenas de moradores del Infierno se interponían entre ellos y el punto caliente; todos les daban la espalda. Parecían estar observando y esperando, moviéndose poco a poco, sin atreverse a correr hacia delante.

Hacia el sur, el terreno próximo a Dartford se elevaba ligeramente, y cuando llegaron a menos de cien metros de los moradores del Infierno, John y Trevor vislumbraron a alguien que les hacía señas moviéndose con ímpetu, cien metros por detrás de la multitud.

—¿Crees que es uno de los buenos? —preguntó Trevor.

Sonó un disparo, el inconfundible trueno de un AK-47. Uno de los moradores del Infierno empezó a aullar de dolor y el grupo que rodeaba el punto caliente retrocedió varios metros.

—Música para mis oídos —sonrió John.

A lo lejos seguían haciéndoles señales y repitieron el disparo. La brisa matinal trajo hasta ellos los gritos ininteligibles de los SAS.

Los moradores del Infierno seguían dándoles la espalda, inconscientes de su presencia.

—Creo que los nuestros quieren que nos abramos paso entre la multitud —dijo Trevor.

—Y nos ayudarán a pasar disparando más plomo —aventuró John.

—Quizá no les quede mucha munición.

—Puede que tengas razón.

John se detuvo y con la mano libre les indicó a los demás que no siguieran avanzando.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Bates.

—Vamos a intentar abrirnos paso entre ellos —les explicó John—. En cuanto os de la señal, tenéis que correr como si os persiguiera el diablo. Stuart y Matthew, ayudad a George. Leroy, ¿podrás correr?

—A la velocidad de un caballo de carreras —le aseguró Bitterman.

—No estoy muy seguro de que me guste este plan —protestó Trotter.

—Tu opinión no me interesa —respondió John—. Si no te gusta, puedes volver con tus amigos al palacio.

Trotter hizo una mueca, pero mantuvo la boca cerrada.

—Muy bien, Trev, apunta bien, haz que cada tiro cuente.

John agarró con más fuerza a la gimoteante mujer a la que cargaba sobre el hombro.

Trevor alzó el rifle.

—Jefe, me quedan solo diez balas.

—Lo sé.

Ben Wellington había viajado por la mañana a Dartford y estaba en el campamento militar levantado al oeste del punto caliente, atento a dos canales de voz a través de los auriculares. Uno permitía seguir el desarrollo de la operación militar; el otro mandaba la señal desde la sala de control del MAAC. En Manchester, el primer ministro y el comité Cobra hacían lo mismo.

La radio cobró vida con una información del ejército desde Sevenoaks.

—¡Los veo! ¡Ahí están! Se están acercando por los campos de deporte de Belmeade. Avanzan hacia nuestra posición.

—¿Estáis seguros de que son los SAS?

—Tienen que ser ellos. Manteneos a la escucha, por favor, manteneos a la escucha...

Ben oyó la voz del primer ministro.

—¿Ha dicho que los SAS han regresado?

—Ya puedo confirmarlo. El capitán Marsh está aquí. Es el comando A. Informa de que todos los supervivientes y el equipo de evacuación han pasado.

Ben respiraba con dificultad.

—Ben Wellington al habla. ¿Alguna noticia sobre John Camp o Trevor Jones?

—Negativo. Negativo. Solo SAS.

Descorazonado, Ben cambió al canal de la sala de control del MAAC.

Emily observó el mapa elíptico desplegado ante la pantalla. Dos puntos, uno verde, el otro rojo, representaban las corrientes de protones de uranio que viajaban en direcciones opuestas por el circuito alrededor de Londres, alcanzando casi la velocidad de la luz. Si todo salía según lo planeado, las evidencias de que se producía la colisión de protones no tardarían en empezar a acumularse.

Loomis se había colocado ante el espectrómetro de muones y estaba analizando la información.

—Paul, ¿cuál es el nivel de actividad de los strangelets?

—No hay cambios. Siguen dentro del sistema, con niveles de referencia elevados.

—Nos acercamos a los veinte TeV —anunció un técnico desde Ginebra.

—Este es el nivel que nos metió en este lío —murmuró Emily.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —preguntó Loomis.

—Nada. ¿Qué ves, Paul?

Desde Ginebra:

—Habéis sobrepasado los veinte TeV, ahora estáis en treinta TeV y subiendo.

—Estoy viendo signos de colisión, muchos —comentó Loomis—. Espera un momento, Emily, esto es malo. Estoy viendo un enorme pico de formación de strangelets.

Ben oyó al primer ministro preguntar qué significaba lo del pico de strangelets. Alguien en Manchester, presumiblemente un asesor científico, se lo explicó.

—Significa que es posible que las conexiones entre las dos dimensiones aumenten de tamaño y tal vez de número.

Trevor disparó la primera bala a un tipo fornido con un abrigo marrón. La bala le penetró por la espalda y lo tumbó de inmediato. Los moradores del Infierno se volvieron al oír la detonación y empezaron a gritar. Trevor avanzó hacia ellos sin perder la calma e hizo dos disparos más hasta que hubo tres cuerpos en el suelo.

John llevaba la cuenta. Quedaban siete balas.

Oyó otro disparo, este de los SAS. Cayó otro morador del Infierno.

—¡Van a ayudarnos todo lo que puedan! —le gritó John a Trevor. Se volvió hacia los demás y les dijo—: ¡Estad preparados para correr en cuanto yo empiece a correr!

Otro disparo de los SAS hizo diana.

—¡Bien, Trev, a la carga! —aulló.

Emily sintió una opresión en el pecho a medida que las energías de colisión se elevaban hasta niveles que no creía que vería nunca.

Cuarenta TeV.

Cincuenta TeV.

Sesenta TeV.

—¿Paul?

Sabía lo que le iba a preguntar.

—Los strangelets han sobrepasado el gráfico.

Ben oyó al primer ministro anunciando que le habían recomendado que ordenase a todo el personal estacionado alrededor de los puntos calientes que retrocediese de inmediato.

Un coronel desplazado al punto caliente de Leatherhead pidió instrucciones específicas.

—¿A qué distancia?

—¿A qué distancia? —le preguntó Lester a alguien en la sala de reuniones.

—No tengo ni idea —respondió una voz—. ¿Qué tal doscientos metros para empezar?

El coronel de Leatherhead empezó a dar las órdenes, pero se detuvo.

—Tenemos actividad aquí mismo. Están apareciendo individuos. Se están acercando. Un momento. Son los SAS. Es Gatti. Es el comando C.

Ben siguió escuchando hasta que se confirmó que todos los supervivientes del grupo y el equipo de evacuación estaban sanos y salvos y volvió a preguntar por John y Trevor, pero de nuevo le dijeron que no estaban entre los que habían regresado.

El coronel al mando en el punto caliente de Dartford ordenó replegarse y Ben siguió al personal en retirada.

Todos corrían detrás de Trevor, que mantenía una frecuencia moderada pero constante de fuego. John contó tres disparos más procedentes de los SAS. Y ya no hubo más.

Estaban a treinta metros del cordón que formaban los moradores del Infierno. Algunos iban armados con espadas, pero no tenían aspecto de soldados; no eran más que gente corriente atraída por la posibilidad de cruzar a la Tierra. No podían avanzar más hacia el fuego de los SAS ni retroceder hacia los disparos de Trevor, de modo que se desperdigaron por los flancos, pero no con la rapidez suficiente como para crear un pasadizo bien definido. Todavía quedaba media docena de moradores del Infierno plantados cerca de la creciente pila de cuerpos que se retorcían en el suelo.

John perdió la cuenta de las balas que le quedaban a Trevor. ¿Dos? ¿Tres?

Trevor disparó a quemarropa y uno de los tipos que permanecían de pie se

desplomó.

Disparó de nuevo y tumbó a otro.

Estaba a diez metros cuando apretó otra vez el gatillo, pero en esta ocasión no sucedió nada. Sin balas y con cinco metros por delante, lo único que se le ocurrió fue empezar a gritar a pleno pulmón.

Dos de los que seguían allí huyeron hacia un lado, otros dos en la dirección contraria y Trevor cruzó el espacio por fin despejado.

John se volvió y gritó a los demás que siguieran corriendo. George Lawrence se había caído, Henry Quint empezó a ayudarlo a levantarse y Matthew y Stuart completaron la labor. Lo cogieron cada uno por un lado y cargaron con él.

El capitán Yates corría hacia ellos con algunos de sus hombres.

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Adelante!

Trevor fue el primero en llegar hasta Yates.

—¿Os habéis quedado sin munición? —le preguntó.

—Sí —confirmó Yates—. ¿Esta gente son los del MAAC?

—Sí —respondió Trevor, jadeando.

—Joder, tenemos que darnos prisa. Nos están evacuando. Están trabajando en el cierre de las puertas entre las dos dimensiones.

John también llegó y aceptó el ofrecimiento de transferir a Smithwick a dos soldados.

—Ayudad también a ese hombre —ordenó John señalando a Lawrence.

Uno de los soldados se dirigió hacia él a toda prisa y se lo cargó sobre el hombro.

—¡Corred! —gritó Yates, dirigiéndose hacia el punto caliente—. ¡Por el amor de Dios, corred!

Desde Ginebra:

—Estáis a doscientos veinte TeV.

Emily permanecía de pie detrás de Loomis, observando los datos del espectrómetro y mirando cada pocos segundos hacia la puerta.

—Paul...

—Ya lo veo —dijo él—. La actividad de los strangelets se ha estabilizado. Sigue siendo alta, pero se ha estancado.

—220... 240... 260...

—Creo que los niveles están bajando —murmuró Emily.

—Estoy de acuerdo —ratificó Loomis.

—270... 280... 290...

—Oh, John —susurró Emily.

—Trescientos TeV. Máximo nivel de energía.

Emily miró hacia la puerta.

—¡Mira! —exclamó Paul—. ¿Ves esto?

Emily se volvió hacia la pantalla. La actividad de los strangelets había caído a cero.

—¿Ha funcionado?

Loomis se levantó y la abrazó.

—¡Sí! ¡Ha funcionado! ¡Realmente ha funcionado!

Ben oyó al primer ministro pidiendo confirmación.

—¿Estamos seguros de que ha sido efectivo? —insistió varias veces—. Llamad a la sala de control del MAAC. Necesito la confirmación.

Desde su nueva posición Ben no tenía una buena panorámica del complejo del MAAC.

—¿Alguien ha visto aparecer al grupo de Yates? —preguntó.

Nadie los había visto.

Entonces escuchó la conversación de Lester con Emily.

—¿Me está diciendo que la actividad de los strangelets es cero? ¿Han desaparecido? ¿De manera permanente? Sí, supongo que eso sería prematuro, pero ¿se han sellado las conexiones? ¿Es así? ¿En serio? De acuerdo, manténgame informado, y doctora Loughy, felicidades. Transmítaselas de mi parte al doctor Loomis también.

Ben oyó al primer ministro dirigiéndose a su gabinete y después a Jeremy Slaine.

—Si el único modo de comprobar si los puntos calientes han quedado sellados es entrando, necesitamos un voluntario.

Ben no se lo pensó dos veces. No pensó en su mujer ni en sus hijos. No pensó en sí mismo.

—Me presento voluntario —dijo por el micrófono.

—¿Quién habla? —preguntó Lester.

—Ben Wellington. Estoy en Dartford.

—¿Estás seguro, Ben? —le preguntó el primer ministro.

—Estoy decidido. —Empezó a caminar—. Me estoy dirigiendo hacia el complejo del MAAC, me aproximo desde el oeste.

Pasaron cinco minutos, diez.

Emily estaba desplomada sobre la silla; una tristeza más negra que la que jamás hubiera sentido la envolvía en un manto de pesar.

—Sigue a cero —informó Loomis—. Creo que se ha acabado. —La miró y al ver su angustia añadió—: Lo siento, Emily, de verdad que lo siento.

—No me puedo creer que no haya regresado. No puedo vivir sin él.

Loomis se levantó y se acercó a ella.

—Eres joven, tienes toda una vida por...

Las puertas se abrieron.

Emily levantó la mirada. Su rayo de esperanza se desvaneció al ver entrar a Ben Wellington por unas puertas que se cerraron tras él.

—He atravesado el punto caliente —les explicó Ben—. No he acabado en el Infierno. He llegado hasta aquí.

—Entonces todo ha terminado —murmuró Emily. Su voz era apenas un susurro.

—Pero por el camino he encontrado algo —siguió Ben, abriendo de nuevo las puertas—. He encontrado esto.

Entró John.

En un instante, Emily se transformó. Se incorporó de un salto y se abalanzó sobre él, que la atrapó en el aire y la abrazó.

—Nunca —susurró ella.

—¿Nunca qué?

—Nunca vuelvas a dejarme.

Trevor fue el siguiente en entrar, seguido por Bates, Bitterman, Quint y el resto, y por último Yates y lo que quedaba del comando B.

—Los has encontrado, has conseguido dar con ellos —exclamó Emily—. Espera aquí. Vuelvo en un momento.

Abrazó entre lágrimas a los miembros de su equipo: Matthew, David, Chris, y todos los técnicos.

Cuando llegó hasta Henry Quint, él no fue capaz de mirarla a la cara.

Emily seguía despreciándolo por haber excedido los niveles de energía aprobados y haber generado todo este desastre.

—Henry, siento que hayas tenido que pasar por todo esto.

Él solo pudo murmurar:

—Mucha gente diría que he tenido lo que me merecía.

Nadie se fijó en Trotter, que intentaba escabullirse.

—¿Dónde está Brenda? ¿Y Kelly? —preguntó.

Chris negó con la cabeza. No hacía falta decir nada.

—Trevor —saludó Emily, abrazándolo también a él—. Tienes que telefonar a Arabel ahora mismo.

Su sonrisa iluminó la habitación.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Disculpen —dijo uno de los soldados, el médico del comando—. ¿Hay por aquí un botiquín de primeros auxilios? Esta mujer necesita asistencia. Está peligrosamente deshidratada.

—Está allí, en ese armario —le indicó Emily.

Tumbaron a Smithwick en el suelo. Después de varios intentos, el médico encontró una vena y le suministró la solución salina.

Los siguientes cinco minutos fueron confusos.

Los técnicos se concentraron alrededor de Paul Loomis y el espectrómetro y se

dedicaron a estudiar los datos.

Ben mantuvo la que esperaba que sería su última conversación con el primer ministro durante un largo tiempo y, cuando colgó, llamó a su mujer y le contó que la catástrofe ya estaba casi controlada. Después le dijo lo que de verdad ella quería escuchar: que la amaba.

Bitterman y el resto de los altos cargos cogieron los teléfonos disponibles y empezaron a hacer emocionadas llamadas a sus seres queridos en Inglaterra y Estados Unidos.

El capitán Yates utilizó los auriculares de Ben para informar a su superior, el comandante Parker-Burns, y después fue pasándolos entre sus soldados para que pudieran contactar con sus familiares.

Trotter no levantó la vista del suelo de la sala de control, buscando algo. Por fin lo encontró donde Emily lo había escondido, debajo de la mesa.

Emily y John se sentaron apoyados en la pared, cogidos de la mano. No necesitaban hablar. Ya habría tiempo para eso.

Yates anunció que todos debían esperar unos minutos más hasta que llegaran los médicos y el equipo de evacuación.

Tras la segunda bolsa de solución salina, Karen Smithwick parpadeó y empezó a mirar a su alrededor. Intentó incorporarse, pero el médico le dijo que permaneciese tumbada. Desde el suelo paseó la mirada por la sala y descubrió a Trotter.

Emily y John oyeron sus sonoros e insistentes gruñidos y se levantaron para ver qué sucedía.

—¿Está bien? —preguntó Chris.

El médico aseguró que sus constantes vitales estaban mejorando.

—Intenta decirnos algo —dedujo la mujer.

Emily vio que gesticulaba con las manos, moviendo una sobre la palma de la otra.

—¿Quieres escribir algo? —le preguntó.

Smithwick asintió con vigor.

Emily le dio un bolígrafo y un cuaderno.

Cuando terminó de escribir, Smithwick agitó el cuaderno ante Emily, y ella leyó rápidamente lo que había garabateado.

—Dios mío —susurró Emily.

—¿Qué ha escrito? —preguntó John.

Emily lo leyó lo bastante alto como para que todos los presentes en la sala de control lo oyeran.

—Esto me lo ha hecho Anthony Trotter. Es el responsable de la muerte de Brenda. Y creo que ha matado a Kelly.

John se enfureció.

Vio a Trotter al otro lado de la sala y se lanzó hacia él.

—¡Maldito hijo de puta!

—¡John, déjale! —gritó Trevor—. No merece la pena.

Pero John siguió avanzando hacia él, lo acorraló y le agarró con ambas manos el carnosos cuello.

Trevor y Ben se acercaron corriendo para separarlos antes de que John lo matase, pero de pronto sonó un estruendoso disparo.

John aflojó la presión de sus manos sobre el cuello de Trotter y dio un paso hacia atrás antes de caer de rodillas.

Trotter empuñaba la pistola que había dejado en el suelo de la sala de control semanas atrás.

—¡John!

Emily corrió hacia él y lo sostuvo entre sus brazos cuando empezó a caer al suelo. Tenía la camisa empapada en sangre.

—¡Ayudadle! —gritó.

El médico llegó junto a John al mismo tiempo que Trevor y Ben se abalanzaban sobre Trotter. Le quitaron la pistola y lo tiraron al suelo. Trevor le dio un puñetazo tras otro y lo habría acabado matando si Yates no le hubiese apartado.

—Pasadme eso —gritó Yates, señalando varias esposas de plástico que los agentes del MI5 habían dejado atrás el día de su viaje al Infierno.

Ben alejó la pistola de una patada y después de esposar de pies y manos a Trotter, se dejó caer en el suelo y se tapó la cara con las manos.

El médico rasgó la camisa de John y estudió la herida, justo debajo del esternón. Trató de cortar la hemorragia haciendo presión, pero la sangre no dejaba de salir.

—He gastado las dos bolsas de solución salina con ella —dijo el médico, impotente.

Yates cogió los auriculares.

—Soy el capitán Yates. Tenemos un herido de bala. Necesitamos que manden a los servicios de emergencia. ¿Qué tiempo de llegada estiman? Eso no es suficiente. Necesitamos un equipo de trauma ahora mismo.

Emily estaba arrodillada junto a John. Él levantó un brazo e hizo un gesto para que se acercase.

—Emily —susurró—. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió ella entre lágrimas—. Más de lo que te puedas imaginar.

—Me muero —dijo él con voz débil. Ella nunca le había oído hablar con ese hilo de voz.

—No, no te vas a morir.

—Sí. Tengo que contarte algo.

—¡No!

—Por favor.

Ella asintió.

—Voy a ir allí.

—¿Adónde?

—Voy a ir al Infierno. Maté a un hombre en Afganistán.

—Eras un soldado —susurró ella, desesperada—. Los soldados que matan en la guerra no van al Infierno. Ya lo sabes.

—Fue un asesinato. Asesiné a un hombre. Lo lancé al vacío desde un helicóptero. Sin duda voy a ir...

Dejó de hablar, sus ojos seguían mirándola, pero ya no veía nada.

—¡John! —gritó Emily—. ¡No!

El médico acercó la oreja al pecho de John, intentando oír un latido. Negó con la cabeza.

—Oh, Jesús —gimoteó Trevor—. ¡Oh, Dios mío!

Nadie excepto Trotter vio a Emily dirigirse hacia el lugar al que Ben había enviado la pistola de una patada.

Nadie excepto él vio cómo la recogía.

Cuando gritó «¡No, no lo hagas!», ya era demasiado tarde para que nadie pudiese impedir que le disparase a Trotter en la cabeza.

Y tampoco nadie pudo impedir que Emily apoyara el cañón de la pistola contra su sien y apretase el gatillo.

Aparecieron en Dartford, en medio del polvoriento camino, justo delante de la cabaña de Dirk y Duck.

John miró a Trotter y este miró a Emily.

—Emily, ¿qué has hecho? —gritó John, con los ojos llenos de lágrimas—. Dime qué has hecho.

—He hecho lo que tenía que hacer —respondió ella—. He hecho lo que quería hacer.

Trotter se levantó del barro. Abrió la boca varias veces, boqueando como un pez fuera del agua.

Empezó a correr.

John lo alcanzó en pocas zancadas y empezó a estrangularlo.

—No vas a morir, lo sabes, ¿verdad? —gritó John mientras le aplastaba la garganta. El rostro de Trotter se volvió morado y los ojos se le salieron de las órbitas—. Te voy a dejar en una puta zanja. Los animales y los insectos devorarán tu carne. Vas a sufrir y sufrir y sufrir y sufrir.

A John le temblaban las manos por el esfuerzo. Cuando lo soltó, Trotter cayó boca abajo sobre un charco de barro.

John se acercó a Emily.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has tirado tu vida por la borda?

—No quería vivir sin ti.

—Pero ¿esto?

Ella le besó.

—Al menos estaremos juntos toda la eternidad.

Él lo repitió.

—Toda la eternidad. —Y añadió—: Venga, vámonos.

—¿Adónde?

—Vamos a buscar alguno de los AK-47 que nuestros soldados han dejado por aquí.

—¿Y después?

John le tomó la mano y empezaron a caminar hacia el río.

—Después iremos en busca de nuestros amigos en Francia y ayudaremos a Garibaldi en su guerra. Y después, no lo sé. Ya lo decidiremos juntos.